
Condenado por
CONTRATO
EL HEREDERO RECHAZADO
DEL VIUDO MAFIOSO
ISABELLA INNAMORATO

Condenado por CONTRATO

Copyright © 2026 por Isabella Innamorato

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluidos fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y determinados usos no comerciales permitidos por la legislación vigente.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos reales o locales existentes es pura coincidencia.

Título original: O filho rejeitado do viúvo mafioso

Título en español: Condenado por contrato

Traducción al español: Kora Kween

Revisión: Kora Kween

Portada: Ayla Silva

Ilustración: Mery Ribeiro

Prohibida la distribución de copias no autorizadas de esta obra.

Primera edición en español: **2026**

INDICE

INDICE
SINOPSIS
DEDICATORIA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
PRIMER AÑO DESPUÉS...
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
SEGUNDO AÑO DESPUÉS...
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40

TERCER AÑO DESPUÉS...
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CUARTO AÑO DESPUÉS...
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
QUINTO AÑO DESPUÉS...
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
EPÍLOGO
ESCENA EXTRA
AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

SINOPSIS

BEBÉ RECHAZADO :: EMBARAZO INESPERADO :: VIRGEN Y MAFIOSO :: VIUDO AMARGADO :: ROMANCE PROHIBIDO :: SEGUNDA OPORTUNIDAD

Troy Maddox es el heredero de la Mafia Granada.

En su vida, los matrimonios significan negocios, y él nunca se aparta de lo que le ha sido impuesto.

Pero todo cambia durante su viaje de despedida de soltero, cuando conoce el amor verdadero y descubre que en la vida uno no elige de quién enamorarse, simplemente… se rinde.

Sofía Russo es una estudiante aplicada y soñadora, siempre acompañada de sus libros y de sus fantasías románticas.

Cuando surge la oportunidad de hacer un intercambio de verano, la aprovecha con uñas y dientes, y es entonces cuando conoce a Troy: un hombre misterioso, irresistible y dueño de una sonrisa devastadora, que pronto se convierte en su primer amor de verano, igual que en esas películas románticas que tanto le gustan.

Se enamoran a primera vista y viven un romance ardiente, pero ese cuento de hadas termina cuando Troy desaparece de su vida sin dar explicaciones.

Sofía no tiene ni idea de que Troy es un mafioso.

Él, aun enamorado de ella, sabe que debe cumplir con su destino: un matrimonio concertado desde la infancia.

Y para proteger a Sofía de su mundo peligroso, decide rechazarla, sin saber que, cuando la abandona, ella ya no estaba sola…

Llevaba en su vientre a un hijo. Su heredero.

¿Puede el amor verdadero sobrevivir a las mentiras, al paso del tiempo y a la crueldad de la mafia?

¿Cómo confiar lo más valioso que tienes a un hombre que destruyó tu corazón en la primera oportunidad?

En un mundo donde el poder y el peligro caminan de la mano, Sofía y Troy descubrirán que solo hay algo más fuerte que la mafia: el amor inquebrantable que comparten… si ella logra perdonarlo.

DEDICATORIA

Para todas las lectoras adictas a las novelas románticas, que encuentran en cada libro un nuevo amor:

Que esta historia sea vuestra cita perfecta de esta noche.

Aquí, el final feliz siempre está garantizado; solo tenéis que seguir pasando las páginas...

CAPÍTULO 1

TROY MADDOX

Dispersos por el césped, cada uno de mis hermanos ocupa una posición estratégica en el juego de **Jaque Mafia**, nuestra propia versión caótica de una mezcla entre ajedrez humano y crossfit. Una tradición tan propia de los Maddox como los mismos pilares de nuestra casa.

—¿Estáis listos para ser humillados? —nos desafía Vincent mientras nos colocamos en nuestros respectivos cuadrantes del campo, delimitados no solo por líneas imaginarias, sino también por la historia y las rivalidades que hemos acumulado a lo largo de los años.

—¡Sigue soñando, Vincent! —respondo, sintiendo la adrenalina de la competición vibrar en mi sangre.

—Ya veremos quién se ríe el último —replica Bela, con un brillo de determinación en los ojos. Su presencia destaca no solo por su agilidad, sino por la forma en que equilibra fuerza y gracia.

Luca, en cambio, permanece tranquilo, casi impasible, con la mirada recorriendo el campo como la de un general que evalúa un campo de batalla.

—¡Menos charla y más acción! —Marco, incapaz de contener su energía, salta en el sitio, impaciente.

A pesar de nuestras diferencias, compartimos el mismo impulso: competir, ganar, pero, por encima de todo, estar juntos.

Con un gesto de asentimiento mutuo, el juego comienza. Nos movemos con una sincronía que desmiente los años que hemos

pasado separados por colegios y ciudades diferentes, prueba del vínculo inquebrantable que compartimos.

Aquella separación, una estrategia de nuestro padre para mantenernos a salvo de los enemigos de la familia, nunca debilitó nuestra unión. Cada verano, nuestro regreso a la mansión familiar quedaba marcado no solo por reencuentros cálidos, sino también por intensas sesiones de Jaque Mafia.

Vincent, con su rapidez y agilidad, esquiva un ataque directo, corre de lado y lanza una pelota pesada contra un objetivo que simboliza a un adversario, derribándolo con una precisión que solo años de práctica podrían garantizar.

—Aprended de mí, que no voy a durar para siempre —grita, con un brillo victorioso en los ojos.

Bela, más estratégica, usa su inteligencia para anticiparse a los movimientos de los demás. Coloca obstáculos en el camino de Marco, creando un laberinto que lo obliga a cumplir treinta repeticiones de cada ejercicio montado antes de poder avanzar.

Luca, el cerebro del grupo, se dirige a una estación de enigmas, donde descifra con rapidez una serie de acertijos en el bloque de cartas colgado de una cuerda naval, como si estuviera en la horca, y consigue una ventaja táctica al desbloquear un atajo en el campo. Puede saltarse la trampa de Bela sin tener que pagar las repeticiones de los ejercicios que todavía mantienen ocupado a Marco. La habilidad de Luca para resolver problemas bajo presión solo es comparable a la de Bela para crearlos, y lo hace con una calma que inspira confianza.

Marco canaliza su energía nerviosa y se enfrenta al recorrido de obstáculos con ferocidad, sudando y gritando en cada serie como si aquello fuera una amenaza. Salta las barricadas y se arrastra bajo las redes, sin escatimarse ni una sola de las cincuenta flexiones. En sus ojos solo hay una intensa concentración, fuerza y determinación.

Vincent es rápido y astuto. Aprovecha el momento y realiza el primer avance al otro lado en cuanto Marco se pone en pie, sorteando los obstáculos con la misma facilidad con la que navega por las complejidades de nuestra vida.

—¿Eso es todo lo que tienes, Troy? —se burla, desafiándome con una mirada insolente, esperando que reaccione a su provocación.

Me detengo un momento, valorando la situación con una sonrisa segura.

—Sabes que no tienes ninguna posibilidad, Vince —respondo, con la determinación hirviéndome por dentro.

Sin perder ni un segundo, aprovecho su momentánea distracción para ejecutar una jugada, avanzo con rapidez y recupero una posición estratégica que habíamos perdido.

—El Don siempre gana —digo, marcando el punto con un gesto hacia Luca, que echa a correr.

No pasa mucho tiempo antes de que Bela y yo encontremos una abertura en el bloqueo de Vincent. Nuestra estrategia se despliega en una serie de movimientos calculados para mantenernos lado a lado y acorralarlo.

Se da cuenta demasiado tarde de la trampa en la que ha caído y ni siquiera reacciona; solo niega con la cabeza, admirado y frustrado al mismo tiempo.

—Vale, vale, bien jugado —concede, con una sonrisa a regañadientes—. Pero no penséis que esto se va a quedar así.

Se sienta en el suelo. No puede hacer movimientos durante cinco minutos enteros.

—Creo que nos has subestimado, hermano —se jacta Bela, con una sonrisa triunfal en los labios mientras esquiva un ataque sorpresa de Marco, que se ríe sin venirse abajo.

Eso somos nosotros, nuestra verdadera naturaleza, nuestra rivalidad expuesta para que cualquiera la vea. Una mezcla de competición feroz y profundo respeto mutuo, la esencia de lo que nos convierte en los hermanos Maddox.

Luca aprovecha su turno para levantar una defensa casi impenetrable alrededor de su posición, una jugada que nos obliga a replantearnos por completo la estrategia.

Si pasamos por su cuadrante, quedamos bloqueados. Si avanzamos, quedamos bloqueados. Y si nos quedamos quietos… bueno, nos quedamos quietos. Hijo de puta.

—Nunca subestiméis el poder del pensamiento estratégico —nos recuerda, con esa voz calmada que añade una nueva capa de desafío al juego.

—¿Crees que vas a superarme con esa jugada de mierda, Troy? —me amenaza Vincent, preparándose para una carrera sorpresa hacia nuestro "Don" improvisado, una bandera clavada al otro lado del campo.

—Vas a tener que ser más rápido —respondo, anticipándome a su maniobra e interceptándolo con una carrera lateral, bloqueándole el paso con un escudo hecho con una lona pesada y obligándolo a rodear mi zona del campo.

Bela no pierde ni un segundo y aprovecha la distracción.

—No penséis que me he olvidado de vosotros dos —advierte, lanzando una serie de pelotas ligeras que simbolizan las "embestidas" que debemos esquivar para proteger nuestros territorios.

Su puntería es tal que tanto Vincent como yo nos vemos obligados a retroceder mientras esperamos a que pase el tiempo del bloqueo.

Luca, en un momento de genialidad táctica, grita instrucciones desde el otro lado del campo a un Marco que gana territorio como si lo estuvieran regalando, clavando sus banderas en todos nuestros terrenos mientras desfila como si fuera un modelo sobre una pasarela.

—¡Marco, ahora! —lo apremia Luca, viéndonos preparados para correr en cuanto el reloj marque el último segundo.

Con la agilidad de un felino, Marco ejecuta un movimiento audaz, deslizándose por una hilera de neumáticos en cuestión de segundos, lo que desbloquea mi territorio sin querer y me permite correr libremente.

—Bien hecho, Marco —lo felicito con ironía, respirando con dificultad, no solo por el esfuerzo físico, sino por la adrenalina que solo esta competición es capaz de provocarme.

Si me muevo antes que Vincent, avanzo de forma significativa en el juego y me acerco a la victoria, pero necesito que Bela se ocupe de él y no de mí.

Vincent se recupera rápido y vuelve al juego con gesto sombrío.

—Esto no ha terminado, Luca —amenaza en voz baja, e inicia una secuencia perfecta de puntos que le permite recuperar parte del terreno perdido.

—¿Estáis listos para admitir la derrota? —provoca Bela, con un tono cargado de veneno, aunque los ojos le brillan con el calor de la competición.

—Nunca —respondo con una sonrisa, compartiendo una mirada de complicidad con mis hermanos.

Como futuro Don, soy el único que puede moverse en cualquier dirección por el campo. Los demás están limitados a movimientos circulares o dependen unos de otros para poder desplazarse.

En el punto más álgido de nuestra competición, la figura de nuestra ama de llaves aparece al borde del campo, con las manos firmemente apoyadas en las caderas.

—Bela, es hora de que vayas a prepararte para la cena —llama, y su voz corta la tensión del juego como una hoja afilada.

Bela nos lanza una mirada decepcionada, casi una súplica de auxilio.

—Todavía es pronto, Elena, dame solo unos minutos más —suplica, claramente reacia a abandonar la partida sin conseguir la mayor cantidad de puntos posible.

Vincent, siempre burlón, aprovecha la ocasión para provocar.

—No es como si fuera a ponerse guapa de todas formas, así que ¿para qué necesita tanto tiempo para arreglarse?

Bela le estampa un puñado de tierra en la cara, pero a él no le afecta en absoluto; la sujeta por el cuello y le revuelve todo el pelo como si fuera una muñeca de trapo.

—No necesita tiempo para ponerse guapa. Necesita tiempo para recordar que una buena chica se queda callada —nos recuerda Luca.

Bela nunca ha sido precisamente una santa, por eso mi padre jamás permitió que se fuera de casa a estudiar fuera. No tiene nada que ver con que sea mujer, la única hija; tiene que ver con su capacidad de sembrar el caos allí donde va.

—Es verdad —coincide Marco cuando ella resopla y protesta.

—Nunca conseguimos terminar una partida. —Patea un trozo de tierra junto con la hierba—. ¡Qué infierno!

—Este juego no parece tener ni reglas, mucho menos final —responde Elena, bajando la escalinata de la mansión como si viniera a llevarse a Bela de las orejas, igual que hacía cuando éramos pequeños—. Parecéis una pandilla de locos corriendo al azar y gritando por todas partes. ¡Cualquiera diría que vuestra madre y yo no os enseñamos modales!

Yo, que nunca pierdo una oportunidad de explicar la complejidad de nuestro amado juego, no hago una excepción esta vez.

—Las reglas de Jaque Mafia cambian dependiendo de la zona en la que estemos, Elena. Hay que avanzar por el campo —explico, señalando los cuadrados delimitados solo por materiales de nuestro box de crossfit— y formar alianzas con los dos jugadores más cercanos, pero la alianza solo dura hasta que la configuración cambia por conveniencia y necesidad —digo, haciendo una pausa para asegurarme de que Elena me sigue—. La prioridad es mantenerse atento y concentrado, porque, aunque solo haya un ganador, nadie gana solo hasta el final del juego. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro. —Elena asiente, total y absolutamente desinteresada —. Parece divertidísimo, pero Bela no quiere llegar tarde a la cena. ¿Verdad, Bela?

Lo pregunta compartiendo con mi hermana algún secreto que nosotros todavía no conocemos.

—Está bien. Está bien —se rinde Bela ante lo inevitable, levantando los brazos. Lleva el pelo como un nido de ratas perfectamente esculpido por Vincent.

Con una última mirada al campo de juego, mi hermana pequeña sigue a Elena de vuelta al interior de la mansión, resignada.

—¿Seguimos? —pregunta Vincent, con el camino despejado hacia la victoria. Marco y Luca todavía tienen banderas por clavar en otros territorios, y yo me he quedado con las banderas de Bela.

—Claro. Hoy me convierto en un hombre comprometido; puede que nunca más pueda distraer a mis hermanitos jugando en el jardín de casa —respondo entre risas. Puede que ahora seamos adultos, apenas con un año de diferencia entre uno y otro, pero esos doce meses fueron la causa de las mayores disputas de nuestra infancia.

—Eres un hombre comprometido desde los siete años, Troy. Hoy solo vas a oficializar la segunda fase del resto de tu vida —me corrige Luca, y enseguida siento el peso de mi futuro compromiso presionándome el pecho.

Hoy, la formalización de ese compromiso no solo me convierte en un hombre atado a un antiguo acuerdo, sino que señala el final de una era en mi vida. La perspectiva del liderazgo absoluto, no solo en los juegos, sino también en los negocios de nuestra familia, resuena en mi mente, palpitando con anticipación y una punzada de temor.

—Sería muy gracioso que fuera un callo malayo —dice Vincent entre risas, y Marco le da la razón.

—No lo es.

Todos miramos a Luca con la misma pregunta evidente, pero soy el único que la formula.

—¿Cómo lo sabes?

—Como sé todo, se lo pregunté a las cotillas mejor informadas. —Se encoge de hombros, y durante un segundo lo único que veo es a Vincent retomando la delantera y corriendo como un rayo hacia la

victoria sin que ninguno de nosotros tenga siquiera la oportunidad de bloquearlo.

—¡Estamos teniendo una conversación seria aquí, Vincent! ¡Eso no vale! —protesta Luca cuando nuestro hermano coge el "Don" y lo agita en alto.

—De rodillas, vasallos. Aceptad la derrota y obedeced a vuestro Don.

—Yo nunca pondría a mis soldados de rodillas, y mucho menos los llamaría con nombres despectivos.

—Ese es tu problema, hermanito. Pero ahora mismo el Don soy yo, así que, querido mío, arrodíllate, por favor —ordena Vincent, usando todas las palabras corteses que recuerda para demostrarme que también puede humillar con educación.

Pero como juego es juego y honor es honor, me arrodillo, igual que Luca y Marco. Vincent es dueño de nuestros culos durante las próximas veinticuatro horas.

—Para el futuro Don, eres demasiado fácil de vencer, Troy —provoca.

—Para eso tengo al primer escalón. No necesito ser bueno yo solo.

Incluso como Don victorioso del juego, Vincent está tan bien entrenado que sus rodillas casi ceden al oír mis palabras. Es un reflejo rápido; no llega a arrodillarse de verdad, pero deja clara la lealtad que siente hacia su papel en mi primer escalón.

—Siempre echando a los más pequeños al fuego, Troy —se burla al final, dejándose caer entero sobre mí, seguido por un Marco nada cuidadoso y un Luca reticente, aunque no tanto.

Siento el sabor de la hierba en la boca cuando intento respirar hondo y no puedo, y agradezco que Bela se haya ido antes; se me habría tirado directamente a la cabeza mientras estoy inmovilizado, solo para demostrar que puede causar más destrozos usando menos fuerza.

Quiero a mis hermanos, aunque no pase ni un solo día sin que imagine una o dos maneras de asesinarlos.

CAPÍTULO 2

SOFÍA RUSSO

El despertador suena exactamente a las seis y media de la mañana, pero yo ya estoy despierta, mirando el techo de mi pequeño dormitorio, bañado por la primera luz del amanecer.

San Francisco todavía está desperezándose, y yo con ella, lista para enfrentar otro día ajetreado, aunque sea domingo. No recuerdo la última vez que tuve un día libre de verdad. Cuando no estoy en la universidad, estoy intentando hacer horas extra en la cafetería. El dinero de los fines de semana basta para ayudar a mis padres, pero nunca sobra nada para un pequeño capricho.

Me levanto, estirando el cuerpo cansado después de otra noche de estudio que se alargó hasta tarde.

El agua fría de la ducha termina de despertarme por completo y, mientras me visto, elijo ropa cómoda que me permita moverme con libertad durante el turno en la cafetería.

Mi madre ya está en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días, cariño —me saluda con una sonrisa que ilumina la mañana.

—Buenos días, mamá —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Ya te he dicho mil veces que me las apaño sola, mamá. No hace falta que te levantes temprano por mi culpa, y menos un domingo.

—Ay, cariño, entre semana nuestros horarios nunca coinciden. Si no fuera por los desayunos de los fines de semana, casi ni te vería —se queja, dándome un beso en la punta de la nariz.

Me siento a la mesa para saborear la magia del primer sorbo de café, ese que promete despertar todos mis sentidos, y mi padre aparece, sentándose a mi lado sin decir una palabra.

—¡Buenos días para ti también, Gru! —bromea mi madre sobre su mal humor matutino.

—Buenos días, princesas. Perdonad. —Él responde, me da un beso en la mejilla y luego se levanta para besar a mi madre.

—¿Cómo van los trabajos de la universidad, cariño? —pregunta mi madre mientras me pasa otra tortita.

—Van bien —intento mantener la voz firme, a pesar de las dudas que a veces me asaltan—. Tengo un proyecto importante estas últimas semanas, pero creo que puedo con ello.

—Sé que puedes —afirma con una sonrisa alentadora. Su expresión serena está llena de un orgullo inquebrantable—. Siempre te superas, Sofía. Solo no te olvides de descansar también, ¿de acuerdo?

Mi padre alza la vista del periódico y se une a la conversación con su forma pragmática, aunque siempre cariñosa.

—No te olvides de vivir, cariño. Trabajar duro es importante, pero los recuerdos que construyas ahora serán lo que más valores más adelante —aconseja, doblando el periódico y dedicándome una de esas sonrisas que le iluminan la cara y me hacen sentir que todo está bien en el mundo—. Y recuerda que estamos aquí para lo que necesites. Incluso para revisar uno o dos trabajos, si hace falta.

Suelto una risita.

—Lo tendré en cuenta, papá. Pero prepárate, el próximo trata sobre física cuántica —miento.

—Ah, entonces creo que será mejor dejárselo a tu madre —bromea, y los tres nos reímos, envueltos en esa sensación reconfortante de hogar y amor incondicional.

Ellos son la razón por la que me esfuerzo tanto, por la que sigo soñando a lo grande, incluso cuando las metas parecen lejanas. El impulso silencioso que recibo, ese empujón hacia delante, no nace solo de sus palabras, sino de la certeza de que están a mi lado, sin importar el camino que decida seguir.

—Voy a llegar tarde si no me voy ya —digo, cogiendo mi mochila y preparándome para salir.

Al dejar la casa atrás, las calles de San Francisco ya laten con la energía de la mañana.

En cuanto cruzo la puerta, el frescor del amanecer me envuelve, una brisa suave cargada con el salitre del mar mezclado con el aroma a café y pan recién hecho que llega de las panaderías del barrio. La ciudad está despertando; sus calles empiezan a llenarse con la energía de las primeras personas que pasan y con el sonido lejano de los tranvías subiendo y bajando las empinadas colinas.

Camino hasta The Golden Brew, la cafetería donde trabajo, situada en el corazón de un barrio bullicioso, rodeada de pequeñas tiendas de arte, librerías independientes y estudios de música. A cada paso siento la vibración de la ciudad, esa mezcla de historia, cultura e innovación que define a San Francisco.

A medida que me acerco, la acogedora fachada de The Golden Brew aparece ante mis ojos, con su letrero de madera tallado a mano colgando orgulloso sobre la entrada. Las ventanas, enmarcadas por macetas llenas de flores de colores, ofrecen un vistazo al interior, cálido y acogedor, donde la luz suave y el aroma reconfortante del café esperan a los clientes.

Al abrir la puerta, me reciben el sonido del molinillo y las voces alegres de los clientes habituales y de los recién llegados que han descubierto nuestro pequeño refugio. El interior de The Golden Brew es una mezcla perfecta de encanto rústico y confort moderno, con paredes adornadas por estanterías llenas de libros y arte local, sofás mullidos y varias mesas de madera repartidas por todo el espacio.

Jake, el gerente y alma de The Golden Brew, me recibe con un gesto de la mano y una sonrisa cálida.

—¡Buenos días, Sofía! ¿Lista para otro día? —pregunta mientras termina de preparar un capuchino artístico para un cliente que espera.

—Siempre lista —respondo, dejando mi mochila en la pequeña taquilla del personal y poniéndome el delantal.

La energía del lugar, siempre vibrante y acogedora, me contagia al instante y borra cualquier resto de cansancio o preocupación.

Cada vez que me acerco al mostrador para empezar mi turno, siento una gratitud profunda por formar parte de este espacio.

Aquí, entre granos de café y sonrisas compartidas, encuentro algo más que un trabajo; encuentro una comunidad, una extensión de mi familia, donde, con cada taza servida, la cafetería se transforma en un escenario vivo en el que cada cliente trae consigo un fragmento del mundo de ahí fuera.

Los habituales, con sus gustos ya de sobra conocidos por nosotros, encuentran en el mostrador no solo su café favorito, sino también un momento de intercambio y camaradería.

Cuando me acerco con su pedido, el señor Jenkins ya me espera con una sonrisa expectante, la mirada perdida en recuerdos de otro tiempo, de otro lugar.

—Aquí tiene su espresso doble, sin azúcar, señor Jenkins —digo, dejando la taza humeante delante de él.

—Ah, Sofía, querida, muchas gracias —responde, con los ojos brillándole al ver el café—. ¿Sabes? Cada sorbo de este espresso me lleva de vuelta a las calles de París. ¿Te he contado alguna vez lo de la época en que viví allí?

—Unas cuantas veces, pero me encanta escuchar sus historias —respondo con una sonrisa sincera, animándolo a seguir.

Él se anima con la invitación y coge la taza con ambas manos.

—París es una ciudad de luz, jovencita. Hay algo en esa ciudad... —empieza, y su voz adopta un tono nostálgico—. Pasear junto al Sena por la noche, los puentes iluminados, los artistas callejeros... es como vivir dentro de un sueño. Y los cafés, ah, los cafés... Ningún espresso se compara con los que encuentras allí, pero el tuyo, querida, se acerca bastante.

—Debió de ser increíble vivir en un lugar tan lleno de historia y cultura —digo, dejándome arrastrar un poco por la viveza de su descripción, esa que tantas veces he leído en novelas románticas y visto en fotos de Google e Instagram.

—Oh, lo fue. Pero, ya sabes, Sofía, cada ciudad tiene su propia magia. Incluso San Francisco, con su niebla y sus colinas. Solo hay que saber dónde mirar —concluye, da un sorbo al café y me sonríe por encima de la taza.

Mi atención se desplaza hacia el grupo de turistas que se sienta junto a la ventana. Es el tercer día consecutivo que los atiendo. El primero vinieron atraídos por la fama de nuestra tarta de manzana casera y por el encanto rústico del local.

Después me acerco a una pareja australiana, fascinada por la arquitectura victoriana de la ciudad. Siempre me cuentan su

itinerario de viaje en busca de las mejores vistas y de los secretos escondidos de San Francisco, y yo estoy más que encantada de compartir todo lo que sé.

Sus historias despiertan en mí un deseo de explorar, de ver la ciudad a través de los ojos de quien la contempla por primera vez. Siempre resulta delicioso.

Entre la espuma de la leche y el aroma del café, encuentro pequeños momentos de conexión humana genuina.

No se trata solo de servir café; se trata de ofrecer un poco de consuelo, una sonrisa, una palabra amable. The Golden Brew es un lugar donde vidas distintas se entrelazan, aunque sea solo durante unos minutos.

***

El reloj marca el final de mi turno y empiezo a recoger mis cosas, sintiendo cómo el ajetreo de la tarde empieza a apoderarse del ambiente. Jake, siempre ocupado pero nunca sin una sonrisa, pasa junto a mí con una bandeja cargada.

—¡Que descanses, Sofía! —dice, equilibrando la bandeja con habilidad.

—Gracias, Jake. Parece que la tarde va a ser movidita, ¿eh? —respondo, ajustándome la correa de la mochila al hombro.

—Ah, siempre lo es, ¿no? Pero con un equipo como el nuestro, todo sale bien —afirma con confianza, recorriendo con la mirada el local, que ya empieza a llenarse.

—¡Seguro! Nos vemos mañana —digo, despidiéndome con la mano del resto del equipo, ocupado preparando pedidos y ordenando las mesas.

—¡Adiós, Sofía! —me llama Mariana, una de las baristas nuevas, desde el mostrador—. ¡Mañana te traigo ese libro del que te hablé!

—Ay, genial, ¡gracias! —sonrío, agradecida por el detalle.

Turistas y vecinos siempre llenan las estanterías de la cafetería, trayendo libros nuevos y llevándose los antiguos, pero yo ya me los he leído todos. Solo me permito comprar un ejemplar para mí una vez al mes y, aun así, después me siento culpable y acabo trayéndolo también aquí.

Con una última mirada al interior de la cafetería, salgo por la puerta y me encuentro con la energía vibrante de la ciudad. El murmullo de las conversaciones, el aroma del café en el aire y el calor de las sonrisas de despedida del equipo de The Golden Brew me acompañan mientras me alejo, lista para aprovechar lo que queda del día.

Entonces decido darme el lujo de una pausa, un momento solo para mí, antes de sumergirme en los estudios de la noche. Camino hacia el Embarcadero, uno de mis lugares favoritos de la ciudad para encontrar paz e inspiración. Las calles están llenas de gente disfrutando del final de la tarde: turistas con cámaras colgadas al cuello capturando cada detalle y locales apresurados, cada uno inmerso en su propia rutina.

Al llegar al paseo marítimo, el paisaje se abre ante mí como una pintura viva. Me siento en uno de los bancos con vistas a la bahía y dejo que mis pensamientos se calmen al ritmo suave de las olas. El movimiento incesante del agua, yendo y viniendo, me transmite una tranquilidad difícil de encontrar en cualquier otro rincón de la ciudad.

Observo las gaviotas danzando en el cielo, las embarcaciones zigzagueando por la bahía y a la gente que me rodea, cada una absorta en su propia experiencia del momento.

Familias compartiendo pícnics, parejas caminando de la mano, artistas callejeros añadiendo melodías a la banda sonora natural del lugar. La belleza de la diversidad y de una vida en constante movimiento.

Me permito esos breves instantes de contemplación, absorbiendo la serenidad del paisaje y la energía revitalizante que solo la cercanía del agua puede ofrecer.

Cuando por fin me levanto, renovada y lista para enfrentar el resto del día, saco el móvil y veo un mensaje en el grupo de la universidad.

—¿Alguien se apunta a un latte en Java Joe's?

Las respuestas positivas no tardan en llegar, llenas de emojis entusiasmados.

En Java Joe's, un lugar famoso por sus tartas de limón, encuentro a Alex y a Jamie ya esperándome.

—¡Mira quién ha decidido aparecer! —empieza Alex a burlarse en cuanto nos abrazamos—. Pensé que te habías unido al club de los desaparecidos en combate.

—Ya sabes cómo es —respondo, deslizándome en la silla a su lado —. Entre la universidad y el trabajo, mi tiempo libre es una leyenda urbana.

Jamie, con una sonrisa amable, me pasa una carta.

—Bueno, al menos hoy has conseguido un descanso. ¿Qué vas a pedir? La tarta de limón está especialmente buena hoy.

—No me tentéis con dulces —digo, fingiendo indignación—. He venido por el café, pero bueno, quizá un trocito pequeño no haga daño.

Alex se ríe y llama al camarero.

—Tres lattes y una porción de tarta de limón para compartir, por favor. —Luego se gira hacia mí con un brillo travieso en los ojos—. Entonces, Sofía, ¿alguna novedad? ¿Algún romance secreto que nos estés ocultando?

—¿Romance? ¿Con mi horario? —suelto una carcajada, negando con la cabeza—. Lo más parecido a un romance que tengo son los libros de la biblioteca.

—Ah, qué pena —interviene Jamie en tono juguetón—. Yo necesitaba un buen cotilleo para animar el día. Tus aventuras amorosas eran mi única esperanza.

—¿Aventuras amorosas? Vosotros dos vivís claramente en un mundo de fantasía —comento, todavía riéndome—. Pero hablando en serio, creo que la única novedad es que mis padres llevan tiempo sugiriéndome que me tome un descanso del trabajo este verano. Algo sobre "aprovechar la juventud".

—Me parece justo, teniendo en cuenta que te estás convirtiendo prácticamente en un elfo doméstico —dictamina Alex—. Deberías pensártelo. Todo el mundo necesita tiempo para recargar pilas.

—Lo sé —admito, suspirando apenas—. Solo tengo que descubrir cómo hacerlo sin sentirme culpable por dejar a mis padres tirados.

El camarero llega con lo nuestro y la conversación se desvía hacia los planes de estudio y los próximos exámenes. Aun así, el comentario de Alex se queda conmigo, resonando igual que la sugerencia de mis padres. Quizá de verdad haya llegado el momento de pensar un poco más en mí.

—Sabéis —empiezo después de un sorbo de mi latte, perfectamente cremoso—, quizá tengáis razón. Quizá ha llegado la hora de que viva un poco más.

—¡Exacto! —dice Jamie, chocando su taza con la mía—. ¡Por Sofía y por vivir un poco más!

—Como si vosotros dos vivierais mucho más que yo. ¡Qué hipócritas! —me defiendo, alzando mi taza en un brindis irónico.

Alex inclina la cabeza, fingiendo considerar mis palabras.

—Puede que tengas un buen argumento. Pero, eh, al menos estamos intentando arrastrarte con nosotros hacia la luz del sol.

—¿Hacia la luz del sol o fuera de la biblioteca? —pregunta Jamie con una sonrisa conspiradora.

—Básicamente es lo mismo —responde Alex antes de dar un sorbo a su café.

La risa fácil entre nosotros llena el breve silencio que sigue, recordándome esos pequeños momentos de alegría que trae la amistad.

—Tengo que irme —digo, mirando la hora en el móvil—. Les prometí a mis padres que hoy cenaría en casa. Y sabéis lo en serio que se toman esas promesas.

—Claro, el elfo doméstico tiene que volver a su castillo —bromea Alex, mientras Jamie asiente con comprensión.

—Dales un abrazo a tus padres de mi parte —me pide Jamie—. Y no olvides lo que hemos hablado. Mereces ese tiempo para ti. Acéptalo.

—No lo olvidaré —prometo, poniéndome en pie—. Gracias, de verdad. Por esto y por… bueno, por todo.

Con una última sonrisa y un gesto de despedida, dejo Java Joe’s sintiendo una mezcla de satisfacción por el tiempo compartido con

mis amigos y una punzada de urgencia por no llegar tarde a la cena familiar.

El camino de vuelta a casa es rápido. Mis pasos se aceleran no solo por la prisa, sino también por la conversación que acabamos de tener. Alex y Jamie tienen razón: quizá haya llegado la hora de plantearme una pausa, de darme la oportunidad de explorar qué más puede ofrecerme la vida.

CAPÍTULO 3

TROY MADDOX

A medida que atravesamos los imponentes portales que dan al salón principal de la mansión Maddox, una oleada de murmullos se extiende por el aire, cargada de admiración y de un atisbo de respeto cauteloso.

En las escasas ocasiones en que aparecemos juntos, nuestro parecido es lo primero que llama la atención. Todos altos, con los hombros anchos heredados de generaciones de Maddox, nos movemos con una confianza que parece tejida en nuestro ADN.

El cabello, aunque varía ligeramente en tonalidad, comparte el mismo color oscuro, un legado de nuestro linaje.

Nuestros ojos, sin embargo, son donde nuestras diferencias se vuelven más evidentes, aunque no tanto. Vincent y yo tenemos los ojos azules, pero los míos son los más oscuros de todos los hermanos, y los suyos se acercan más al gris que a cualquier otro color. Luca posee un azul penetrante como el de nuestra madre, que deja entrever su profundidad estratégica y contemplativa, y Marco tiene los ojos verdes vibrantes de nuestro abuelo paterno, irradiando la energía y el entusiasmo que lleva consigo allí donde va.

El parecido entre nosotros no se limita a la estatura o a la mirada decidida que compartimos; también se extiende a la forma en que cada uno viste la elegancia como si fuera una armadura. Nuestros trajes, aunque elegidos de manera individual, siguen un tema no declarado de sofisticación discreta, una mezcla de respeto por la tradición y un toque de rebeldía moderna.

Vincent, siempre el más atrevido, añade un pañuelo de bolsillo con un estampado sutilmente desafiante. Luca prefiere la sencillez

elegante; su elección de accesorios es minimalista, pero impecable. Marco, que siempre intenta destacar, opta por una corbata de un color más vivo, reflejo de su personalidad vibrante e inquieta.

Nuestro aspecto no es solo un testimonio de la herencia Maddox, sino también una declaración silenciosa de nuestra unión y del poder que estoy cada vez más cerca de heredar.

Caminamos hombro con hombro directamente hacia nuestros padres. Maria y Leonardo Maddox, el patriarca y la matriarca de nuestra familia, nos reciben con expresiones en las que se mezclan el orgullo y la autoridad que los define.

—Bendición, padre, madre —decimos al unísono, una tradición que mantenemos desde la infancia, símbolo de respeto y sumisión al liderazgo familiar, independientemente de que mi padre ostente o no el título de Don.

Mi madre, siempre encarnación de la elegancia, viste con una sofisticación que desafía el paso del tiempo; su vestido de tejido delicado se ciñe a ella como si hubiera sido hecho exclusivamente para su cuerpo. Mi padre luce un traje impecablemente cortado, y su postura erguida y su mirada penetrante reflejan el poder incuestionable que posee.

A su lado está nuestro consigliere, Antonio Vitale, cuya presencia casi austera contrasta con el ambiente festivo. Una figura cuya silenciosa cercanía a mi padre transmite un mensaje claro de alianzas y poderes invisibles que impregnan nuestra existencia. Su lealtad y su astucia son tan parte de la familia como nuestra propia sangre.

—Antonio —lo saludamos con un leve asentimiento, reconociendo su importancia, antes de volvernos hacia Bela para ocupar los lugares a su lado.

Su belleza deslumbrante no pasa desapercibida para nadie. Por mucho que la molestemos y la llamemos patito feo por fastidiarla, es, sin duda, una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Una réplica viva de nuestra abuela materna. El parecido es tan irreal que, durante un instante, mis ojos se desvían hacia el majestuoso retrato que ocupa un lugar destacado a su espalda, donde la matriarca aparece retratada en su juventud.

—Eres la viva imagen de la perfección, Bela —le susurro en voz baja.

—Yo soy la viva imagen de la perfección, Troy. Estar es temporal —responde sonriendo, usando la máscara de la soberbia para sentirse cómoda. Bela odia los eventos familiares públicos.

—Es como si hubieras salido directamente de ese cuadro —dice Vincent, señalando a nuestra abuela para provocar a la pequeña.

Ella sonríe, con una mezcla de burla y melancolía en los ojos, consciente de una comparación que tanto la honra como la atormenta.

Con la familia reunida al completo, nos movemos por el salón saludando a conocidos con un gesto de cabeza o una sonrisa cortés, mientras la tensión expectante por ver a mi futura prometida crece dentro de mí.

A medida que nos mezclamos con los invitados, la ligereza de nuestra conversación fluye con naturalidad, pero cada palabra y cada gesto llevan el peso de una comprensión compartida sobre la magnitud de esta noche. Vincent se inclina discretamente hacia mí mientras pasamos junto a un grupo de empresarios influyentes.

—¿Ves a ese de ahí? —murmura con mordacidad, señalando sutilmente a un hombre de mediana edad con una sonrisa algo forzada—. Me apuesto lo que quieras a que le interesan más las bodegas de padre que cualquier alianza comercial.

Su comentario me arranca una sonrisa contenida. En efecto, el hombre ya tiene las mejillas rojas y se aferra a la copa como si le fuera la vida en ello.

Luca permanece un paso por detrás, con los ojos recorriendo el salón con una precisión casi quirúrgica.

—No subestiméis a los Novak —comenta en voz baja, refiriéndose a una familia rival presente en la fiesta—. Esta noche están demasiado callados. No me creo que hayan venido en son de paz solo por respeto a la familia de la novia.

Su capacidad para anticipar intenciones ocultas nunca deja de impresionarme.

Marco, incapaz de contenerse, casi tropieza con su propia emoción al ver una cara conocida.

—Eh, ¿habéis visto quién está aquí? —susurra, un poco más alto de lo que sería prudente, atrayendo algunas miradas curiosas.

Rápidamente, le pongo una mano en el hombro y lo aparto antes de que su energía llame una atención indeseada.

—Recuerda que estamos en mi cena de compromiso —le recuerdo con suavidad.

Él asiente, un poco avergonzado, pero agradecido por la intervención.

La conversación adquiere un tono más serio cuando nos apartamos de la multitud y nos servimos unas copas con discreción.

—Entonces, Troy —me pincha Vincent—. ¿Preparado para ver a la novia de Chuck y afrontar tu destino con el pecho bien abierto?

—Preparado o no —respondo—, no es que tenga muchas opciones, ¿verdad?

La mirada que compartimos mezcla complicidad y comprensión ante la encrucijada en la que me encuentro.

—Si todo sale mal, podemos pedirle a Bela que mate a tu novia mientras duerme —añade Luca con despreocupación.

Ninguno de nosotros se ríe. No era una broma. Bela sería capaz de matar a cualquiera de nuestros enemigos con una crueldad exquisita antes del desayuno, solo para presumir.

—Creo que os estáis olvidando de que yo no necesito invitaciones para hacer lo que mejor se me da —dice Bela, apareciendo detrás de Luca y cogiendo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí.

La ligereza de su tono contrasta con la gravedad de sus palabras, una prueba viviente de la reputación que tiene entre nosotros.

Vincent le dedica un guiño cómplice.

—Solo asegúrate de que sea la novia correcta. Puede que Chuck no se muestre tan comprensivo si te equivocas de objetivo.

Bela suelta una carcajada cristalina, llena de desdén.

—Por favor, como si pudiera cometer un error así. —Sacude la cabeza y el cabello le atrapa la luz del salón—. De todos modos, tengo más curiosidad por ver si esa novia será capaz de soportar el peso de ser una Maddox. O si saldrá corriendo hacia las colinas antes incluso de que corten la tarta de compromiso.

—No molestes a la chica en público, Bela —le advierte Marco—. No conoce a nadie. Imagínate cómo debe de sentirse. Tratarla mal sin motivo sería cruel hasta para ti.

—Cruel sería dejar que entrara en esta familia sin una advertencia justa sobre lo que la espera —responde Bela, y hay un brillo en sus ojos que sugiere que no está hablando solo de la novia.

En ese momento, la conversación se interrumpe. La llegada de la novia se anuncia con discreción y todos nos preparamos para su entrada en el salón. Intercambiamos miradas, un entendimiento silencioso entre nosotros: a pesar de las provocaciones y del humor sombrío, esta noche marca un antes y un después que ninguno puede ignorar.

—Bien, veamos qué nos depara la noche, ¿no? —digo, siguiendo con la mirada la figura de la novia mientras se acerca.

Bela se inclina hacia mí y susurra en tono conspirador:

—Pase lo que pase, recuerda esto, Troy: nos tienes a nosotros. Y eso incluye un plan de fuga, si hace falta.

Su intento de restarle gravedad a la situación me arranca una sonrisa, pese a todo.

Ella no es tu enemiga, me repito. Ella no es tu enemiga.

La entrada de América, sin embargo, es un momento definido por la sutileza. No provoca conmoción entre los presentes, solo un cambio imperceptible en el aire cuando atraviesa el salón acompañada por sus padres. Su belleza es incuestionable, una visión que, por un instante, roba la atención de todos. Se mueve con una elegancia que complementa su apariencia, haciendo honor a la expectativa silenciosa que se ha formado alrededor de su figura.

América Bennet fue criada en un internado desde pequeña, saliendo solo una vez al año para pasar unos días en la residencia familiar.

Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, busco algo más allá de la superficie perfecta. Busco un atisbo de profundidad, una señal de emoción o una chispa capaz de prometer una conexión más honda entre nosotros. Pero no encuentro nada, salvo la extrañeza de una hermosa desconocida. Sí, es una desconocida preciosa, pero nada más: un lienzo en blanco allí donde esperaba descubrir una obra de arte compleja.

La decepción me deja una sensación de vacío, un desencanto que no tiene tanto que ver con ella como con el papel que ambos estamos a punto de interpretar en una historia escrita por otros. Mientras los invitados retoman sus conversaciones y el salón vuelve a su agitación habitual, permanezco ahí, contemplando el futuro con una compañera que, a pesar de su belleza, no me ofrece el atisbo de complicidad que en secreto anhelaba encontrar.

—Entonces, hermano, ¿qué te parece? —susurra Vincent a mi lado, rompiendo mi reflexión.

—Es como mirar un lago en calma y no ver nada más que tu propio reflejo devolviéndote la mirada —respondo, con un peso en la voz que no esperaba sentir.

Me abro paso hasta ella, la hermosa desconocida destinada a compartir mi apellido. Sus padres están a su lado, radiantes de orgullo y, tal vez, con una pizca de nerviosismo.

—Buenas noches —empiezo, tendiendo primero la mano a su padre, después de que mis propios padres los saluden y me dejen espacio—. Soy Troy Maddox. —Mi voz lleva la mezcla de formalidad y calidez que exigen estas ocasiones—. Es un honor reencontrarme por fin con ustedes después de tantos años.

El apretón de manos es firme, las presentaciones cordiales, pero mis ojos se desvían inevitablemente hacia ella, hacia América Bennet.

—Y tú debes de ser la hermosa América —digo, ofreciéndole una sonrisa que espero que resulte tranquilizadora.

Ella me la devuelve con una gracia que hace justicia a su reputación, y su mano encuentra la mía en un saludo que parece sellar nuestro destino compartido.

—Permitidme que os presente a mis hermanos —continúo, llamando a Vincent, Luca, Marco y Bela para que se unan a nosotros.

Las formalidades fluyen con suavidad. Cada uno de mis hermanos aporta su propio tipo de encanto a la conversación, pero está claro para todos que esta noche es mucho más que un simple intercambio de cortesías.

Cuando la música cambia a un ritmo que reclama el tradicional baile de los prometidos, le ofrezco mi mano a América.

—¿Me concederías este honor?

La pregunta es retórica, parte del espectáculo, pero su asentimiento va acompañado de un destello de expectación en los ojos.

Mientras bailamos, siento sobre nosotros la atención de todo el salón, las sonrisas ensayadas de invitados y familiares componiendo la imagen perfecta de felicidad. Pero detrás de cada movimiento, una pregunta persiste en mi mente: ¿quién es esta mujer que danza con tanta armonía entre mis brazos? La música nos guía por el salón en un remolino de luces y sombras y, mientras sus pasos siguen los míos con una elegancia sorprendente, percibo que, a pesar de la cercanía física, nos separa un abismo de desconocimiento.

La danza termina, los aplausos resuenan en el salón y nuestras miradas se encuentran: un momento de silenciosa reflexión

compartida. Mi prometida es una extraña perfecta, destinada ahora a caminar a mi lado.

Es todo lo que me prometieron.

Y, aun así, no es nada de lo que esperaba.

CAPÍTULO 4

SOFÍA RUSSO

En cuanto llego al pasillo, el delicioso aroma que sale de la cocina me envuelve de inmediato. Abro la puerta y me recibe la imagen de mis padres, ocupados con los últimos preparativos de la cena.

—¡Ya he llegado! —anuncio, colgando la mochila cerca de la puerta mientras me dirijo a la cocina.

—Justo a tiempo, cariño —dice mi madre con una sonrisa—. Ven, siéntate. La cena está casi lista.

En cuanto me siento a la mesa, el calor familiar de la cocina me envuelve y disipa los últimos restos del ajetreo del día.

—Entonces, ¿qué tal ha ido el día? —pregunta mi padre, pasándome un plato de ensalada.

—Ah, normal. Caos controlado en la cafetería y luego una pausa con Alex y Jamie en Java Joe's —respondo, sirviéndome.

Mi madre sonríe, interesada.

—¿Y tus amigos? ¿Cómo están?

—Bien. De hecho, han intentado convencerme de que me tome un descanso este verano. —Pincho un poco de ensalada mientras observo sus reacciones—. Dicen que me estoy convirtiendo en un elfo doméstico.

Los dos se ríen y mi padre bromea:

—Bueno, los elfos domésticos son famosos por su dedicación. Pero puede que tengan razón.

—Ya hemos hablado de esto, ¿no? —dice mi madre mientras me pasa el pan—. Sabemos que el dinero no sobra, pero entre tu beca parcial y lo que ganas los fines de semana, no necesitas cargarte con todo. Nosotros podemos cubrir el resto.

Dudo un momento, masticando un trozo de pan.

—Pero, mamá, sé que no tenemos ahorros. Quiero ayudar con los gastos. Después de terminar la reforma de la cocina nos gastamos lo que teníamos guardado. Cuando tengamos un fondo de emergencia, entonces sí podré pensar en vacaciones. Hasta entonces, todos estamos haciendo un esfuerzo extra. No quiero ser diferente.

—Sofía —replica mi padre con ese tono serio, aunque lleno de cariño—, entendemos tu preocupación y valoramos tus ganas de ayudar. Pero tu madre y yo ya estamos ocupándonos de eso. Yo he aceptado algunos proyectos extra y...

—Y yo estoy dando clases particulares por la noche —completa mi madre, apoyando la mano sobre la suya—. No queremos que pierdas tu juventud preocupándote demasiado por las finanzas. Ya estás haciendo muchísimo compaginando la universidad y el trabajo.

—Yo solo... —empiezo, con la lucha interna claramente reflejada en mi voz—. Solo quiero poner de mi parte.

—Y lo estás haciendo, cariño. Te estás esforzando muchísimo con los estudios y aun así has encontrado tiempo para trabajar. Eso ya es más que suficiente —dice mi madre, clavando sus ojos en los míos, un mar de comprensión y amor reflejado en ellos.

—Solo queremos que tú también tengas la oportunidad de disfrutar un poco. Como debería hacerlo una chica de tu edad — añade, intentando aligerar el ambiente con una sonrisa suave.

Suspiro, con la gratitud mezclándose con una punta de reticencia. Al mirarlos, al ver todo el esfuerzo que hacen para darme un futuro

mejor, siento que se me forma una oleada de emoción en el pecho.

—Está bien. Lo pensaré. Pero solo si prometéis mantenerme informada sobre las finanzas, ¿de acuerdo?

—Prometido —asegura mi padre con un gesto decidido.

—No te vas a creer la historia de este libro, Sofía. —Mi madre, animada, empieza a hablarme del libro que está leyendo—. Está ambientado en Italia, entre los paisajes preciosos de la Toscana. Cada descripción es tan vívida que sientes que estás allí.

Sus ojos brillan de entusiasmo.

Mi padre la mira con una sonrisa.

—Creo que ya hemos encontrado el próximo viaje soñado de tu madre.

Sonrío y recojo el hilo.

—¿Italia? ¿Cuánto costará un viaje a Italia?

Se hace una pequeña pausa y mis padres intercambian una mirada rápida.

—Bueno, depende de muchos factores —responde mi madre con cautela—. Pero siempre hay maneras de hacer que un viaje encaje en el presupuesto. Sobre todo si lo planeas con antelación y estás pendiente de las ofertas.

—Suena a una investigación interesante —añade mi padre, animándome—. Quién sabe, Sofía. Tal vez averiguar más sobre eso podría ser un buen proyecto para ti. Una forma de... disfrutar de tu juventud, como decíamos.

Me quedo pensativa. La idea de viajar a Italia, un lugar que siempre he querido conocer, empieza a tomar forma con más nitidez

en mi cabeza.

—Puede que sí debería mirarlo. Imagínate pasear por las mismas calles que describen en tu libro, mamá.

—¡Exacto! —sonríe ella, claramente satisfecha con el rumbo de la conversación—. Y quién sabe, quizá hasta encuentres tu propia aventura que contar.

Nos reímos juntos y, por un momento, la posibilidad de un viaje así ya no parece tan inalcanzable. Con su apoyo, empiezo a permitirme soñar un poco más, pensando en las experiencias y en las historias que podrían nacer de una aventura italiana.

—Voy a empezar a investigar —decido, sintiendo que una nueva determinación empieza a tomar forma dentro de mí—. Aunque no sea para este verano, nada me impide empezar a ahorrar para el siguiente.

—Exactamente, cariño. El futuro está lleno de posibilidades —coincide mi madre, alargando la mano para apretar la mía con suavidad—. Y vivirlas depende solo de ti.

Mi padre, siempre listo para añadir un toque de ligereza, levanta la vista con una chispa traviesa en los ojos.

—Eso sí, no empieces a hablar italiano en casa antes de aprenderlo bien. Lo último que necesitamos es una Ratatouille experimental intentando convencernos de que unos espaguetis aglio e olio son alta cocina.

Los tres nos echamos a reír, imaginándome torpemente intentando cocinar platos italianos con un libro de frases en una mano y una cuchara de madera en la otra.

—De acuerdo —respondo, siguiéndoles el juego—. Pero si termino abriendo el primer restaurante italiano auténtico de San Francisco,

seréis los primeros en recibir una invitación VIP... con descuento familiar, por supuesto.

—Ah, en ese caso, puedes empezar a practicar cuando quieras —dice mi madre con una sonrisa conspiradora—. Siempre que prometas que el primer plato que dominarás será la lasaña de la nonna.

—Trato hecho —respondo sonriendo, mientras nos levantamos para recoger la mesa. La promesa de futuras aventuras, reales o imaginadas, deja una sensación de expectativa flotando en el aire.

Más tarde, en mi habitación, abro el portátil y empiezo a sumergirme en el mundo de Italia. La conversación de la cena todavía resuena en mi cabeza, alimentando una curiosidad recién despertada y una chispa de entusiasmo por lo que el futuro podría traerme. La idea de viajar a Italia, que antes parecía un sueño lejano, empieza ahora a perfilarse como una posibilidad concreta.

Escribo "Italia destinos imprescindibles" en la barra de búsqueda e, inmediatamente, una avalancha de imágenes y artículos aparece en la pantalla. Cada clic me lleva a otra ciudad deslumbrante, a otro pedazo de historia viva. Desde Roma, con su imponente Coliseo y las calles vibrantes del Trastévere, hasta Venecia, con sus canales serenos y su arquitectura deslumbrante, siento como si estuviera empezando a reunir las piezas de un rompecabezas maravilloso.

Decido crear una carpeta en Pinterest titulada **"Viaje soñado – Italia"**. Empiezo a guardar imágenes: la Fontana di Trevi de noche, los viñedos ondulados de la Toscana, los acantilados dramáticos de la Costa Amalfitana.

Junto al portátil, empiezo a esbozar una checklist en mi cuaderno, una lista de **"Cosas que no me puedo perder en Italia"**. Apunto visitar la Galería Uffizi en Florencia, probar una auténtica pizza napolitana en Nápoles y perderme entre las antiguas ruinas de

Pompeya. Con cada punto que añado, la lista crece, y también mi determinación de convertir ese viaje en una realidad.

Por un momento, me permito soñar despierta con pasear por calles estrechas de piedra, sentir el calor del sol italiano en la cara y absorber la riqueza del arte y de la cultura que respira en cada rincón de ese país. Casi puedo saborear el helado, oír el murmullo de los mercados locales y ver el atardecer tiñendo de oro las fachadas antiguas.

—Algún día —murmuro para mí misma, mientras una sonrisa se dibuja en mis labios—. Algún día esto será algo más que imágenes en una pantalla.

Con esa promesa silenciosa hecha a mí misma, cierro el portátil, aunque dejo el cuaderno abierto sobre el escritorio, y abro mi Kindle para descargar cuatro novelas ambientadas en distintos lugares de Italia. No hay nada como vivir un sueño con un poco de romance de por medio. Leyendo puedo hacerlo sin salir de casa y, además, empezar ahora mismo.

CAPÍTULO 5

TROY MADDOX

Incluso bajo el sol radiante de una tarde que debería estar marcada únicamente por la celebración y los logros académicos, la tensión flota en el aire. Estoy rodeado por mi familia. Todos ellos, sin excepción, incluido Antonio, reunidos en mi graduación, un acontecimiento que, en circunstancias normales, sería motivo exclusivo de orgullo y alegría.

Sin embargo, la presencia de tantos soldados de la mafia Granada, discretamente mezclados entre la multitud, vestidos de civil pero con miradas que jamás se relajan, me recuerda los peligros a los que nuestra familia se enfrenta cada día. Es algo raro que estemos todos juntos en público, una vulnerabilidad que mi padre aceptó a regañadientes después de mucha insistencia por parte de mi madre. Ella quería que este día fuera especial, que la familia estuviera reunida para celebrar mi transición no solo hacia la vida independiente, sino hacia mi papel inminente dentro de nuestra organización.

La ceremonia en sí no es más que una sucesión de discursos, aplausos y nombres pronunciados en voz alta. Mi mente está en otra parte, atenta a cualquier movimiento sospechoso, a cualquier indicio de amenaza.

Saludo a mis compañeros de promoción y Pedro me levanta del suelo en un abrazo tan fuerte que casi me deja sin aire. Por el rabillo del ojo, veo a uno de los soldados de Granada, de paisano entre la multitud, llevarse discretamente la mano al arma escondida bajo la chaqueta. Sin decir nada, solo con una mirada firme y un leve gesto de cabeza, le hago entender que no hay motivo de alarma. La

tensión se disipa tan deprisa como ha aparecido, y la celebración continúa sin interrupciones.

—Tío, ¡casi me partes por la mitad con ese abrazo! —bromeo con Pedro cuando vuelvo a apoyar los pies en el suelo.

—Ah, ¡lo siento, Troy! Es que no podría estar más feliz, hermano, y necesitaba darte las gracias. Si no fuera por ti, jamás habría conseguido terminar la carrera. —Lo dice emocionado, sonriendo de oreja a oreja, antes de volver a abrazarme.

La graduación en Relaciones Internacionales es un hito, no solo en mi vida académica, sino también en el camino que me espera a partir de ahora. Mientras bajo del escenario, mi familia, los pilares de la mafia Granada, me espera. Cada uno de ellos refleja, a su manera, el peso y la expectativa de este momento.

Elegí estudiar Relaciones Internacionales de forma deliberada, no solo por interés personal, sino también por la necesidad de comprender el complejo tablero de alianzas y conflictos que define el escenario global. Esa comprensión es crucial para los negocios de la familia, que a menudo avanzan por la delgada línea que separa lo legal de lo ilícito, siempre con el objetivo de preservar nuestro poder y nuestra influencia.

Marco es el primero en alcanzarme, con una sonrisa enorme y un entusiasmo que irradia de él como el calor del sol en verano.

—¡Enhorabuena! —exclama—. Si todo sale mal en la mafia, todavía puedes convertirte en un diplomático respetable.

Antes de que pueda responder, siento el abrazo apretado de Vincent.

—Si todo sale mal, él será hombre muerto y el próximo Don seré yo —susurra, medio en broma, medio en serio.

Luca, siempre el más reservado, me dedica un asentimiento respetuoso, con una sonrisa leve jugando en sus labios.

—Enhorabuena, hermano. Te mereces cada aplauso.

Bela me arrastra hacia un abrazo estrecho.

—Don, diplomático, niño de mamá o lo que sea, siempre serás mi hermano favorito, y ese puesto viene con grandes responsabilidades —dice, con un tono tan amenazante como afectuoso.

Mis padres se acercan, y el abrazo de mi madre está tan lleno de amor y cuidado como siempre.

—Estamos tan orgullosos de ti, Troy —dice, con la voz quebrada por la emoción.

Mi padre, el imponente Leonardo Maddox, me pone una mano sobre el hombro y me mira con toda la fuerza de lo que no necesita decir.

—Estás preparado para lo que viene —afirma. No es una pregunta, sino una constatación.

Y luego está Antonio Vitale, cuyo saludo contenido lleva el peso de consejos no pronunciados y estrategias todavía por trazar.

La celebración de mi graduación continúa, envuelta en una atmósfera festiva mezclada con la tensión constante que nuestra familia parece arrastrar allá donde va. A medida que los invitados se dispersan, nos dirigimos a una recepción privada, un espacio reservado donde podemos bajar un poco la guardia, rodeados solo de gente de confianza.

La recepción está decorada con un equilibrio perfecto entre elegancia y discreción. Cada detalle ha sido elegido con cuidado para reflejar tanto la importancia del día como nuestra naturaleza

reservada. Las risas y las conversaciones llenan el ambiente, pero incluso aquí, las miradas de los guardias camuflados, estratégicamente situados alrededor del salón, vuelven el espacio opresivo.

Mi padre, con esa autoridad que domina de manera natural cualquier estancia, alza su copa en mi honor. Sus palabras están llenas de orgullo y de expectativa.

—Por la educación y por el futuro —declara, y las copas se levantan como respuesta.

Es un momento de unión, uno de esos instantes en los que la complejidad de nuestras vidas se entrelaza con la sencillez de un deseo paterno.

Después del brindis, Antonio se acerca a mí. Su mirada penetrante anticipa la conversación seria que está a punto de comenzar.

—Troy, tu camino hasta aquí ha sido admirable, pero el verdadero desafío empieza ahora. Tus habilidades y tus conocimientos serán puestos a prueba de formas para las que la academia nunca habría podido prepararte. ¿Estás listo?

La realidad de lo que significa formar parte de la mafia Granada, con todos sus matices y sus peligros, se vuelve más urgente con cada minuto que pasa.

—Estoy más que listo, Antonio. Sé perfectamente a lo que se enfrenta nuestra familia y el papel que debo desempeñar.

***

El aire fresco de la noche golpea mi rostro, trayendo consigo el perfume del jazmín que crece en abundancia a lo largo de los

senderos de piedra. Las luces suaves empotradas en el suelo iluminan mis pasos, mientras la ciudad brilla a lo lejos, como un recuerdo distante del mundo que existe más allá de los muros de nuestra residencia.

La terraza, amplia y decorada con elegancia con muebles de hierro forjado y cojines cómodos, ofrece una vista panorámica del enorme jardín de la propiedad, ahora bañado por la luz plateada de la luna. Una chimenea exterior, encendida para combatir el frescor de la noche, proyecta sobre nosotros un resplandor cálido que crea una atmósfera íntima.

—¿No vas a salir con tus compañeros de la universidad para la última juerga? —pregunta Marco cuando me ve llegar, con una sombra de burla en la voz, mientras se acomoda en una de las sillas alrededor del fuego.

Niego con la cabeza, con una sonrisa melancólica en los labios.

—No. Esa parte de mi vida terminó en el momento en que recibí el diploma. Ahora tengo responsabilidades mayores, y aquí... —hago un gesto amplio, incluyendo no solo la terraza, sino todo lo que representa— es donde debo estar.

Vincent se apoya en la barandilla, contempla el horizonte un instante y luego vuelve su mirada intensa hacia mí.

—Entonces no ha cambiado nada. Sigue siendo aquí donde planeamos nuestro futuro, lejos de las distracciones y cerca de lo que realmente importa, ya sea la próxima partida de Jaque Mafia o tu ascenso como Don.

Luca elige un sitio junto al fuego, dejando que las llamas iluminen sus facciones pensativas. Bela camina hasta la barandilla, al lado de Vincent, y mira las estrellas como si buscara en ellas la promesa de aventuras futuras.

—Todo cambia, Vincent. Absolutamente todo cambia, salvo esto. Salvo nosotros. Aquí todo sigue igual, ahora y siempre —le aseguro a mi hermano.

—Te queda un año, Troy. —La mirada desafiante que conozco tan bien no tarda en delatar sus ambiciones—. Disfruta de tu reinado sin tenerme respirándote en la nuca. En cuanto yo me gradúe también, seré el segundo al mando, y no pienso ponértelo fácil. ¿Estás preparado para eso?

He perdido la cuenta de las veces que me han hecho esa pregunta últimamente, pero esta vez puedo ser sincero.

—La verdad es que lo estoy deseando, Vincent. —Le aprieto el hombro con la mano—. Tu fuerza será esencial para lo que planeamos. Juntos vamos a expandir el poder de Granada mucho más allá de la visión de nuestro padre.

Luca aparta la vista del fuego y se cruza primero con los ojos de Marco antes de recorrer nuestro pequeño círculo contemplativo. Suspira, como si sopesara cada palabra antes de hablar.

—He estado pensando... en las oportunidades que se nos abren ahora. Que Troy asuma el puesto de Don no es solo un cambio de liderazgo; es una oportunidad para redefinir nuestras estrategias.

—¿En qué sentido? —Bela inclina la cabeza, curiosa, animándolo a continuar.

Luca se acomoda en la silla, y la luz del fuego subraya la seriedad de sus ojos.

—Nuestro padre construyó un imperio con ciertas... reservas. Hay alianzas que evitó, limitando nuestro alcance. Troy, tú tienes una visión distinta, una comprensión del mundo que va más allá de lo que se nos ha permitido hasta ahora.

Vincent cruza los brazos, interesado.

—¿Estás sugiriendo que nos expandamos hacia territorios o mercados que nuestro padre considera fuera de los límites?

—Exactamente —asiente Luca—. Con Troy al mando, tenemos la oportunidad de explorar esas alianzas, de crecer de formas que antes eran impensables. No digo que vaya a ser fácil ni que esté exento de riesgos, pero es una evolución necesaria.

Marco suelta un silbido bajo, impresionado.

—Mira tú, Luca afilando las garras. Pero tienes razón. Estamos en un punto de inflexión, y puede ser un arma de doble filo.

—Menos mal que cinco cabezas piensan mejor que una —interviene Bela con total sencillez.

—Sea lo que sea, estamos juntos en esto. Yo solo seré el primero en subir ese escalón. Y no podría estar más de acuerdo contigo, Luca. La nueva era de Granada está en nuestras manos, para bien o para mal.

—Y, como siempre, yo seré la última en llegar. —Bela se pone en pie, renuncia a su copa y vuelca la botella para beber directamente del cuello—. Debería unirme a la oposición. Abrirme mi propio camino como gobernante. Papá nunca va a dejarme salir de casa —amenaza y, aunque hay una parte de verdad en ello, sé que se cortaría ambas manos antes de traicionar a nuestra familia—. Quizá el año que viene debería liarme con uno de los profesores particulares, solo para que vea que merezco estudiar fuera tanto como vosotros. No sirve de nada tenerme encerrada.

Su declaración provoca risas y expresiones de falso horror entre nosotros.

—Eso sin duda haría que nuestro padre replanteara sus estrategias de "protección" —digo, apoyando su búsqueda de independencia y respeto—, pero acabaría con la vida del pobre profesor al que eligieras.

Levantamos nuestras copas hacia la botella de Bela en un brindis no solo por nuestros planes, sino por la fuerza y la unión que nos definen.

—Por nosotros, por nuestra familia y por el futuro que construiremos juntos.

El sonido cristalino del brindis resuena bajo las estrellas, como un juramento de lealtad, poder y ambición. En ese instante siento una certeza inquebrantable en el corazón: con mis hermanos a mi lado, no hay desafío demasiado grande, no hay tormenta que no podamos enfrentar.

Somos los Maddox.

Y juntos redefiniremos lo que significa ser una fuerza con la que hay que contar.

CAPÍTULO 6

SOFÍA RUSSO

Arrastro los pies por la arena caliente de Baker Beach, con la energía y el entusiasmo burbujeando dentro de mí como un volcán a punto de entrar en erupción. El sol de San Francisco baña el paisaje de oro, convirtiendo el Golden Gate, a lo lejos, en una estampa digna de una postal.

—¡Por fin, vacaciones! —celebro, alzando los brazos hacia el cielo como si intentara abrazar el propio sol.

Jamie, Alex y Maya, que vienen justo detrás de mí, no consiguen contener la risa al ver mi entusiasmo.

Maya se ha unido a nosotros casi por casualidad. Es compañera de clase de Jamie y comparte varias asignaturas con él, pero nunca se había acercado realmente a nuestro círculo hasta hace unas semanas, cuando un trabajo en grupo los juntó. Jamie, que siempre ha sido más reservado, parecía especialmente interesado en incluirla, y eso no se nos pasó por alto ni a Alex ni a mí, así que la invitamos a dar una vuelta después de la última clase.

—¡Esta es la libertad que estaba esperando! —grito, girándome para mirarlos y encontrándome con sonrisas tan radiantes como el día.

Jamie acelera el paso hasta colocarse a mi lado, compartiendo mi energía.

—Siempre sabes cómo convertir cualquier día en un acontecimiento, Sofía.

—Hoy tenemos que hacer algo distinto. —Alex escruta el horizonte en busca de una idea—. Algo que marque el comienzo real de las vacaciones.

Maya, con una sonrisa tímida que le ilumina la cara, añade:

—Dicen que el banana boat de esta playa es increíble.

—¿Ah, sí? —pregunta Alex, mirando el puesto de alquiler de los hinchables en forma de banana.

—¡Solo lo sabremos si lo probamos! —respondo, echando a correr ya hacia el puesto.

Alex me sigue, dejando a Jamie y a Maya un poco atrás.

Llegamos jadeando al puesto de alquiler, con la expectación haciéndonos sonreír de oreja a oreja. El instructor, un tipo bronceado con una simpatía contagiosa, nos recibe con una sonrisa enorme.

—¿Listos para la aventura del día? —pregunta, mientras nos entrega los chalecos salvavidas.

—¡Más que listos! —responde Alex.

Jamie y Maya llegan hasta nosotros, y la ilusión en los ojos de Maya resulta imposible de ignorar.

El instructor nos guía hasta el banana boat, amarrado junto a la orilla, y sus instrucciones, breves pero claras, se elevan por encima del sonido de las olas.

—Agarraos bien de las asas e intentad mantener el equilibrio. Si os caéis, no os preocupéis. Forma parte de la diversión y estaremos aquí para ayudaros.

Uno a uno, ocupamos nuestros sitios en el hinchable: Alex y yo delante, con Jamie y Maya justo detrás. La lancha empieza a moverse, y el banana boat cobra vida, deslizándose sobre el agua a una velocidad que parece aumentar a cada segundo.

—¡Esto es increíble! —grita Maya, y la adrenalina transforma su sonrisa tímida en una expresión de pura felicidad.

El agua salpica por todas partes y la sensación de velocidad es embriagadora. Un instante estamos planeando suavemente sobre las olas; al siguiente, salimos despedidos por el aire para volver a caer con una salpicadura gigantesca.

—¡Uuuh! —grito, sintiendo el viento y el agua en la cara, con la libertad y la emoción corriéndome por las venas.

Jamie, que al principio se aferraba a las asas con cierta cautela, ahora se ríe a carcajadas, completamente entregado a la experiencia.

En una curva especialmente cerrada, Alex finge perder el equilibrio y provoca gritos y risas.

—¡Agarraos fuerte o os convertiréis en comida para peces! —bromea, gritando por encima del rugido del motor.

Cuando por fin la lancha reduce la velocidad y nos devuelve a la playa, bajamos del banana boat con el cuerpo todavía temblando por la descarga de adrenalina. Tenemos el pelo y la ropa completamente empapados, pero nuestros sonrisas no podrían ser más satisfechas.

—Eso ha sido... surrealista —exclama Jamie, mirando a todos, con una sonrisa que refleja a la perfección la sensación de libertad y alegría que compartimos.

—¡Tenemos que repetirlo más veces! —coincide Maya, con los ojos brillándole todavía por la emoción de la aventura.

Volvemos caminando hasta nuestra toalla en la arena y aparto a Jamie un poco del grupo.

—Maya parece maja, ¿no? —digo, intentando sonar lo más sutil posible—. Ha venido aquí por ti, clarísimamente.

Jamie, un poco sorprendido, mira hacia Maya, que está observando el océano mientras la brisa le revuelve el pelo.

—¿En serio? ¿Tú crees?

Alex se une a la conversación, aportando su dosis habitual de empuje.

—Totalmente. Deberías pasar tiempo con ella hoy. Disfrutar de la playa... vosotros dos solos.

Jamie parece pensárselo unos segundos antes de asentir, y una sonrisa empieza a dibujársele en la cara.

—¡Mejor comienzo de vacaciones imposible! —digo, y todos están de acuerdo—. Pero la elfa doméstica que os habla tiene que volver a su castillo a trabajar. Alex y yo vamos a dejaros solos. Tengo un turno extra en The Golden Brew y necesito pasar antes por casa para cambiarme. —Ya me anticipo al agobio—. ¿Vamos, Alex?

—Vamos. He quedado con mi padre esta tarde. Está pensando en alquilar una autocaravana para el verano y sorprender a mi madre.

—¿Te quedas conmigo, Maya? —pregunta Jamie.

—Claro. No vamos a desperdiciar un día perfecto como este —responde ella sonriendo.

Alex y yo nos despedimos enseguida con un gesto despreocupado, prometiendo vernos más tarde.

La brisa marina me desordena el pelo mientras inmortalizo ese instante de libertad con una foto rápida para las stories. La arena de la playa, todavía metida en cada pliegue de mi ropa, y la sensación de humedad de agua salada resbalándome por las piernas me acompañan en el trayecto de vuelta a casa.

En cuanto cruzo la puerta, la sorpresa que me espera barre de inmediato el cansancio y las ganas enormes que tenía de darme una ducha rápida y echarme una siesta. Los tres globos, balanceándose suavemente sobre la encimera de la cocina, y la elegante caja colocada a su lado captan toda mi atención. Una sonrisa se forma sola en la comisura de mis labios.

El mensaje que encuentro en el pequeño sobre, tan característico del humor y del amor de mis padres, me hace reír por lo bajo mientras lo leo.

Siempre han sabido cómo empujarme a buscar más de la vida, y siempre de una manera que es muy nuestra.

El descubrimiento de los billetes de ida y vuelta a Italia y del folleto explicativo sobre la oportunidad de trabajar en una heladería mediante un sistema de voluntariado llamado Worldpackers me deja literalmente sin aliento.

De verdad lo han hecho, me susurro a mí misma, con la gratitud llenándome el pecho.

Durante un instante me quedo ahí, sentada sobre la alfombra, dejando que la realidad de todo aquello me envuelva. Vivir en Italia, aunque solo sea durante tres meses, trabajando apenas unas horas al día, es la libertad que ni siquiera sabía que necesitaba hasta este mismo instante. Una oportunidad de sumergirme en una cultura

distinta, aprender un poco de otro idioma y, quién sabe, hacer nuevos amigos al otro lado del océano.

Sí, esto es totalmente una película de Netflix, pienso, imaginándome ya las escenas: las calles estrechas, el sabor del helado, las conversaciones al atardecer. La idea de contar esa historia, mi historia, me llena de una emoción casi infantil.

Me pongo de pie y empiezo a hacer mentalmente una lista de todo lo que tengo que preparar. Tengo que hablar con Jake, avisar a Jamie y a Alex... van a alucinar cuando se enteren.

«Tu aventura empieza aquí», leo en el post-it pegado al fondo de la caja, dejando que el significado de esas palabras se me meta muy dentro.

Todavía quieta en el salón, con la caja vacía a mi lado y los globos flotando sobre mí, dejo que la realidad de la sorpresa de mis padres termine por golpearme de verdad.

Miro a mi alrededor, y el espacio familiar de siempre de pronto parece demasiado pequeño para contener la expansión repentina de mis sueños.

—Italia —repito para mí misma, con una mezcla de incredulidad y entusiasmo tiñéndome la voz.

La idea de cruzarme con personas de todas partes del mundo, y no desde la seguridad de una cafetería, de vivir un pedacito de las historias que leo o que me cuentan, me acelera el corazón.

Respiro hondo, sintiendo que una oleada de expectación me envuelve.

Bueno, chica Italia, vamos a ver qué tienes reservado para enseñarme.

CAPÍTULO 7

TROY MADDOX

En el centro de la mansión Maddox, la expectación flota en el aire, casi tan densa como el silencio. Mis padres están frente a mí, con un sobre en la mano y una gravedad compartida en la mirada que pocas veces les he visto. No es un momento cualquiera, y la atmósfera cargada de significado me pone en alerta.

—Esto es un regalo de boda anticipado, Troy. Un pase libre antes de que asumas nuevas responsabilidades —dice mi padre, con su voz seria.

—Tío... —Marco irrumpe en el momento con su risa de siempre—. Si yo tuviera un pase libre así, querría comprobar si Las Vegas es capaz de aguantar el ritmo de los Maddox. —Me lanza una mirada cómplice.

Vincent, con los brazos cruzados y media sonrisa en la cara, no deja pasar la oportunidad de soltar su habitual veneno fraternal.

—Solo espero que sepas aprovecharlo. Si fuera yo, ya tendría un plan de viaje que haría que este regalo mereciera la pena. Puede que padre se arrepintiera de su confianza el primer día.

Luca me observa con esa curiosidad que lo define.

—Yo también tengo curiosidad por ver cómo vas a utilizarlo, Troy. Pero estoy convencido de que será algo digno de un Maddox. Aunque la palabra dignidad se esté usando aquí en un sentido completamente figurado.

—Apuesto a que, si fuera yo, me regalarían una llave dorada para la próxima jaula a la que me iría a mudar —murmura Bela, sin

perder su espíritu combativo, aunque en su tono hay más cariño que auténtica irritación.

—Cada uno tiene el regalo de boda que se merece, ¿no? —remata papá, y todos sabemos que, cuando llegue el turno de mi hermana, será el comienzo de una era oscura para los Maddox.

Con el sobre en la mano, no consigo contener la sonrisa que se me escapa. La idea de una aventura solo mía, un momento de libertad antes de lanzarme de cabeza al destino que me espera, me llena de una felicidad genuina.

—¿Ya sabes adónde vas a ir? —pregunta mi padre, observándome con atención.

—Voy a visitar nuestras raíces en Italia —respondo, sintiendo una mezcla de nostalgia y anticipación—. Quiero conocer el lugar del que venimos, probar un poco de la vida corriente que podríamos haber tenido si el nonno no hubiera elegido el camino que eligió.

Un silencio reflexivo se instala en la estancia. Como cada vez que hablamos de nuestros abuelos, es como si todos fuéramos transportados por un momento a las colinas onduladas y a los viñedos de la tierra que una vez llamaron hogar. La historia de nuestra familia, marcada por el trabajo duro en los campos y las viñas bajo el sol de Italia, contrasta con fuerza con el poder y la influencia que hoy ejercemos en el mundo del crimen organizado.

Mi padre me mira con una expresión en la que se mezclan la nostalgia y el reconocimiento.

—Allí, nuestros antepasados cultivaban la tierra y vivían el día a día con el sudor de su trabajo. Había sencillez, pero también una fuerza indomable, una voluntad de vivir cada momento plenamente —nos recuerda, y su voz da vida a las imágenes de los viñedos bajo el sol italiano, de las comidas familiares al aire libre, rodeadas por el

zumbido de conversaciones y risas, tal como las contaba siempre mi abuela.

Las ganas de reconectarme con esa parte olvidada de nuestra historia crecen dentro de mí. La necesidad de explorar los paisajes que sirvieron de telón de fondo a las historias de mi abuelo, de sentir los sabores y los aromas de su juventud antes de que la sombra del crimen organizado se extendiera sobre nuestra familia.

¿Y si nuestro destino hubiera sido otro?, me pregunto, imaginando una vida en la que la mafia no definiera quiénes somos.

—Esas raíces, aunque lejanas, siguen formando parte de nosotros. —Mi madre se acerca y me habla directamente a mí—. Conocerlas, sentirlas... puede darte una nueva perspectiva sobre lo que realmente importa, Troy.

Tiene razón. Hay algo irresistiblemente atractivo en la idea de caminar por las mismas calles que pisaron mis antepasados, perderme entre los colores y los sonidos de un mercado italiano e incluso descubrir los secretos de recetas transmitidas de generación en generación. Es un viaje en busca de comprensión, un intento de experimentar una vida no marcada por la violencia y el poder, sino por la sencillez y la alegría de las pequeñas cosas.

—Quién sabe lo que voy a encontrar allí —digo, más para mí mismo que para los demás.

—Tu aventura empieza aquí —dice mi madre, abrazándome.

Mis hermanos ya han vuelto a sus provocaciones y risas habituales, pero mi mente se ha quedado prendida de las calles empedradas, los campos verdes y las heladerías italianas que me esperan.

Es más que un viaje.

Es la oportunidad de ver el mundo no como el heredero de un imperio criminal, sino como un hombre libre.

No estoy huyendo de mis responsabilidades; las estoy enfrentando de una forma que solo yo puedo. Este desvío me enseñará un lado de la vida que la mafia jamás podría mostrarme.

Voy a descubrir quién es Troy cuando no está siendo el futuro Don de la mafia Granada.

CAPÍTULO 8

SOFÍA RUSSO

Mi habitación refleja el caos emocionante que precede a un gran viaje.

Prendas cuidadosamente seleccionadas están esparcidas por cada superficie disponible, cada una elegida no solo pensando en el clima italiano, sino también en su versatilidad.

Mientras intento encajarlo todo en la maleta, me doy cuenta de que cada prenda, cada objeto que decido llevar, es una pieza del rompecabezas de la persona en la que espero convertirme durante este viaje. Necesito llevar lo suficiente para estar preparada, pero no tanto como para seguir atada a las comodidades de casa.

Cada cosa que doblo y guardo en la maleta parece cargar con su propio peso de expectativas y promesas de aventura. Es como si estuviera empaquetando una versión de mí misma, lista para desplegarse y descubrirse en Italia.

Se me cae una camiseta y algo se desliza fuera de ella hasta acabar en el suelo. Me agacho para recogerlo y reconozco una foto descolorida mía en la playa, con una sonrisa despreocupada en los labios y el viento jugando con mi pelo.

Aquella Sofía jamás habría imaginado que algún día estaría haciendo la maleta para el viaje de sus sueños durante las vacaciones de la universidad. Creo que ni siquiera la Sofía de ahora ha terminado de creérselo del todo. No estaré segura de que todo esto es real hasta que ponga un pie fuera del avión y no entienda nada de lo que dicen a mi alrededor.

Dejo la foto encima del escritorio, aunque luego la guardaré en mi diario de viaje. Un pequeño trozo de casa para llevarlo conmigo vaya donde vaya.

Aparto papeles y bolígrafos hasta dar con el portátil. Lo abro con un movimiento rápido y mi checklist de viaje ya está ahí, esperándome.

—Pasaporte, check. Billetes, check... —empiezo a marcar los ítems que estoy convencida de que voy a olvidar y con los que voy a arruinarlo todo en el último minuto. Cada «check» me acerca un paso más a Italia—. Un corazón abierto a nuevas experiencias... Eso ni siquiera necesita check. Ya está más que listo.

No puedo evitar una risita nerviosa.

—Italia, allá voy —digo en voz alta, sin dirigirme a nadie en particular, sintiendo que una oleada de emoción me atraviesa.

Decido hacer una pausa con la maleta. Ya he revisado y vuelto a revisar todo lo que voy a llevar unas quinientas veces. En cada ronda saco cosas de las que estaba segura cinco minutos antes y meto otras tantas que ya había descartado.

Voy a la cocina para practicar un poco más mis presentaciones de helado. Aprovecho que tengo a mis cobayas favoritas a mano y que todavía no he recogido el desastre que monté después de cenar.

Friego los platos con la misma cara que llevo puesta y los dejo apilados en el escurridor. Con el espacio libre, transformo mi ansiedad en creatividad, usando fruta y hielo para simular la experiencia de preparar helados. Colores intensos, sabores refrescantes... cada intento es un ensayo para los retos y las alegrías que me esperan trabajando en la heladería.

Mi madre, al encontrarme allí, comenta el desorden creciente, aunque su sonrisa delata orgullo.

—Te lo estás tomando en serio, ¿eh?

Con unas bolas de mi helado improvisado, que he preparado antes simplemente triturando fruta y hielo, una de cada color, intento crear algo que se parezca a lo buenos que imagino que deben de ser los gelati italianos, y se lo tiendo.

—Creo que ya es seguro decir que eres una especialista montando bolas de helado, Sofía. Si no paras, cuando vuelvas ni tu padre ni yo habremos conseguido vaciar el congelador.

—Tienes razón, pero me estoy poniendo nerviosa y ya no sé qué más hacer para prepararme mejor.

—Sofía, vas a hacer un voluntariado de intercambio. Nadie espera que seas la empleada del mes. Solo que eches una mano unas cuantas horas y que no te metas en demasiados líos. No vas a empezar en un trabajo nuevo del que dependa tu vida. Vas a viajar y a disfrutar de tus vacaciones, no lo olvides.

—Lo sé, lo sé. Es solo que no quiero que piensen que soy una desinteresada o una ingrata.

—No lo van a pensar. Tus anfitriones tienen valoraciones estupendas. A todos los voluntarios les encantó estar allí —me asegura mi madre, quitándome la copa alta de helado de la mano y empujándome suavemente de vuelta hacia mi habitación.

Me siento frente al ordenador y vuelvo a rebuscar por enésima vez en la guía de Worldpackers. Mientras anoto consejos de otros viajeros sobre el alojamiento y las mejores horas para hacer el voluntariado, una notificación parpadea en la pantalla. Es una invitación a videollamada de Jamie y Alex. Sonrío, aliviada por esa pausa en medio de mis obsesiones pre-viaje.

Acepto y me reciben sus caras sonrientes, tan ansiosos y emocionados por mi aventura como yo.

—Entonces, ¿lista para convertirte en la reina italiana del gelato? —bromea Jamie, picándome.

Repaso con ellos mis últimos descubrimientos en la guía de Worldpackers, las notas meticulosas que he tomado sobre todo, desde cómo integrarme con la gente local hasta los supuestos secretos para un helado perfecto. Escuchan con atención y me regalan palabras de ánimo y consejos útiles, de esos que solo saben dar los amigos de verdad.

—Solo no te olvides de nosotros cuando estés ahí viviendo la dolce vita, ¿vale? —dice Alex en tono dramático, llevándose la mano al corazón.

—Os voy a mandar millones de audios y vídeos todos los días. Vais a acabar suplicándome que pare.

Se ríen, los dos de acuerdo. Yo no soy ninguna reina de las redes sociales ni nada por el estilo, pero Dios sabe que tengo intención de sepultar a todo el mundo bajo actualizaciones no solicitadas.

—Todavía ni me he ido y ya estoy pensando en cómo será volver para más —confieso, con una punzada de nervios atravesándome.

—Lo vas a petar, Sofía. Y vamos a querer escuchar cada historia, cada detalle —dice Jamie—. Ya ha salido todo bien.

—Solo queríamos hacerte una última revisión antes de dormir, pero yo tengo que irme —avisa Alex, y Jamie asiente—. Si me necesitas, ya sabes.

—No te llame. —Lo repetimos los tres al mismo tiempo.

Nos despedimos, corto la llamada y me quedo agradecida por esa pausa en mitad de mi pequeño colapso.

Vuelvo a cerrar la maleta. Me doy otra ducha y me pongo un pijama más ligero. Las horas parecen no pasar, y ni el agua ni la comodidad del pijama consiguen silenciar la mezcla de ansiedad y emoción que me llena la cabeza.

Dormir se convierte en una misión casi imposible. Me tumbo en la cama, cierro los ojos e intento calmar la mente imaginando esos rincones pequeños que he visto en Google Maps.

—Esto es real. Mañana viajo de verdad a Italia —repito en voz alta, dejando que la realidad de la aventura que me espera termine de asentarse dentro de mí.

No me doy cuenta del momento exacto en que el cansancio vence a la ansiedad y me duermo, porque mis pensamientos empiezan a mezclarse con sueños en los que Italia me espera con los brazos abiertos y, con ella, un capítulo entero de mi vida listo para ser escrito.

CAPÍTULO 9

TROY MADDOX

Rodeado por el bullicio del aeropuerto de Madrid, siento una libertad que rara vez acompaña a mi apellido. Aquí no soy más que otro viajero, fundido en la multitud anónima. Mientras observo el flujo constante de gente, mis ojos se detienen en una figura que destaca precisamente por su sencillez: no porque esté haciendo nada extraordinario, sino justo por lo contrario. Es solo una chica absorta en un libro, con una taza de café balanceándose peligrosamente al borde de la catástrofe.

La manera en que reacciona a lo que parecen ser las últimas páginas hace pensar que está conversando con alguien invisible. La sonrisa plena en su rostro me arranca otra a mí, y la sensación es buena, cálida, nueva... y solitaria.

Es un contraste vivo con todo lo que la rodea, un destello de tranquilidad en medio del caos.

La idea de acercarme juguetea con mi cabeza, tentadora, pero enseguida la descarto. Un flirteo innecesario e imprudente, decido. Y, aun así, no consigo dejar de mirarla ni de disfrutar de ese instante distraído que parece solo suyo.

Antes de que pueda evitarlo, se gira de golpe, como si hubiera sentido mi mirada. Sus ojos encuentran los míos y yo no cedo ante su escrutinio. Contra todas mis expectativas, es ella quien se acerca, con una curiosidad luminosa en los ojos.

—Estabas intentando ver qué libro estaba leyendo, ¿a que sí? —afirma sin darme tiempo a responder—. Sé perfectamente cómo va eso. Yo siempre siento curiosidad y trato de leer el título en la

portada como sea, y al final parezco una rara, porque la gente cree que los estoy mirando a ellos y no al libro.

Levanta el libro en alto y lo abre delante de mí para que vea bien la portada. Demasiado cerca, diría mi guardaespaldas si hubiera venido conmigo.

Una sonrisa me parte la cara por la soltura con la que se mueve, por la forma en que invade mi espacio personal sin pedir permiso, sin importarle, simplemente acercando esa sonrisa enorme a la mía, y acabo de descubrir que combina a la perfección con ella. Intento obligar a la comisura de mis labios a volver a mi expresión seria habitual y fracaso estrepitosamente. El hecho de que yo no le responda no parece causarle la más mínima incomodidad.

—Seguramente te va a encantar. Tiene un poco de aventura, un poco de misterio...

No deja de hablar. Cada palabra sale más rápido que la anterior y yo apenas consigo seguirle el ritmo, porque mi cuerpo ha decidido que nuestra reacción ante ella no va a conformarse solo con esa sonrisa involuntaria. Huele bien. Su voz es una delicia. Y su entusiasmo resulta contagioso.

Miro a un lado y a otro, intentando no convertirme en el idiota que le recorre el cuerpo con los ojos a una mujer cualquiera en medio de un aeropuerto, y consigo contener la necesidad absurda de admirar las curvas que sé que tiene exactamente donde deberían estar.

Después de un monólogo entusiasta, se detiene de golpe, por fin consciente de su propia verborrea.

—Oh, Dios mío. Tú no hablas inglés, ¿verdad? Perdona, yo aquí hablando sin parar...

No puedo evitar reírme.

—En realidad, sí hablo inglés —consigo decir al fin, controlando el impulso absurdo que tengo de cerrar las manos sobre su cintura. ¿Estoy perdiendo la cabeza?

—Hablas, pero tampoco demasiado. Ya lo he entendido. Low profile y todo eso. Vale. —Parece desanimarse al decidir, de inmediato y con razón, que soy un compañero horrible para una conversación casual—. Bueno, yo ya lo he terminado. Te lo puedes quedar —dice, tendiéndome el libro, y su oferta inesperada me deja descolocado.

Su forma directa de entrar en mi burbuja de aislamiento me desarma. Durante un segundo me quedo sin palabras, atrapado por la naturalidad de su gesto.

—Gracias —digo, alargando la mano hacia un libro que no tengo intención de leer y esperando que complete mi frase con su nombre.

—Sofía —responde simplemente, entendiéndome—. Sofía Russo —añade.

—Gracias por el libro, Sofía.

—No pasa nada. Es una cosa menos que cargar por ahí. —Se encoge de hombros y luego añade—: Bueno. Buen viaje... supongo.

Se gira y, con cada paso que da alejándose de mí, todo empieza a parecer profundamente equivocado, hasta el punto de que me descubro queriendo detenerla.

Doy unos pasos rápidos en su dirección y le sujeto la mano. Ella se vuelve.

—¿Te apetece un café? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo —. Por la amabilidad. —Levanto ligeramente el libro para disimular el impulso.

—Pensé que nunca lo preguntarías. Eres lentísimo, ¿eh?

—¿Lentísimo?

—Sí. En las películas, a estas alturas ya tendríamos tres hijos y dos perros antes de que anunciaran el vuelo.

La respuesta, completamente disparatada y dicha con la mayor seriedad del mundo, me hace estallar en una carcajada que llama la atención de algunos viajeros que pasan junto a nosotros.

—Tengo una lista de cosas inesperadas que esperaba que pasaran en este viaje. Pensé que tú serías la primera, pero me ha tocado un tímido en la rifa —se queja, al parecer convencida de tener toda la razón.

¿Tímido? ¿Yo? Dios. Cuando se lo cuente a Bela, va a pensar que me he inventado a esta chica.

—En esa lista de cosas inesperadas, ¿qué tal si un desconocido te invita a un helado a cambio de un libro en un aeropuerto?

La sorpresa y el placer brillan en sus ojos.

—¿En serio? Eso sería increíble. Muchísimo mejor que un café. Necesitaba algo que me distrajera de este retraso. ¿Tenemos que volver a representar toda la escena? —pregunta, mirando el panel de vuelos y calculando, seguramente, cuánto tiempo tiene.

—Podemos fingir que todo empieza a partir de este momento —le aseguro, todavía con la sombra de una sonrisa en la boca.

—Trato hecho. Me encantaría un helado, aunque mi madre me ha repetido toda la vida que no acepte nada de extraños.

—Estoy bastante seguro de que mi madre también me advirtió que no me liara con mujeres que me ofrecen dos hijos y un perro en

un aeropuerto.

—Tres —me corrige—. Tres hijos y dos perros. Una familia grande, como en los anuncios de la tele.

Mientras caminamos hacia la cafetería más cercana, siento una ligereza que hacía mucho que no experimentaba. La conversación fluye con naturalidad y con una facilidad divertida, y cada risa suya hace que quiera saber más de la persona que se esconde detrás de esa sonrisa fácil.

—Entonces, ¿de dónde eres? —pregunto.

—De California. ¿Y tú?

—De mucho más cerca de aquí de lo que puedes imaginar —respondo, evasivo, pero sincero.

Mientras elegimos los sabores del helado, la facilidad con la que hablamos me sorprende. Ella habla de su vida en California con una pasión fascinante, y sus palabras pintan imágenes vivas de playas soleadas y aventuras despreocupadas. A cambio, me descubro compartiéndole fragmentos de mi propia historia, camuflados por la necesidad de mantener mi mundo en secreto y bajo sombra.

Cada risa, cada historia intercambiada, cose entre nosotros un hilo invisible, un vínculo inesperado que me obliga a cuestionarme todas las reglas que siempre he seguido.

Su risa es clara y contagiosa, y trae un calor inesperado al ambiente estéril del aeropuerto.

Cuando el anuncio de embarque atraviesa el aire, un destello de vacilación se mezcla con la inevitabilidad de la despedida. Siento un pequeño peso en el pecho, una resistencia que me sorprende, teniendo en cuenta lo breve que ha sido nuestro encuentro.

—Espero que Italia sea todo lo que sueñas —dice, con los ojos brillándole entre despedida y esperanza.

—Y yo espero que descubras maravillas que nunca te atreviste a soñar, Sofía —las palabras me salen suaves, cargadas de una honestidad que me atraviesa hasta los huesos, con un deseo profundo de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Hay un momento, un suspiro de tiempo, en el que nuestras miradas quedan atrapadas la una en la otra, diciendo mucho más de lo que podrían decir las palabras. Es una promesa silenciosa, no de un futuro juntos, sino de la huella imborrable que este encuentro fugaz ha dejado en ambos.

Nos despedimos sin palabras, con un gesto cargado de significado. Mientras camino hacia la puerta de embarque, siento que algo cambia dentro de mí. En medio de la turbulencia de una vida marcada por la cautela y el deber, Sofía irrumpe como un cartel vibrante que me recuerda que la vida está hecha de momentos efímeros de belleza pura y de conexiones humanas genuinas.

Y mientras el avión despega, alejándome de ella, me invade la incómoda certeza de que este adiós no es el final de nuestra historia.

Quizá sea solo el principio.

CAPÍTULO 10

SOFÍA RUSSO

Plantada en medio del aeropuerto de Bríndisi, intentando no entrar en pánico, respiro hondo unas cien veces. Mi maleta, que parece haber desaparecido en el limbo del equipaje extraviado, lleva prácticamente toda mi vida. Bueno, quizá no toda mi vida, pero sí todo lo que necesito para las próximas semanas en Italia.

Me acerco al mostrador de información intentando recordar todas las palabras en italiano que he aprendido en los últimos meses.

—Scusi, la mia valigia non è arrivata... —empiezo a explicar, pero la confusión en la cara del empleado lo dice todo.

Estoy a punto de mezclar italiano con inglés, español y cualquier otro idioma que pueda hacerle entender mi situación, cuando una voz conocida interrumpe mi frustración creciente.

—¿Problemas con el equipaje?

Troy aparece a mi lado con una sonrisa fácil en los labios, como si el destino hubiera decidido lanzarnos juntos otra vez. Durante un segundo me pregunto si es real o si solo es una proyección de mi mente estresada.

—Ah, ¡Troy! No me puedo creer que estés aquí. —Mi sorpresa es completamente sincera—. Sí, mi maleta ha decidido tomarse unas vacaciones por su cuenta, al parecer.

Él se ríe, y su risa, de alguna manera, aligera la tensión que me oprime los hombros.

—Déjame ayudarte. Puede que yo tenga más suerte con el idioma local.

En cuanto Troy toma el mando, las cosas empiezan a resolverse. Su fluidez en italiano es impresionante y, en pocos minutos, consigue explicar mi situación muchísimo mejor de lo que yo habría podido hacer jamás.

Después de resolver lo de la maleta con una eficacia que me deja sorprendida, Troy y yo nos apartamos del mostrador. El aire del aeropuerto parece más ligero ahora, aunque la incertidumbre sobre mi alojamiento todavía sigue pesando sobre mí. Tengo que esperar tres días antes de poder volver a recoger la maleta, y todo lo que llevo conmigo es la mochila con algunas cosas básicas. Muy pocas, la verdad.

Mi móvil pita con un mensaje de mi anfitrión del voluntariado preguntándome si ya he aterrizado y si sé cómo llegar. Podría venir a buscarme, pero solo al final de su turno, y todavía faltan varias horas. Ha sido lo bastante amable como para enviarme también algunas opciones de transporte, por si quiero intentar llegar sola.

Abro Google aprovechando el wifi del aeropuerto para descargar todos los mapas y las indicaciones.

—¿Hay alguien esperándote para recogerte? —pregunta Troy, mirando la pantalla de mi móvil.

—No. En realidad he venido a hacer un voluntariado, un intercambio, como quieras llamarlo, pero mi anfitrión solo podía venir a buscarme al final del turno en el hostal, así que creo que voy a intentar apañármelas sola. Aquí dice —le enseño la pantalla— que en cuarenta minutos en tren llego.

—O puedo llevarte yo.

Troy lo dice mientras empezamos a caminar despacio por el pasillo del aeropuerto.

—¿Tú también vas a Lecce? —pregunto, desconfiando de tanta coincidencia junta.

—Ahora sí.

Doy un paso atrás. Las escenas de todas las películas sobre secuestros de turistas empiezan a pasarme por la cabeza a una velocidad absurda.

—Mmm... creo que no. Te lo agradezco de verdad, pero no puedo aceptar. Mi madre me mataría si me secuestrara un psicópata.

Troy suelta una carcajada, y yo no consigo evitar sonreír con él.

—Buen argumento. Aunque, para alguien que creía que yo era el protagonista de una película romántica cliché esperando a pasar, lo nuestro ha evolucionado muy rápido hacia una película de terror.

—¿Lo nuestro?

—Tú has dicho romance, no yo. Yo solo sigo tu línea. Sinceramente, no tengo forma de demostrarte que no soy un psicópata, así que hemos llegado a un punto muerto.

Entonces se me ocurre una idea, una manera de tranquilizar mis propios nervios y, de paso, sacarle algo de gracia a la situación.

—Vale, pues hagamos una cosa: te hago una foto y la subo a Instagram. Si me pasa algo, mis seguidores sabrán a quién buscar.

—Me parece justo —acepta, con una sonrisa divertida jugueteándole en los labios.

Nos hacemos la selfi y la subo con el texto: **"En caso de desaparición, preguntad por este tipo** 🦹♂️**"**. Los comentarios no tardan en llegar, algunos preocupados y otros muertos de risa con la situación.

—Listo. Ahora el mundo ya lo sabe. Oficialmente eres mi chófer y el principal sospechoso del crimen —digo, guardándome el móvil.

—Es un honor que me tomo muy en serio —responde Troy, fingiendo una solemnidad que enseguida se rompe con otra sonrisa.

***

Llegamos al hostal con el sol castigándonos la piel y bañando las calles de Lecce con un brillo casi mágico. El lugar, una mezcla de lo antiguo y algunos toques modernos, parece acogedor, pero lo que de verdad me llama la atención es la dinámica interior.

El hostal está lleno de vida, repleto de viajeros de todos los rincones del mundo. Un grupo de chicos, ya instalados, me lanza unas miradas demasiado evaluadoras en cuanto entro. De repente me siento muy consciente de la ropa arrugada y maltratada del viaje... y de la ausencia de mi maleta.

Troy, al notar mi vacilación, se inclina un poco hacia mí y murmura:

—Oye, si aquí te sientes incómoda, puedo llevarte a otro sitio o...

—No, está bien. Forma parte de la experiencia de viajar, ¿no? —respondo, intentando sonar más segura de lo que en realidad me siento.

Aun así, no puedo negar la gratitud que me provoca su oferta.

Mientras hago el check-in, Troy espera a un lado, y de vez en cuando su mirada recorre el ambiente. Es evidente que no le gustan nada los ojos que se posan sobre mí, y hay algo extrañamente reconfortante en saber que a alguien le importa.

—¿Qué te parece si, cuando te acomodes y descanses un poco, te enseño un poco la ciudad? Podemos cenar en algún sitio bonito —propone Troy una vez tengo la llave del dormitorio en la mano.

La idea de explorar Lecce con él resulta tentadora.

—Me parece una idea buenísima, pero... ¿conoces la ciudad? —pregunto, aunque en realidad ya sé la respuesta.

—La conoceremos juntos.

Lo dice con una seguridad que me hace sonreír.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto crees que te mereces por tu actuación como protagonista de mi comedia romántica personal hasta ahora? —pregunto, con una sonrisa traviesa.

Troy se ríe, y el sonido resulta todavía más agradable de lo que esperaba.

—Nunca me ha gustado conformarme con la mediocridad, así que voy a decir que un ocho. Pero te prometo que, antes de que termine la cena, estaré apuntando al diez.

—¿Un ocho? —Hago una pausa dramática, fingiendo que me lo pienso—. Me parece justo. Pero solo porque te has ofrecido a cargar con mi mochila.

Se inclina un poco hacia mí, con una chispa divertida en los ojos.

—Cuando salí de casa no venía preparado para una audición, Sofía. Dime, ¿me estoy ganando el papel de interés romántico en tu

novela o solo soy un figurante?

—Ah, eso lo tendrás que descubrir en la cena —respondo, mientras la anticipación por lo que pueda traer la noche me despierta un cosquilleo de emoción por dentro.

Quedamos a una hora concreta, y él se va prometiendo una noche digna de una película de Netflix. Palabras suyas, no mías.

En cuanto se marcha, la realidad me golpea de lleno.

Estoy en una ciudad extranjera, sin conocer a nadie, salvo a un hombre con el que me crucé por casualidad y con quien estoy a punto de quedar para cenar. A mi madre le daría algo si lo supiera.

Aunque, bueno... un poco de aventura nunca mató a nadie.

—Hasta la cena, Troy —murmuro para mí misma antes de subir al dormitorio mixto que voy a llamar hogar durante las próximas semanas.

CAPÍTULO 11

TROY MADDOX

Llego a mi habitación en el hotel de lujo, un contraste brutal con el ambiente modesto y lleno de vida del hostal donde se va a quedar Sofía. No puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar, a pesar de toda la comodidad.

No tarda mucho en sonar el móvil, anunciando una videollamada de mis hermanos. Contesto con un toque y las caras familiares de Vincent, Luca, Marco y Bela llenan la pantalla.

—Entonces, Troy, ¿has encontrado ya a alguna princesa perdida por ahí o sigues haciéndote el ermitaño? —empieza Vincent con su provocación de siempre.

—Por increíble que parezca, la respuesta es sí —digo, intentando mantener un tono casual, pese a la forma en que se me acelera el corazón solo con mencionarla.

—Mirad eso, el bebé ya no es un bebé —interviene Marco, siempre el primero en buscar ligereza y humor.

—Difícilmente Troy puede considerarse un ermitaño o un bebé. Que no vaya exhibiendo sus conquistas como hacen algunos por ahí no significa que no las tenga —dispara Bela—. Si prestarais atención a algo más que a vuestros propios ombligos, lo sabríais.

Siempre lista para proteger o atacar, según convenga.

—¿Y dónde está la misteriosa italiana? —pregunta Luca, con la voz cargada de sarcasmo, claramente dudando de que yo haya bajado la guardia tan deprisa.

—Ella también está de viaje. Haciendo un intercambio. Acaba de terminar el primer año de universidad.

—Querido hermano, por favor, no me digas que la has dejado en uno de esos hostales abarrotados de mochileros mientras tú te refugias en tu fortaleza de soledad —dice Marco, con esa expresión de horror que pone cuando cree que estoy haciendo todo mal.

—Teniendo en cuenta que piensa que soy un psicópata en potencia, creo que secuestrarla y mantenerla prisionera durante semanas aquí en el hotel quizá no habría sido la mejor estrategia de seducción.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas... algunas mujeres... —empieza Vincent con su sarcasmo habitual.

—¡Ay, cállate, Vincent! —Bela le ataca desde el otro lado de la pantalla—. Podrías, no sé, recurrir a un método de tortura no invasivo de los tiempos de los incas y simplemente, no sé, es solo una idea, ¡INVITARLA A QUEDARSE CONTIGO!

El grito de mi hermana hace chisporrotear los altavoces del ordenador.

—Bueno, la he invitado a cenar y a pasear. Vamos a empezar por ahí.

—¿Eso es una sonrisa, Troy Maddox?

—¡Eres idiota!

—¿Por qué?

—Has conocido a una mujer hoy y ya andas por ahí con esa sonrisita de imbécil enamorado. Este es nuestro futuro Don, lo juro por Dios, das vergüenza —me acusa Vincent, y ni siquiera puedo negarlo. La verdad es que la presencia de Sofía me ha enseñado una

forma nueva de sonreír de la que todavía no he aprendido a desprenderme.

Estar solo y poder hacer lo que me dé la gana también tiene su peso en todo esto. Siento que quiero agradarle a ese adolescente que nunca tuvo la oportunidad de ser nada. Y Sofía tiene justo el aura de una persona que siempre ha sabido ser feliz, y yo podría hacer un curso intensivo con ella. Si ella me deja, claro.

—¡Ni siquiera se ha molestado en negarlo! —se sorprende Marco —. Troy, te fuiste antes de ayer. —Se queja alarmado, y yo vuelvo a sonreír.

—No seáis cabrones. Solo estoy contento por haber llegado por fin. Ahora hacedme el favor de dejarme en paz, que no pienso malgastar mi precioso tiempo con vosotros.

—Mándame una foto de esa mujer. Si está buena de verdad, la puedes traer a casa y yo la entretengo cuando tú te cases —provoca Vincent.

Abro la boca para mandarlo a la mierda, pero los latidos de mi corazón me gritan celos y mi cerebro entra en alerta. Me trago las palabras, ese sentimiento de posesión recién descubierto, y solo respondo en piloto automático.

—Ya veré qué puedo hacer por ti. Me parece bastante triste que necesites que secuestre a alguien al otro lado del océano para que consigas entretenerte, pero bueno...

Bela se ríe como una hiena y Marco se despide antes que los demás. Bela es la última en mandarme un beso antes de colgar.

Respiro hondo durante unos segundos, intentando lidiar con la tentación repentina de ir a ver cómo está Sofía.

¿Qué coño me pasa?

Incluso sabiendo que mi camino ya está trazado, no puedo negar la atracción innegable que siento por ella. Y ni siquiera se trata solo de su cuerpo, que es precioso, sin duda. Es que estar con ella me hace recordar a un Troy que nunca pude ser... y que ahora tengo el placer de reencontrar.

Quizá, solo por hoy, pueda olvidar lo que me espera y limitarme a vivir, decido.

CAPÍTULO 12

SOFÍA RUSSO

Envuelta en la sudadera menos destrozada que he conseguido encontrar en la caja de objetos perdidos del hostal, estoy plantada en la entrada, intentando convencerme de que no parezco un espantapájaros a punto de tener una primera cita con el hombre más guapo que he visto en toda mi vida.

Es una cita, ¿no?

Yo creo que sí.

Tiene que serlo.

Y si yo creo que lo es, mi opinión es la única que importa. Ya está. Es una cita, y Troy que se las apañe para lidiar con mis expectativas.

A lo lejos reconozco a Troy caminando hacia mí con calma y determinación. Sus ojos se fijan enseguida en los míos y es como si su cuerpo me usara de brújula para orientarse. Durante unos segundos soy incapaz de parpadear y apartarme de la sensación de gustarme estar atrapada en su mirada. Cuando se acerca, su presencia me calienta más que cualquier prenda de ropa y siento una leve incomodidad por no saber qué hacer con esa sensación tan agradable y, a la vez, tan extraña.

—Estás preciosa —dice en voz baja.

Su voz arrastra un calor que se instala dentro de mí y me hace olvidar por un momento mi aspecto improvisado.

Sorprendida por el cumplido, suelto una risa incrédula.

—Cuesta creerlo. —Señalo la sudadera—. Esto era lo mejor que había en la caja de objetos perdidos, pero sigue siendo una prenda que alguien dejó atrás porque ni siquiera le pareció digna de ocupar espacio en su maleta. Y, sinceramente —bajo la vista del cuello para abajo, un poco avergonzada—, tampoco puedo culpar a esa persona. Parezco una loca.

—Eres preciosa —me asegura. En serio.

Hay un brillo travieso en sus ojos que me hace preguntarme si solo está flirteando o si de verdad lo piensa.

—Con ropa o sin ella —añade, arrancándome otra risa automática.

El calor me sube a las mejillas y la respuesta se me escapa antes de que pueda pensármela:

—¡Nunca me has visto sin ropa!

Su risa es contagiosa.

—¿Me has imaginado sin ropa? —finjo indignación, intentando disfrazar la sensación real que me acaba de atravesar el cuerpo y de instalarse, de golpe, en mi piel—. ¡Alerta psicópata! —lo acuso, pero el tono ligero de mi voz deja claro que estoy más divertida que preocupada.

—Había olvidado que todavía sigo en la lista de los más buscados. Aunque me pregunto qué clase de psicópata va por ahí tomando helado e invitando a cenar a señoritas perdidas.

—Si vieras *Mentes criminales*, sabrías que es mucho más habitual de lo que crees.

Un escalofrío me recorre la espalda al acordarme de las imágenes grotescas de los crímenes cometidos por los asesinos de la serie.

—¿Estás bien? —pregunta Troy, llevando la mano a la base de mi espalda.

Me estremezco otra vez, pero por una razón completamente distinta.

—Sí. Es que me he acordado de la serie. ¡Es horrible!

—¿Y por qué insistes en verla?

—Para aprender cómo funcionan los psicópatas y saber defenderme si me invitan a una cita en verano, en Italia, con un posible psicópata.

—Muy específico, ese aprendizaje tuyo. Pero si estás preparada, entonces vamos. Tu psicópata favorito tiene hambre.

No me pasa desapercibido que no niega en ningún momento que esto sea una cita mientras me ofrece el brazo para apoyarme al caminar. Es un gesto bastante anticuado para dos jóvenes saliendo por la noche, pero me gusta mucho más de lo que pienso admitir.

—¿Hay algún sitio especial al que te gustaría ir? —pregunta cuando pasamos por la quinta puerta cerrada. Quizá en Italia los restaurantes cierran temprano y, entre semana, no hay tanta comida callejera.

—Creo que cualquier sitio abierto me sirve —respondo sencillamente.

—Si no encontramos nada, puedo llevarte a mi hotel y cenamos allí. Sirven comida hasta medianoche.

Asiento con la cabeza, concentrada en el suelo irregular para no tropezar, y él me ayuda, sujetándome del brazo y de la cintura cuando tengo que saltar algún desnivel, haciéndome sentir el peso y el calor de su mano directamente sobre mi piel.

Con la luz suave de las farolas iluminando el camino, nos adentramos en el corazón de Lecce y, por fin, empezamos a encontrar gente y puertas abiertas. La noche, envuelta en la melodía lejana de una música alegre, parece invitar a todo el mundo a salir, y nosotros aceptamos la invitación con entusiasmo.

—¿Sabes? Siempre he pensado que la comida callejera tiene un sabor especial. No sé si es el aire libre o la magia de la ciudad, pero todo parece más delicioso —comento, observando los tres puestos iluminados, cada uno lleno de tentaciones culinarias que prometen una delicia en cada bocado.

Troy señala un puesto de arancini; las bolas doradas de risotto frito desprenden un aroma irresistible.

—Vamos a empezar por aquí. Apostaría a que va a ser lo mejor que hayas probado nunca.

—Yo también quiero una burrata. Y esas ensaladas con pasta tienen una pinta increíble. Ya puedo imaginarme el sabor del queso cremoso deshaciéndose en la boca.

En cada parada, entre mordiscos de arancini y tenedoradas de mi ensalada, intercambiamos miradas y sonrisas.

Nos sentamos mirando a la gente pasar y nos limitamos a disfrutar de la compañía del otro. El cruce de miradas empieza a intensificarse y ya soy capaz de reconocer un patrón en la mezcla de sensaciones que Troy despierta en mí.

—¿Gelato? —ofrece, poniéndose en pie.

—¡Siempre! —acepto, recolocándome sobre el césped detrás del pequeño muro donde estamos sentados.

Cruza la calle y vuelve con dos vasos mucho más grandes de lo necesario y cargados con todo tipo de toppings. Algunos se le caen

en la mano y al suelo antes de conseguir llegar hasta mí. Lamete la parte de arriba del vaso para impedir que una barrita de galleta se suicide, y acaba manchándose la boca y la mejilla.

—Pistacho. —Lo miro con los ojos abiertos de sorpresa y una sonrisa enorme—. ¡Mi favorito! ¿Ya te lo había dicho? —pregunto, saboreando la cremosidad—. Esto hace que cualquier helado que haya probado antes parezca aburrido.

—Ha sido suerte, pero recordaba que me dijiste que solo no te gustaba la frambuesa. Así que... no era tan difícil acertar con uno que sí te gustara.

En un arranque de osadía, le ofrezco un poco del mío, sin cuchara, y él no tarda ni un segundo en lamer la parte superior de mi vaso, mirándome a los ojos y sujetándome la muñeca entre los dedos. El contacto fugaz me manda un escalofrío directo por la columna, una chispa de algo más instalándose entre nosotros.

—¿Esto se está convirtiendo en un ritual?

—Puede convertirse en uno, si mañana vuelves a salir conmigo —propone Troy con una sonrisa.

Hay algo insinuado en sus palabras, una invitación a mucho más que helado.

—Bueno, hígado intacto. Riñones aparentemente en su sitio. Y, claramente, no estás interesado en el mercado clandestino de estómagos o no habríamos comido tanta porquería. Creo que es bastante seguro asumir que no te interesan mis órganos, así que... —dejo una pausa divertida y él ya se está riendo antes de que conteste—. Mañana será un día estupendo para seguir descubriendo si eres o no un psicópata.

—Decir que no me interesan tus órganos quizá sea demasiado definitivo —su mano se acerca a mi cara, pero el beso que había

imaginado se queda solo en mi cabeza: me recoloca el pelo, desordenado por el viento—. Pero desde luego no me interesa venderlos —dice con intención, pasándose la lengua por el labio y manteniendo un contacto visual tan intenso que casi puedo imaginar la sensación fantasma de esa lengua sobre mí.

—Creo que se está haciendo tarde. —Busco un reloj en mitad de la calle y me siento idiota—. Trabajo mañana por la mañana.

—No estamos lejos.

—¿No? —Miro alrededor, completamente perdida—. Dijiste que no conocías la ciudad, pero siempre sabes hacia dónde vamos.

—Tengo muy buen sentido de la orientación y miré los mapas de la ciudad antes de salir. Hemos dado una vuelta innecesaria, pero volver será rápido.

Caminamos de regreso al hostal, con ese silencio cómodo entre nosotros lleno solo por el sonido suave de nuestros pasos sobre la piedra antigua.

Lecce de noche es un espectáculo en sí misma, con sus luces tenues dibujando sombras danzantes sobre las paredes de los edificios centenarios. Mi corazón late un poco más rápido, y no es por el paseo, sino por la cercanía de Troy.

El aire fresco de la noche nos envuelve como un manto delicado. Lo miro, intentando descifrar los pensamientos escondidos detrás de sus profundos ojos castaños, que de vez en cuando encuentran los míos. Hay calor ahí, una promesa no pronunciada que me retuerce el estómago en una deliciosa anticipación.

A medida que nos acercamos al hostal, una parte de mí desea poder alargar la noche, posponer el instante de la despedida. Pero cada paso nos empuja inevitablemente hacia el final de la cita, hacia la puerta que simboliza el regreso a la realidad.

Nos detenemos delante del hostal y el silencio se extiende entre nosotros, cargado de emociones flotando en el aire. Troy me mira, con una sonrisa suave en los labios, y durante un instante todo lo demás desaparece.

—He pasado una noche increíble —declara, con voz baja y llena de sinceridad.

—Yo también —respondo, casi en un susurro. Hay tanto que quiero decir, tantas emociones que querría poner en palabras, pero no me sale ninguna.

Y entonces, movida por un impulso que no consigo contener, doy un paso al frente y lo beso.

Es un beso suave, vacilante al principio, pero que enseguida se profundiza cuando Troy responde con la misma intensidad. Sus brazos me rodean y me acercan más a él, y yo me pierdo por completo en el momento, en nosotros.

Cuando por fin nos separamos, hay una nueva luz en sus ojos, un reflejo exacto de lo que siento latiendo dentro de mí. Una sonrisa tímida me nace en los labios y noto las mejillas ardiéndome.

—Perdón —murmuro, no porque me arrepienta, sino porque ya no sé qué más decir—. No quería perder la oportunidad de vivir mi momento de comedia romántica.

En el instante en que me giro para escapar de la vergüenza y entrar en el hostal, su mano me sujeta suavemente del brazo y me obliga a detenerme. Troy me mira con una intensidad que parece incendiar el aire entre nosotros.

—Si vamos a protagonizar una escena —su voz, más profunda y cargada, me sacude por dentro—, que sea una película digna de Hollywood.

Antes de que pueda reaccionar, sus labios encuentran los míos en un beso que me roba el aliento. A diferencia del primero, este es más fuerte, más largo, más caliente. Es un beso que habla de un deseo que no se susurra, sino que se grita. Un beso que nos envuelve tan por completo que el mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse.

Sus manos encuentran mi cintura y me atraen aún más, y yo me pierdo en la sensación de estar siendo completamente consumida por este instante, por él. El beso se profundiza y una oleada de calor me recorre el cuerpo, un deseo ardiente que prende cada fibra de mi ser.

Troy besa con una intensidad que parece querer memorizar cada parte de mí, cada respuesta de mi cuerpo a él. Y yo le respondo en la misma medida; cada roce, cada movimiento de nuestros labios es un descubrimiento mutuo de territorios desconocidos.

Cuando por fin termina, nuestras miradas se encuentran, jadeantes, y queda entre nosotros un calor nuevo, un brillo que antes no estaba. Mi corazón late tan fuerte que juraría que él puede oírlo, pero, por alguna razón, eso no me avergüenza. Al contrario. Siento dentro de mí una valentía creciente, alimentada por ese beso, por esta conexión.

—Quizá podríamos aspirar al Óscar —bromea Troy, todavía con la respiración irregular, pero con una expresión entre divertida y hambrienta en los ojos.

Antes de que pueda reaccionar a la provocación, Troy vuelve a acortar la distancia entre nosotros. Este beso es rápido, una chispa que prende casi al instante. Hay una urgencia que antes no estaba, una necesidad ardiente de explorar, de sentir, de consumir y ser consumidos.

Sus labios se mueven contra los míos con una intensidad que me sorprende y me arrebata. Mi mente se vacía de todo salvo de la

sensación de su boca caliente y firme, de la presión exacta que me hace querer más, siempre más. Mis manos, casi sin darme cuenta, terminan en su pelo, tirando de él para acercarlo, profundizando el beso, perdiéndome en una dulzura que es, al mismo tiempo, familiar y completamente nueva.

Este beso es una tormenta, un remolino de sensaciones y emociones que me arrastra sin dejarme ninguna posibilidad de resistencia. Es ardiente y desesperado, lleno de deseos silenciosos. Y, aun así, todo se dice en la manera en que Troy me besa, en la manera en que yo le respondo: cada caricia es una palabra, cada suspiro una frase.

Cuando por fin nos separamos, la necesidad de aire es inmediata. Nuestros pechos suben y bajan a un ritmo frenético.

—Solo si es por el premio al mejor beso —consigo decir, con la voz temblorosa, pero los ojos clavados en los suyos, desafiantes y llenos de una promesa nueva.

—Quizá tú ganes como mejor actriz —susurra Troy contra mis labios, aún sin aliento, antes de sellar la frase con otro beso. Este es más suave, un contraste perfecto con el fervor del momento.

Su beso es una caricia, una ternura que habla tanto de deseo como de delicadeza. Hay algo inesperadamente dulce en ese gesto, una suavidad que me sorprende en alguien tan intenso. Siento cómo se derrumban una a una todas las barreras entre nosotros bajo la delicadeza de sus labios sobre los míos.

—Mejor actor... —replico con una sonrisa, y apenas consigo terminar la frase antes de que otro beso me interrumpa, más profundo, con nuestras manos recorriéndose la espalda y dibujando patrones deliciosos.

—Mejor guion —murmura Troy justo antes de que nuestras bocas vuelvan a encontrarse.

Su beso es suave, una promesa que deshace cualquier nerviosismo que pudiera quedarme.

El aire se calienta a medida que los besos se vuelven más intensos, más exigentes. Troy me atrae todavía más hacia él, su mano acariciándome la cara mientras nos besamos con pasión, y todo empieza a salirse de control con rapidez: nuestros cuerpos pegados, la mano de él vagando por mi espalda, arrastrándome más hacia su cuerpo.

Pero incluso en medio de la urgencia del momento, Troy conserva la lucidez suficiente para detenernos antes de que las cosas vayan demasiado lejos en plena calle. A regañadientes, aparta la boca de la mía y nuestras respiraciones pesadas se mezclan en la noche.

Todavía jadeando, rebusco en mi pequeña riñonera hasta encontrar un bolígrafo. Con un movimiento suave, le tomo la mano a Troy y empiezo a escribirle en la piel.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta en voz baja, con los ojos clavados en los míos mientras el bolígrafo se desliza sobre su mano.

—No tengo un Óscar —digo, terminando de escribir—, pero sí un bolígrafo. Y tú te mereces totalmente el premio al mejor beso que me ha dado nunca un desconocido.

Troy mira el mensaje en su mano y una sonrisa amplia se dibuja en su cara. Los ojos le brillan, no solo por el reflejo de las farolas, sino por algo más cálido, más íntimo.

Me atrae contra él en un abrazo y, aunque ya no haya más besos de momento, la promesa de que habrá más queda suspendida entre nosotros como las estrellas en el cielo nocturno.

—¿Eso significa que tienes la costumbre de ir besando a desconocidos por ahí? —La pregunta viene acompañada de un roce provocador sobre mis labios.

—Teniendo en cuenta que todavía no sé casi nada de ti, si nos vemos mañana seguirás siendo un desconocido.

—¿Y seguiré siendo el mejor beso?

Sus ojos se fijan en los míos con una chispa de desafío.

—Eso creo que depende de ti.

La audacia de mi respuesta parece sorprenderlo, aunque solo un segundo.

Sin vacilar, Troy atrapa mis labios en otro beso, fuerte, rápido y contenido a la vez. Tiene algo de provocación, como si cada roce entre nuestras bocas fuera al mismo tiempo una pregunta y una respuesta, un reto que ninguno de los dos piensa ceder. Es un castigo delicioso.

Se aparta tan de repente como ha empezado, y nuestros corazones laten a un ritmo salvaje que parece resonar por las calles vacías.

—Creo que nos vemos mañana —su voz es un susurro ronco que promete más. Mucho más.

—Hasta mañana, extraño del beso rico —me despido, lanzándole una última mirada llena de segundas intenciones.

Él sonríe, una sonrisa que me calienta cada rincón del cuerpo, y con una última mirada me suelta despacio, como si le costara dejar que el momento terminara.

—Hasta mañana, loca de la maleta perdida —responde Troy, y, aun mientras me alejo, sigo sintiendo el calor de su mirada en la espalda, calentándome por dentro.

—¡Dios mío, todavía tengo que recuperar mi maleta!

—Mañana te llevo y recuperamos tus bragas para que yo pueda quitártelas.

Durante un segundo el corazón se me sube a los ojos antes de que él se eche a reír y el sonido diluya mi shock. Siento la cara tan roja como humanamente posible.

Trago saliva y él se acerca a darme solo un beso corto, borrando la tensión de mi expresión.

—Tranquila. Puedes mantener la ropa puesta siempre que quieras. Yo solo te ayudaré a quitártela si me lo pides —me susurra al oído, casi provocándome un infarto. ¿Es posible morirse de algo fulminante a los diecinueve años?

Al ver que no respondo, me toma el rostro entre las manos y aclara:

—Tranquila. Estoy bromeando. No sobre desearte, eso creo que ha quedado bastante claro. Pero, si te incomoda, puedo guardarme mis pensamientos.

—No. —Respondo demasiado deprisa, atropelladamente—. Es solo que no estoy acostumbrada a tanta franqueza.

—Tal vez sea la parte italiana de mi sangre hablando más alto. Perdóname si te he hecho sentir incómoda.

Le aplasto los labios con los míos, poniéndome de puntillas, y él me ayuda a mantener el equilibrio sujetándome por la cintura, abrazándome con suavidad. Sus dientes tiran de mi labio y uno nuestras bocas una última vez.

—No tienes que pedir perdón. Sentirme avergonzada ha sido bastante delicioso —admito, echando a andar deprisa y subiendo los pocos escalones de la entrada del hostal como si estuviera huyendo de la policía. Él se ríe de mí.

—¡Espera! —me detengo ya con la mano en la puerta—. Ni siquiera me has pedido el número.

—Sé dónde vives —responde simplemente.

Y yo se lo acepto.

Nuestra última mirada antes de separarnos es un acuerdo silencioso de más besos, más desafíos, más descubrimientos.

Mientras subo hacia el dormitorio, la sonrisa imposible de borrar de mis labios se rompe en el mismo instante en que me acuerdo de mi madre.

Le va a encantar descubrir que puede que haya concertado una segunda cita con un posible psicópata y que casi acabo de cometer un pequeño atentado al pudor en tierras internacionales.

CAPÍTULO 13

SOFÍA RUSSO

El calor de Lecce se cuela por el espacio abierto y se mezcla con el aroma dulzón de los gelati, tan distinto al ambiente de la cafetería en la que trabajé durante todo el año. Estoy segura de que esta parte del día me va a encantar, entre sabores y sonrisas de turistas. Sin embargo, hoy es mi primer día y una mujer mayor, de expresión adusta, se acerca al mostrador mirándome con una impaciencia que no hace más que aumentar mi ansiedad por estar empezando sola y sin supervisión.

Mi italiano, todavía torpe, parece deshacerse del todo bajo su mirada. Las palabras se me enredan en la lengua y la simple tarea de servir el sabor que quiere se convierte en un reto. La brusquedad de la señora no hace más que aumentar mientras yo intento disculparme desesperadamente por la confusión.

Parpadeo dos veces cuando veo a Troy aparecer en mi campo de visión, intentando decidir si lo he invocado o si me lo he inventado con la fuerza de la mente. Se acerca con una sonrisa segura, pidiendo un gelato como si fuera el cliente más paciente del mundo. Luego dirige su atención hacia la señora y le ofrece una amabilidad tan natural que la tensión empieza a disiparse. Con un encanto desarmante, Troy logra desviar su atención y, al cabo de un momento, la mujer le da las gracias y por fin me deja en paz.

—Un príncipe salvador de la peor empleada del día.

Mi gratitud se mezcla con el alivio cuando se lo agradezco, todavía procesando la rapidez con la que ha conseguido cambiarle el humor a la señora.

—Tengo debilidad por las chicas con aire de loca.

—No lo dudo —respondo, dejando que una sonrisa sincera se dibuje en mis labios.

La presencia de Troy tiene ese efecto en mí: es capaz de transformar la tensión en ligereza en cuestión de segundos. Debe de ser algún tipo de magia.

El momento incómodo con la clienta se olvida enseguida, sustituido por la facilidad y las risas compartidas con Troy. Él elige su sabor como si fuera la decisión más importante del día y yo me concentro en prepararle el mejor gelato posible, queriendo, de alguna manera, devolverle el gesto de amabilidad.

Después del pequeño episodio y de ese instante de risa compartida, la atmósfera a nuestro alrededor parece más liviana. Los colores de los helados en el mostrador parecen más brillantes y la brisa que entra por la ventana trae un frescor nuevo. Entonces él, todavía con una sonrisa en la boca, mira con aparente casualidad el reloj de su muñeca.

—Ya ha pasado tu hora de salir, ¿no?

Me encojo de hombros, con una sonrisa resignada.

—En teoría sí. Uno de los chicos que está haciendo el intercambio conmigo debería haber venido a sustituirme. Hemos desayunado juntos esta mañana y me dijo que iba a pasear por la ciudad, que quería aprovechar las entradas que consiguió para el Anfiteatro Romano. —Hago una pausa y dejo que la emoción me gane—. Y yo también tengo dos entradas. Si te apetece venir conmigo...

Troy parece considerar la propuesta durante un instante; hay un brillo de interés en sus ojos. Luego asiente suavemente y su expresión se ablanda en una sonrisa genuina.

—Me encantaría.

Y la idea de explorar Lecce con él, lejos del encierro del hostal y de la rutina diaria, me llena el pecho de expectativa.

Mientras Troy se acomoda en una de las mesas del pequeño espacio destinado a los clientes, intentando pasar desapercibido en una esquina, una chica, quizá un par de años más joven que yo, se le acerca. Su italiano fluido y la seguridad con la que se presenta llaman enseguida mi atención, y no puedo evitar escuchar la conversación aunque esté lejos.

La chica es guapa de una forma vibrante y despreocupada, y la manera en que inclina el cuerpo hacia Troy, riéndose de algo que él dice, enciende una chispa desconocida dentro de mi pecho. Antes de darme cuenta, mis pies me llevan hasta ellos, y mi cabeza apenas registra lo que pretendo hacer hasta que ya estoy al lado de Troy, interrumpiendo la conversación con un entusiasmo un poco más forzado de lo habitual.

—Perdona que interrumpa, pero, Troy, ¿podrías ayudarme con una cosa aquí detrás?

Mi voz arrastra un peso que no refleja lo que siento del todo, una mezcla de incomodidad y de una sutil desesperación por sacarlo de allí.

Troy arquea una ceja, claramente sorprendido, pero también divertido con la situación inesperada.

—Claro. ¿Qué necesitas? ¿Otro problema con los gelati?

Lanza una mirada significativa hacia el congelador y entre nosotros se forma una complicidad instantánea.

—No, es que... —dudo, buscando a toda velocidad una excusa plausible—. Necesito reorganizar el almacén de atrás y me vendría bien tu opinión sobre cómo optimizar el espacio.

La improvisación suena más convincente de lo que esperaba.

—¿Con mi ya legendaria experiencia en organización de almacenes de heladerías? —me sigue la corriente, entrando sin esfuerzo en el juego—. ¿Cómo iba a negarme?

La chica, al darse cuenta de que su momento ha sido interrumpido, se despide con una mirada curiosa hacia mí, aunque no sin lanzar antes una última sonrisa a Troy.

—Celos, ¿eh? —murmura Troy en cuanto se aleja, con una sonrisa divertida jugueteándole en los labios.

—Claro que no.

La respuesta me sale inmediata, pero el calor que me sube a las mejillas delata demasiado.

—Es que... bueno, solo necesitaba... —balbuceo, incapaz de terminar la frase, aunque la sonrisa comprensiva de Troy me dice que ha entendido perfectamente.

—Ah, ya veo. Operación salvar a la princesa del dragón, siendo yo la princesa y la chica guapa el dragón —bromea.

—¿Te ha parecido guapa? —murmuro con recelo.

—Siento informarte de que sí, estás experimentando síntomas evidentes de celos.

El momento embarazoso se rompe con la llegada de mi sustituto, Luke. Viene directo hacia mí con una sonrisa contagiosa.

—¡Hola, Sofía! ¿Lista para ser liberada? Perdona por el retraso, hoy la ciudad está increíble y no he podido resistirme. —Me saluda con un beso en cada mejilla, un gesto típico que todavía a veces me pilla desprevenida.

—Más que lista. Pensé que te habías perdido —respondo aliviada, pasándole el delantal—. Te entiendo, yo también quiero aprovechar al máximo.

Le sonrío intentando sonar sincera, aunque no consigo esconder del todo la leve frustración.

—Oye, he oído que esta noche tenemos cena de grupo planeada en la terraza. ¿Vienes? —casi da un saltito de emoción—. Va a estar genial y hay alguien a quien quiero presentarte.

—Claro, suena divertido —respondo, curiosa por saber quién puede ser.

—¿Nos vamos, cariño? —interviene Troy, tendiéndome la mano.

Acepto, dudando apenas, pero no digo nada hasta que ya estamos a unos metros de Luke.

¿Cariño?

—¿Por qué me has llamado cariño? —pregunto, con la voz teñida de sorpresa y curiosidad.

Él se hace el desentendido durante un segundo antes de responder, después de una pausa teatral.

—Nos conocemos desde hace dos días. No podemos estar celosos.

—Claro que no. —La rapidez de mi respuesta suena casi defensiva.

—Eso no existe —continúa Troy, en voz baja pero firme.

—Jamás —coincido, sintiendo el peso de la conversación, una mezcla extraña de incomodidad y alivio envolviéndonos.

—Yo estaba celoso —admite por fin, dejando la confesión suspendida entre nosotros.

—Yo también.

Las palabras se me escapan antes de poder contenerlas, una verdad que ya no puedo seguir ignorando.

—Esto es ridículo —dice Troy, negando con la cabeza, aunque no hay censura real en su voz.

—Estoy de acuerdo. —Me encojo de hombros, intentando aflojar la tensión con una sonrisa.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

—¿Cuándo te vas de la ciudad? —pregunto, intentando sonar casual.

—Planeé quedarme en Italia hasta el final del verano, pero no tenía pensado cuánto tiempo pasar en cada ciudad. ¿Y tú? —me mira con interés genuino.

—Tengo dos semanas libres a mitad del intercambio. Había pensado moverme por otras ciudades, ya sabes. Pero siempre voy a tener buena parte del día libre, y quiero ir descubriendo poco a poco el sur de Italia en mis días de descanso —explico, con ganas de compartirle mis planes.

—Me encantaría acompañarte, aunque eso altere mis planes. Todavía no estoy listo para alejarme.

Su confesión me arranca una sonrisa.

—Entonces asciendes oficialmente de psicópata en potencia a repentino amor de verano —bromeo, intentando aligerar la tensión creciente entre nosotros.

Él se ríe y acepta el "cargo" con una leve inclinación de cabeza.

—Pero quiero que te refieras a mí de una forma especial. No quiero que, cuando todo esto termine y te vayas, les cuentes a tus amigos que fui uno de tus amores de verano del pasado.

Se queja mientras me rodea la cintura con los brazos y me aprieta contra él.

—Nunca podría.

La respuesta me sale rápida, cargada de sinceridad.

—¿Por qué? —me pregunta, mirándome de una forma que busca algo más profundo en mis palabras.

—Porque tú no eres solo un amor de verano. —Lo miro directamente a los ojos—. Eres mi primer amor de verano.

CAPÍTULO 14

TROY MADDOX

La soledad nunca me había resultado tan tentadora como ahora, sentado en el alféizar de una ventana antigua. El murmullo lejano de la ciudad parece desafiar el tumulto de mis propios pensamientos, una tormenta silenciosa que me agita el pecho.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —murmuro para mí mismo.

La respuesta, tan esquiva como el viento que me acaricia la cara, parece perderse entre los siglos de historia que estas paredes han contemplado. Sofía... Su nombre resuena en mi cabeza como un mantra, una melodía dulce que se niega a ser silenciada.

Tenía planes sencillos para este verano: disfrutar de una pausa de los deberes familiares, respirar un poco fuera de la sombra de la mafia y de ese matrimonio concertado que me espera en el horizonte como un juicio inevitable. Pero entonces apareció ella, con su sonrisa fácil y su risa capaz de pintar colores nuevos en el mundo que me rodea.

Y yo me convertí en un idiota de la noche a la mañana.

—Me he implicado demasiado rápido —admito, y la confesión pesa más que el aire cálido de la tarde.

No puedo evitarlo. La verdad es que, aunque pudiera, no querría evitarlo. Con Sofía todo parece distinto. Despierta algo en mí que no sabía que existía... o quizá algo que había sido enterrado con cuidado bajo capas de deber, de expectativas y de obediencia. La ligereza de su sonrisa, la sinceridad de sus ojos, cada gesto simple... Todo en ella promete algo más, algo auténtico. Y, por más que la

razón grite sus advertencias, mi corazón se vuelve sordo a todas ellas.

En un mundo construido sobre alianzas estratégicas y poder, donde cada acción se mide por las consecuencias que tendrá para la familia y para mi posición, estar con Sofía es como encontrar un oasis. Durante un momento puedo ser solo Troy. No el heredero Maddox. No el futuro Don de una de las familias más poderosas de la mafia.

Solo yo.

—¿De verdad puedo tener esto? —le pregunto al silencio de la habitación, permitiéndome quizá por primera vez contemplar un futuro distinto al que me trazaron desde la cuna.

La respuesta, hecha de deseo y de miedo a partes iguales, me acelera el corazón. Deseo por lo que podría ser. Miedo por las consecuencias de desviarme del camino marcado. Pero la idea de apartarme de Sofía...

La complejidad de esta conexión me asusta tanto como me fascina. Sofía ha irrumpido en mi vida como un cometa, iluminándolo todo a su paso. Y aunque una parte de mí teme la oscuridad inevitable que suele seguir al rastro de un cometa, otra se aferra a esa luz, dispuesta a seguirla durante todo el tiempo que se le conceda.

Estoy atrapado en ese torbellino de pensamientos y emociones contradictorias cuando el tono del teléfono me arranca del ensueño. La pantalla iluminada muestra los nombres de Vincent, Luca, Marco y Bela en una llamada grupal. Respiro hondo y contesto, preparándome para la oleada de burlas que sé que está por venir.

—¿Qué tal, Don Juan de Lecce? ¿Has encontrado un hueco en tu apretadísima agenda romántica para atendernos? —dispara Vincent

nada más empezar, y puedo oír la risa contenida de los otros, esperando mi reacción.

—Deberíais tener cosas mejores que hacer que andar vigilando mi vida amorosa —respondo, intentando mantener la voz neutra, aunque una parte de mí se divierte con ellos.

—Ah, pero ver a nuestro hermano mayor deshaciéndose por una chica cualquiera es el mejor entretenimiento que podríamos pedir —entra Luca en el juego, con esa voz serena que contrasta con la provocación.

—Los guardaespaldas dicen que no te separas de ella —añade Marco, claramente encantado con la situación—. ¿Tendríamos que empezar a buscarte sustituto? Porque, por lo visto, te has presentado voluntario para ser guardaespaldas personal y chófer de la niña.

Puedo imaginarme perfectamente sus sonrisas maliciosas detrás de la pantalla que ocupa entera el gesto burlón de Marco.

—Teniendo en cuenta que he venido aquí de vacaciones y que he sido el único al que le han concedido algo así hasta ahora, quizá deberíais dedicaros a vuestras vidas en lugar de a la mía —desvío el tema, dejándome caer en la cama con una sonrisa insolente—. Estoy seguro de que todos tenéis responsabilidades que atender. Ya sabéis, cosas de adultos.

—Claro, claro, responsabilidades —dice Bela con fingida seriedad —. Tal vez cierto futuro Don también se esté olvidando un poco de las suyas por culpa de una vendedora de gelato.

Don.

La palabra resuena en mi cabeza, pesada como un ancla.

—Sois unos cotillas de mierda —digo, y el peso en mi voz resulta imposible de ocultar—. ¿Cómo están las cosas por ahí? ¿Has conseguido mantenerte lejos de los problemas o ya estamos moviendo influencias para otro de tus discretos rescates? —le pregunto a Bela, divertido ante la idea de devolverle un poco la provocación.

Se oye una risa colectiva antes de que Vincent tome la palabra.

—Por increíble que parezca, se ha mantenido relativamente tranquila. Creo que las clases en casa por fin están dando resultado. O quizá esté tramando algo que todavía no hemos descubierto.

—Hablando de eso —interviene Luca—, tuvimos que intervenir la semana pasada. Nada grave, solo un pequeño ajuste en las notas de un profesor demasiado estricto.

—¿Ajuste? Espero que hayáis sido discretos —comento, conociendo de sobra su habilidad para manipular las situaciones a nuestro favor.

—Como siempre —garantiza Bela, segura de sí misma—. Y tú, hermano, procura no necesitar que tengamos que hacer ningún "ajuste" por ti en Lecce.

—Intentaré sobrevivir sin provocar un incidente internacional, lo prometo —respondo con ironía.

—Nunca olvidáis lo de aquello —se defiende Bela—. Un pequeño accidente del que fui víctima, y vosotros me lo echáis en cara como si yo hubiera sido una niña terrorista. ¡Era solo una cría!

—Y aun así nos invitaron a abandonar el país después de tu "pequeño accidente".

—En un país cuya cultura consiste en condenar a las niñitas, tampoco es que me sorprenda —replica con un tono que, si no la

conociera tan bien y no supiera hasta qué punto disfruta de sus propias catástrofes, podría parecer indignado de verdad.

—Me encantaría pasar un día en el fantástico mundo de Bela y entender aunque fuera un poquito de lo que pasa por tu cabeza. Lo juro.

—No sé si sobrevivirías para contárselo a los demás, Troy —dice Luca, colgándose de sus hombros y haciendo que la pequeña caiga fuera de plano mientras desaparece de la pantalla peleándose con él.

—Solo procura no emborracharte, coger un avión y casarte en Las Vegas en un momento de locura —aconseja Marco, burlándose de mí mientras intenta apartarse de Luca y Bela, que siguen forcejeando.

—Haré todo lo posible —garantizo, dejando que la ironía me chorree en la voz.

—Tenemos que irnos —avisa Vincent, después de que Marco deje la tableta para separar a Luca y a Bela—. Recuerda que, si nos necesitas...

Lo ofrece con un tono extrañamente serio.

—¡No cuentes con nosotros para nada! —grita Bela desde lejos, y todos estallamos en carcajadas.

—¡Recibido, capitana!

Cuelgo, y la conversación me deja una mezcla de consuelo y del recordatorio constante de lo poco que me queda antes de que mi vida se convierta en una sucesión de pausas entre un compromiso y otro. Mis hermanos, incluso en la distancia, tienen el don de sacar a la superficie todas las contradicciones de mi existencia.

Cuando salgo de la privacidad de mi habitación, encuentro a mis guardaespaldas esperándome al otro lado de la puerta. Siempre están ahí, una sombra constante que, aunque está destinada a protegerme, a veces siento más como una cadena.

—Hoy no hace falta que me sigáis —les digo, intentando sonar casual pese a la seriedad de la orden—. Voy a salir solo.

Intercambian miradas, claramente poco acostumbrados a este tipo de peticiones. Gianluca, el jefe del equipo, que lleva años trabajando para mi familia, es el primero en responder.

—¿Está seguro, señor Maddox? —Su preocupación resulta evidente, aunque intenta camuflarla bajo el profesionalismo—. Podemos mantener una distancia discreta, como estos últimos días, pero estar lo bastante cerca por si ocurriera algo.

El acuerdo inicial era que durante el viaje podría moverme sin escolta, pero, por supuesto, mi padre revocó esa orden en cuanto puse un pie en el avión. Mi equipo de seguridad llegó incluso antes que yo al hotel, y si de verdad intentaron pasar desapercibidos, hicieron un trabajo deplorable.

—Te lo agradezco, Gianluca, pero estoy bien. Hoy necesito un poco de espacio —aseguro, intentando transmitir confianza en mi decisión—. Además, voy a conducir yo mismo. Todo está bajo control. No saldré de las inmediaciones de la ciudad.

Por un momento parece que va a protestar, pero un leve asentimiento de mi cabeza basta para que acepte, aunque con reticencia.

—Como usted desee, señor. Pero, por favor, cualquier cosa...

—Lo sé. Estaréis preparados. —Lo interrumpo, porque sé perfectamente que la red de seguridad que mi familia ha tejido a mi alrededor nunca está realmente desactivada.

Con una última mirada de entendimiento mutuo, me alejo, sintiendo una mezcla de alivio por esta libertad temporal y el peso de la responsabilidad que esa misma libertad arrastra.

Dentro del coche, el silencio me envuelve como un capullo, permitiéndome sumergirme en mis pensamientos mientras conduzco por las calles de Lecce. La sensación de llevar yo mismo el coche, de decidir mi propia ruta, aunque solo sea por un rato, es una libertad rara que saboreo siempre como si fuera la última vez.

El móvil, conectado al sistema de sonido, empieza a sonar y rompe mi breve fuga de la realidad. En cuanto veo el nombre de la organizadora de la boda en la pantalla, se me escapa un suspiro involuntario. Con un toque, acepto la llamada.

—Troy Maddox.

Mi voz sale más firme de lo que me siento, preparada para enfrentar otro aspecto de una vida que parece chocar constantemente con lo que de verdad deseo.

Hablar con la organizadora es un recordatorio brutal del mundo que estoy intentando olvidar, aunque sea por unas horas. Las preguntas sobre la decoración, los invitados y los planes para el gran día parecen llegar desde un universo paralelo, muy lejos del calor del sol italiano y de la promesa de un día junto a Sofía.

—Sí, claro, las flores blancas me parecen perfectas. ¿La disposición de las mesas? Confío en su criterio.

Las palabras salen automáticas, mientras mi atención se divide entre la carretera y la ansiedad creciente por terminar de una vez esa llamada.

La conversación se alarga. Cada pregunta de la organizadora me arrastra un poco más lejos del presente, hasta que aparece la inevitable necesidad de hablar con la novia. Irritado, cuelgo y hago

la llamada que más ganas tengo de evitar, sabiendo que cada palabra intercambiada con ella acelera la cuenta atrás que siento encima de la cabeza.

—Buenas tardes, América. Sí, estaba hablando con la organizadora sobre los preparativos.

Mi voz adopta el tono amable y educado que he perfeccionado durante años para lidiar con las formalidades de este acuerdo.

—Me ha escrito diciendo que necesitaba confirmar contigo o con un representante que estabas de acuerdo con ciertos detalles —dice ella. Su voz es calmada, educada, y la distancia emocional entre nosotros es tan transparente como el cristal—. Al parecer, la opinión de la novia no es suficiente.

—Lo siento. Si te sirve de consuelo, creo que también quería tirar mi tiempo a la basura. Estábamos hablando de las flores y de la distribución de las mesas. He dado por bueno todo lo que tú habías decidido. Los invitados los confirmarán nuestras madres y las secretarias de nuestros padres, pero con las flores me dijo que estabas indecisa.

—Ah, sí. Las flores... —Hace una pausa, como si sopesara sus opciones—. Prefiero rosas blancas, ya sabes, por la sencillez y la elegancia. Pero la tradición dice que deberían ser lirios. Ella solo está intentando que seas tú quien elija lo que encaja mejor con la boda que nuestras madres han planeado.

—¿Y realmente nos importa?

—Teniendo en cuenta que solo pienso casarme una vez, me gustaría por lo menos que el recuerdo me gustara.

—Claro, entonces serán rosas blancas. ¿Alguna otra preferencia especial?

Mi pregunta es más un esfuerzo por mantener la conversación en marcha que un interés genuino.

—No, la verdad. ¿Tú tienes alguna sugerencia? —Su pregunta también parece más una formalidad que una búsqueda real de mi opinión.

—Confío en tu criterio. Pero, si necesitas ayuda con cualquier cosa, cuenta conmigo. Al fin y al cabo, soy tu prometido.

Desvío la atención mientras mi cabeza ya empieza a irse muy lejos de allí; el deseo de colgar y seguir mi camino hacia Sofía crece con cada segundo.

—Cuánto entusiasmo —dice ella con una pequeña risa.

—Perdón. No pretendía sonar como un imbécil.

—No lo estás siendo, Troy. Ninguno de los dos soñó con esta boda. Sinceramente, espero que, antes que nada, podamos ser amigos. Compañeros.

—Lo seremos, América. Lo somos. Sabes que, independientemente de la cercanía que lleguemos a tener o no, puedes contar conmigo para lo que necesites. Somos prácticamente familia.

—Gracias, Troy.

Y con eso la llamada termina, dejándome una mezcla incómoda de alivio y ansiedad.

Cuelgo y lanzo el teléfono al asiento del copiloto, mientras la libertad de la carretera abierta vuelve a llamarme.

CAPÍTULO 15

TROY MADDOX

El coche se desliza por la carretera, llevándonos en dirección a Torre dell'Orso. Las miradas que Sofía me lanza, con los pies apoyados en el salpicadero y el viento revolviéndole el pelo, son una mezcla de promesa y provocación.

—¿Sabes? Nunca imaginé que verte conducir pudiera ser tan… sensual —me dice, con la voz teñida de insinuación, mientras desliza la mano lentamente por mi muslo, acercándose peligrosamente a zonas que desvían toda mi concentración de la carretera.

—Es por la compañía —respondo, intentando mantener el control del coche y de mí mismo.

Su contacto es fuego, encendiendo una chispa que amenaza con convertirse en una llama imposible de dominar.

Ella se ríe suavemente, y el sonido llena el coche, envolviéndonos en una intimidad casi tangible. Su mano sigue avanzando con descaro, cada movimiento dibujando sobre mi piel patrones de deseo.

—Creo que estás subestimando el efecto que tienes —susurra Sofía, inclinándose para que sus labios rocen apenas mi oído, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo—. ¿Y si te dijera que quiero ser tu copiloto en algo más que este viaje?

La sugerencia, cargada de segundas intenciones, casi hace que pierda el control del volante. Trago saliva, luchando por mantener la atención en la carretera mientras cada célula de mi cuerpo exige prestarle atención solo a ella.

—Creo que… podemos organizarlo —consigo decir, con la voz mucho más ronca de lo que pretendía.

El corazón se me acelera, no solo por la cercanía de Sofía, sino por la imagen nítida de todo lo que esa "copilotaje" podría implicar.

Desde nuestro primer beso tengo clarísimo que esta chica es una pequeña diablesa inexperta, así que hasta ahora siempre he mantenido el control y las manos dentro de unos límites razonables. Soy mayor, debería ser más responsable, y no quería sentir que la estaba empujando a acostarse conmigo. Pero está claro que Sofía tiene planes muy distintos a los míos.

Se recoloca en su asiento, aunque la mano sigue ahí, una presencia constante marcando mi cuerpo. El aire entre nosotros está cargado con la tensión de todo lo que esperamos, y cada mirada, cada roce, añade combustible a un fuego que los dos dudamos en prender del todo aquí y ahora.

Cuando llegamos a Torre dell'Orso, aparcamos y bajamos hacia la playa. A cada paso, la mano de Sofía encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose en un gesto que se siente tan natural como necesario. En cuanto alcanzamos la arena, echa a correr hacia el mar y yo la sigo, hipnotizado por la libertad de su risa.

El agua es un golpe de realidad, pero Sofía tira de mí hacia ella, con los brazos alrededor de mi cuello, y sus labios encuentran los míos en un beso que mezcla la sal del mar con el dulzor de su boca. El beso se profundiza, las manos empiezan a explorarse bajo el agua, y solo las risas lejanas nos obligan a recordar dónde estamos.

—Quizá deberíamos encontrar un sitio para… estirar las piernas —sugiero, cada vez más atraído por la idea de un momento a solas.

—Una idea excelente —responde, y el brillo de sus ojos refleja el mismo deseo que siento yo.

Decidimos aventurarnos por un sendero que serpentea junto a la costa, prometiendo vistas impresionantes y, quizá más tentador aún, la posibilidad de encontrar intimidad lejos de las miradas curiosas de los turistas.

El camino estrecho nos obliga a caminar todavía más cerca, con los brazos rozándose a cada paso. El calor del sol lo envuelve todo, pero es la cercanía de Sofía lo que de verdad eleva mi temperatura. Cada contacto accidental me manda una descarga de deseo por el cuerpo.

Cuando por fin encontramos un mirador apartado, con vistas al mar cristalino extendiéndose bajo nosotros, el mundo parece desaparecer. Solo estamos ella y yo, el sonido de las olas rompiendo contra las rocas y el latido acelerado de nuestros corazones.

Me vuelvo hacia ella y encuentro sus ojos ya clavados en mí. El aire entre los dos lleva una invitación que ninguno parece capaz de rechazar.

Sofía da el paso final y elimina los últimos restos de espacio entre nosotros. Cuando nuestros labios se encuentran, siento que el mundo entero se inclina. El beso empieza suave, exploratorio, pero enseguida se vuelve más profundo, empujado por un hambre que llevamos conteniendo desde el principio del viaje.

Nuestras manos encuentran enseguida el cuerpo del otro. Cada caricia intensifica el beso, nuestras respiraciones se mezclan, rápidas, urgentes. La sensación de la piel de Sofía bajo mis dedos, de la presión de su cuerpo contra el mío, moviéndose con una necesidad que ya no puede fingirse, es todo en lo que consigo pensar.

Mis manos recorren libremente las curvas suaves de su cuerpo, explorando cada centímetro con hambre. Sofía responde a mi contacto con gemidos suaves y suspiros de placer, y mi excitación se

vuelve evidente, mi cuerpo reaccionando a cada uno de sus movimientos con una ansiedad creciente.

Ella baja hasta la cintura de mi bañador. Sus dedos rozan el contorno de mi erección, me provoca con caricias ligeras, y yo me permito, por un segundo, disfrutar también del momento, gimiendo contra su piel, incapaz de contener el deseo que corre desbocado por mis venas.

Con la respiración entrecortada, le sujeto la barbilla y la acerco a mi boca. La lamo, la muerdo, la beso, la chupo. Mis labios encuentran los suyos una y otra vez en besos ardientes que nunca son suficientes.

Deslizo las manos por debajo del top del bikini y acaricio sus pechos sensibles, provocándolos. Con cada roce, se arquea, la piel se le eriza mientras se retuerce contra mí, perdida en las sensaciones que le arranca mi boca. Mi lengua rodea uno de sus pezones, completamente endurecido, y siento que podría quedarme aquí durante horas solo por escucharla gemir así, abandonada y deliciosa.

Ella pide algo sin saber exactamente qué, frotándose contra mis manos, y sus besos se vuelven más urgentes, más exigentes, a medida que se pierde en mí, nuestros cuerpos moviéndose juntos, todavía vestidos, en una danza de deseo y necesidad.

Sofía me responde con la misma intensidad. Su mano se desliza por dentro de la tela de mi bañador y me agarra directamente, piel con piel, con una firmeza que me arranca un gemido. Aunque su manera de explorarme delata inexperiencia, su toque es decidido, y noto que mi control empieza a resquebrajarse. Su respiración sale en jadeos cortos mientras se rinde a todo lo que está sintiendo bajo mi boca.

Un ruido entre los arbustos cercanos nos alerta de la presencia de un espectador inesperado. Nos separamos apenas un poco, y

nuestras miradas, llenas de frustración y deseo, se encuentran.

Sofía apoya la cabeza en mi hombro y yo la rodeo por la cintura, abrazándola mientras los dos intentamos recuperar el aliento. A mi boca ya le falta el sabor de su piel.

Los dos sabemos que hemos cruzado una línea, que hemos puesto en marcha algo a lo que ninguno de los dos está preparado para renunciar.

—Quizá estemos yendo demasiado lejos —susurra Sofía, con la cara encendida por la intensidad del momento.

—Quizá —respondo—. Pero no me arrepiento de ni un segundo. Quizá la próxima vez deberíamos encontrar un sitio más privado —le susurro, mordisqueándole el labio inferior.

Asiente en silencio. Le tomo la mano y seguimos caminando hasta encontrar un rincón donde limitarnos a tomar el sol. Mi mirada está ya completamente intoxicada por ella; siento deseo crudo con cada roce inocente. No consigo simplemente contemplar el atardecer a su lado sin imaginar todos los lugares de su cuerpo que me gustaría recorrer con la lengua.

Sofía se acurruca entre mis brazos y dentro de mí chocan y se mezclan dos cosas igual de fuertes: protección y deseo.

No quiero que este día termine. No quiero que este sentimiento se disuelva con la luz del día.

En un movimiento rápido la tumbo sobre la toalla y me coloco encima. Ella sonríe. No se sobresalta. No se aparta.

—¿Pasas el fin de semana conmigo en el hotel? —le propongo—. No quiero que esto termine —admito, señalando el escaso espacio entre nuestros cuerpos. La petición va cargada de todo lo que siento.

Ella me mira, con los ojos brillando entre sorpresa y emoción.

—Sí —responde, sencillamente, con esa sonrisa preciosa—. Este fin de semana… —continúa, con intención— no trabajo. Libro hasta el lunes por la tarde. Y, teniendo en cuenta la cantidad de veces que Luke me ha dejado tirada, quizá hasta más.

—Vamos a hacer que valga la pena —respondo, sellando el pacto con un beso breve.

CAPÍTULO 16

SOFÍA RUSSO

Cuando me acerco a la piscina, el contraste del agua fresca contra el calor del día envuelve mi cuerpo. Troy, ya dentro, es una visión que captura toda mi atención. El agua resalta cada línea y cada músculo de su cuerpo de una manera que me acelera el corazón.

En cuanto me meto con él, sus manos encuentran mi cintura al instante y me atraen hacia él con una naturalidad que hace que el pecho se me hinche. Su mirada se clava en la mía, cargada de deseo.

—¿Vamos a la sauna? —sugiere, con un susurro que vibra con la promesa de intimidad en medio del calor sofocante.

Acepto sin vacilar. Cada fibra de mi cuerpo tiembla de anticipación.

Al entrar en la sauna, el mundo exterior se convierte en un recuerdo lejano. Aquí solo estamos Troy y yo, envueltos en una niebla de calor y deseo. Se acerca despacio, reduciendo el espacio entre nosotros hasta que nuestros cuerpos casi se rozan. Sus manos recorren mi piel húmeda con una calma ardiente. El corazón me late con fuerza, disparado por la ansiedad.

Troy me muerde la barbilla y me lame el rostro, mirándome con la intensidad de un depredador a punto de lanzarse sobre su presa.

La tensión entre nosotros es espesa, pesada. Puedo sentirla expandirse como una presencia viva, una danza de miradas, roces y susurros que nos lleva cada vez más cerca del límite. Cada gesto, cada caricia, es una exploración, una pregunta silenciosa sobre hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

Cuando se arrodilla delante de mí y desliza las manos por mis piernas, subiendo lentamente hasta llegar a mi intimidad, se me escapa un jadeo. Sus labios encuentran la parte más sensible de mi cuerpo por encima del bikini y un gemido se me escapa sin querer.

—Qué rica estás —murmura con la voz ronca de excitación contra mi piel.

Cada movimiento de sus manos se convierte en un tormento delicioso, encendiendo un fuego en mi interior, una tortura que deseo que no termine nunca.

Sus labios abren un camino de placer por mi cuerpo, y su contacto me incendia por todas partes. Me arqueo sin control mientras me castiga con besos, y su lengua experta manda oleadas de placer ininterrumpidas por mis terminaciones nerviosas. Mis gemidos llenan el aire, mezclándose con los sonidos de necesidad que escapan de Troy al probar mi piel.

Respiramos con dificultad, nuestros cuerpos enredados. El corazón parece bombear demasiada sangre cuando sus labios ascienden en una línea hasta mi cuello, desatando escalofríos poderosos por toda mi columna. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, alimentando un fuego que nos devora a ambos. Cierro los ojos y me dejo perder en el momento, en la sensación de sus manos sobre mí. Troy me aprieta con una urgencia suave; sus dedos recorren las curvas de mi cuerpo con una reverencia que me hace doler un poco el pecho. Con él, nada es nunca como lo había imaginado.

El espacio entre nosotros parece reducirse aún más bajo la carga eléctrica del deseo explícito de un beso completamente devorador que me roba. Sin decir una palabra, entrelaza sus dedos con los míos en un segundo que lo significa todo para mí. Otra oleada de calor me golpea entre los muslos, despertando un deseo primitivo que brota muy hondo dentro de mí.

Con una sonrisa leve, casi sabia, Troy se inclina y me susurra al oído, con el aliento caliente sobre mi piel.

—¿Confías en mí, Sofía?

Su voz es baja y ronca.

Asiento sin palabras, con el corazón latiéndome en el pecho, en los muslos, hasta detrás de los ojos. Siento el pulso en casi toda la piel. Él me roza el brazo con los dedos, dejando una línea de fuego a su paso mientras desciende y dibuja la curva de mi cadera.

Se me queda suspendida la respiración cuando los labios de Troy encuentran los míos en un beso hambriento, tan rápido que me deja sin aliento.

Me derrito contra él, mi cuerpo respondiendo por puro instinto mientras profundiza el beso y sus manos exploran cada centímetro de mi piel calentada por la sauna. Siento un deseo distinto, una necesidad que arde.

El calor de la sauna se intensifica. Los límites entre el deseo y la contención que impone un espacio reservado, pero aún público, se desdibujan en una niebla de lujuria. Las manos de Troy despiertan cada terminación nerviosa con una posesividad que me deja mareada de placer.

En un movimiento audaz que envía una descarga hasta mis extremidades, Troy vuelve a arrodillarse ante mí. Sus ojos oscuros de deseo me recorren mientras, esta vez, separa mis muslos con una insistencia suave y baja la parte inferior del bikini. Un gemido se me atasca en la garganta cuando lo veo hundir el rostro entre mis piernas desnudas, con la lengua trazando círculos lentos y enloquecedores alrededor de mi clítoris palpitante.

La sensación es brutal. Una mezcla embriagadora de placer y necesidad amenaza con consumirlo todo. Arqueo la espalda, mis

dedos se enredan en su pelo corto mientras me entrego por completo al placer que me arranca con la boca.

Con cada movimiento de su lengua, con cada presión de sus labios, Troy me lleva más cerca del borde del olvido.

No consigo contenerme. Me entrego entera a ese momento de exploración lenta y cuidadosa. Mis manos tiran todavía más de su pelo grueso, desesperadas, mientras él me lleva a lugares que jamás imaginé que pudiera alcanzar.

Me siento suspendida al borde del abismo, cada vez más excitada, hasta que todo termina rompiéndose dentro de mí con una fuerza que me hace temblar. Mis piernas cobran vida propia y lo aprietan con fuerza mientras grito y me deshago en una ola de placer feroz, un orgasmo devastador.

Troy parece dispuesto a seguir, y yo no quiero estropear el momento, pero las palabras se me acumulan en la boca, y la tensión reemplaza poco a poco al placer dulce que acaba de arrasar conmigo. Con la respiración todavía agitada, lo miro con vacilación.

—Sofía —murmura, con la voz ronca de deseo—. ¿Va todo bien? Pareces… tensa.

Me muerdo el labio. ¿Cómo voy a decírselo? Pero en cuanto lo miro a los ojos, sé que no puedo seguir callándomelo.

—Troy —mi voz apenas supera el susurro—. Yo… soy virgen.

La confesión sale con la voz temblándome de vulnerabilidad.

Sus ojos no muestran sorpresa. Su mirada se llena, en cambio, de algo entre admiración y comprensión.

Me atrae más hacia él, envolviéndome entre sus brazos como si quisiera protegerme de cualquier duda.

—Está bien, Sofía —me asegura, con una voz suave, tranquilizadora—. Podemos ir más despacio. A tu ritmo. Siempre.

Parece calmado. Y es justo en ese momento, mientras me abraza y me susurra palabras para serenar mis nervios, cuando la certeza me golpea con una claridad abrumadora.

—Quiero que seas el primer hombre de mi vida, Troy.

—Y lo seré, pero no aquí ni ahora.

Su respuesta es firme, pero sus ojos cuentan otra historia.

—Quiero que esa experiencia sea especial para ti. Quiero que sea todo lo que siempre soñaste.

Tal vez esté intentando convencerse a sí mismo más que a mí. Decido poner a prueba su determinación por puro capricho.

—No me importa dónde ni cómo, Troy. Solo te quiero a ti. Quiero esto —insisto, con la voz llena de una certeza feroz.

—Tu primera vez tiene que ser inolvidable.

—Yo creo que poder decir que me acosté con un semidesconocido en la sauna de un hotel italiano de lujo ya es bastante inolvidable —bromeo, queriendo aligerar la tensión.

—¿Semidesconocido? Después de hacerte correrte en mi boca, ¿me degradan de primer amor de verano a semidesconocido?

Troy se pone en pie escandalizado, me coge en brazos y me echa sobre su hombro. Me da una palmada fuerte en el culo antes de empezar a sacarnos de allí.

—Pensé que sonaba más inolvidable si era un desconocido. Un primer amor de verano es un cliché, todo el mundo tiene uno. ¡Sexo salvaje con un extraño sí que es inolvidable! —defiendo mi teoría,

riéndome cabeza abajo, sin revolverme. Él me recoloca el bikini antes de abrir la puerta.

—Eres una auténtica descarada, Sofía.

CAPÍTULO 17

TROY MADDOX

Caminamos uno al lado del otro por un mercado al aire libre cuando Sofía saca el teléfono para capturar un momento aparentemente corriente: los dos reflejados en un espejo antiguo que está a la venta. Encuadra la foto a la perfección, con nuestros reflejos rodeados de objetos vintage y el murmullo del mercado al fondo.

—¡Sonríe, Troy! —ordena antes de pulsar el botón.

La cámara atrapa nuestras sonrisas, espontáneas, reales.

Me inclino para ver la foto, con los hombros rozándose apenas.

—Ha quedado genial. Deberíamos hacernos más fotos juntos.

—Hoy es un día perfecto para empezar una colección. Me encanta hacer fotos. Lástima que aquí no haya fotomatones en cada esquina. Quedaría genial en mi álbum de viaje. —Me tira de la mano, con los ojos brillándole por una idea repentina—. Vamos a cazar tesoros fotográficos —declara.

Y yo me dejo arrastrar por su entusiasmo.

No tardamos en encontrar el primero. Delante de nosotros hay una escultura curiosa, con formas abstractas que parecen bailar bajo el sol del mediodía. Sofía estudia el ángulo y luego se coloca, tirando de mí para que me ponga a su lado.

—Esto hará que parezca que estamos entre las nubes —dice.

Y cuando miro la foto, la ilusión es perfecta. Nuestras sonrisas flotan suspendidas en el azul del cielo, atrapadas por la lente del móvil.

Seguimos caminando y el azar nos lleva hasta una callejuela decorada con grafitis vibrantes. Cada mural cuenta una historia, colores y formas entrelazados en relatos visuales. Sofía elige uno con unas alas pintadas y nos coloca justo delante, como si estuviéramos a punto de echar a volar.

—Preparados para despegar —bromea.

Y el clic inmortaliza nuestra fantasía alada.

Cuando la tarde empieza a inclinarse hacia el crepúsculo, encontramos un parque tranquilo. Un árbol antiguo nos llama la atención, con las hojas filtrando la luz débil del sol en un mosaico dorado sobre el suelo.

—Esto es mágico —susurra Sofía, claramente fascinada.

Nos acomodamos bajo el árbol, con el teléfono apoyado sobre una raíz que sobresale del suelo. En cuanto se activa el temporizador, corremos hasta el sitio marcado, y la foto resultante es un retrato de serenidad: los dos, uno junto al otro, envueltos por la luz y la sombra danzantes.

Cada foto es un pedazo de hoy que nos llevaremos para siempre. Un recuerdo de nuestros días juntos. Y mientras Sofía revisa las imágenes en la pantalla, yo la observo, impresionado por la facilidad con la que encuentra belleza en lo cotidiano, transformando momentos simples en algo admirable.

—Tienes un ojo increíble para esto —comento, sinceramente admirado.

Me lanza una de esas sonrisas suyas que siempre me desarman.

—Es fácil encontrar belleza cuando una está inspirada —responde.

Y hay algo en la sencillez de esa frase que me toca más hondo de lo que debería.

Cada día que pasa se hace más difícil aceptar que, en unas pocas semanas, Sofía ya no estará en mi vida. Ni siquiera yo me tendré a mí mismo. Ese Troy que estoy teniendo la oportunidad de ser solo existe en un mundo en el que existe esta mujer. No tiene sentido en ningún otro lugar al que yo pertenezca.

***

—¿Cuál es tu momento favorito del día? —pregunta Sofía, jugueteando con la cucharilla del café mientras esperamos nuestro pedido.

Me lo pienso un momento antes de responder.

—Ahora mismo, contigo. Pero si hablas de la rutina, diría que la mañana. Es cuando el mundo todavía está esperando a ocurrir y todas las decisiones que vas a tomar durante el día aún importan.

Sonríe, satisfecha con la respuesta.

—¿Y qué es lo primero que haces al despertarte?

—Comprobar si tengo algún mensaje tuyo —digo sin vacilar.

Eso le arranca una sonrisa aún más grande.

—Si pudieras ir a cualquier sitio ahora mismo, ¿adónde irías? —Se inclina un poco más hacia mí, atrapándome la mirada con la suya.

La respuesta sale fácil.

—Aquí, exactamente donde estoy. —Hago una pausa, observando su reacción antes de seguir—. Pero si hablas de viajar, quizá Japón. Siempre he querido ver los cerezos en flor.

Sofía asiente, visiblemente encantada con la idea.

—¿Japón? Me encanta. ¿Y qué te hace feliz? Además de yo, claro. —Su tono es sarcástico, pero sus ojos buscan una respuesta de verdad.

—La música, la sensación después de una carrera larga, un buen libro... —enumero, mientras pienso en los pequeños placeres de la vida—. ¿Y a ti? ¿Qué te hace feliz, Sofía Russo?

Se muerde el labio inferior, pensativa.

—El sonido de la lluvia cuando estoy en la cama, bailar como si nadie me estuviera mirando, el olor del café por la mañana… y esto —declara de pronto, un poco tímida, señalando con un gesto suave el espacio entre nosotros.

La llegada del camarero con nuestro pedido interrumpe el momento, pero no rompe el hilo de la conversación. Con cada pregunta y cada respuesta, nos acercamos más.

—¿Cuál es la cosa más loca que has hecho nunca? —la desafío, con curiosidad por descubrir más de las aventuras que han moldeado a la Sofía que tengo delante.

Sonríe, con ironía en los ojos.

—Bueno, teniendo en cuenta que este es mi primer viaje lejos de casa, la cosa más loca que he hecho ha sido… hornear galletas a las tres de la mañana porque estaba aburrida y no conseguía dormir. Lo sé, salvajísimo, ¿verdad?

Su risa es contagiosa y no puedo evitar sonreír con ella.

—Extremadamente salvaje —coincido, siguiéndole la broma.

La sencillez de su momento más loco resulta encantadora. Es una prueba de su esencia auténtica, sencilla, con los pies en la tierra.

Ahora me toca a mí pensar en algo que pueda compartir. Algo que no sea una mentira, pero que tampoco revele demasiado de las sombras de mi mundo.

—Yo diría… participar en un campeonato de comer pizza en Nueva York. Me zampé ocho porciones en menos de dos minutos —cuento, eligiendo un recuerdo ligero, superficial, de todos los que podría contar.

Claro que hay historias que jamás podría decirle. Momentos de peligro y decisiones que marcaron mi vida de formas que la asustarían, no la impresionarían. Pero, por ahora, esas historias siguen bajo llave, mientras le ofrezco una versión de mí que puede existir a plena luz del día.

—¿Ocho porciones? Eso es impresionante. Y un poco aterrador —comenta Sofía, nada impresionada.

Nos reímos juntos, y entonces cambia la expresión de esa pequeña diabla. Se inclina sobre la mesa hasta quedar tan cerca que noto su aliento cálido sobre la piel. La malicia le cruza la cara sin disimulo.

—¿Sabías que tienes un efecto bastante… peculiar en mí? —empieza, con la voz baja y cargada de una insinuación que hace que el corazón se me ralentice un segundo.

—¿Ah, sí? —respondo, intentando aparentar indiferencia, aunque soy demasiado consciente del juego que está jugando—. ¿Y qué clase de efecto sería ese?

Se muerde el labio, sopesando bien sus palabras.

—Digamos que, si no estuviéramos en público, podría enseñártelo en vez de contártelo.

La provocación es directa, y siento cómo el calor me recorre el cuerpo. La idea de lo que está sugiriendo, de lo que podría pasar lejos de las miradas curiosas de los demás, despierta algo profundo dentro de mí.

—Si yo fuera otro, no me importaría el público. Te cogería ahora mismo, aquí, delante de todo el mundo —la provoco, entrando en su juego, con la voz más grave de lo que pretendía.

—¿Y dónde encuentro a ese otro? Porque, claramente, me ha tocado el extraño equivocado —se queja, indignada, aunque una risa suave acompaña sus palabras.

Pienso en su primera vez. En cómo quiero que sea especial, memorable, porque se merece eso y mucho más. Pero entonces me golpea la duda. ¿Es egoísmo por mi parte querer este momento con ella, sabiendo que todo lo que puedo ofrecerle es el ahora?

No resisto la tentación de levantarme, rodear la mesa y tirar de ella hacia mí. Mis manos encuentran su rostro, recorren la línea de su mandíbula, mientras sus dedos se enredan en el pelo de mi nuca y me acercan todavía más.

El aire a nuestro alrededor vibra con una electricidad invisible, un magnetismo creciente que nos arrastra el uno al otro, una mezcla de deseo y diversión que hace imposible fingir distancia cuando ya solo queda el calor de nuestros cuerpos y el sabor dulce de su boca contra la mía.

—Has elegido exactamente al extraño adecuado —le aseguro.

Mi mano encuentra la suya y nuestros dedos se entrelazan.

Durante un instante me permito hundirme en esta fantasía. En la facilidad de estar con ella, de encajar así de bien. Pero entonces, como si quisiera recordarnos que el mundo sigue girando a nuestro alrededor, mi teléfono interrumpe el momento con un timbre estridente incluso por encima del ruido del local.

Me aparto para contestar, dedicándole a Sofía una última mirada que compartimos como una promesa: en cuanto podamos, retomaremos exactamente donde lo hemos dejado.

—Troy, soy yo. —La voz de mi hermano suena seria al otro lado de la línea—. Tenemos que hablar de algunos detalles sobre la organización de la seguridad para el día de la boda.

El tono deja traslucir su profunda irritación por verse metido en una tarea así, aunque, como siempre, hace un buen trabajo ocultándolo. Si no fuera mi hermano, quizá no habría detectado el matiz de desprecio en cada palabra.

—Hay algunas preocupaciones de las que el consigliere quiere que seas consciente —continúa.

—Entendido, Marco. Repasemos los planes. Yo también quiero asegurarme de que todo salga sin imprevistos. ¿Y Antonio? ¿Tiene recomendaciones específicas? —pregunto mientras me alejo hacia un rincón más discreto, con la atención dividida entre la necesidad de esa conversación y las ganas de volver con Sofía cuanto antes.

—Sugiere reforzar la vigilancia en los días previos a la ceremonia, especialmente teniendo en cuenta los movimientos recientes de nuestros… adversarios. Además, ha recomendado revisar a los invitados, para evitar sorpresas desagradables.

La palabra revisar me deja claro que Antonio ya ha puesto en marcha a todo un equipo para investigar a cada uno de los invitados hasta el agotamiento, con tal de asegurarse de que no haya ningún

problema potencialmente peligroso para ese día y de que no nos pillen desprevenidos en medio del fuego cruzado de nadie.

—Bien. Haremos una reunión y luego podréis alinear las directrices con el equipo de seguridad. Lo mantendremos todo bajo control —aseguro, mientras mi cabeza ya trabaja en las medidas que habrá que implementar.

La seguridad de América no puede tratarse con ligereza. Al casarse con el Don, se convertirá en un blanco andante para todos los enemigos de nuestra familia.

—Perfecto. Avísame cuando estés listo —concluye Marco.

Después de ultimar algunos detalles más, colgamos. Cada palabra me obliga a mirar de frente el futuro que me han trazado, un futuro que por un instante deseo poder reescribir.

Cuando regreso junto a Sofía, sus ojos arrastran una sombra de duda, una pregunta silenciosa que me pone en alerta de inmediato.

—¿Va todo bien? —pregunta, intentando disfrazar la curiosidad y la inquietud que le bailan en la mirada.

—Sí, solo asuntos de familia —respondo con calma—. ¿Por dónde íbamos?

—¿Tienes novia en América? —pregunta de golpe.

Y siento que el mundo se detiene un segundo.

—No —respondo, con el corazón encogido por una mentira que no es del todo mentira.

Tengo clarísimo que este no es el mejor momento para contarle a mi novia que, en realidad, tengo prometida.

Novia.

La palabra surge en mi cabeza antes de que pueda pensarlo. Y, por primera vez, la llamo mi novia, aunque solo sea para mí.

—¿Seguro? Has tardado demasiado en responder.

—Sí, seguro. —Mi voz sale firme, aunque por dentro un frío nervioso me aprieta los órganos con más fuerza de la que jamás logró ningún interrogatorio de entrenamiento de la Granada.

—Entonces, ¿por qué siempre te alejas para atender el móvil?

—Porque tengo cuatro hermanos insufriblemente cotillas que cruzarían el océano solo para contarte cosas absurdamente vergonzosas si descubrieran que paso todo el tiempo posible corriendo detrás de ti —intento desviar con humor, aunque la verdad es mucho más complicada.

—¿Corriendo detrás de mí, eh? —Sofía sonríe, pero sus ojos siguen buscando los míos, como si quisieran encontrar algo que quizá ni yo mismo sé darle.

—¿No te habías dado cuenta?

Niega con la cabeza y protesta:

—¡Eres demasiado discreto!

—Si hay algo que nosotros no somos, es discretos, mi amor.

Mi amor.

El impacto de esas palabras parece sacudirnos a los dos y noto que Sofía se queda inmóvil un instante.

—La única novia que tengo eres tú.

Y nada de lo que pueda decir jamás será tan verdad como eso.

CAPÍTULO 18

SOFÍA RUSSO

Las palabras de Troy parecen quedarse suspendidas en el aire entre nosotros.

La única novia que tengo eres tú…

Y, por un momento, lo único que puedo hacer es mirarlo, atónita.

Novia.

Mi amor.

¿De verdad ha dicho eso?

No consigo contener la sonrisa que nace en mis labios. La sorpresa y la felicidad me inundan de golpe. Es uno de esos momentos que quieres congelar en el tiempo, guardarlo en un tarrito y volver a él cada vez que necesites recordar que sí, que las cosas buenas pasan.

—Eres la versión masculina de Barbie Profesiones, ¿lo sabías? —bromeo, intentando aligerar el peso emocional del momento con un poco de humor—. Un extraño buenísimo, posible psicópata, amor de verano, y ahora, novio turístico.

—¿Novio turístico? —me atrae hacia sus brazos—. ¿Qué quiere decir la señorita con eso? —pregunta muy cerca de mi boca, con la diversión clara en la voz.

—Quiero decir que me gustaría que mi novio me llevara de vuelta al hotel para que pueda enseñarle lo feliz que me ha hecho la

declaración —digo, marcando la palabra **novio**, probándola en la lengua.

Es nueva, emocionante y un poco aterradora, pero completamente deliciosa.

Hay una pausa antes de que Troy pregunte, con un brillo perverso en los ojos:

—Espera. Entonces ¿tú no te considerabas mi novia?

—Hombre, teniendo en cuenta que no me lo habías pedido… —respondo, fingiendo indignación.

—Pues que sepas que yo estoy saliendo contigo desde que te besé en la puerta del hostal —declara.

Y, antes de que pueda responder, me aplasta los labios con los suyos.

El beso es una explosión de sensaciones, una mezcla perfecta de dulzura e intensidad. Siento cada célula de mi cuerpo responder al contacto de Troy, a su sabor, al calor que solo él sabe despertar en mí. Es un beso que promete, un beso que cumple, un beso que dice **sí** a todo lo que está por venir.

—Por favor, novio, sácame de aquí —le pido en cuanto nuestros labios se separan por fin, todavía jadeando, sintiendo sus dientes rozándome la piel, negándose a abandonar del todo mi boca.

—¿Y adónde quiere ir la señorita? ¿A hacer turismo? —pregunta con sorna, con una sonrisa descarada en los labios.

No dejo que el juego muera y le respondo, sosteniéndole la mirada:

—Mientras sea dentro de tu habitación y encima de tu cama, puedes llevarme adonde quieras.

Troy se ríe, aprobando la respuesta.

—Parece que tus definiciones de la picardía se han actualizado.

—Es por la convivencia —lo acuso, sonriendo.

—Eso es un problema muy grave —finge preocuparse, apretándome más entre sus brazos, hundiendo la nariz en mi cuello.

—¿Por qué? —pregunto, curiosa.

—Porque, en ese caso —susurra—, todavía vas a ir a mucho peor.

Su voz ronca se comunica directamente con un punto muy, muy por debajo de mi oído.

—Y pienso disfrutar de cada pedacito del monstruo que estoy creando —añade.

No sé si es una promesa o una amenaza, pero, sea lo que sea, mi segundo nombre es **Por Favor**.

Quizá no exista un futuro para nosotros, pero el ahora —este ahora increíble, mágico y perfecto, aunque incierto y completamente imprevisible— es única e irrevocablemente nuestro.

Y yo no lo cambiaría por nada.

CAPÍTULO 19

TROY MADDOX

Cuelgo la llamada y el silencio tenebroso de esta habitación de hotel se convierte en un eco de las últimas palabras de mi hermano.

«Nos vemos en la boda.»

Cada sílaba me golpea como una condena, restregándome en la cara con brutalidad la realidad del compromiso que no elegí. La irritación y la frustración se apoderan de mi cuerpo, pero mi cabeza solo tiene una protagonista: Sofía y el hecho de que la he dejado sola.

Dejo la tablet sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. El golpe parece romper algo dentro de mí. Me paso la mano por el pelo, tirando de él en un gesto de pura exasperación. Miro a mi alrededor y el lujo de la habitación nunca me ha parecido tan asfixiante. Una burbuja de aislamiento creada para proteger a Sofía de las verdades que arrastra mi vida, alquilada solo para esta conversación.

Voy hacia el dormitorio, empujado por la ansiedad del reencuentro. Me imagino a Sofía allí, hojeando quizá una revista o disfrutando de las vistas desde la ventana. Pero, al abrir la puerta, la realidad se despliega de otra forma. La habitación está vacía, salvo por una nota delicadamente colocada sobre la cama, el mismo lugar donde hace un rato compartíamos risas y promesas.

Cojo el papel. La caligrafía de Sofía baila sobre la hoja fina:

«Estabas tardando mucho. Me voy a la fiesta del hostal. Ven si puedes.»

El mensaje es simple y dulce.

Mi primera reacción es la frustración, por haberla dejado sola en un momento en el que estaba tan entregada entre mis brazos, después de prometerle que volvería rápido cuando Vincent insistió en reunirnos todavía esta noche.

Sofía está en una fiesta, lejos de todo lo que forma parte de mi mundo. Debe de estar riéndose ahora mismo; esa risa suya que tanto adoro debe de estar mezclándose con la música y las conversaciones animadas. Yo debería estar allí, sonriendo con ella, y no aquí, atrapado en un laberinto de deberes familiares.

La decisión de ir a buscarla surge como un soplo de libertad, pero vacilo. Mi reflejo en el espejo no me devuelve la imagen del heredero de una poderosa familia mafiosa, sino la de un hombre dividido, cansado de las cadenas que lo sujetan.

El móvil vibra.

Es ella.

Su nombre aparece en la pantalla y el corazón se me acelera.

—¿Troy? —Su voz, claramente borracha, me atraviesa con una mezcla de preocupación y una necesidad incontrolable de verla—. La fiesta ya casi ha terminado. ¡No has venido!

—Voy de camino —respondo, intentando mantener la voz firme.

—No, has tardado demasiado. Ya estamos bajando. Creo que ya nos vemos mañana. Es solo que te echaba de menos. Está bien echar de menos, ¿no? ¿O me estoy volviendo loca?

—Yo también te he echado de menos, novia.

—¡Eso es! Yo lo soy. Tu novia. No se te olvide.

—Ni por un segundo, aunque yo solo sea un pobre novio turístico.

—Amor de verano y posible psicópata. No podemos olvidarlo, Barbie.

—Tú sabes que, si empiezas a llamarme Barbie, tendré que llamarte Ken, ¿verdad?

—Ken es un surfista buenorro al que todo le sale bien. Creo que puedo vivir con eso.

Me saco los zapatos cansado de una patada y siento la moqueta blanda bajo los pies. Con un suspiro profundo, me dejo caer sobre la cama, hundiéndome en la frescura de las sábanas, que contrasta con el calor que todavía me arde por dentro.

Mi cuerpo se relaja, pero la mente sigue completamente alerta, centrada en su voz.

Entonces, en un susurro rebelde, suelta:

—¿En qué estás pensando, novio?

—¿Será posible masturbarme sin que nadie se dé cuenta en el dormitorio?

—Voy a buscarte. Ahora mismo. —Mi voz sale más decidida de lo que me siento, impulsada por la imagen de ella sola, tan vulnerable como para decirme algo así delante de cualquiera.

—No. No hace falta. Voy a dormir aquí e intentar no masturbarme pensando en ti y hacer otro ridículo. —Su tono ligero choca con la gravedad que yo siento.

—¿Cuál fue el primer ridículo? —pregunto, a medio camino entre la broma y la seriedad.

—Ser virgen. Yo no quería serlo, ¿sabes? Es solo que nunca... Ay, no sé. Ya sé que las chicas de mi edad... —Su voz se quiebra, teñida de frustración.

—Sofía, es perfectamente normal que una chica de tu edad sea virgen. ¿De dónde has sacado que eso es algo de lo que tengas que avergonzarte?

—Yo quería ser una mujer fatal, una tía increíble, darte una llave de piernas para que no me olvidaras nunca, ni dentro de cincuenta años —gimotea, abatida, con esa sinceridad alcohólica que seguramente le ha soltado todas las barreras.

—No voy a olvidarte. Eres prácticamente imposible de olvidar —le aseguro—. En pocos días has puesto mi vida entera patas arriba de una manera que ni siquiera sé si quiero arreglar. Y, por supuesto, siempre guardaré tu libro, y el puesto número uno del ranking de mejor compañía de escala en un aeropuerto va a ser difícil de superar.

Se echa a reír, y ese sonido es música para mis oídos.

—Quiero acostarme contigo —declara directamente, firme en su convicción.

—Lo sé. —Respiro hondo.

—¿Tú no quieres?

—Quiero, pero no quiero que te precipites. Esto es importante. No quiero que te arrepientas. Cuando algún día elijas a un hombre para el resto de tu vida —el dolor de saber que no seré yo me perfora el pecho— quizá desees haber compartido ese momento con él... —trago saliva; la angustia me dificulta seguir hablando—. No quiero quitarte ese recuerdo sabiendo que ese hombre no voy a ser yo.

—Tú siempre vas a ser mi primer amor de verano, Barbie —dice, y la ligereza vuelve a su voz, aunque puedo sentir la seriedad que hay debajo, incluso con el alcohol dejándola completamente desinhibida.

—Y tú siempre vas a ser mi desastre favorito.

—Eso es extrañamente mono. Creo que me voy a dormir sin ducharme.

—No te voy a juzgar.

—Quédate conmigo hasta que me duerma. No hay nadie aquí.

—Claro, pero todavía puedo ir a buscarte para que duermas conmigo.

—No, estoy demasiado cachonda. No quiero pasarme la noche restregándome contra ti mientras tú te pones en plan prometido cristiano conmigo.

—Creo que lo que hemos hecho juntos está muy lejos de considerarse cristiano. Pero, si vinieras a dormir conmigo, por lo menos podrías correrte y dormir relajada.

—¡Deja de intentar seducirme, Barbie!

—Solo estoy ofreciendo mis humildes servicios.

—Pues ocupa tu lengua en otra cosa.

—¿En qué?

—Cuéntame una historia.

—¿Qué historia?

—Cualquiera, Troy. Da igual. —Oigo el roce de las sábanas y me la imagino acurrucándose en la cama estrecha del hostal, dejando el móvil a un lado.

—Vale. Érase una vez una princesa de la mafia...

Ella se ríe, ya medio dormida, mientras, en secreto, le voy contando pedazos de mi vida mezclados con cuentos de hadas. Cuando su respiración se vuelve pesada y acompasada, me quedo todavía unos instantes, disfrutando de la paz de ese momento, mientras conduzco hasta el hostal.

No sería capaz de dormir sin verla y comprobar que está bien.

Y lo está.

Duerme tranquila, con la habitación en penumbra y los pies fuera de la cama, todavía con las zapatillas puestas. Me acerco, se las quito, y ella parpadea de inmediato. Eso me reconforta: saber que, incluso dormida, sigue alerta a lo que ocurre a su alrededor.

No me presta mucha atención. Solo sonríe apenas y vuelve a cerrar los ojos, un gesto de confianza absoluta que me llena el corazón. Cierro la ventana, la cubro con la sábana y le beso la boca con suavidad.

Murmura algo parecido a «yo sabía que iba a soñar contigo».

Le beso la frente y susurro un «buenas noches, princesa» al vacío de la noche mientras apago la luz y salgo pensando que no podría estar más jodido ni aunque lo hubiera planeado.

La noche templada de verano no consigue enfriar el fuego que me arde en el pecho. Cada latido de mi corazón repite un solo nombre:

Sofía.

Y no hay honor, compromiso ni el más mínimo instinto de preservación que vaya a impedirme hacer de esa mujer, mía.

CAPÍTULO 20

TROY MADDOX

—Esta vida de noviecito va a acabar contigo, eres gilipollas, Troy. —La voz de Vincent, al otro lado de la pantalla, rebosa burla mientras se sujeta la barriga de tanto reírse después de que yo le abriera el corazón.

Me presiono los dedos contra la sien, sintiendo cómo empieza a nacerme un dolor de cabeza.

—No es solo deseo, Vincent. —Lo repito, pero su risa afilada me corta en mitad de la frase.

—Ah, claro, es amor, ¿no? Por favor, Troy. En cuanto te la folles, se te pasa. Eres idiota por enamorarte de una virgen. Tendrías que estar recorriendo todos los burdeles, haciendo bingo de coños de todas las nacionalidades antes de casarte. Pero no. Tú estás jugando a los novios con la primera mujer que te encontraste en un aeropuerto. No me puedo creer que el futuro de la mafia esté en tus manos.

Sus palabras me irritan, pero también siembran una duda cruel. ¿Y si tiene razón? ¿Y si estoy confundiendo deseo con algo más profundo? Buscando firmeza en la voz, respondo:

—No es tan simple, Vince. Con ella es... diferente.

—Troy, te estás engañando. Es solo una fase, joder. Deberías disfrutar la vida, aprovechar la libertad que tienes ahora, sobre todo porque ya has perdido demasiado tiempo. —Su tono se vuelve algo más serio, intentando empujarme hacia su visión pragmática del asunto.

—¿Y si no es solo una fase? —La pregunta se me escapa, revelando más de mi incertidumbre de lo que pretendía.

Vincent suspira al otro lado de la línea y su tono se suaviza apenas.

—Mira, hermano, yo solo no quiero verte hecho pedazos después. Ahora todo puede parecer increíble, pero cuando la realidad te golpee, será con América a tu lado. No te dejes arrastrar por el momento. La verdad es que no estás en condiciones de enamorarte ahora. Aunque, bueno... quizá ya sea demasiado tarde.

Hay una verdad incómoda en lo que dice, y eso me perturba. En el fondo sé que las reglas de nuestro mundo no permiten desvíos como este que estoy intentando con Sofía. Camino hasta la cama y me siento, con el peso del mundo aplastándome los hombros.

—Lo sé. Y lo peor es que lo sé de verdad, pero soy incapaz de darle la espalda a esto que estoy sintiendo.

—Solo no hagas ninguna estupidez, ¿vale?

—¿Como qué? ¿Enamorarme?

Oigo cómo una puerta se abre de golpe en la habitación de mi hermano y Bela aparece en pantalla con esa expresión decidida que siempre anuncia que tiene algo importante que decir.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Estás lloriqueando por una mujer que conociste ayer?

—No deberías usar las cámaras de seguridad para espiar las conversaciones privadas de tus hermanos mayores, Bela.

—¿Y para qué más servirían?

—Para la seguridad, quizá.

—¿Y de qué nos protegen? Seamos sinceros: como mucho nos servirían para emitir en plaza pública la historia de la masacre si alguna vez nos atacaran en casa. ¿Quién se atrevería? —Vincent asiente, dándole la razón—. Pero ahora en serio, ¿por qué no te limitas a cogerla y traerla aquí? Los hombres de la mafia tienen amantes, nadie te criticaría. ¿Por qué estás triste si puedes tener las dos cosas? El matrimonio arreglado y la mujer que de verdad quieres.

—¿Estás sugiriendo que...?

—Que deberías traerla a casa y convertirla en tu amante cautiva hasta que te canses. Todo el mundo lo hace, no pongas esa cara, Troy.

Su sugerencia cae como una bomba en el silencio que sigue.

Irritado y un poco horrorizado por su frialdad, respondo con un tono más áspero de lo habitual.

—Bela, eres la feminista más hipócrita que conozco.

Mis palabras salen cargadas de reproche, esperando que se dé cuenta de lo inapropiado de lo que acaba de decir.

Ella se ríe, una risa corta que no le llega a los ojos, fría y calculada.

—No hay ni una gota de feminismo en mí, solo un desprecio generalizado por los hombres. Pero, por desgracia, me criaron bajo el clásico patrón machista y no me esfuerzo demasiado en no reproducir lo que aprendí. Un desperdicio de vida, lo sé, pero nadie me preguntó mi opinión.

Antes de que pueda responderle, se oyen otros pasos pesados acercándose. Es nuestro padre. Su mirada grave y la autoridad que

lo rodea llenan el espacio y cortan cualquier posibilidad de seguir discutiendo.

—Troy, te necesitamos en Grecia. Inmediatamente.

La voz, firme e incuestionable, me arrastra de vuelta a la realidad y siento el peso de sus expectativas caer sobre mí.

—Te necesitamos en Grecia durante dos semanas. Después podrás volver y resolver tus... asuntos personales. Tu vuelo se está preparando y recibirás el briefing de la misión en el avión. —Lo dice clavándome una mirada penetrante que parece leerme todos los pensamientos.

La noticia me golpea como un puñetazo en el estómago. La idea de dejar a Sofía, sobre todo ahora, es algo que no quiero ni considerar. Pero, como siempre, las obligaciones con la mafia están por encima de cualquier deseo personal.

—Entendido, padre.

La respuesta me sale automática; el entrenamiento y la disciplina hablan más alto que cualquier emoción.

Él asiente, satisfecho, antes de darse la vuelta y salir de la habitación, dejando tras de sí un rastro de autoridad en el aire. Bela me lanza una última mirada llena de escarnio antes de seguirlo, dejándome solo con mis pensamientos encontrados.

¿Y si tiene razón? ¿Y si puedo tenerlo todo?

¿Debo cumplir con mi deber y aceptar lo inevitable, o existe una forma de mantener a Sofía en mi vida sin comprometer mi lealtad a la familia?

—Estoy convencido de que todo te resultaría más fácil si salieras y te follaras a alguien. La acumulación de semen debe de estar

enfermándote.

—Eres gilipollas, Vincent —mascullo, colgando sin despedirme.

Reconozco el golpe en la puerta de la habitación. Es mi jefe de seguridad, seguramente esperando órdenes sobre la misión que acaba de recibir.

—Señor. La señorita Sofía está en el hotel, subiendo por las escaleras. ¿Debemos impedirle el paso?

—¿Por qué está subiendo por las escaleras?

—No sabíamos si querría ser interrumpido y no conseguimos notificarle, así que le dificultamos el acceso para ganar tiempo hasta poder avisarlo.

—¿Y por qué ibais a impedirle pasar? Tiene autorización en recepción para subir.

—Acabamos de recibir órdenes de moverlo con rapidez. Pensamos que...

—Voy a recibirla yo, y ella no debe veros.

—Sí, señor. Salimos en treinta minutos, señor.

La irritación me hace temblar apenas el labio, pero aprieto la boca. No tienen la culpa de cómo los han entrenado. Todavía no soy el jefe de la mafia. La voz de mi padre sigue siendo ley.

Abro la puerta que da a la escalera y oigo a Sofía subiendo. Sus pasos parecen tardar una eternidad en llegar hasta mi planta.

La llamo.

—¿Troy? —contesta, jadeando.

—Hola. ¿Dónde estás? ¿Puedo verte?

—Si no me muero subiendo estas escaleras, sí. Y dentro de muy poco. Estoy en tu hotel, pero el ascensor estaba parado.

—Espera, ¿estás aquí? Pero si no pasa nada con el ascensor. ¿En qué piso estás?

—En el tercero.

—Espera. Voy a mandarte el ascensor.

—Gracias, Dios.

Cuando se abren las puertas, la veo allí, bañada por la luz fuerte, el pelo encendido por ella, casi etérea. Sofía parece nerviosa, con las manos entrelazadas delante del cuerpo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me avisaste antes de que ibas a venir? —pregunto al acercarme, intentando ocultar la mezcla de alivio y preocupación que siento.

—Quería verte, eso es todo. No podía esperar. —Sus ojos buscan los míos, y cada palabra está llena de una sinceridad sólida.

Las ganas de abrazarla y protegerla de todo son casi insoportables, pero me contengo, recordando la misión que me espera y todo lo que arrastra.

—Ven conmigo. Tenemos que hablar. —Le tomo la mano y la guío por el pasillo hasta mi habitación—. Sofía, yo...

—Ah, no. No me digas que he venido aquí para sufrir una ruptura relámpago y encima me he hecho delivery.

—¿Qué? No. Claro que no.

Su cercanía hace que una oleada de deseo me invada y, antes de pensar, ya la estoy atrayendo hacia mí. Mis brazos le rodean la cintura en un abrazo apretado; las manos bajan por puro instinto hasta la curva de su culo y la aprietan contra mí.

Ella responde al instante. Me enrosca las piernas alrededor de la cintura y se impulsa hasta quedar a mi altura. Sus ojos, llenos de provocación y deseo, me sostienen un segundo antes de que nuestros labios se encuentren.

El beso es una descarga eléctrica, cargado de una intensidad que lo consume todo. La beso con una mezcla de posesión y urgencia brutal, reclamando su boca como si a través de ese contacto pudiera fundir su alma con la mía. Ella me responde con el mismo egoísmo y me muerde el labio inferior con suavidad, arrancándome un gemido ahogado.

Pierdo la noción de todo lo que existe más allá de su cuerpo y del mío. Solo quedan el sonido de nuestros suspiros y el ritmo salvaje de nuestros corazones.

Nuestras bocas se mueven en perfecta sincronía, explorando, provocando, cediendo. Su lengua danza con la mía.

Una de sus manos se desliza por mi pelo, tirando de mí para acercarme más, mientras la mía asciende por su espalda y la aplasta todavía más contra mi cuerpo. El aire a nuestro alrededor vibra. Cada caricia, cada suspiro, amplifica el deseo arrasador que nos está devorando.

Cuando por fin nos separamos, jadeantes y aún entrelazados, nuestras miradas se encuentran y el mundo vuelve a girar, aunque más despacio.

—Tengo que viajar. Dos semanas. Trabajo, pero también un asunto de familia. —Lo explico atropellando las palabras como un imbécil, desesperado por soltar de una vez esa información.

—O sea, que no estás rompiendo conmigo. Solo estás huyendo de mí. Qué maravilla —murmura, bajando la mirada.

—No estoy haciendo ninguna de las dos cosas. Me encantaría invitarte a venir conmigo, pero sé que dirías que no porque estás cumpliendo todo lo que acordaste en tu proyecto de intercambio.

Me mira con cierta desconfianza, ansiosa, pero calla.

—Haré todo lo posible para que pase rápido. Y estaré de vuelta antes de que te des cuenta. —Intento tranquilizarla, aunque una parte de mí duda hasta de mis propias palabras.

Deja escapar un suspiro y una sombra de tristeza le cruza la cara.

—Eso significa que vas a estar lejos... Y yo estaba empezando a acostumbrarme a tenerte cerca.

—Lo sé. Pero te prometo una cosa: cuando vuelva, haremos un road trip. Solo tú y yo. Largo. —Intento suavizar el golpe de mi partida.

Una sonrisa tímida aparece en sus labios.

—Voy a organizar mis vacaciones para que coincidan con tu vuelta. Así tendremos todo el tiempo del mundo para estar solos, sin interrupciones. Troy... espero que no estés huyendo de mí para irte con otras.

—No lo estoy. No haría eso. Y tampoco tendría ninguna razón para engañarte si quisiera hacerlo —le aseguro.

Ella arquea una ceja.

—Entonces seguimos siendo exclusivos. Incluso mientras estás fuera. ¿Eso es?

—Me voy al país vecino durante dos semanas, no a la guerra. ¡Claro que seguimos siendo exclusivos! —protesto, exasperado ante la idea de que otro hombre pudiera tocarla.

—No es como si yo fuera el problema, ¿no? Como mucho repartiría unos cuantos besos por ahí. Ya sabes, tengo ese problema...

—Primero: voy a repetir que ser virgen no es ningún problema. Segundo: la imagen mental de ti repartiendo besos por ahí que no sean a mí va a perseguirme para siempre. Y tercero... —vacilo.

—¿Tercero?

—Tercero, que me encantaría tirarte sobre esa cama, arrancarte la ropa y follarte hasta que me suplicaras un solo segundo de descanso. Hasta que tu voz se redujera a murmullos. Hasta que tu olor se quedara impregnado en esas sábanas. Hasta marcar cada centímetro de tu cuerpo con el mío. Hasta que entendieras de una vez por todas que eres total y completamente mía.

—No del todo. Todavía no.

—En dos semanas, Sofía.

—¿Eso es una promesa?

—Sí.

—Entonces ¿por qué suena como una amenaza?

—Porque no tienes ni idea de lo que te espera.

CAPÍTULO 21

SOFÍA RUSSO

Me raspo las piernas con las ramas del sendero entre olivos por cuarta vez y veo pequeñas gotas de sangre manchar mi short. Cada tronco retorcido parece guardar su propia historia. Me siento como una exploradora en un mundo nuevo.

Estamos participando en una actividad de geocaching, una especie de búsqueda del tesoro moderna que combina exploración al aire libre con tecnología GPS. Mis compañeros están animados, riéndose y charlando mientras seguimos las pistas.

Poco a poco empiezan a emparejarse, y cada dúo se concentra en encontrar el siguiente "tesoro". Veo a Carlo y Giulia, una pareja italiana que trabaja en el hostal, riéndose juntos mientras intentan descifrar la siguiente pista. Parecen tan conectados, con la luz de la luna reflejándose en sus sonrisas compartidas y en sus manos entrelazadas. A mi izquierda, Emily y Jack, dos estudiantes británicos, se acercan para mirar el GPS, con las cabezas casi tocándose. Hay una ligereza en el aire, una intimidad creciente entre todos, y siento una punzada de soledad.

Empiezan a alejarse, avanzando hacia una zona más apartada del sendero.

Yo camino algo más atrás, observando las interacciones. María y Paulo, una pareja de españoles, van abrazados, murmurándose cosas cariñosas. Cada vez veo más parejas perdiéndose un poco del grupo, compartiendo risas y momentos que parecen reservados solo para ellos. Intento concentrarme en las pistas y en la diversión del geocaching, pero la sensación de ser la única que está sola empieza a pesarme.

La soledad se intensifica cuando me doy cuenta de que todos parecen haber encontrado a alguien con quien compartir esta experiencia mágica de buscar tesoros bajo el cielo estrellado. Respiro hondo e intento no darle importancia. Intento convencerme de que estoy bien sola, de que puedo disfrutar de la aventura por mi cuenta. Pero cada risa lejana, cada roce tierno entre las parejas, me recuerda que estoy sola.

Intento no dejar que eso me arruine la noche, pero la verdad es que echo de menos a Troy más que nunca. Solo lleva una semana fuera y ya no puedo con la nostalgia. ¿Cómo va a ser cuando cada uno vuelva a su casa y nos separemos de verdad? ¿No se suponía que los amores de verano debían ser ligeros, divertidos? Entonces ¿por qué siento el corazón pesar una tonelada más con cada día que paso lejos de él?

El sendero se vuelve más solitario a medida que avanzamos entre los olivos y la distancia entre el grupo y yo aumenta. Las sombras de los árboles bailan bajo la luz de la luna, creando formas extrañas a nuestro alrededor.

Mis pasos marcan suavemente el camino de tierra y respiro hondo, intentando absorber la tranquilidad de la noche. Pero ver a todos en pareja sigue revolviéndome por dentro.

Es curioso. Antes nunca me había importado salir con parejas. La mayoría de las veces hasta me gustaba hacer de celestina. Pero hoy ha sido un error. Todo me recuerda a Troy constantemente y la decisión de venir a una actividad grupal al aire libre para distraerme ha sido un fracaso. Es hora de admitir la derrota y volver al hostal.

Habían hablado incluso de acampar y pasar la noche en el campo para ver amanecer. En su momento me pareció una idea estupenda. Ahora ya estoy calculando cuánto voy a tardar en deshacer sola todo el camino.

Decido que no pasa nada por bajar el sendero sola. Saco el móvil, dejo un mensaje en el grupo que habíamos creado por si alguien se perdía por el camino, avisando de que me vuelvo, y llamo a Troy, deseando escuchar su voz y sentir un poco de compañía.

El tono de llamada parece resonar entre los árboles hasta que por fin descuelga.

—Hola, Barbie.

—Hola, Desastrito. Estaba pensando en ti.

—Qué bien. Yo también he pensado mucho en ti hoy.

—Ya es tarde allí. Pensé que hoy ya no me llamarías.

—¿Y por qué no me llamaste tú?

—No quería despertarte por si estabas descansando.

—He venido a hacer una ruta. Esa de los olivos. ¿Te acuerdas? El grupo abierto de geocaching del que te hablé el otro día.

—Claro. ¿Estás con ellos? No se oye nada.

—Mmm, no. Estoy volviendo ya al hostal.

—¿Sola?

—No, claro que no.

—¿Con quién estás, Sofía?

—Mmm, con varias personas.

—¿Qué personas, Sofía?

—Ay, mierda, pues yo y Dios. Me separé del grupo y bajé sola, pero no hay ningún peligro. Es un sendero desierto, no había nadie más aparte de nosotros cuando llegamos y además todo es recto, no hay forma de perderse, ni siquiera aunque no hubiera luna.

—Qué maravilla. Mi novia está sola, haciendo una ruta desierta en mitad del campo, acompañada por la luz de las estrellas y la luna. Precioso.

—Es precioso de verdad. El cielo está increíble. La luna parece un queso y las estrellas son una locura.

—Quien se va a morir voy a ser yo. ¿Tú eres consciente del peligro que estás corriendo, Sofía?

—¿Ninguno?

Suspira al otro lado de la línea.

—Sofía, sabes que me preocupo por ti. Por favor, no te metas en problemas mientras yo esté fuera. Necesito concentrarme para volver a Italia cuanto antes.

—Ya lo sé, ya lo sé —digo, intentando sonar ligera—. Pero soy una chica de diecinueve años, lejos de sus padres. Claro que voy a meterme en líos. Si no, ¿qué historias les voy a contar a mis hijos?

Él se ríe y ese sonido me calienta el pecho.

—¿Hijos? ¿Ya estamos pensando en eso?

Sonrío.

—Sí, ¿por qué no? Está bien tener planes. ¿Cuántos te gustaría tener?

—Mi familia es grande. Creo que siempre imaginé tener una igual. En mi casa somos cinco hermanos. —Su voz se vuelve suave,

pensativa—. Cuatro chicos y una niña.

—Yo soy hija única, pero siempre quise tener un hermano. Creo que tres estaría bien. Cinco es demasiado, tu madre fue una heroína.

—Tres es un plan bastante digno —coincide.

El sendero está cada vez más oscuro y los árboles a mi alrededor parecen cerrarse, dibujando sombras inquietas bajo la luz de la luna. Me aferro a esas imágenes de futuro para espantar cualquier miedo.

—Camilla, Federica y...

—¿Federica? —me interrumpe riéndose—. Pobrecita.

—Chsss. Yo elijo los nombres de las niñas y tú los de los niños.

—Recemos para que sean dos niños y una niña, entonces. Enzo, Thomas y Camilla.

—Enzo, Camilla y Federica —insisto.

—Lo importante es que tengan salud. Cuando a Federica le hagan bullying en el colegio por culpa de ese nombre espantoso, ya lidiaremos con ello.

Tropiezo con una piedra y grito, dejando a Troy alterado en cuestión de un segundo.

—Estoy bien, estoy bien —digo por encima de las palabrotas que suelta del otro lado de la línea al asustarse—. Perdona, solo me asusté. Tropecé, nada más.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, Troy —le aseguro, aunque el sendero oscuro y solitario ya empieza a ponerme un poco nerviosa—. Y mira, ya estoy

viendo unas luces ahí abajo. Creo que ya casi estoy al final.

—Me alivia oír eso. Por favor, mira por dónde vas y ten cuidado.

—Sí, señor —digo con una sonrisa que él no puede ver—. Ahora dime, ¿tú crees que nuestros hijos heredarán tu terquedad o mi curiosidad? —Marco la palabra **nuestros** con toda la intención del mundo, para ver qué dice, pero él ni se inmuta: responde como si en ningún momento hubiera tenido otro plan que no fuera construirse una familia de mentira conmigo.

—Probablemente un poco de las dos cosas.

El camino que tengo delante empieza a abrirse. Cuando llego al final del sendero, la luz tenue de las farolas ilumina la calle, pero el hostal sigue quedando bastante lejos a pie. Me recoloco la mochila en los hombros y abro la aplicación de transporte. El primer Uber está a varios kilómetros y cancela antes de llegar. Lo intento de nuevo, pero tampoco hay suerte.

—Voy a caminar hasta una zona más transitada —le digo a Troy, que sigue conmigo al teléfono, intentando sonar segura—. Voy a tener que colgar para ahorrar batería.

—Sofía, por favor, ten cuidado y presta atención a lo que tienes alrededor —insiste—. Llámame en cuanto subas al taxi. Voy a seguir tu ubicación.

—Vale.

El silencio de la noche vuelve a envolverme y empiezo a caminar hacia las luces de la ciudad.

A cada paso, el sonido de mis propios pies resuena en la quietud. Siento un pequeño escalofrío en la espalda y acelero. Todos mis sentidos se tensan cuando veo acercarse dos figuras. El pánico empieza a formarse en mi pecho y a subirme por la garganta, pero

intento mantener la calma. Vienen directos hacia mí y sus miradas no son amables. El corazón se me dispara.

—Eh, chica, ¿te has perdido? —pregunta uno de ellos con una sonrisa amenazante.

Antes de que pueda responder, el otro se lanza y extiende la mano hacia mi mochila. Pero entonces aparecen dos hombres enormes, vestidos con discreción, aunque con una presencia intimidante. Apartan a los atacantes con rapidez y estos salen huyendo.

—¿Está bien? —pregunta uno de los hombres, con voz firme pero amable.

—Yo... creo que sí —respondo, todavía temblando de miedo.

—La acompañaremos hasta casa. La noche no es buena compañía para una chica sola.

No tengo valor para negarme, pero el miedo sigue ahí. ¿Y si forman parte de la misma banda y solo están usando otra táctica?

Caminan a mi lado, con pasos firmes y silenciosos. Sigo nerviosa, sin saber quiénes son en realidad, pero al mismo tiempo siento una extraña seguridad con ellos cerca. El camino de vuelta se me hace interminable, y no vuelvo a respirar con normalidad hasta que veo las luces familiares del hostal.

Cuando llegamos, se despiden con discreción, quitándole importancia a mis agradecimientos atropellados, y se funden otra vez con las sombras de la noche. Entro en el hostal y descubro que mis compañeros ni siquiera se habían dado cuenta de que faltaba; nadie había leído ni respondido mi mensaje en el grupo. Subo al dormitorio todavía con los músculos doliéndome de la tensión acumulada, temblando otra vez e intentando procesar lo que acaba de pasar. O lo que casi pasa.

El móvil vibra. Es Troy llamándome.

Respiro hondo varias veces. De repente se me llenan los ojos de lágrimas, pero descuelgo intentando parecer calmada.

—Hola. Ya estoy subiendo. He llegado bien. Todo está bien. —Miento. La voz me tiembla apenas, igual que las piernas y las manos mientras subo las escaleras.

—Qué bien oír eso —dice, con la preocupación clara en la voz—. No sé qué haría si te pasara algo.

—Estoy bien, de verdad —insisto, intentando sonar convincente y fingiendo que mi corazón no ha decidido instalarse en la garganta—. Voy a ducharme y a descansar. Buenas noches, Barbie.

—Buenas noches, Desastrito.

—Vuelve pronto.

—Sí, señora.

Cuelgo y me dejo caer sobre la cama, agotada. Estoy a salvo. Pero, mientras intento relajarme, no consigo dejar de pensar en esos dos hombres. Aparecieron de la nada y parecían saber perfectamente hacia dónde iba. No hablaron apenas conmigo. Solo me acompañaron en silencio todo el camino.

Cojo la toalla todavía inquieta, aunque agradecida por la suerte que he tenido, y abro el agua caliente, esperando que arrastre los restos de este día tan extraño y, con un poco de suerte, también lo borre de mi memoria.

CAPÍTULO 22

TROY MADDOX

El aire nocturno de Atenas es denso, cargado con el aroma de los kebabs de los puestos callejeros y el eco lejano de música animada. Estoy apostado en lo alto de un edificio, con el rifle montado frente a mí, el ojo pegado a la mira, observando la fiesta que se despliega abajo. El objetivo está allí, riéndose y bebiendo con sus compinches, completamente ajeno a que sus minutos están contados.

—Luca, estoy en posición —digo, ajustándome el auricular para oír mejor a mi hermano.

—Entendido. Es el último. Después de esto, puedes volver —responde él, con esa voz serena y profesional de siempre.

—Por fin —murmuro—. Cualquiera de nuestros ejecutores habría podido encargarse de esto. No sé por qué padre insistió en que fuera yo.

—Sabes perfectamente que es un favor personal para su mejor amigo —me recuerda Luca—. Todos los objetivos estaban implicados en lo que le ocurrió a su hija mientras estaba de vacaciones. Para él esto era personal.

Vuelvo a observar al objetivo, sus movimientos calculados, su actitud despreocupada.

—Aun así, esta misión la podría haber resuelto cualquiera. Ya habían recuperado a la chica el mismo día en que padre me la encargó.

Luca se ríe por lo bajo.

—Sí, pero quería asegurarse de que todos los implicados fueran eliminados rápido y sin dejar rastro. Quería que alguien de la familia cerrara el asunto. Solo así el padre de la chica podrá dormir tranquilo. Piensa que estamos garantizando el descanso de un padre de familia. ¿Te acuerdas de cuando la chica y Bela estudiaban juntas en casa? Era una niña tan alegre.

—Sí, eran inseparables. Ahora ya debe de ser una mujer, igual que Bela.

Siento una punzada de rabia al pensar en lo que esos hombres hicieron.

—¿Te imaginas que le pasara algo así a nuestra hermana? —Mi cuerpo tiembla con una clase de odio que roza lo desconocido.

Luca se ríe alto.

—Si secuestraran a Bela, a los dos días los secuestradores nos ofrecerían dinero para que la aceptáramos de vuelta.

Sonrío, a pesar de la tensión.

—Probablemente. Ahora centrémonos en el objetivo. Sigue en la fiesta, pero todavía no tengo una línea de tiro limpia. Podría llevarme por delante a algún inocente.

El tipo no deja de moverse, riéndose, divirtiéndose como si nada pudiera alcanzarlo. Me pican los dedos por apretar el gatillo, pero tengo que esperar el momento exacto. Cada uno de sus movimientos es relajado. Cada carcajada, un recordatorio de lo que hizo.

—Estoy cansado, Luca —admito sin apartar el ojo de la mira—. Esto parece una guerra. No he dormido. Solo he trabajado.

—No era necesario que mataras a los demás casi en modo zombi —se burla Luca—. Si alguien no te conociera, diría que estabas en una misión suicida.

—Quería terminar cuanto antes y volver a Italia. No quería estar aquí, y mucho menos haciendo esto. Estaba viviendo mi mejor vida de mentira.

—Estás de verdad enamorado, ¿verdad? —pregunta, con una nota de curiosidad en la voz.

—Sí —confirmo sin vacilar—. Me preocupa más que ella todavía no me haya llamado hoy que el destrozo que estoy a punto de montar en la fiesta de este hijo de puta.

Luca ahoga una risa breve y luego pregunta, glacial:

—¿Te parece que alguna de esas personas merece misericordia?

Observo al objetivo, con la cara iluminada por una sonrisa mientras habla con alguien.

—Probablemente ninguna. Me pica el dedo por vaciarle el cargador encima también a sus mejores amigos. Garantizar el sueño de una o dos familias más... ya sabes.

—De acuerdo. Añadiré las bajas al informe como un accidente —me avisa Luca, y por el sonido parece estar levantándose, dando la misión por concluida antes incluso de que yo dispare—. Haz el mayor destrozo posible. Nadie va a echar de menos a esos cabrones.

Sonrío, sintiendo cómo la tensión afloja apenas, mientras confirmo la posición y el ángulo de cada una de las cabezas que están a punto de decorar las paredes de forma interesante.

Espero a que el objetivo se desplace hasta la zona más apartada de la fiesta. La música alta y las carcajadas de los invitados

enmascaran cualquier sonido que yo pueda producir. Ajusto el rifle, fijo el punto sobre él. Mi dedo encuentra el gatillo, notando el frío del metal.

Veo el cuerpo desplomarse, como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Sin dar tiempo a que nadie reaccione, envío a los demás al mismo infierno.

Cada disparo es quirúrgico, meticuloso. La adrenalina me recorre las venas, manteniéndome afilado. Los otros objetivos caen uno tras otro, y la fiesta se convierte en caos en cuanto los invitados comprenden lo que está ocurriendo. Los gritos empiezan a llenar el aire, pero yo sigo disparando, asegurándome de que todos los implicados reciban lo que merecen.

—Todos los objetivos eliminados —confirmo a Luca.

—Buen trabajo —responde, sin una sola emoción en la voz—. Parece que alguien vuelve a estar de vacaciones.

Desmonto el rifle con rapidez y lo guardo en la maleta. El sudor me corre por la frente, pero lo ignoro, concentrado únicamente en salir de allí sin llamar la atención. El ruido de los gritos y la estampida se va apagando a medida que bajo las escaleras del edificio. Mi mente ya está de vuelta en Italia. En Sofía.

Mientras me alejo, la adrenalina empieza a bajar, dejando solo el cansancio. Encuentro un coche esperándome en la esquina y subo, cerrando la puerta con un suspiro de alivio.

—Luca, ya estoy fuera —digo, dejándome caer en el asiento trasero. El conductor arranca de inmediato, alejándonos del lugar.

—Papá estará satisfecho.

—Eso espero —murmuro, mirando por la ventanilla cómo las luces de la ciudad se deslizan deprisa.

Saco el móvil y compruebo si tengo cobertura. Ningún mensaje nuevo de Sofía. El estómago se me revuelve, y la preocupación empieza a crecer. Le escribo otra vez:

Llámame en cuanto veas este mensaje.

Guardo el teléfono y miro al conductor.

—¿Vamos al hotel? —pregunta, encontrándome la mirada a través del retrovisor.

—No. Directamente al aeropuerto.

—¿Quiere que mande a alguien a recoger sus cosas al hotel? —pregunta, reajustando ya la ruta en el GPS.

—No hará falta —respondo, con voz firme.

El coche gana velocidad, cortando las calles atestadas de Atenas. Los sonidos de la ciudad me parecen lejanos ahora, amortiguados por la urgencia de volver a casa. Mi mente está clavada en Sofía. Cada segundo sin noticias suyas pesa como una eternidad.

Me acuerdo de la última vez que la vi, del brillo de sus ojos y de la promesa que le hice de volver pronto. No puedo permitir que le pase nada. La sola idea de Sofía en peligro me resulta insoportable, y la necesidad de oír su voz se vuelve asfixiante. Desde aquella noche en que mis hombres la salvaron por un pelo del asalto, ya no duermo. He tenido que hacer un esfuerzo que ni sabía que era capaz de soportar para no abandonarlo todo y comprobar con mis propios ojos que de verdad está bien. Y el hecho de que no me contara la verdad sigue pesándome en el estómago.

El conductor, al notar mi tensión, acelera todavía más y maniobra con habilidad entre el tráfico nocturno. Miro por la ventanilla, viendo las luces convertidas en una mancha borrosa que refleja el caos de mi cabeza.

Por fin llegamos al aeropuerto. Salgo del coche tan deprisa que el conductor apenas tiene tiempo de abrirme la puerta. Camino con paso rápido hacia la terminal, escuchando el eco de mis propios pasos sobre el mármol.

—Su vuelo está listo, señor Maddox —me informa un asistente del aeropuerto apenas entro en la terminal privada.

—Perfecto —respondo, intentando esconder la impaciencia.

Subo al avión y me acomodo en el asiento. El jet privado despega, cortando el cielo oscuro. Intento serenarme, pero la falta de noticias de Sofía me está devorando por dentro. Vuelvo a coger el móvil e intento llamarla otra vez, pero no contesta. Le mando otro mensaje:

Sofía, por favor, llámame. Estoy preocupado.

El avión avanza en silencio, y yo miro por la ventanilla las estrellas suspendidas en la oscuridad.

Por fin, después de una espera que se me hace infinita, el teléfono vibra en mi mano. Un mensaje de Sofía:

Hola, Troy. Perdona, estaba ocupada. Acabo de encender el móvil. Estoy bien.

Respiro, aliviado, y la llamo al instante.

—Sofía, ¿qué ha pasado? —pregunto, intentando mantener la voz tranquila.

—Nada. Solo me quedé sin batería —responde, con una voz cariñosa y agotada.

—¿Día duro? Me preocupé —admito, sintiendo que la tensión afloja un poco.

—Ni te imaginas cuánto. Tengo los pies destrozados. Pero estoy bien. Hoy hacía un calor de morirse y la cola parecía interminable. He hecho los tres turnos. Estoy agotada. Pero me han dejado muchas propinas y un retrato.

—¿Un retrato?

—Sí. Un señor mayor, artista, estaba pintando cuadros para los turistas. Me hizo uno y me lo regaló. Fue muy simpático.

—Otro enamorado.

—Yo soy así, Troy. Por donde paso dejo corazones rotos —bromea —. Pero no te preocupes, cuando me invitó a salir le dije que tenía novio.

—¿Te invitó a salir?

—Claro. ¿Tú qué crees? ¿Que iba a dejar pasar la oportunidad de salir con un bombón así?

—Claro que no. —Le sigo la broma, relajándome por fin en el asiento, satisfecho solo de escucharla—. ¿También le dijiste que tu novio es muy celoso?

—Sí. De hecho, creo que acabé contándole toda nuestra vida, aunque el pobre no había preguntado nada. Al final me sugirió que buscara un psiquiatra. Qué cosas. Yo siempre me he considerado muy sensata.

—Tú y exactamente cero personas más —la provoco—. Estoy volviendo. No veo la hora de verte.

—¿En serio? ¿Pero por qué vuelves antes?

—He terminado el trabajo. Ahora solo quedamos tú y yo.

—Perfecto. Voy a intentar negociar los turnos extra que hice esta semana y empalmar los próximos días con mis dos semanas de vacaciones —dice, entusiasmada—. Voy a darme una ducha y te espero en el hotel. ¿Puedo?

—Debes. Y de hecho puedes ducharte allí y esperarme completamente desnuda.

—Alguien está ansioso.

—Y ligeramente ofendido porque tú no lo estás.

—Ya sabes cómo soy. Yo no soy ese tipo de mujer.

—¿Qué tipo de mujer?

—Con sentimientos. Yo soy fría y calculadora como una barra de hielo. No, espera. Como una barra de hierro. Me he equivocado.

Me río de las tonterías que dice, pero no cuelgo. Me reclino por fin en el asiento, permitiendo que el cansancio me arrase.

Estoy volviendo con Sofía.

Y eso es lo único que importa.

CAPÍTULO 23

SOFÍA RUSSO

El bar del hostal rebosa vida y movimiento. La gente ríe, charla con entusiasmo y brinda por nuevas amistades y aventuras. Estoy detrás de la barra, sirviendo bebidas, con el cuerpo agotado pero el ánimo encendido. El olor a cerveza mezclado con el aroma dulce de los cócteles impregna el aire, y el choque de los vasos forma una melodía constante.

Mi mente, sin embargo, está solo a medias aquí.

Troy no va a encontrarme cuando llegue al hotel.

—¡Otra ronda, Sofía! —grita alguien, y yo cojo rápidamente los vasos y empiezo a llenarlos.

Mientras sirvo las bebidas, noto cómo la emoción va creciendo en mí. Sí, estoy cansada, pero cada minuto me acerca más a estas vacaciones alargadas con Troy.

La energía de los viajeros me contagia y enseguida estoy riéndome y hablando con ellos, pese al agotamiento. El tiempo se me va volando y, antes de darme cuenta, el móvil me vibra en el bolsillo.

Busco un rincón algo más tranquilo y contesto.

—Hola, Barbie.

—Sofía, ¿dónde estás? —pregunta, con la voz cargada de ansiedad.

—En el bar del hostal, ganándome una semana extra de vacaciones.

—Ah, no. Quiero verte ahora mismo —protesta, y casi puedo imaginarme la expresión decepcionada en su cara.

—Ya lo sé. Y en mi defensa tengo que decir que lo he intentado. Cuando fui a pedir que me empalmaran los próximos días con las dos semanas de vacaciones que ya tenía, el caos se había apoderado del bar. Mi anfitrión estaba desesperado por conseguir ayuda. Y aquí estoy, batiendo mi récord de turnos consecutivos en un mismo día. Pero me dijo que, si hacía también el turno de noche, me daría lo que quisiera. Hasta una semana extra sin poner pegas.

Resopla al otro lado de la línea, claramente poco contento.

—Voy a buscarte. Ya has pasado tu hora, incluso contando el turno de noche.

—Lo sé, pero aprovecha para descansar del viaje. Estoy segura de que tú también estás cansado. Cuando salga, voy a verte. Tendremos muchos días libres por delante.

Lo acepta a regañadientes.

—Está bien. Pero llámame en el minuto en que salgas para que vaya a recogerte.

—No hace falta. Voy a aprovechar y ya me haré la maleta para encontrarte con todo preparado. Podemos empezar el viaje mañana mismo. Ahora tengo que volver al trabajo. Beso.

Cuelgo sin darle tiempo a protestar más.

Vuelvo al bar, donde las risas y la música siguen llenándolo todo. Mia, una chica con la que he trabado amistad estos últimos días, se

planta a mi lado. Es divertida, irreverente y siempre tiene un chiste listo.

—¿Estabas hablando con tu novio imaginario? —se burla, con una sonrisa maliciosa.

—Sí. Ha vuelto a la ciudad —respondo riéndome.

—Entonces ¿por fin voy a conocerlo? —pregunta Mia, arqueando una ceja.

—No. Voy a mantenerlo vivo solo en mi imaginación —digo, guiñándole un ojo—. Mañana nos vamos de road trip.

Mia pone cara de desprecio.

—¿Viaje por carretera? Qué horror. ¿Y vais a dormir dónde?

—Espero que uno dentro del otro —respondo.

Y las dos estallamos en carcajadas.

Mientras el ruido del bar sigue latiendo a nuestro alrededor, sirvo algunos cócteles más y respondo preguntas de los turistas sobre los mejores sitios para visitar en Lecce, como si yo supiera algo. El tiempo pasa deprisa cuando estás ocupada, y hablar con Mia ayuda a rebajar la ansiedad de reencontrarme con Troy.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera? —pregunta ella, mientras secamos varios vasos.

—Una semana y media.

—Madre de Dios. ¿Y tú ya estás así, como si llevaras una década entera en abstinencia?

—Cariño, ¡llevo en abstinencia más de una década! —respondo entre risas.

Mia tarda un par de segundos en procesarlo y entonces la cara se le transforma en una mezcla de sorpresa y comprensión.

—Espera. ¿Tú estás segura de que ese tío es de fiar? Porque ahora me estoy preocupando.

Sonrío, negando con la cabeza.

—¿De fiar? No lo sé. Pero que está absurdamente bueno, eso sí.

Mia se ríe a carcajadas, negando con la cabeza.

—Estás como una cabra, tía.

—Completamente loca y enamorada de mi posible psicópata de confianza —respondo.

Y volvemos a reírnos juntas.

El turno de noche está en pleno apogeo y el bar sigue siendo un huracán de actividad. Sigo agotada, pero la energía que tengo alrededor me mantiene en pie. Sirvo bebidas, limpio mesas y hablo con los huéspedes, intentando que el ambiente siga vivo.

—¡Sofía, necesitamos más hielo aquí! —grita uno de los barman.

—¡Ya voy! —respondo, corriendo hacia el congelador.

Mientras saco más hielo, miro la hora. Las horas se están yendo a toda velocidad y pronto tocará cerrar. El cansancio me pesa en los hombros, pero la idea de ver a Troy y empezar nuestras vacaciones me mantiene entera. Vuelvo a la barra con el cubo de hielo y sigo sirviendo.

Mia, a mi lado, no deja de hablar de las aventuras que planea para las próximas semanas. Está llena de ligues y sus historias siempre son un espectáculo.

—Entonces, ¿qué vais a hacer en la road trip? —pregunta, llenando una pinta de cerveza.

—Turistear un poco, quizá parar en algunas playas. Nada muy planificado. Solo pasar tiempo juntos.

Mia sonríe.

—Suena fatal. Espero que os vaya genial.

—Gracias. Yo también —respondo, con una sonrisa sincera.

El bar por fin empieza a vaciarse. Los últimos clientes terminan sus copas y se despiden. Empiezo a limpiar la barra, sintiendo el agotamiento en cada movimiento. Mia me ayuda y, entre las dos, acabamos las últimas tareas del turno.

—Ha sido una noche intensa —dice, frotando la superficie de la barra.

—Desde luego, pero ha merecido la pena —respondo, guardando los vasos limpios.

Cuando por fin está todo listo, corro a mi habitación del hostal. Me doy una ducha y recojo mis cosas lo más rápido que puedo, metiéndolo todo a toda prisa en la maleta.

Salgo del hostal arrastrándola detrás de mí. Ya está amaneciendo y la mañana es tranquila. La brisa fresca me sienta como una bendición. Pido un taxi y en seguida voy de camino al hotel.

Las calles empiezan a despertar con las primeras luces del día, y la ciudad se despereza lentamente. Observo el paisaje por la ventanilla, intentando calmarme un poco.

Finalmente, el taxi se detiene frente al hotel. Pago y entro tirando de la maleta por el vestíbulo. El ambiente es tranquilo; solo hay unos

pocos empleados comenzando su jornada. Camino deprisa hasta recepción y pido el número de la habitación de Troy. El recepcionista, que parece reconocer mi nombre, me entrega una llave con una sonrisa comprensiva.

Subo en el ascensor, con la música suave de fondo intentando calmarme los nervios. Cuando se abren las puertas, avanzo por el pasillo silencioso hasta llegar a la habitación de Troy. Me detengo un instante, respiro hondo y abro.

Entro sin hacer ruido y cierro la puerta tras de mí.

La habitación está oscura, con las cortinas bloqueando la luz del amanecer. Troy está tendido en la cama, respirando lenta y profundamente. Está dormido, y al verlo tan tranquilo se me dibuja una sonrisa tierna en los labios. Dejo la maleta a un lado y empiezo a quitarme la ropa, procurando no hacer ruido.

Me quedo solo en lencería y me deslizo bajo las sábanas, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío. Troy se mueve apenas, pero no llega a despertarse. Yo me acurruco a su lado, dejando que el cansancio me invada. Él me atrae hacia sí, con los brazos firmes rodeándome en un abrazo protector.

—Troy... —susurro, apenas un aliento.

Sus ojos se abren despacio y sonríe al verme.

—Sofía —murmura, con la voz ronca por el sueño.

Me besa con suavidad, un gesto cargado de ternura y de nostalgia. Pero, en cuanto nuestros labios se tocan, esa suavidad se transforma en otra cosa. El beso se profundiza, colmado de todo el deseo acumulado. Sus manos me sujetan la cara con firmeza, acercándome todavía más. Puedo sentir el calor de su cuerpo traspasando al mío, una corriente que hace que el corazón se me dispare.

Desliza una mano por mi nuca, enredando los dedos en mi pelo mientras el beso se vuelve más urgente. Su lengua me explora la boca y provoca escalofríos que me recorren de arriba abajo. Mi cuerpo responde solo, apretándose contra él.

Troy baja la otra mano hasta la curva de mi cadera y tira de mí hacia encima de él, intensificando aún más el contacto. Siento el deseo latiendo entre los dos, cada movimiento, cada roce cargado de una intensidad que solo la distancia y la añoranza podrían haber creado.

Yo le devuelvo el beso con la misma pasión, con las manos recorriéndole los hombros fuertes, notando la tensión de cada músculo bajo mis dedos.

Por fin se aparta apenas, dejándonos con los labios todavía cerca, las respiraciones mezcladas.

Sus ojos encuentran los míos, brillando con una intensidad que me deja sin aire.

—No me puedo creer que vaya a decir esto, pero necesito dormir o me voy a morir —digo, sintiendo cómo los ojos se me cierran contra mi voluntad, aunque el resto del cuerpo siga latiendo y pidiendo más atención del hombre que tengo entre las piernas.

—Va a ser la mejor noche que he tenido desde que me fui de viaje —me guiña un ojo, tirando de mí hacia abajo para dejarme sitio, colocándome contra él en una postura acogedora. Su mano me acaricia el pelo y siento un beso suave en el cuello.

—Ya no es de noche —murmuro, con una sonrisa cargada de sueño.

—Si cierras los ojos, sí lo será —responde, besándome otra vez.

El sonido de su respiración y el calor de su cuerpo son lo último que siento antes de caer rendida por completo.

CAPÍTULO 24

TROY MADDOX

Me despierto con los rayos de sol colándose por las rendijas de las cortinas. Miro a mi lado y veo a Sofía, todavía profundamente dormida. Está acurrucada junto a mí, con la respiración suave y acompasada. Hay algo increíblemente pacífico en verla así, tan serena y vulnerable. Paso un rato simplemente observándola, absorbiendo cada detalle de su rostro relajado, la curva delicada de sus labios, las pestañas largas descansando sobre sus mejillas.

El tiempo pasa, pero no me importa. Quiero grabarme esta imagen suya en la memoria. Es un instante raro de calma en medio del caos que suele ser mi vida. La habitación está en silencio, aparte de nuestras respiraciones, y el mundo exterior todavía parece lejano. Finalmente, Sofía empieza a moverse, parpadeando despacio mientras despierta.

—Buenos días, dormilona —murmuro, con una sonrisa asomándome en los labios.

Se frota los ojos y mira alrededor, confusa.

—¿Qué hora es?

—Ya es última hora de la tarde —respondo, observando cómo su expresión pasa de la sorpresa al sobresalto.

—¿Por qué no me despertaste? —pregunta, incorporándose en la cama.

—Necesitabas descansar. Tuvimos una noche larga —digo, acariciándole la mejilla—. Pero, si te arreglas rápido, quería llevarte a

cenar a un sitio especial. Ya nos queda de camino para el viaje, así que, si estás lista para el primer destino, yo también lo estoy.

Sofía sonríe y se levanta, estirándose antes de dirigirse al baño.

—Solo voy a darme una ducha rápida. ¿Quieres venir conmigo?

La propuesta queda suspendida en el aire y la considero un instante, intentando resistirme a la tentación, pero es inútil. El deseo que siento por ella es demasiado fuerte.

Me levanto y voy hasta el baño. El agua ya está caliente cuando entro, y el vapor llena el espacio pequeño. Sofía está de espaldas a mí, ajustando la temperatura. Cuando se gira, nuestras miradas se encuentran y el deseo es inmediato. Sin decir una sola palabra, entro con ella en la ducha, mientras el agua resbala por nuestros cuerpos.

Nuestras manos se encuentran y empiezo a lavar su cuerpo, cada roce convertido en una caricia posesiva. Mis dedos recorren la suavidad de su piel, sintiendo cada curva, cada contorno. Ella suspira, con los ojos cerrados, saboreando cada contacto.

—Eres tan preciosa —murmuro, inclinándome para besarle el cuello—. Tan buena.

Arquea el cuerpo contra el mío y mi boca sigue el camino del agua, bajando por su cuello, por su clavícula. Siento el sabor del agua y de su piel, una mezcla que no hace más que dejarme con más hambre de ella.

Nuestro beso es hambriento, urgente, y nuestros labios se encuentran con una necesidad que me hace hervir la sangre. Mis manos exploran su cuerpo mojado, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Ella gime contra mi boca, y ese sonido reverbera por todo el baño.

Deslizo los labios por su cuello, bajando despacio mientras el agua tibia sigue cayendo sobre nosotros. Suelta un gemido suave cuando mi boca encuentra sus pechos, cuando rodeo un pezón con los labios y mi lengua juega con él, tomándome mi tiempo para acariciar y saborear cada centímetro. Cada gemido que se le escapa no hace más que aumentar mi propia excitación. Sus manos encuentran mi pelo, tirando de mí para acercarme más, y puedo sentir cómo le tiembla el cuerpo de deseo.

Me sujeta la cara, me arrastra de vuelta a su boca en un beso descarado y luego me empuja suavemente hacia abajo, pidiéndomelo en silencio.

Me arrodillo ante ella, con las manos firmes en sus caderas. El agua resbala por su cuerpo, mezclándose con mi deseo mientras beso la piel sensible de su vientre y sigo bajando despacio.

—Troy... —suspira, apretando el cuerpo contra mi cara.

Mi lengua se desliza, provocando, explorando, hasta encontrar ese punto que la hace jadear y agarrarme el pelo con más fuerza.

Su sabor es adictivo, una mezcla entre sal y dulzor que hace que cada pasada de mi lengua despierte en mí un deseo más hondo.

Se apoya contra la pared de la ducha, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

Uso toda la boca, explorándola con movimientos que alternan entre lentos y suaves, y rápidos e intensos. Cada lametón, cada succión, está colocado con cuidado para empujarla un poco más al borde y verla retorcerse sobre mi boca.

Siento sus manos buscar la raíz de mi pelo, tirando con necesidad, con urgencia. Es la señal más pura de su entrega al placer, una forma de guiarme y de pedirme que no me detenga. Sus

piernas tiemblan ligeramente y sus caderas se mueven por puro instinto, buscando más contacto, más fricción.

Cada gemido que se le escapa es un sonido de placer puro, desinhibido. Siento los espasmos que le sacuden el cuerpo, esos pequeños temblores que me dicen que estoy llevándola justo donde quiere llegar. La presión de sus dedos sobre mi cuero cabelludo aumenta y sus suspiros se convierten en gritos ahogados de placer.

Sus movimientos contra mi boca se vuelven más erráticos, los músculos se le tensan y se relajan a un ritmo frenético. Con cada oleada de placer que la atraviesa, siento cómo su sabor se intensifica, se vuelve más dulce.

Su clímax la golpea con brutalidad, una serie de contracciones que casi hacen que se desplome. Se aferra a mí, los gemidos convertidos en un grito sofocado y ansioso, mientras su cuerpo se arquea y tiembla. No me detengo hasta sentir que todos sus músculos se han relajado y que está completamente saciada, con una sonrisa satisfecha dibujándose en sus labios.

Me quedo allí, todavía de rodillas, sujetándole las caderas mientras se recupera. Respira hondo, con los ojos cerrados, dejándose llevar por la niebla de placer que todavía la envuelve. Poco a poco voy subiendo, besándole la piel.

Ella se inclina hacia mí, rodeándome los hombros con los brazos, con las manos acariciándome el pelo mojado. Nos quedamos así unos instantes, sintiendo simplemente la cercanía del otro, sin prisa. Hay una ternura en ese gesto, una conexión que va mucho más allá de lo físico.

—Eso ha sido... increíble —murmura, todavía con la voz temblorosa.

—Tú eres increíble —respondo, besándola suavemente en los labios.

Nos saboreamos el uno al otro en un beso reconfortante, lleno de promesas.

Suspira y se relaja en mis brazos.

—Solo necesito un minuto...

—Tienes todos los que quieras —digo, sujetándola con firmeza.

El tiempo parece detenerse mientras seguimos ahí, envueltos el uno en el otro, con el agua cayendo sobre nosotros como una lluvia cálida y apacible. La tensión del deseo sigue presente, pero hay una calma, una suavidad en nuestros movimientos que vuelve el momento todavía más especial.

Después de unos minutos, noto que su cuerpo empieza a activarse otra vez, un despertar lento de la energía que había gastado. Se aparta un poco, y sus ojos brillan con una determinación nueva.

Antes de que pueda moverme, me empuja contra la pared de la ducha. Sus labios encuentran los míos en un beso feroz antes de empezar a bajar, y sus manos recorren mi cuerpo con una seguridad que no hace más que inflamar aún más mi deseo.

Le toca a ella arrodillarse delante de mí, con los ojos brillando de provocación.

Empieza despacio, rodeándome solo la punta con los labios, provocando con movimientos suaves, exploratorios. Sus manos me sujetan en la base, mientras la lengua dibuja círculos lentos y precisos que envían descargas de placer por todo mi cuerpo. Cada roce se vuelve más exigente que el anterior.

Cuando me toma por completo en la boca, el placer es inmediato. Usa la boca y las manos sin el menor pudor, y eso me arranca un

gemido alto. Mis dedos se aferran al mármol frío de la pared para mantenerme estable.

A medida que el placer aumenta, empieza a variar el ritmo. Alterna entre movimientos lentos y profundos, y otros rápidos y cortos, creando sensaciones que me hacen gemir. La presión de sus labios, la suavidad de su lengua, todo está perfectamente sincronizado para llevarme al límite.

Bajo la vista y nuestras miradas se encuentran. Verla así, entregada a darme placer, es casi demasiado para soportarlo. Sus ojos brillan con una mezcla de deseo y determinación, y veo cómo se le forma una sonrisa traviesa en los labios mientras sigue.

Usa una mano para marcar el ritmo mientras la otra sube por mi cuerpo, acariciándome el abdomen y provocándome con roces leves, sensuales. Sus movimientos se vuelven más intensos y siento cómo la presión crece dentro de mí. Cada succión, cada caricia, es una promesa de liberación inminente.

Se da cuenta de que estoy cerca y redobla el ritmo, succionando con más fuerza y más velocidad, mientras la mano libre me estimula la base con un contacto firme y decidido. Todo mi cuerpo se tensa, el placer se convierte en una ola que amenaza con arrasarlo todo.

—Sofía, yo... —intento avisarla, pero las palabras se deshacen en un gemido cuando el orgasmo me golpea de lleno.

No se detiene. Sigue con la misma intensidad, llevándome a través del clímax con una generosidad que me deja sin aliento. Mi cuerpo tiembla y los músculos se me contraen, mientras la sensación de placer absoluto se extiende por mí.

Finalmente, cuando la ola empieza a remitir, reduce el ritmo, dándome tiempo para recuperar el aliento, exactamente igual que hice yo con ella. Sus movimientos vuelven a ser suaves hasta que

por fin se detiene y se levanta despacio. Me mira con una sonrisa satisfecha, los ojos llenos de ternura y diversión.

—Eso ha sido... sensacional —murmuro, todavía intentando recuperar el aire.

Ella sonríe y me besa suavemente en los labios.

—Me alegro de que te haya gustado. Ya te dije que aprendo rápido.

Nos abrazamos bajo el agua caliente, dejando que la intimidad del momento nos envuelva.

CAPÍTULO 25

SOFÍA RUSSO

—Bienvenida a Matera, Sofía —dice Troy con una sonrisa satisfecha mientras aparca el coche.

La ciudad parece sacada de un cuento de hadas, con sus casas de piedra y sus calles estrechas excavadas en la roca.

El hotel cueva donde vamos a quedarnos es todavía más impresionante de lo que yo imaginaba cuando lo veía en las webs de viajes. Excavado directamente en la piedra, el lugar tiene un encanto rústico, pero sofisticado. La recepción es acogedora, con una iluminación suave y una decoración que mezcla elementos antiguos y modernos de una forma armoniosa.

Nuestra habitación es una cueva amplia, con paredes de piedra natural y una cama enorme cubierta de sábanas blancas de lino. Hay un pequeño balcón con vistas a la ciudad iluminada, y la atmósfera resulta acogedora e íntima.

—Guau, esto es preciosísimo, Troy —digo, dejando la mochila a un lado y mirando a mi alrededor, maravillada.

Él se acerca y me rodea con los brazos.

—Sabía que te gustaría. Matera tiene una energía especial.

Siento el calor de su cuerpo contra el mío y la cercanía me acelera el corazón. Levanto la vista y me encuentro con sus ojos, llenos de ternura y deseo. Sin pensarlo, me incorporo un poco y nuestros labios se encuentran en un beso suave, cariñoso.

El beso se intensifica enseguida, volviéndose más posesivo, más descarado. Sus manos se deslizan por mi espalda y me atraen todavía más hacia él. El calor y la urgencia de nuestros besos son embriagadores, y siento cómo la tensión crece entre nosotros. Sus dedos se enredan en las ondas de mi pelo y cada caricia envía una oleada de necesidad por todo mi cuerpo.

Durante un momento, parece que vamos a perdernos por completo en ese instante, pero él se aparta apenas, respirando con dificultad.

—Tenemos que parar, Sofía. Quiero pasear contigo antes de que anochezca del todo. Solo tenemos esta noche y la mañana de mañana para explorar antes de seguir hacia Positano.

Sonrío, sintiendo la excitación y el deseo mezclados con la anticipación de descubrir la ciudad con él.

—Vale —respondo, intentando sonar animada, aunque la verdad es que, por mí, el único paisaje que vería sería el techo de nuestra habitación.

Me da un último beso, suave, en los labios antes de separarse.

—Vamos. Matera nos está esperando.

Me tiende la mano y yo entrelazo mis dedos con los suyos, aceptando mi triste destino de chica absurdamente afortunada que tiene un novio que se preocupa por las experiencias que voy a vivir.

Iluminada por la luz tenue de las farolas, Matera parece todavía más mágica a medida que la noche se adueña del cielo. Caminamos por las calles estrechas, admirando la arquitectura antigua y la historia que parece emanar de cada piedra. El aire es fresco y está cargado con los aromas tentadores de la cocina local.

—Nunca había visto nada parecido —digo, maravillada, mientras pasamos por una pequeña plaza con una fuente antigua—. Este lugar es absolutamente fascinante. Es como si toda la ciudad susurrara secretos del pasado.

Miro a mi alrededor, deslumbrada por la belleza y la serenidad del lugar.

—Es verdad —responde Troy, apretándome la mano con una sonrisa.

Pero él no está mirando nada de lo que nos rodea.

Solo me mira a mí.

—Yo tampoco había visto nunca nada así.

La sinceridad en su voz y el brillo de sus ojos hacen que el corazón me dé un vuelco y que, de pronto, todo parezca moverse en cámara lenta. Sus ojos claros no se apartan de los míos. Trago saliva, desarmada por la intensidad de lo que acaba de decir, sintiéndome de repente tímida sin saber muy bien por qué.

Él simplemente sonríe y me besa los labios, rápido y suave, como la brisa fresca de la noche.

Encontramos un pequeño café con mesas al aire libre y decidimos parar. Las vistas de la ciudad iluminada son impresionantes y pasamos un rato disfrutando de la tranquilidad del lugar. La conversación fluye con facilidad, hablando de los pequeños descubrimientos del día y de nuestros planes para el viaje.

—Este sitio es un sueño —comento, dando un sorbo a mi zumo—. Es como si estuviéramos en otro mundo, en otra época. Nunca imaginé que un lugar así pudiera existir de verdad.

—Y todavía queda muchísimo más por ver —responde con una sonrisa enigmática.

Decidimos cenar en un restaurante recomendado por el concierge del hotel. El sitio es encantador, con las mesas colocadas en una terraza con vistas panorámicas. La iluminación tenue y la música en directo crean un ambiente romántico perfecto.

El restaurante está lleno. La mezcla de risas, conversaciones y la música suave llena de vida el ambiente. Nos sentamos en una mesa al aire libre, con la ciudad iluminada desplegándose a nuestra espalda.

—Este sitio es perfecto, Troy. Parezco un disco rayado, pero no sé qué decir aparte de que me está encantando todo —confieso, sonriendo mientras miro a mi alrededor.

—Me alegra que te esté gustando —responde con una sonrisa—. Quería que este viaje fuera especial para ti.

—Y lo está siendo —digo, cogiendo el menú—. ¿Cuáles son los próximos sitios que vamos a visitar? Odio las sorpresas —advierto, curiosa por saber qué ha planeado claramente sin consultarme.

—Mentirosa —me acusa riéndose—. Mañana seguiremos hacia Positano —empieza, con los ojos brillándole—. Las vistas allí son de infarto y el pueblo tiene un encanto muy suyo, aunque sea pequeño. Quiero llevarte a dar un paseo en barco por la costa.

—Eso suena bastante elegante —digo, notando cómo me crece el entusiasmo—. ¿Y después de Positano?

—Después había pensado en ir a Florencia. La ciudad está llena de arte e historia, y tiene sitios impresionantes para visitar. El Duomo, la Galería Uffizi, los jardines de Boboli...

—Aprobado —lo interrumpo, soñando ya con todo lo que podríamos hacer allí—. Siempre he querido ver el David de Miguel Ángel de cerca.

—Y lo vamos a hacer —garantiza, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—Estoy emocionada —digo, con la voz algo más baja—. Pero tengo que admitir que Matera ya ha superado todas mis expectativas.

—Es un lugar mágico —coincide, acariciándome la mano—. Y todavía nos queda mañana por la mañana para seguir explorando antes de irnos.

La comida llega y cada plato parece una obra de arte culinaria. Hablamos con entusiasmo de los sabores, pero la tensión sexual entre nosotros nunca desaparece; es como una segunda piel que llevamos puesta cada vez que estamos juntos.

—No soy una mujer de exigir ni nada por el estilo, pero ¿recuerdas que me hiciste una promesa cuando te fuiste a Grecia, verdad? —digo con suavidad, al cabo de un rato.

—Perfectamente, señora.

—Estupendo. Aunque no puedo quejarme de los orgasmos hasta ahora, sigo siendo virgen, Troy. Solo por recordártelo.

Él se ríe por lo bajo y me aprieta el muslo por debajo de la mesa.

—Hablas muchísimo y no sabes esperar, ¿eh?

—Ya he esperado demasiado. Casi veinte años —respondo.

Y él estalla en una carcajada.

—¿Cuándo cumples años?

—La semana que viene —respondo, mordiéndome el labio inferior, que él besa con suavidad.

—Entonces parece que tenemos mucho que celebrar.

—Nunca pensé que algo así pudiera pasarme —digo en voz baja, mirándolo.

—¿El qué? —pregunta él, con la voz igual de suave.

—Sentir tanto por alguien en tan poco tiempo. Estar aquí, contigo. Me siento como una tonta viviendo un sueño con fecha de caducidad —no consigo contener el suspiro triste que se me escapa.

—Tú me pediste un romance digno de Netflix. Creo que estamos siguiendo un guion bastante correcto.

—Si hubiera sabido entonces lo que sé hoy, habría pedido una serie de HBO.

—Si yo hubiera sabido entonces lo que sé hoy, de verdad te habría secuestrado y te habría hecho mi prisionera. Toda mía. Solo para mí. El resto de nuestras vidas.

—Y mira que al final sí que hay un poquito de psicópata ahí dentro. Quién lo habría dicho.

Él me besa la sonrisa, reverencia mis labios y provoca mi piel con cada roce durante toda la cena, hasta que por fin nos levantamos para volver al hotel.

Las calles están tranquilas y el silencio cómodo entre nosotros solo se llena con el sonido de nuestros pasos y el murmullo lejano de las conversaciones ajenas.

—Hoy ha sido un día perfecto —le agradezco, sintiéndome absurdamente feliz.

—Y mañana será todavía mejor —responde Troy, tirando de mí para acercarme más.

***

Ya de vuelta en nuestra habitación cueva, la atmósfera resulta íntima y acogedora. Troy me arrastra hacia sus brazos y yo sujeto la toalla enrollada alrededor del pelo mojado para que no se suelte. Me tumba con él y me abraza. Nos acomodamos en esa cama enorme como una pareja que lleva años junta.

—Buenas noches, Barbie.

—Buenas noches, Desastrito.

CAPÍTULO 26

SOFÍA RUSSO

El restaurante La Sponda es absolutamente deslumbrante. La luz suave y el sonido sereno del piano al fondo crean una atmósfera envolvente. El lugar es sofisticado, con una vista panorámica impresionante de la costa amalfitana. Las mesas están elegantemente vestidas con manteles de lino blanco y altos candelabros. Las paredes están adornadas con obras de arte y en el aire flota una sensación de exclusividad.

Sentada a la mesa, miro a Troy al otro lado. Va impecablemente vestido, con el traje perfectamente ajustado, resaltando su figura fuerte y elegante. Me siento un poco fuera de lugar, a pesar del vestido bonito que llevo. Hay algo en el ambiente que me hace darme cuenta, por primera vez, de lo rico que es. Las señales siempre habían estado ahí, pero yo las ignoré por completo.

Siempre pagaba todo sin pensárselo dos veces. La ropa de diseñador que lleva con total naturalidad y los lugares extravagantes que escogía para que saliéramos deberían haberme llamado la atención. Al repasar mentalmente todos esos momentos, me siento un poco tonta por no haberme dado cuenta antes.

—Todo aquí parece increíblemente caro. Me siento un poco fuera de lugar —confieso, mirando a mi alrededor.

Troy me aprieta la mano con suavidad y sus ojos encuentran los míos con una expresión tierna.

—Este lugar es realmente especial. —Sonríe, con los ojos brillando de satisfacción—. Quería estar aquí contigo. Empezar esta noche aquí. Hacerla inolvidable. Estás preciosa. Perfecta.

Deslumbrante. Y esta noche ha sido preparada especialmente para ti. Por favor, relájate y disfrútala.

Intento seguir su consejo, pero no consigo librarme del nerviosismo que siento. Es un nerviosismo pequeño, acumulándose en la boca del estómago.

—Si te sientes incómoda, podemos irnos. Quiero que disfrutes de la experiencia, no obligarte a vivirla.

—No —digo rápidamente, negando con la cabeza—. Es una tontería mía. Estoy bien. Gracias.

Me observa un instante y luego sonríe, apretándome la mano un poco más.

—¿Cómo descubriste este sitio?

—Por increíble que parezca, me lo recomendó uno de mis hermanos —responde, despreocupado—. Tiene la costumbre de catalogar pequeños tesoros como este. Cuando le dije que necesitaba un restaurante para una noche perfecta, no tuvo ni que pensárselo.

—¿Y a cuál de tus hermanos debería darle las gracias?

Troy se ríe, un sonido profundo y tranquilizador.

—A mí, que te he traído. De los otros mejor te mantienes a una distancia mínima de mil kilómetros en cualquier dirección.

Mi carcajada, demasiado alta para el ambiente sofisticado del lugar, desentona por completo, pero Troy se ríe conmigo y eso me hace sentir más cómoda.

—Me encantaría conocerlos —digo, todavía sonriendo.

—No, no te encantaría. Quizá a Luca, pero a Vincent y a Bela los odiarías. Con Marco no estoy seguro.

—Será triste para Enzo, Camilla y Federica crecer a mil kilómetros de sus tíos, pero bueno —bromeo.

—Dios mío, Vincent y Bela encontrarían la forma de cambiarle el nombre a Federica antes de que tú fueras capaz de decir "mucho gusto".

—En ese caso están oficialmente vetados de convivir con mi hija preciosa.

Troy vuelve a reírse y, cuando empiezan a llegar los platos, uno más elaborado que el otro, ya me siento cómoda otra vez.

La presentación es impecable y los sabores son una explosión de sensaciones. Me siento como si estuviera viviendo literalmente una experiencia sacada de una película. Troy observa mi reacción con una sonrisa satisfecha, claramente feliz de verme así de impresionada.

—Nunca voy a saber explicar a qué sabe nada, pero me ha encantado todo —digo, cogiendo el último trocito de mi plato—. En serio, es como si estuviéramos en un paraíso culinario.

—Lo estamos —coincide, con la mirada fija en mí—. Y la compañía lo mejora todo.

—¿Sabes? Hasta hoy no me había dado cuenta de lo... —empiezo, escogiendo bien las palabras—. De lo rico que eres.

Él se ríe suavemente y niega con la cabeza.

—No es algo que me interese exhibir. Prefiero que la gente me quiera por lo que soy, no por lo que tengo.

Me siento un poco tonta al oír eso, pero también aliviada.

—A mí me gustas por lo que eres, Troy. Pero tengo que admitir que todo esto es un poco... impresionante.

—La impresionante eres tú, Sofía. Mucho más que cualquier cosa que yo pudiera comprar jamás.

—Ahora mismo me muero de ganas de besarte —me quejo, mirando alrededor, convencida de que escandalizaría a la mitad del restaurante si me levantara y me sentara en tu regazo.

No hace falta que me preocupe demasiado, porque es él quien se mueve. Se levanta como si nadie estuviera mirando y me besa como si estuviéramos solos en una habitación de hotel, haciéndome sonrojar hasta la raíz del pelo.

—Definitivamente no soy del tipo exhibicionista, creo —comento cuando sus labios me dejan un instante para hablar.

—Menos mal. Nunca tuve intención de compartirte con la mirada de nadie.

La tensión sexual entre nosotros es palpable. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una oleada de deseo atravesándome el cuerpo. Recuerdo cada roce, cada beso, cada momento de intimidad que hemos compartido hasta ahora. Y sé que él siente lo mismo.

—Creo que quiero irme.

Él se inclina hacia delante, mirándome con una intensidad que casi me deja sin aliento.

—Vamos. Tengo una sorpresa para ti.

CAPÍTULO 27

TROY MADDOX

Mientras avanzamos por el pasillo, siento cómo crecen la anticipación y la excitación. Nos detenemos frente a la puerta de la habitación. La atraigo hacia mí y nuestros labios se encuentran en un beso ardiente y hambriento.

Su boca es cálida y tentadora, y la sensación de sus labios suaves contra los míos manda una oleada de calor directa hasta la punta de mi polla. Nuestras lenguas se encuentran, se exploran, se provocan.

Siento sus manos subir por mi pecho, los dedos aferrándose a mi camisa con urgencia. Su sabor es dulce y adictivo, y cada movimiento de su lengua contra la mía me hace querer más. La presiono contra la pared, profundizando el beso, mientras nuestras respiraciones se vuelven más pesadas, más entrecortadas.

Mis dedos se enredan en su pelo castaño, sujetándole la cabeza con firmeza mientras inclino el rostro para encontrar un ángulo mejor y explorar cada rincón de su boca.

Gime suavemente contra mis labios, y ese sonido me recorre entero, avivando todavía más mi excitación. La intensidad del momento es aplastante.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo —murmuro contra su boca, sintiendo cómo le tiembla el cuerpo en respuesta.

—Demuéstramelo —susurra ella, con la voz cargada de deseo—. Quiero sentirlo todo contigo.

Nuestros cuerpos están tan pegados que puedo notar cada curva suya contra mí, el calor irradiando de su piel. El beso se vuelve

todavía más urgente, como si estuviéramos intentando decirnos todo lo que sentimos sin palabras. Cada roce, cada suspiro, es una promesa de lo que está a punto de pasar.

Nos separamos solo lo justo para respirar, y nuestras miradas se encuentran con una intensidad que me dispara el corazón. No puedo resistirme y vuelvo a besarla, dejando claro que la deseo más que a nada.

Abro la puerta sin dejar de besarla, con nuestras lenguas enredadas. Entramos y la veo echar un vistazo rápido alrededor, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

La habitación está decorada de una forma que espero que le parezca romántica. Pero no le doy demasiado tiempo para procesarlo antes de traerla de vuelta a mí, a mi boca.

La luz es tenue, hay velas perfumadas encendidas en varios puntos estratégicos y pétalos de rosa esparcidos sobre la cama. A un lado nos espera una cubitera con champán y dos copas. La cama es enorme, cubierta de sábanas de satén. Quiero que esta noche sea inolvidable para Sofía.

La aprieto contra la pared y siento la curva de sus caderas, la suavidad de su piel bajo el vestido. Ella se arquea hacia mí, nuestros cuerpos encajando a la perfección. Llevo la mano a la cremallera del vestido y la bajo despacio, revelando la delicada lencería que lleva puesta. Mi boca sigue el camino de mis manos, besando cada centímetro de piel que va quedando al descubierto.

Gime mi nombre y siento cómo la polla se me endurece dolorosamente. La giro con rapidez, la levanto y la siento sobre el aparador. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura y noto su calor a través del pantalón.

—Eres tan preciosa que no consigo dejar de mirarte —digo, jadeando, mientras mis manos recorren su cuerpo—. Tan buena —

murmuro, con los labios rozándole la piel—. Cada centímetro tuyo me vuelve completamente loco.

Ella responde con un gemido, tirando de mí todavía más cerca. Mis manos bajan a sus muslos, separándolos un poco más mientras mi boca desciende por su cuello, dejando un reguero de besos calientes. Tiembla bajo mis caricias y sé que está tan hambrienta como yo.

La llevo hasta la cama y la dejo con cuidado entre los pétalos de rosa. Me quito la camisa y ella me observa excitada, ansiosa. Subo a la cama y nuestros cuerpos vuelven a encontrarse. Mi boca busca la suya con insistencia, pero esta vez el beso es más lento.

Mis manos avanzan por su cuerpo, quitándole la lencería pieza por pieza. Su piel es suave y cálida bajo mis dedos, y cada roce le arranca un gemido. Cuando por fin estamos desnudos, me quedo mirándola, maravillado por su belleza.

—Quiero sentirte por completo, Troy —me susurra al oído, mordiéndome suavemente el lóbulo.

El deseo en sus palabras es una orden inmediata para mí. Bajo las manos, recorriéndole cada curva con una lentitud deliberada. Mis dedos trazan caminos por sus caderas, subiendo por sus costillas hasta los pechos. Cada caricia es un susurro de adoración, una promesa de placer.

Le beso el cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo mis labios, y bajo hasta sus pechos, atrapando uno con la boca, succionando y mordisqueando con suavidad. Sus manos me sujetan la cabeza, empujándome más hacia ella, y sus gemidos se intensifican.

—Troy, por favor... —gime, y ese sonido es música pura para mí.

Sigo descendiendo, besando y lamiendo cada centímetro de piel. Sus muslos se abren para mí y me coloco entre ellos. Mi lengua

dibuja un camino hasta detenerse en la entrada de su coño, completamente empapado. Ella arquea la espalda, entregándose al momento.

Mi lengua se desliza sobre su clítoris palpitante de deseo, suave al principio, luego más firme, explorando cada una de sus reacciones. Sus manos se enredan en mi pelo, tirando de mí con fuerza, mientras sus gemidos se vuelven más altos, más desesperados.

—Así... no pares... por favor... —suplica.

Y yo obedezco, intensificando el ritmo.

Sofía jadea y se retuerce bajo mi boca. Le sujeto las caderas con más firmeza, manteniéndola en su sitio mientras mi lengua explora cada rincón de ella.

—Oh, Dios mío, Troy... —gime, con la voz rota por el placer.

Siento cómo el cuerpo empieza a temblarle, cómo los músculos se le contraen mientras se acerca al clímax, con gemidos cada vez más altos, más desesperados.

Grita mi nombre cuando el orgasmo la sacude, y ese grito de placer es lo más hermoso que he oído jamás. Su cuerpo tiembla y se retuerce bajo mis manos. Sigo chupándola hasta sentir que cada oleada va cediendo y que sus gemidos vuelven a suavizarse.

Paso la lengua despacio por ella, recogiendo el sabor de su satisfacción.

—Eres perfecta —murmuro, incorporándome, con la mirada clavada en la suya.

Ella sonríe, con los ojos brillando de emoción.

—Te quiero.

El corazón me da un vuelco al oír eso y me inclino para besarle la boca. Es mía. Cada centímetro de su cuerpo, cada curva, cada contorno.

Cojo el preservativo y me lo pongo. Me coloco entre sus piernas.

Nuestras miradas se encuentran y, sin necesidad de hablar, confirmo si está preparada. Sus ojos, brillando de deseo y confianza, me dan la respuesta que necesito. Asiente apenas, mordiéndose el labio inferior, con una sonrisa suave y ansiosa naciendo en su boca.

Me empujo despacio dentro de ella, sintiendo el calor y la suavidad envolviéndome. Arquea la espalda, y un gemido de placer se le escapa de los labios. Me detengo un momento, dándole tiempo para ajustarse, pero no parece sentir ninguna incomodidad, así que empiezo a moverme, entrando y saliendo de ella con un ritmo lento y constante.

Me aprieta los hombros, clavándome los dedos en la piel mientras nuestros cuerpos se mueven juntos. Cada embestida, cada penetración, va cargada de pasión.

—¿Estás bien? —pregunto, rozándole los labios con los míos, mezclando nuestras respiraciones, con la voz completamente ronca de deseo.

—Sí —gime—. Por favor, no pares.

Aumento el ritmo. Ella gime y se retuerce debajo de mí, y cada sonido que emite parece golpearme la polla de una forma distinta, empujando el orgasmo más cerca, arrancándome el control.

—Sofía, yo... —empiezo, pero no consigo terminar porque me aprieta y el placer es intenso, salvaje, devastador. Siento que el control se me escapa—. Vamos juntos —aviso, digo, suplico, ya ni lo sé.

Aumento aún más el ritmo, sin saber si no será demasiado para una primera vez, pero ella me sigue igual de perdida, igual de entregada. Todo mi cuerpo se tensa cuando el orgasmo me alcanza con una fuerza bruta, aplastante.

Sofía grita mi nombre, con el cuerpo temblando bajo el mío, corriéndose también. La sensación de estar unido a ella en este momento es indescriptible.

Nos quedamos así durante unos instantes, jadeando, sudados, con los cuerpos todavía entrelazados. Los corazones latiendo al mismo ritmo.

—Eso ha sido... —empiezo, pero me faltan las palabras.

Ella sonríe, con los ojos desbordando felicidad.

—Perfecto.

CAPÍTULO 28

TROY MADDOX

Completamente rendido. Después de una noche de amor con Sofía, me siento totalmente a sus pies. Estamos enredados entre las sábanas, con los cuerpos todavía entrelazados. Ella duerme tranquila, con la respiración suave y acompasada, y yo no consigo apartar la mirada. Cada curva, cada línea de su cuerpo, me parece distinta ahora. Es como si todo hubiera cambiado después de lo que compartimos. Me siento completo, ansioso, decidido a cambiar toda mi vida para hacerle sitio dentro de ella.

No consigo imaginar un mundo en el que ella no esté a mi lado. La sola idea de vivir lejos de Sofía me pone enfermo. Es la mujer de mi vida y nada va a cambiar eso. La fecha que habíamos puesto al final de nuestra historia se disolvió junto con los orgasmos que compartimos. Me siento posesivo, obsesionado. La idea de Sofía con otra persona me resulta insoportable. Ella es mía y yo soy suyo, y punto.

Tengo que encontrar la manera de contarle todo. No todos los días una descubre que su novio es mafioso. Pero me dijo que me amaba, y yo la creo. Vamos a superar el susto inicial y será mi mujer. Oficialmente. A ojos de mi familia y de la mafia, también es importante que la reconozcan, por su propia seguridad.

Pensando en nuestra futura hija, sé que tendremos que hablar muy seriamente del nombre Federica. No puedo permitir que mi preciosa tercera hija se llame así, pero llegaremos a un acuerdo. Sonrío solo de imaginarlo. Es como si hubiera encontrado un portal lleno de toda la felicidad del mundo y me hubiera caído dentro, sin fondo, ahogándome en ella. Y ella todavía ni siquiera ha abierto los ojos.

Cuando los abra y vuelva a ser mía, sé que lo que estoy sintiendo ahora no será más que la base de un nivel completamente nuevo.

La química entre nosotros, la forma en que funcionamos juntos, es irreal. Mi cuerpo apenas puede esperar para volver a experimentar todo eso otra vez. Si hubiera sabido que era posible sentirse así, habría dedicado la vida entera a buscar esta sensación, este sentimiento, hasta encontrarlo.

Le rozo los labios con los dedos, dibujando su forma con suavidad.

No me resisto y le doy un beso corto, luego otro, hasta que despierta sonriendo.

—Buenos días, mi amor —murmuro, con la voz llena de ternura.

Abre los ojos despacio, y una sonrisa suave se le dibuja en los labios.

—Buenos días, Barbie. —Su mano sube y me acaricia la cara.

—¿Estás feliz? —pregunto, mientras sigo jugando con sus labios con la yema de los dedos.

—Muchísimo —responde, y la sinceridad en sus ojos me calienta por dentro.

—¿Te duele? —murmuro, preocupado—. Ayer perdimos un poco el control.

—Un poco —admite con una sonrisa traviesa—. Pero mereció la pena.

El corazón se me encoge de amor y de deseo por esta mujer. Vuelvo a besarla, esta vez más a fondo. Nuestros cuerpos responden al instante y el calor se instala entre los dos.

—Tengo ganas de decirte un montón de cosas —susurro entre beso y beso.

—¿Ah, sí?

—Todas me van a hacer parecer un psicópata de verdad.

Ella se ríe, un sonido suave y alegre, pero antes de que pueda responder le doy la vuelta y la dejo atrapada bajo mi cuerpo.

—Troy... —gime, con la voz quebrándose debajo de mí.

—Shhh —murmuro, besándole el cuello, las clavículas, bajando hasta sus pechos—. Solo quiero besarte un poco. Nada más —le aseguro, mintiendo.

—Qué pena. Siempre había oído maravillas del sexo matutino. Esperaba descubrirlo contigo.

Gime, apretando el cuerpo contra el mío.

—Acabas de decirme que te duele, no me provoques —le pido, deseando al mismo tiempo que me desobedezca.

—No lo suficiente como para rechazar empezar el día corriéndome.

—Sofía...

—No me hagas suplicarte otra vez, Troy. Está quedando fatal que yo viva pidiéndote migajas.

Silencio sus palabras lamiéndole la boca, besándola con la lengua. Su cuerpo se amolda al mío. La pasión entre nosotros es cruda, salvaje, una fuerza imposible de controlar que nos consume.

Deslizo las manos por su piel, sintiendo cómo los músculos se le tensan bajo mis caricias, mientras la beso con un hambre que nunca

parece saciarse del todo.

Sofía se frota contra mí y su humedad se extiende sobre mi piel, dejándome claro que no necesita preliminares.

La penetro despacio al principio, dejándole sentir cada centímetro de mí, mientras la observo. Sus ojos, de un marrón cálido e infinito, están clavados en los míos. Poseerla a plena luz del día, con la claridad cambiándolo todo, es una experiencia completamente distinta.

Ella jadea, cierra los ojos un instante y, cuando los abre otra vez, es puro deseo y confianza. El mundo se detiene a nuestro alrededor, como si estuviéramos en un universo hecho solo para nosotros, donde lo único que importa es el placer y la conexión.

—Eres tan perfecta para mí —murmuro, con la voz ronca de emoción y de deseo—. Creo que no voy a querer salir nunca más de dentro de ti.

Ella responde meneándose contra mí, apretándome los brazos con las manos, como si quisiera sentir cada parte de mí al mismo tiempo. Parece más desesperada que yo, aunque eso sea imposible.

Aumento el ritmo poco a poco, incluso aunque ella se mueva con fuerza, recibiéndome muy hondo, convirtiendo cada embestida en un acto de devoción y necesidad. Siento sus uñas clavándose en mi espalda y el leve escozor no hace más que intensificar mi placer.

El ritmo entre nosotros se vuelve más impaciente. La sujeto con firmeza por las caderas, controlando el movimiento de su cuerpo.

Nuestras pieles sudadas se entienden en una danza primitiva de placer. La sensación de ella alrededor de mí, caliente y húmeda, es casi demasiado intensa para soportarla, pero me obligo a mantener el control, queriendo prolongar el momento todo lo posible.

—Más fuerte, Troy —suplica, con la voz a medio camino entre una orden y una súplica—. Más fuerte, por favor.

Hago lo que me pide y me muevo con una intensidad renovada, entrando más hondo y con más fuerza. Sus gemidos se vuelven más altos, más desesperados, sus piernas me aprietan alrededor de la cintura, tirando de mí para acercarme más, para hacerme entrar más hondo, más de lo que parece posible.

—Eres mía, Sofía. Mía para siempre —murmuro, rozándole el oído con los labios.

—Solo tuya, siempre —responde ella, temblando de placer.

Su coño empieza a contraerse alrededor de mi polla y sé que está cerca. Verla así, entregada, vulnerable, me lleva al límite. Nuestros cuerpos chocan en un placer absoluto.

Le llevo la mano al cuello y ella me agarra el antebrazo, usándome como apoyo para moverse con más fuerza.

Sus ojos se abren un segundo cuando aprieto la línea de su cuello.

Pero entonces sonríe, y una vez más yo me convierto en un imbécil completamente rendido a ella y entregado a su placer.

—Te amo —digo al fin, como si cada una de esas palabras hubiera estado acampada en mi cuerpo, ocupándolo entero—. Te amo —repito, saboreando lo que significan.

—Yo también te amo, Troy —susurra ella, con la voz cargada de emoción.

Mi nombre no lo dice: lo gime, lo grita, en medio del clímax que me arrasa sin piedad, deshaciendo cada molécula de mi cuerpo. Siento cómo tiembla violentamente. Cierra los ojos y se contrae con

fuerza, los músculos apretándome la polla, arrancándome el orgasmo, arrastrándome con ella hasta el borde del abismo del placer.

Me corro dentro de ella, jadeando su nombre, incapaz de moverme. Incapaz de decir nada durante un largo rato. Con el corazón latiéndome sin control.

CAPÍTULO 29

SOFÍA RUSSO

—¿Y si lo que estamos sintiendo no es amor? —Miro el reflejo de Troy en el espejo. Está tumbado en la cama, boca arriba, con la cabeza colgando hacia atrás mientras lanza una pelota de tenis al aire y la atrapa una y otra vez.

La detiene en la mano y me mira serio, aunque con burla.

—Si lo que siento no es amor, entonces me da bastante miedo lo que sea, porque me ocupa la cabeza por completo y quizá hasta haya alterado la química de mi cerebro. Solo consigo pensar en ti todo el tiempo. Es aturdidor.

—Lo dices como si fuera algo malo —respondo riéndome, mientras me vuelvo hacia la tarea de doblar las últimas prendas.

—Bueno, sí. Amar es estar completamente bajo el control de otra persona. Como mínimo, es aterrador, ¿no te parece? ¿Que alguien mande en tu corazón? —Se gira en la cama y me mira con curiosidad.

—Quizá la psicópata de nuestra historia soy yo, si tengo tanto poder. ¿Cuánto crees que vale un corazón en el mercado clandestino?

Él se levanta de la cama y se acerca despacio. Su cuerpo musculoso, cubierto solo por unos bóxers negros, bastaría para desconcentrar hasta al santo más disciplinado.

Y bueno... yo no soy precisamente una santa.

—Estoy convencido de que podrías forrarte con ese negocio porque, desde luego, señorita, llevas días paseándote por ahí con el mío en las manos, todavía latiendo. —Me abraza fuerte por la cintura —. Por no hablar de mi polla. —Se aprieta contra mí, duro, excitado, listo.

—Aquí pone que todo esto podría ser solo pasión. —Libero un brazo de su abrazo y agito la revista que estaba leyendo, donde explicaban que la pasión puede no ser más que un desequilibrio químico—. Y se pasa en un máximo de dos años. Así que aún tienes posibilidad de ser libre.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera serlo?

—Solo comparto la información —me encojo de hombros, girándome dentro de sus brazos.

Encaja la barbilla en la curva de mi hombro y respira sobre mi cuello, y mis piernas pierden parte de su función original.

—La única información que quiero que compartas conmigo ahora mismo es a qué hora sale tu vuelo y dónde vamos a vernos. Todavía no me puedo creer que hayas preferido no volar conmigo.

Sus manos recorren mi cuerpo despacio, manteniéndome tensa, preparada, deseosa, aunque él solo me esté provocando con calma.

—Troy, no puedo volver a casa contigo pegado a mí. Mi madre me mata —repito la verdad por enésima vez.

Estas vacaciones juntos lo han cambiado todo para nosotros, pero ahí fuera el resto del mundo sigue exactamente igual.

No es que mi madre fuera a montar un escándalo porque tenga novio. Pero, uno, yo no le he dicho que tengo novio; no le he contado nada de cómo nos conocimos; hablo con ella todos los días y en ningún momento le he mencionado que me estaba acercando a

él; nos conocemos desde hace muy poco tiempo, y va a flipar cuando sepa que vive a tres mil kilómetros de San Francisco y que pretende vivir conmigo y que yo me mude a Nueva York.

Todavía voy a empezar segundo de carrera. Y por mucho que el corazón me lata con las sílabas de su nombre y que mi coño aplauda cada locura que planeamos hacer juntos, necesito parar, hablar y pensar.

Está en juego toda mi vida. Todo está pasando demasiado deprisa y estoy completamente loca por él, pero necesito ordenar la cabeza lejos de esta burbuja de sueño que hemos creado y de la que no hemos salido ni una sola vez antes de plantearme cambiar toda mi vida para lanzarme detrás de una aventura.

—Yo te protejo —afirma, simplemente.

Y Dios mío, yo le creo.

La mitad de mí quiere decirle que sí a todo lo que propone, y la otra mitad también. No sé de dónde saco fuerzas para contenerme en momentos así. Troy es todo lo que jamás me atreví a soñar.

—Voy a tener mucho que explicar en casa. Y tú también tienes que ir a ver a tu familia. Nos encontraremos dentro de unas semanas —decido otra vez, teniendo que convencerlo a él y convencerme a mí misma, como cada vez que volvemos a hablar de esto.

—¿Unas semanas? ¿Qué es eso de unas semanas? Yo quiero día y hora exactos. Y vas a llamarme todos los días y correrte pensando en mí para no perder la costumbre.

—Eres idiota —respondo sobre su beso, con los labios rozándose con los míos, mordisqueándome la sonrisa.

—Un idiota enamorado, que te ama y que está fingiendo que lleva bien esta despedida, pero por dentro está hecho pedazos.

—¿Cómo viviste tantos años sin mí y ahora no aguantas ni dos minutos solo? —lo provoco, apelando a su ego.

—No tengo ni la más mínima idea. Ni pienso descubrirlo.

Tendría que haber sabido que no iba a funcionar. Nunca he conocido a nadie tan determinado. Tiene una voluntad de hierro y la mala costumbre de creer que debe ser obedecido en cualquier circunstancia.

—Dos meses, Barbie Maddox. Nos vemos dentro de dos meses. Si todo esto no se evapora con el final del verano y la falta de proximidad, te estaré esperando en el muelle del Embarcadero a mediodía. ¿Así mejor?

—Voy a llegar tres días antes, porque soy ansioso.

Me arrastra hasta la cama, de espaldas, entre sus piernas, y me tira sobre el colchón, montándose encima de mí y sujetándome las manos por encima de la cabeza con una sola mano. La otra recorre mi piel, me aprieta un pecho y me recuerda que su tacto tiene más poder que cualquiera de sus palabras.

—Me ofende que dudes tanto de nosotros. Y pensar que fuiste tú la primera en decir te quiero y yo me lo creí. Ahora quieres abandonarme en plena Italia, rechazando mis peticiones.

—Yo te amo. Creo. Según la ciencia, es demasiado pronto para eso. Pero, con toda seguridad, estoy completamente enamorada de ti y, solo con mirar el reloj y ver extinguirse los segundos, se me hace pesada la respiración. No quiero irme. No quiero separarme de ti. Yo...

Su beso húmedo me aplasta la boca y se traga mis palabras sinceras. Mi tono serio se convierte en un murmullo de placer cuando se frota ligeramente contra mí.

—Ya lo sé, amor —apoya la frente contra la mía. No queda ni rastro de humor en su cara—. Solo te estaba provocando. Sé que ninguno de los dos quiere marcharse solo. —Vuelve a besarme, se inclina, me aprieta el pecho y el culo y me lame los labios. Me muerde. Me marca—. Lo sé —repite al final.

—¿Lo sabes de verdad?

Sus manos no se detienen, y su boca tampoco me da tregua.

—Lo sé. Dividir para conquistar —confirma, con el bajo de mi camiseta enganchado en su mano y uno de mis pechos completamente dentro de su boca. Su lengua va puntuando cada palabra.

—Dividir para conquistar —repito, en un hilo de voz, nuestro acuerdo de darnos un tiempo en medio de toda esta locura que hemos vivido estas últimas semanas.

Volvemos a nuestras casas, a nuestras familias, y luego el uno al otro, me repito a mí misma, como si fuera a doler menos solo porque lo hemos convertido en un pacto.

CAPÍTULO 30

TROY MADDOX

Tal vez solo acepté porque fui incapaz de gastar ni un solo minuto de nuestro tiempo juntos explicándole que soy un mafioso y que necesito volver a casa cuanto antes.

Tengo una boda que cancelar y el fin del mundo —cuando mi padre descubra mis intenciones— que impedir. De verdad necesito un tiempo lejos de ella para que mi cerebro vuelva a funcionar con eficacia.

Con ella a mi lado, encima de mí, debajo de mí, es completamente imposible.

Estoy perdido en la sensación de su piel suave bajo mis labios cuando, de repente, la puerta de la habitación salta hecha pedazos con un estruendo ensordecedor. Un equipo armado y encapuchado invade el cuarto moviéndose con precisión militar. Antes de que pueda reaccionar, me arrancan de encima de mi mujer; unos brazos fuertes me sujetan y tiran de mí hacia atrás.

—¿Qué coño está pasando? —grito, intentando soltarme de las manos que me retienen.

Los hombres son profesionales, rápidos, implacables.

Consigo derribar a dos con golpes precisos, pero otros tres me inmovilizan, forzándome los brazos a la espalda. Entonces reconozco a uno de mis propios hombres entre los asaltantes.

—Señor, estamos ejecutando un protocolo de extracción —dice con rapidez, con una voz firme, pero cargada de urgencia—. Ha

habido un atentado. Todos los herederos Maddox deben ser trasladados a un lugar seguro hasta que la situación se estabilice.

Durante un segundo el corazón se me detiene.

¿Un atentado?

¿Mi padre? ¿Mi madre?

Una oleada de miedo y pánico me atraviesa el cuerpo, haciendo que el estómago se me retuerza. Siento un escalofrío helado al imaginar a mi padre herido, a mi madre en peligro. La responsabilidad y la urgencia de la situación me golpean como un puñetazo, mezcladas con el dolor de tener que dejar a Sofía sin explicaciones. La miro y la veo completamente horrorizada, con los ojos abiertos de par en par por el miedo y la confusión.

Cada detalle de su cara se me queda grabado en la memoria. Esa expresión de terror no la olvidaré jamás. El olor a sudor y miedo llena el aire. El sonido de su respiración agitada corta el silencio denso de la habitación. Miro a mi jefe de seguridad con una orden en los ojos, pero él la niega de inmediato.

—No podemos llevárnosla, señor. Solo a los herederos.

Insiste, pero yo niego con la cabeza, negándome a dejar a Sofía.

—¡No voy a ninguna parte sin ella! —grito, forcejeando otra vez para soltarme.

Me arrastran hacia fuera. Mis pies se resisten sobre el suelo mientras sigo luchando. Miro a Sofía y le grito disculpas.

—¡Lo siento muchísimo, Sofía! ¡No tuve tiempo de contártelo!

—¿Contarme qué? —pregunta ella, con la voz temblorosa—. ¡Por favor, soltadlo! No le hagáis daño, no vamos a ir a la policía, pero no

le hagáis daño, por favor. No ha hecho nada.

—¡Se me llevan por mi seguridad, Sofía! —intento explicarlo de la forma más suave posible, clavando los pies en el suelo para dificultar que el equipo me saque por la puerta—. Mi padre es una especie de pez gordo en el mundo empresarial y ha pasado algo grave. Están haciendo lo que se les ha ordenado. No tengas miedo, va a salir bien. ¡Te lo prometo! —le aseguro, sin tener ninguna certeza—. En cuanto pueda, hablaré contigo. Volveremos a encontrarnos. Todo está bien. Va a salir bien. Dividir para conquistar.

Repito nuestro acuerdo para demostrar que yo no tengo miedo y que ella tampoco debería tenerlo.

La frase resuena dentro de mi cabeza mientras intento zafarme de los hombres de la Granada, sin mucho éxito, hasta que mi jefe de seguridad me concede diez segundos y permite que me suelten para despedirme.

Prácticamente me lanzo contra el cuerpo petrificado de Sofía. Le sujeto el rostro entre las manos y la beso como un loco, un beso mojado de lágrimas y lleno de dolor.

—Lo siento muchísimo, te pido perdón mil veces, Sofía. Te lo voy a explicar todo. Por favor, espérame. No renuncies a mí. Te amo.

Está en shock, pero asiente, incapaz de decir nada. Las lágrimas deslizándose por su cara me desgarran por dentro hasta debilitarme. Los hombres vuelven a apartarme y yo opongo resistencia una vez más. Me arrancan de sus brazos. Vuelvo a resistirme, pero juntos son más fuertes.

—¡Te amo, Sofía! —grito una última vez antes de que me arrastren fuera de la habitación de una vez por todas.

Las palabras me salen con una intensidad desesperada, un último esfuerzo para asegurarme de que sepa lo que significa para mí,

incluso en mitad del caos.

Fuera, la luz blanca del pasillo me ciega en contraste con la penumbra de la habitación. La adrenalina que me corre por el cuerpo convierte cada latido en un martillazo. Los guardaespaldas tiran de mí con violencia y, aunque lucho con todas mis fuerzas, me siento impotente. El eco de las botas golpeando el suelo se mezcla con los gritos ahogados de Sofía, que ya me parecen muy lejanos.

—¡Por favor, cuidad de ella! —suplico, intentando encontrar algo de compasión en los hombres que muy pronto estarán bajo mi mando y me deberán obediencia absoluta.

Pero sus rostros siguen fríos, concentrados únicamente en la misión.

Muy pronto, pero no ahora.

Ahora mismo no soy más que el heredero de mi padre.

—Señor, tenemos que irnos ya. —La voz del jefe de seguridad es autoritaria, aunque percibo un matiz más suave, quizá un intento de calmarme—. Su seguridad es nuestra prioridad.

Siento un pinchazo agudo en el cuello y, antes de que pueda reaccionar, un entumecimiento empieza a extenderse por mi cuerpo. Los músculos se me vuelven pesados, la visión se me emborrona. Todo a mi alrededor empieza a dar vueltas y lo último que veo es a Sofía, su figura borrosa, pero con sus ojos llenos de terror y dolor grabándose en mi mente.

Pierdo el conocimiento, hundiéndome en una oscuridad que parece tragárselo todo.

***

Cuando empiezo a recuperar la conciencia, estoy tumbado sobre algo blando, pero la sensación de movimiento me desorienta. Intento abrir los ojos, pero los párpados me pesan una tonelada. Oigo voces lejanas, confusas, imposibles de distinguir.

Por fin consigo abrirlos.

Estoy en una especie de jet privado, rodeado de caras desconocidas. Mis hermanos no están allí, y su ausencia es un recordatorio cruel de la gravedad de la situación.

—¿Dónde estamos? —Mi voz sale ronca, con la cabeza todavía cubierta de niebla.

—Vamos camino de un lugar seguro, señor Maddox —responde un hombre alto, de traje, cuya expresión seria no deja espacio para preguntas—. Cada heredero está siendo trasladado a un lugar distinto, por seguridad. Yo soy su responsable directo.

La cabeza todavía me da vueltas, pero mi preocupación por Sofía es inmediata.

—¿Y Sofía? ¿Está... está bien? —pregunto, intentando incorporarme.

—Está a salvo, señor. Nuestros hombres se asegurarán de que permanezca protegida hasta que podamos resolver todo esto.

La rabia y la frustración hierven dentro de mí. Encerrado en este jet, lo único que puedo hacer es esperar y planear mis siguientes movimientos.

El avión aterriza con suavidad en una pista privada y enseguida me escoltan fuera. La seguridad a mi alrededor es extrema y el ambiente está cargado con la incertidumbre sobre lo que nos espera. Cada paso que doy me acerca más a descubrir la verdadera magnitud de lo que ha ocurrido.

Me llevan a un lugar aislado, una especie de cautiverio de lujo. La habitación está bien decorada, pero las ventanas están cerradas con barrotes y la puerta custodiada por soldados armados. Me siento como un prisionero, aunque se suponga que es por mi seguridad.

Mientras estoy allí, uno de nuestros caporegime entra en la habitación. Su rostro me resulta familiar, pero su presencia basta para dejar claro el nivel de gravedad de la situación.

—Troy, sabes que estamos haciendo esto por tu seguridad, ¿verdad? —dice, con la voz baja y autoritaria.

—Lo entiendo, pero necesito saber qué está pasando. Y necesito asegurarme de que mi familia está bien —respondo, intentando mantener la calma.

—Todo se te explicará a su debido tiempo. Por ahora, necesitas quedarte aquí y esperar. Tu padre está en estado crítico y la situación es delicada. No podemos arriesgarnos a dejar a ninguno de vosotros expuesto.

—¿Dónde está mi madre?

El caporegime, un hombre corpulento y de mirada severa, baja la cabeza un instante. Su expresión se suaviza apenas con un rastro de tristeza.

—Troy, lo siento mucho —dice, con la voz pesada por la noticia—. Tu madre no sobrevivió.

Las palabras me golpean como una explosión y me arrancan el aire de los pulmones. Siento cómo mi mundo se viene abajo, cómo el dolor y la rabia se mezclan en un torbellino imposible de contener. La vista se me nubla mientras intento procesar lo que acaba de decir.

—No... —susurro, con el cuerpo temblando—. No puede estar pasando esto...

El capo me pone una mano firme en el hombro, y en su expresión hay un raro destello de compasión.

—Sé que esto es difícil, Troy. Pero necesitamos que te mantengas fuerte. Por tu familia. —Hace una pausa, dejándome sentir el peso de sus palabras—. Nos aseguraremos de que los responsables lo paguen. Todos ellos.

Los responsables.

Esas dos palabras empiezan a girar dentro de mi cabeza, tentándome, provocándome, durante unos segundos que parecen eternos.

Siento la rabia hervir dentro de mí, sustituyendo a la desesperación inicial. Mi madre ha muerto y nada en el mundo puede cambiar eso, pero sí puedo asegurarme de que quienes hicieron esto sufran las consecuencias.

Aprieto los puños y el dolor se convierte en una determinación fría, implacable.

No importa quiénes sean.

Serán exterminados.

CAPÍTULO 31

SOFÍA RUSSO

Estoy sentada en el suelo frío del baño, con el corazón latiéndome desbocado mientras miro la prueba de embarazo. El pequeño dispositivo reposa sobre el lavabo y cada segundo se siente eterno. Estoy asustada, medio desesperada, esperando a que pase el tiempo para saber si estoy embarazada.

Me tiemblan las manos mientras me abrazo las rodillas e intento controlar la respiración. Las últimas semanas han sido un auténtico infierno. Desde el momento en que Troy fue arrancado de mi lado, no he vuelto a tener noticias suyas. La policía italiana fue completamente inútil cuando pedí ayuda, dando a entender que aquello había sido un movimiento político y que, por mi propio bien, debía mantenerme alejada.

He buscado como una loca en internet cualquier noticia sobre la familia Maddox, pero no había nada. Era como si hubieran desaparecido de la faz de la tierra. Todos los días rebuscaba en páginas de noticias, foros y redes sociales, pero no encontraba nada que pudiera llevarme hasta él.

No le he contado nada a mi madre sobre lo que pasó. Ni siquiera sobre el hecho de que, a mitad del intercambio, dejé de cumplir con mis compromisos para vivir el romance de mi vida. Y ahora, ante esta posibilidad, no sé cómo voy a reunir fuerzas para salir de este baño y enfrentarme a mis padres.

El silencio de la estancia es casi una presencia física. Fría. Pesada. Nerviosa. Me siento sola, desamparada, sin saber qué futuro me espera.

Por fin se cumple el tiempo de la prueba. Me levanto con dificultad, con las piernas temblándome, y cojo el dispositivo con manos inseguras. Lo miro, con el corazón latiéndome todavía más deprisa.

Dos líneas.

Positivo.

Estoy embarazada.

Una mezcla de miedo y alegría me atraviesa y las lágrimas me resbalan por la cara. Me dejo caer otra vez al suelo, apretando la prueba contra el pecho. Voy a tener un hijo de Troy. La idea es, al mismo tiempo, aterradora y reconfortante. Él es la única persona capaz de hacerme sentir segura y, aunque esté lejos, su hijo dentro de mí es la prueba más real de la cosa más surrealista que he sentido jamás por alguien.

Tengo que contárselo a mis padres, pero no sé cómo. No sé cómo explicar todo lo que ha pasado sin parecer completamente loca y perdida. Me siento atrapada, sin salida. Pero sé que tengo que ser fuerte. Por mí y por nuestro hijo.

La aprensión que siento es como un abrazo apretado y sofocante. Cada latido me retumba en el pequeño baño y el silencio parece alargarse sin fin. Intento controlar la respiración, concentrándome en inspirar y espirar despacio, pero la desesperación es implacable.

¿Por qué tenía que pasar esto ahora? Todo iba tan bien. Troy y yo éramos felices, estábamos planeando un futuro juntos. Y ahora todo parece derrumbarse a mi alrededor.

Me seco las lágrimas e intento recomponerme. Miro mi reflejo en el espejo y veo cómo empieza a surgir determinación en medio de la desesperación. Voy a sobrevivir a esto. Voy a encontrar la manera de afrontar todo. Y el uno de noviembre estaré en el muelle, esperando

a Troy. Pase lo que pase, no voy a renunciar a él. Él no va a renunciar a mí.

Me pongo en pie otra vez, intentando dar un paso, pero tengo las piernas flojas. Vuelvo a sentarme en el suelo helado, intentando reunir fuerzas. Cada segundo parece un desafío. Me tiemblan las manos mientras vuelvo a mirar la prueba, como si fuera posible cambiar el resultado solo con pensarlo.

Cierro los ojos y dejo que la mente se me vaya a los momentos felices que compartí con Troy. Las risas, las caricias suaves, los besos desesperados. Todo eso ahora parece lejanísimo, como si perteneciera a otra vida.

El recuerdo del día en que decidimos dónde sería nuestro reencuentro se me repite en bucle en la cabeza. Troy sujetándome, con los ojos llenos de promesas.

«Estaré allí, Sofía. Te lo prometo.»

Me aferro a esa promesa como un náufrago a una tabla.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a enfrentarme a mis padres? No consigo ni imaginar cuál será su reacción. Pero necesito ser fuerte. Tengo que pensar en mi hijo, que no tiene culpa de nada.

Me llevo una mano al vientre y una sensación nueva, extraña, me llena por dentro. Es una mezcla de protección y amor incondicional. Este bebé es una parte de Troy. Una extensión de nuestro amor. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para protegerlo.

Intento levantarme otra vez y, esta vez, consigo mantenerme de pie. Miro al espejo y veo reflejada una versión más fuerte de mí misma. Me seco las lágrimas, inspiro hondo. Tengo que salir de este baño. Tengo que enfrentarme a la realidad.

Cada paso hacia la puerta pesa más que el anterior, como si llevara el mundo entero sobre los hombros.

Todavía falta un mes para nuestro reencuentro. Será un mes largo y difícil, pero tengo que creer que Troy estará allí. Que volverá a mí. Que seremos una familia.

Con esa determinación, camino hacia el salón, donde están mis padres. No sé cómo voy a empezar esta conversación, pero sé que necesito ser sincera. Se merecen la verdad. Y yo necesito su apoyo.

Me detengo en la puerta del salón, escuchando el sonido familiar de la televisión. Mi padre está leyendo el periódico. Mi madre está haciendo punto. La escena doméstica resulta reconfortante, pero la tensión en mi pecho no disminuye ni un poco.

—Mamá, papá, tengo que hablar con vosotros —digo, con una voz más firme de lo que esperaba.

Los dos levantan la vista, sorprendidos y preocupados. Doy un paso más hacia ellos, sintiendo el peso de la responsabilidad en cada movimiento.

—Es importante.

CAPÍTULO 32

TROY MADDOX

El día gris parece reflejar el peso que llevo en el pecho. Estamos todos reunidos en el cementerio, vestidos de luto, mientras empieza la ceremonia de entierro de mis padres. Siento a mis hermanos a mi lado, una muralla silenciosa de fuerza y determinación. Cada uno lleva el dolor a su manera, pero todos lo mostramos de una forma contenida, sin derrumbarnos.

Miro a mi alrededor y hay una legión de personas, todas armadas hasta los dientes. El perímetro ha sido completamente evacuado para garantizar nuestra seguridad. Francotiradores apostados en puntos estratégicos. Coches blindados listos para cualquier eventualidad. Estar aquí hoy, después de todo lo que ha ocurrido, es una demostración de poder y lealtad que me llena de orgullo incluso en medio del dolor. Los hombres y mujeres que están aquí hoy están dispuestos a morir para asegurarse de que este entierro se celebre con dignidad.

El sacerdote empieza a hablar, con una voz firme y solemne que resuena por el cementerio silencioso. Mis ojos se vuelven hacia los ataúdes de mis padres, uno al lado del otro. Una visión que jamás pensé que tendría que enfrentar. Siento una oleada de tristeza aplastarme, pero me obligo a mantener el control. No puedo permitirme flaquear ahora.

Mientras la ceremonia continúa, mis hermanos y yo intercambiamos miradas. Vincent mantiene una expresión severa y decidida. Luca observa cada movimiento a nuestro alrededor con una atención quirúrgica. Marco parece un poco perdido, pero su presencia sigue siendo firme. Y Bela está erguida, recta, fuerte, con los ojos brillando por unas lágrimas que no derrama.

El ambiente está cargado de tensión. Todos son conscientes del peligro que corremos, estando reunidos en un mismo lugar. Nuestros enemigos pueden ver esto como una oportunidad para atacar, para intentar eliminar al heredero directo ahora que nuestro padre ha muerto. Pero estamos preparados. Más preparados que nunca.

El caporegime que nos sigue a todas partes se acerca y me susurra al oído:

—El perímetro está asegurado, señor. Pero debemos permanecer atentos. Este es un momento vulnerable.

Asiento, reconociendo la gravedad de la situación. Vuelvo a mirar los ataúdes de mis padres y siento una oleada de orgullo. Orgullo por lo que mi padre construyó, por la fuerza y la lealtad que inspiró en todos nosotros.

Cuando la ceremonia termina, la gente empieza a acercarse para darnos el pésame. El padre de América, mi prometida, se presenta ante mí. Tiene una expresión austera, pero hay determinación en sus ojos.

—Mi más sentido pésame —dice, estrechándome la mano con firmeza—. Más que nunca, nuestras familias necesitan unirse y mostrar un frente sólido. América está preparada para ocupar su lugar a tu lado en cuanto consideres apropiado.

El consigliere se acerca enseguida después.

—Mantendremos la fecha acordada. Los responsables de la muerte del Don no tendrán el placer de cambiar absolutamente nada de nuestra realidad, ni siquiera la fecha de una boda.

Siento un golpe seco en el estómago.

La fecha de la boda.

Es el mismo día en que prometí encontrarme con Sofía.

Nunca imaginé que estaría tan jodido cuando hice aquella promesa. Mis pensamientos vuelan hacia ella. ¿Cómo estará? ¿Qué estará pensando? Estamos en medio de una posible guerra interna. No puedo traerla a este mundo de violencia e incertidumbre. Siento un vacío profundo, un agujero negro que amenaza con devorarme en cuanto encaro la realidad.

Estoy de luto por partida doble.

Hoy me despido de mi padre, de mi madre y del amor de mi vida.

Soy el último en dejar una rosa roja sobre la tumba de mis padres.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor, sintiendo el peso de la responsabilidad que ahora cae sobre mis hombros.

Todavía no he sido consagrado oficialmente como Don, pero la sensación empieza a instalarse dentro de mí, como si me estuviera enfundando la piel de otra persona a la que apenas conozco. Esta transformación es inevitable, casi dolorosa físicamente. Quizá un verdadero Don se forja justo cuando ya no le queda nada que perder.

Cuando el peso del liderazgo se mezcla con una determinación feroz.

Cada mirada dirigida hacia mí carga expectativa, lealtad y, por encima de todo, necesidad de fuerza. Mis hermanos, los capos, los soldados... todos esperan que sea yo quien marque el camino.

En este momento acepto que ya no puedo ser solo Troy.

Tengo que ser el Don Maddox.

La responsabilidad es devastadora, pero, al mismo tiempo, me da una fuerza nueva. Voy a proteger a mi familia. Voy a vengar la muerte de mis padres. Y, por encima de todo, voy a sobrevivir a esta tormenta.

A diferencia de nuestros enemigos.

Ellos caerán uno por uno sin llegar a conocer jamás el sabor de la misericordia.

CAPÍTULO 33

SOFÍA RUSSO

De pie en el muelle, el viento frío me corta la piel mientras mantengo la vista clavada en el horizonte. Las olas rompen suavemente contra los pilares de madera, y cada sonido alimenta un poco más mi ansiedad. Hoy es 1 de noviembre, el día en que prometimos reencontrarnos. Pero cada minuto que pasa sin ver a Troy acercarse es una tortura.

Mi mano se posa instintivamente sobre mi vientre, en un gesto de protección.

Un hijo.

Su hijo.

Nuestro hijo.

Él tiene que saberlo. Y yo necesito su apoyo más que nunca.

El tiempo sigue avanzando, implacable, pero tengo que mantenerme firme.

Él no me dejaría aquí sola, esperando.

La gente va y viene por el muelle, ajena a la tormenta de emociones que se agita dentro de mí. Mi cabeza es un caos, llena de preguntas sin respuesta. ¿Dónde está? ¿Por qué no aparece? ¿Estará bien? Todas las posibilidades horribles me cruzan la mente, pero me obligo a seguir aferrándome a la esperanza.

Por fin, veo a una figura acercarse.

El corazón me da un vuelco, pero, cuando se aproxima lo suficiente, me doy cuenta de que no es Troy. Es un hombre mayor, con una expresión severa y una postura imponente. No lo reconozco de nada, pero me mira como si supiera perfectamente quién soy.

—¿Señorita Russo? —pregunta, con voz firme y autoritaria.

—Sí —respondo, intentando mantener la calma mientras la cabeza me corre a toda velocidad.

—Soy un empleado de la familia Maddox.

—¿Dónde está Troy? ¿Está bien?

El hombre hace una pausa. Su expresión no revela absolutamente nada.

—Señorita Russo, estoy aquí para asegurarle que todos están bien y advertirle de que no debe intentar buscarlo.

—Necesito hablar con él —digo, con la voz temblándome—. Tengo algo muy importante que decirle. Voy con usted, donde sea que esté.

Él niega lentamente con la cabeza.

—Troy ha perdido recientemente a sus padres. La familia está atravesando un momento delicado.

Siento una punzada de pena y de preocupación.

—Puedo ayudar. Quiero estar a su lado.

—Eso no será posible —sentencia, dejándome sin salida.

La frustración empieza a hervirme por dentro.

—¿Por qué? —pregunto, cada vez más alterada—. ¿Por qué no llama? ¿Por qué no manda un mensaje, un correo, una señal de humo?

Sostiene mi mirada sin inmutarse.

—Lamento informarle de que ahora tiene otras obligaciones. Otras prioridades familiares a las que atender. El hombre que usted conoció en Italia ya no existe. Lo mejor que puede hacer es aceptarlo cuanto antes y seguir con su vida con normalidad.

—¡Estoy embarazada! —suelto de golpe, con la voz quebrándose —. De un hijo suyo.

El hombre se queda en silencio unos segundos. La sorpresa le suaviza apenas la expresión. Después responde con frialdad:

—Troy Maddox se casa hoy.

Las piernas casi me fallan.

—¿Casándose? —repito, casi sin voz.

—Sí, señorita Russo. El viaje a Italia fue un regalo de boda de sus padres. Una despedida de soltero prolongada, por así decirlo. Hoy va a honrar el compromiso entre ambas familias. Al final del día será un hombre casado.

La revelación me cae encima como una tonelada de ladrillos. Me llevo la mano al vientre, atravesada por una oleada de desesperación. El empleado parece notar mi dolor, pero su cara permanece impenetrable.

—La familia Maddox se hará cargo de la manutención del niño. Nos pondremos en contacto.

Me quedo allí, atónita, mientras se aleja sin volver la vista atrás. Sin darme una opción. Sin ofrecerme una alternativa. Sin dejarme ni un miserable número de contacto.

El mundo a mi alrededor parece derrumbarse.

El amor de mi vida ha desaparecido, y lo único que me queda son promesas vacías de ayuda económica hechas por un desconocido.

Pasan las horas y sigo allí, inmóvil, entumecida, con la mente en blanco, incapaz de procesar todo lo que acaba de suceder.

Las primeras gotas gruesas de lluvia me devuelven a la realidad. Levanto la vista y veo cómo el cielo se desploma sobre mí en una especie de tormenta. El agua helada me empapa, pero no me importa. Siento que me limpia con desesperación, aunque sé que tengo que protegerme. No puedo ponerme enferma. Estoy embarazada y este bebé es mi prioridad.

Con dificultad, me alejo del muelle. Cada paso pesa con el peso de mi dolor. Tengo que seguir adelante. Tengo que borrar a Troy Maddox de mi memoria. No debería ser tan difícil. Como ha dicho ese hombre, nunca existió.

Camino por la ciudad bajo la lluvia torrencial, con las gotas mezclándose con mis lágrimas. No consigo evitar que la mente vuelva al momento en que conocí a Troy y a toda la alegría y la pasión que compartimos durante el tiempo que estuvimos juntos. Ahora todo parece un sueño lejano, una pesadilla de la que no consigo despertar.

¿Cómo pudo ser todo aquello solo la aventura de un hombre comprometido? Estaba prometido. ¿Cómo pude engañarme tanto? ¿Cómo pude dejar que entrara tan hondo en mi corazón? ¿Cómo voy a conseguir olvidarlo si ahora forma parte de mí?

Las calles están casi desiertas y la poca gente que veo camina deprisa en busca de refugio. Me siento completamente sola, aislada del mundo. El dolor en el pecho es aplastante y cada latido me recuerda cruelmente que estoy sola en esto.

Llego a casa empapada y temblando. Mis padres están en el salón, preocupados. Sé que tengo que contarles la verdad, pero ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a eso. Subo las escaleras despacio, como si cada peldaño fuera un esfuerzo sobrehumano. Entro en mi habitación y cierro la puerta, dejándome resbalar por la madera hasta acabar sentada en el suelo.

Me abrazo las rodillas, sintiendo la presencia silenciosa de mi hijo.

—Voy a protegerte —susurro, con la voz llena de determinación—. Haré lo que haga falta para darte una buena vida. Pase lo que pase, vas a ser amado.

La lluvia sigue golpeando la ventana, un sonido extrañamente reconfortante en medio del caos. Cierro los ojos, intentando encontrar algo de consuelo en la oscuridad. Pienso en Troy, en las promesas que nos hicimos, en los sueños que compartimos. Y entonces intento borrar cada uno de esos momentos, archivarlos en mi memoria. Tengo que ser fuerte. Tengo que seguir adelante.

Tengo que creer que, de alguna forma, todo acabará saliendo bien. Que encontraré la fuerza para enfrentar el futuro sola.

Tendida en el suelo, dejo que las lágrimas caigan libremente.

Me duele de una manera profunda, devastadora, pero tomo una decisión.

Voy a superarlo.

Nadie se ha muerto jamás de amor.

Yo no voy a ser la primera.

CAPÍTULO 34

TROY MADDOX

«Rómpale el corazón. Es la mejor manera. Sufrirá ahora, pero el odio la ayudará a olvidarme más deprisa.»

La orden que le di a Antonio se repite en mi cabeza, cada palabra empapada de un dolor que apenas soy capaz de soportar.

Presiono el paño empapado en alcohol contra la herida profunda de mi hombro. El líquido ardiente hace que el corte me lata con violencia, pero no vacilo. La sangre resbala despacio, tiñendo la tela de un rojo oscuro. Cada movimiento es metódico, casi clínico, mientras limpio los cortes y arañazos que me cubren la piel.

La sacristía está en silencio. Solo el leve sonido de mis propias manos trabajando rompe la quietud. El olor metálico de la sangre mezclado con el alcohol medicinal llena el aire. La luz tenue oscila ligeramente, proyectando sombras sobre las paredes.

Cada roce del paño contra mi cuerpo es un intento desesperado de encontrar algún tipo de control. Siento el escozor del alcohol en las heridas, un alivio momentáneo que me distrae del caos emocional. Miro mis manos, manchadas de sangre y alcohol, y veo los cortes profundos que me marcan la piel.

Las heridas físicas son solo una fracción mínima del dolor que llevo dentro. La verdadera tortura está en mí, un huracán de emociones que amenaza con devorarme. No tenía que haber sido así. La mafia siempre ha exigido sacrificios, pero jamás imaginé que me obligaría a sacrificar a la única persona a la que he amado de verdad.

La puerta chirría y Luca entra, con los ojos muy abiertos, entre la sorpresa y la preocupación. Se detiene un instante, observando el estado en que me encuentro.

—¿Qué demonios creías que estabas haciendo, saliendo a cazar el día de tu boda? —pregunta, con la voz cargada de incredulidad y de una rabia contenida—. ¿Qué está pasando?

Suelto el aire despacio, sintiendo el peso de la realidad desplomarse sobre mí.

—Todo. Está pasando todo, Luca. Todo a la vez.

Se acerca, coge una aguja y el hilo para ayudarme a cerrar la herida del hombro.

—¿Qué está pasando ahora? —insiste, empezando a dar los puntos con calma.

—He dado la orden a nuestro consigliere de ir a romperle el corazón a la única persona que podría haber traído un poco de felicidad a mi vida —digo, con una voz más baja de lo que pretendía y muy lejos del tono sarcástico que había planeado usar.

Luca se queda inmóvil un segundo, digiriendo mis palabras antes de retomar la sutura con manos firmes y precisas.

—¿Por qué no fuiste tú a resolverlo?

Siento que se me forma un nudo en la garganta.

—Porque sé que no tendría fuerzas para decirle que no si me pidiera que me quedara. No sería capaz de mirarla a los ojos y elegir la mafia. La única palabra que soy capaz de decirle a esa mujer es sí. Y mi único arrepentimiento es que no vaya a ser a ella a quien se la diga en el altar.

Luca respeta mi silencio durante unos segundos, terminando de cerrar la herida. Limpia la sangre con cuidado, sin decir nada, pero sé que su cabeza está funcionando a toda velocidad. Su expresión es una mezcla de comprensión y tristeza.

Sabe por lo que estoy pasando, aunque no necesite detalles. Somos hermanos. Siente mi dolor.

—Sabes que te estás sacrificando por el bien de la familia, ¿verdad? —dice al fin, rompiendo el silencio.

—Lo sé —respondo, con la voz áspera por la emoción—. Pero eso no lo hace más fácil.

Luca termina el vendaje y me ayuda a vestirme con el traje de novio. El traje de tres piezas, con chaleco, es elegante y me queda perfecto. Siento el peso de las armas y las navajas escondidas bajo la ropa, un recordatorio constante del peligro que me rodea.

Luca recibe una llamada y contesta, activando el altavoz. Es Antonio.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, intentando mantener la voz firme.

—Está hecho —responde el consigliere.

—¿Va a estar bien? —mi voz traiciona la frialdad que intento sostener.

—Concéntrate en lo que tienes que hacer, Troy. Ni siquiera estaba en el punto de encuentro.

La violencia de esa información me deja sin aire. Cuelgo el teléfono, resistiendo las ganas de pedir más detalles. Quizá sea mejor así. Siento un alivio precario al saber que Sofía no estaba allí para escuchar las palabras duras del consigliere, que se ha librado de eso. Pero eso también significa que no estaría allí, esperándome.

—Voy a avisar de que he encontrado al novio —dice Luca, sacándome de golpe de mis pensamientos—. ¿Estás preparado?

—Sí —respondo, intentando reunir cualquier resto de determinación que me quede.

Luca vacila un instante y, para mi sorpresa, me abraza. No recuerdo la última vez que mostró afecto físico. Luca es el más emocionalmente inaccesible de todos nosotros.

—Lo siento muchísimo. Por todo.

Asiento, agradecido por el gesto. Abrocho el último botón del traje unos segundos antes de que Bela entre. Sonríe, intentando esconder la preocupación.

—Estás guapísimo —dice, con voz suave.

No reacciono. Simplemente le ofrezco el brazo y juntos empezamos a caminar hacia la entrada de la iglesia.

Caminar hasta el altar es como entrar en un campo de batalla. Todas las miradas están sobre mí, pero me siento distante, como si estuviera observándolo todo desde fuera. Mis zapatos golpean el suelo de mármol con un ritmo constante que parece marcar la cuenta atrás hacia un destino inevitable.

La iglesia está decorada con flores y velas, una visión de elegancia y tradición. El olor de las rosas resulta casi empalagoso, mezclado con la cera de las velas consumiéndose lentamente. Los arreglos florales son impecables, cada pétalo colocado en su sitio exacto, reflejando la perfección que se exige de mí en este día. Los invitados, todos figuras importantes de la mafia, van vestidos con sus mejores trajes. Sus miradas están cargadas de expectativa y análisis, evaluando cada uno de mis movimientos, por pequeño que sea.

Mientras avanzo, me fijo en los detalles. Las expresiones severas de los hombres, el maquillaje impecable de las mujeres. Todos están aquí no solo para asistir a una boda, sino para reafirmar alianzas, consolidar poder.

Llego al altar y ocupo mi lugar, esperando la entrada de América. El sacerdote, a mi lado, murmura algunas palabras de ánimo, pero su voz no es más que un ruido lejano. La música empieza, suave y melódica, llenando el espacio con una solemnidad que contrasta brutalmente con mi estado de ánimo.

Los grandes portales de la iglesia se abren de par en par de forma casi teatral y todos se vuelven para ver a América entrar del brazo de su padre. Comienza la marcha nupcial, una melodía que debería sonar a alegría, pero que para mí no es más que un lamento arrastrado. América avanza lentamente por el pasillo, aferrada al brazo de su padre, con una expresión que intenta parecer serena, aunque no consigue ocultar del todo la frialdad de sus ojos.

Está deslumbrante con su vestido blanco, símbolo de pureza y esperanza, aunque los dos sabemos que esta boda no tiene nada que ver con el amor ni con los sueños. Cada paso que da hacia mí es una reafirmación del deber y de la obligación.

Cuando por fin llegan al altar, el padre de América me la entrega. Durante un instante nuestras miradas se cruzan. No hay amor entre nosotros. Solo un entendimiento helado de deber y obligación. América sonríe, pero sus ojos están tan vacíos como los míos. Esta ceremonia no habla de amor. Habla de poder, de control, de lealtad.

El camino hasta aquí ya me había parecido interminable, y ahora, estando a su lado, siento el mismo peso. La ceremonia comienza, pero las palabras del sacerdote son una mancha borrosa. Estoy aquí físicamente, sí, pero como un espectador desinteresado.

Cada movimiento es automático, una coreografía ensayada y vacía. Mis pensamientos están muy lejos. Cada promesa que

pronuncio aquí es un recordatorio de la vida que estoy dejando atrás, de las promesas que nunca voy a poder cumplir. Intento obligarme a permanecer en el presente, pero es imposible. Mi corazón no está aquí. Está con Sofía, donde siempre debió estar.

Los invitados observan con atención, pero no consigo concentrarme en nada. El tiempo parece arrastrarse y, al mismo tiempo, precipitarse. Cada segundo es una tortura, un sacrificio público.

Las palabras del sacerdote continúan, pero no son más que ruido de fondo. Miro a América a mi lado, que también parece distante, casi como una figura de cera. Intento sonreír, pero es un esfuerzo inútil.

Llega el momento de intercambiar los anillos.

Miro a los invitados, sus expresiones serias y expectantes, hombres y mujeres que han dedicado su vida a nuestra causa. Entiendo el peso de sus expectativas, la necesidad de proyectar fuerza y liderazgo. Pero todo lo que siento es vacío. Mi mente está en otro lugar, atrapada en un pasado que no puedo cambiar y en un futuro que no quiero enfrentar.

Cojo el anillo, y me doy cuenta de que me tiemblan ligeramente las manos. El aro de oro brilla bajo las luces de la iglesia, símbolo de un compromiso que no quiero asumir. Mientras deslizo la alianza en el dedo de América, un pensamiento me atraviesa como una cuchilla afilada:

¿Seré capaz de volver a amar alguna vez?

CAPÍTULO 35

SOFÍA RUSSO

Mis gritos desgarran el aire del pasillo del hospital, rebotando contra las paredes blancas y frías. Cada contracción es una ola brutal de dolor que me atraviesa el cuerpo. Mis dedos se aferran a las sábanas de la cama con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos. La enfermera a mi lado me aprieta la mano; su voz es suave, pero firme, guiándome a través del proceso.

—Lo estás haciendo muy bien, Sofía. Sigue respirando. Inspira... espira...

El aire parece rasgarme los pulmones con cada respiración forzada. Arqueo la espalda contra el colchón duro y siento como si mi cuerpo se estuviera partiendo en dos. Cada vez que el dolor afloja apenas un poco, intento recordar por qué estoy haciendo esto. Pienso en mi bebé, en esa pequeña vida que me necesita.

Las lágrimas me resbalan por la cara, mezclándose con el sudor que ya me cubre la piel. El pelo se me pega a la frente y cada movimiento exige un esfuerzo descomunal. Los rostros de médicos y enfermeras van y vienen a mi alrededor, moviéndose con una eficacia casi mecánica. Oigo fragmentos de sus conversaciones, instrucciones rápidas intercambiadas mientras trabajan para traer a mi hijo al mundo.

—Una vez más, Sofía. ¡Empuja! —la voz de la enfermera suena a la vez dulce y firme.

Reúno las últimas fuerzas que me quedan y empujo, gritando a través del dolor. Siento una presión insoportable y, de pronto, una oleada de alivio. El llanto de mi bebé llena la sala y, para mí, todo

cambia en ese instante. Ya no escucho nada más. Solo ese llanto. La prueba de que está aquí. Vivo. Sano.

La enfermera coloca a mi hijo en mis brazos y, al verlo por primera vez, siento una ola de amor tan intensa que casi me ahoga. Es pequeño, con la piel rosada y los ojos cerrados, llorando con toda la fuerza que le permiten sus diminutos pulmones. Sus manitas están cerradas en puños y sus piececitos patalean en el aire.

—Lo has conseguido, Sofía —murmura la enfermera, con una sonrisa cálida en el rostro—. Enhorabuena. Es precioso.

Miro su carita, intentando memorizar cada detalle. Los pequeños mechones de pelo, el ceño fruncido, los labios que todavía se están acostumbrando a este mundo nuevo. El corazón se me llena de una mezcla de alegría y tristeza al acordarme de mi madre y de cuánto habría amado conocer a su nieto.

—Hola, mi amor —le susurro, apretándolo contra mi pecho—. Yo soy tu madre y te prometo que siempre voy a estar aquí para ti.

Los médicos siguen trabajando, atendiendo mi cuerpo agotado, pero toda mi atención está centrada en el pequeño ser que tengo en brazos. Siento una responsabilidad aplastante, pero también una determinación feroz de protegerlo y amarlo con todo lo que tengo.

***

Estoy tumbada en la cama del hospital, con mi bebé dormido en una cuna a mi lado. Estoy completamente exhausta, pero no consigo dormir. La habitación está en silencio, salvo por el sonido suave de la respiración de mi hijo y los pitidos ocasionales de las máquinas. Mi mente es un torbellino de pensamientos sobre el futuro, sobre cómo voy a cuidarlo y sobre la inmensidad de cosas que pueden salir mal.

Las primeras luces del amanecer ya aclaran la tela de las cortinas. Miro al pequeño, con la carita tranquila, un contraste brutal con el caos que llevo dentro.

La puerta se abre despacio y mi padre entra. El olor fuerte del alcohol llega antes que él. Su aspecto es desaliñado, con los ojos rojos e hinchados y la cara marcada por un dolor constante.

Se acerca a la cama con pasos vacilantes y se detiene junto a la cuna. Sus ojos se quedan fijos en su nieto, cargados de una mezcla de tristeza y ternura.

—¿Puedo ver a mi nieto? —pregunta, con la voz temblorosa y quebrada.

—Claro, papá —respondo con suavidad, intentando mantener la calma.

Se acerca un poco más y los ojos se le llenan de lágrimas. La tristeza profunda en su mirada es el reflejo exacto de la mía. Extiende una mano temblorosa y toca con delicadeza la manita del bebé, mientras una sonrisa triste se le dibuja en los labios.

—Es precioso, Sofía. Lo has hecho muy bien.

Esas palabras deberían consolarme, pero solo hacen más profunda la herida. Miro a mi padre y veo al hombre que antes era mi pilar de fuerza, ahora desmoronándose bajo el peso del duelo y el alcoholismo. Los recuerdos de los últimos tres meses me inundan de golpe, recordándome cómo se entregó a la bebida después de la muerte de mi madre. Un aneurisma repentino. Y nuestro mundo se vino abajo. Yo estaba embarazada de seis meses, y la responsabilidad de seguir adelante por mí y por el bebé fue lo único que me mantuvo en pie. Cuerda.

—Papá, tienes que cuidarte —digo, con la voz llena de preocupación—. Enzo necesita un abuelo sobrio. Yo... yo no sé si voy

a poder hacer esto sola.

Suspira, un sonido pesado, agotado, y se deja caer en la silla junto a la cama. Sigue mirando al bebé como si fuera la única ancla que todavía lo mantiene unido a la realidad.

—Sé que tengo que hacerlo, Sofía. Pero es tan difícil... Desde que tu madre se fue, nada tiene sentido. Perdóname por ser una decepción tan grande.

Las lágrimas me corren por la cara y cojo a Enzo de la cuna, abrazándolo con fuerza. El dolor de haber perdido a mi madre sigue siendo agudo, una herida abierta que nunca termina de cerrar. Pero tengo que ser fuerte, no solo por mí, sino por él. Mi padre se ha perdido en la bebida y yo no sé cómo ayudarlo. Cada día es una lucha para él y eso me aterra. Me asusta ir a casa con el bebé y tener que lidiar con mi padre borracho, pero al mismo tiempo no quiero estar sola, ni dejarlo a merced del alcohol.

—Yo también la echo de menos todos los días, papá. Pero ahora, más que nunca, tenemos que ser fuertes. Enzo nos necesita. Es todo lo que nos queda.

Asiente despacio, con los ojos todavía clavados en el bebé. El silencio entre nosotros está cargado de dolor compartido y de una responsabilidad que parece demasiado grande para soportarla. Siento un nudo en la garganta al pensar en cómo voy a lidiar con todo esto.

Mientras mi padre se aleja tambaleándose hacia la silla del rincón, llevo con cuidado la pequeña mano de mi hijo hasta mis labios y noto la suavidad de su piel.

Estoy sola con un recién nacido.

Yo y la maldita tarjeta que recibí por correo hace meses.

Imagino que será de Troy. Ese trozo de plástico me ha dolido más que cualquier cuchilla.

No voy a ser hipócrita y decir que el dinero no importa, porque importa. Sin mi madre, sin ahorros y sin la ayuda de mi padre, todo parece imposible. Saber que tengo algo a lo que recurrir en caso de emergencia debería tranquilizarme, pero ni siquiera he tenido valor para averiguar si la tarjeta tiene saldo o crédito, cuánto dinero hay o hacer algún plan con ella. Cada vez que la miro me entran ganas de vomitar y vuelvo a sentir la lluvia fría y pesada del primero de noviembre empapándome.

Es especialmente doloroso saber que Troy renegó de su hijo por priorizar a su nueva familia. No era un soltero convencido ni un hombre ya casado con una familia a la que yo amenazara como un secreto vergonzoso. No. Él simplemente eligió. Y, por alguna razón, nosotros no bastamos. Habría podido perdonarle que hubiera renunciado a mí; al fin y al cabo, no me debía nada. Pero jamás voy a perdonarle que haya abandonado a Enzo. No merece mi perdón por haber rechazado a nuestro hijo.

***

Los días siguientes en el hospital se convierten en una sucesión interminable de agotamiento y aprendizaje. Cada día trae un desafío nuevo, desde aprender a darle el pecho hasta entender sus señales y sus necesidades. Las enfermeras son pacientes y amables, pero siento la ausencia de una red de apoyo más fuerte. Echo de menos a mi madre todos los días. Su ausencia es un vacío que nada consigue llenar.

Mi padre aparece de vez en cuando, pero nunca sobrio. Cada una de sus visitas deja al descubierto el dolor de la pérdida que sufrimos y el miedo que me provoca la forma en que ha decidido sobrellevarla. Intento ser paciente, pero hay momentos en que la

frustración y la tristeza amenazan con aplastarme. Su mirada vacía y su presencia inestable son un peso que me obliga a endurecerme.

***

Hoy es el día de volver a casa. Las enfermeras me ayudan a preparar a mi hijo para su primer viaje en coche y, mientras le coloco la manta pequeña alrededor del cuerpo, siento el corazón latiéndome al ritmo del miedo puro a hacer algo mal.

El camino de vuelta a casa es solitario y me recuerda que estamos empezando una vida nueva juntos, solo los dos.

Cuando entro en el apartamento, me recibe el silencio. La ausencia de mi madre es real y la casa parece más vacía que nunca.

Voy a crear un hogar para nosotros dos. Un lugar donde él siempre se sienta seguro. Voy a honrar la memoria de mi madre siendo la mejor madre que pueda llegar a ser.

—Te prometo que nunca te va a faltar amor, mi pequeño —le susurro, como llevo haciendo a cada momento, con una necesidad casi enfermiza de que sepa que estoy aquí y que no tiene nada que temer. Aunque ni siquiera yo esté segura de estar diciendo la verdad.

Cierro los ojos, buscando consuelo donde ya no existe.

—Mamá, estés donde estés, por favor, cuida de nosotros.

CAPÍTULO 36

TROY MADDOX

Estoy en un almacén abandonado de Brooklyn, un lugar olvidado por todos salvo por quienes saben dónde encontrar la oscuridad.

La nave está fría. El olor a óxido y polvo se mezcla con el aroma metálico de la sangre fresca. Estoy de pie en el centro, con las manos manchadas de rojo y una sonrisa sombría curvándome los labios. La víctima a mis pies está inconsciente, su cuerpo reducido a una masa de moratones y cortes. Lo miro sin una pizca de compasión, solo con una satisfacción intimidante.

—Se despertará pronto, señor —me informa uno de mis hombres, con una vacilación apenas perceptible en la voz.

—Que descanse un poco más —respondo, frío—. Tenemos tiempo.

Mis ojos recorren la nave, observando a mis hombres trabajar. Todos están armados y listos para cualquier eventualidad. Su lealtad es incuestionable, pero saben que algo ha cambiado en mí. Saben que el hombre que manda ahora no es el mismo que conocían antes.

Desde la muerte de mis padres y mi matrimonio con América, algo dentro de mí se ha roto. La responsabilidad de liderar la mafia Maddox es una carga aplastante, pero es más que eso. Hay un vacío dentro de mí que nada consigue llenar. Ni siquiera las atrocidades que cometo son capaces de aliviar esa sensación de pérdida y de frustración.

Camino hasta una ventana rota del almacén y contemplo la ciudad. Las luces de Nueva York parecen burlarse de mí, brillando

con arrogancia mientras yo me hundo cada vez más. Pienso en las decisiones que he tomado, en las vidas que he arruinado, y siento un placer perverso en ello.

—¿Qué hacemos con él, señor? —pregunta uno de mis hombres, arrancándome de mis pensamientos.

—Vamos a terminar lo que hemos empezado —respondo, volviendo la atención hacia la víctima—. Quiero que entienda lo que significa cruzarse en nuestro camino.

Despierto al hombre de una patada en el estómago. Sus gemidos de dolor llenan el aire. Me arrodillo a su lado y le agarro la cara maltrecha con fuerza.

—¿Creíste que podías traicionarnos y salir impune? —pregunto, con la voz baja y amenazante.

Sus ojos, abiertos de terror, me satisfacen de una forma que muy pocas cosas consiguen ya. Me pongo en pie y cojo un cuchillo de la mesa que tengo al lado. La hoja brilla bajo la luz escasa.

—¡Suélteme, por favor! —suplica, con la voz rota por el miedo.

—No hay misericordia para los traidores —respondo, con un tono firme e inquebrantable.

Cuando la hoja desciende, una oleada de adrenalina me atraviesa el cuerpo. Cada grito, cada súplica, suena como música para mis oídos. La crueldad se ha convertido en mi compañía constante y solo en mitad de esta violencia encuentro una especie de consuelo extraño.

Termino el trabajo y me incorporo, limpiándome la sangre de las manos con un paño. Mis hombres observan en silencio, sabiendo que cualquier muestra de debilidad será castigada sin piedad. El orden ha sido restaurado, al menos por ahora.

—Limpiad este desastre —ordeno, sin emoción en la voz—. Y traed al siguiente.

Mientras mis hombres se mueven con rapidez para obedecer, salgo del almacén y enciendo un cigarrillo. El humo me llena los pulmones y me trae un alivio momentáneo.

Miro al cielo nocturno y me pregunto cuánto tiempo más podré seguir así. Cada día es una lucha por mantener el control, pero la verdad es que me estoy destruyendo poco a poco.

—El siguiente está listo, señor —me informa uno de los hombres, con la voz baja.

—Perfecto —respondo, tirando la colilla al suelo y aplastándola con el zapato—. Vamos a terminar esto.

Vuelvo a entrar en el almacén. La atmósfera está cargada de expectativa. El siguiente hombre está atado a una silla, con los ojos desorbitados de terror. Sabe perfectamente lo que viene. La sala es puro juego de sombras y los rostros de mis hombres no son más que siluetas oscuras contra la luz mortecina. Todos están preparados para cumplir mis órdenes sin preguntar.

Me acerco al hombre de la silla. Empieza a balbucear disculpas y súplicas, pero ignoro cada una de sus palabras. Cojo otro cuchillo de la mesa y paso la hoja despacio frente a su cara.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—¡Por favor, yo no he hecho nada! —suplica, con las lágrimas deslizándose por su cara—. ¡Se lo juro, ha sido un malentendido!

Siento una rabia sorda creciendo dentro de mí. Me inclino hasta quedar muy cerca, con la hoja a pocos centímetros de su rostro.

—No existen los malentendidos en nuestro trabajo —murmuro, con la voz baja y venenosa—. Cruzaste la línea. Ahora pagarás por ello.

Antes de que pueda responder, la hoja le abre la mejilla y él grita de dolor. El sonido resulta casi reconfortante, un recordatorio de que todavía tengo control sobre algo.

—Seguid con esto —ordeno a uno de mis hombres, entregándole el cuchillo—. Aseguraos de que entienda bien la lección.

Salgo otra vez, dejando que ellos hagan el trabajo sucio. La noche es fría, pero yo no siento nada más que el vacío dentro de mí. La violencia ha sido lo único que me ha hecho sentir vivo, pero hasta eso empieza a perder su efecto.

Vuelvo a la mansión Maddox, el lugar que debería ser mi refugio y que ahora solo siento como una prisión. Entro en el despacho y me dejo caer en la silla de cuero, cerrando los ojos un instante.

La puerta se abre con suavidad y América entra. Su presencia es una mezcla de gracia y formalidad. Va impecable, como siempre, pero en sus ojos vive la misma frialdad que habita en los míos.

—Troy, tenemos un evento esta noche —dice, con la voz suave, pero firme—. Las familias esperan tu presencia.

—Lo sé —respondo, sin abrir los ojos—. Estaré listo.

Ella vacila un instante antes de acercarse y apoyar una mano sobre mi hombro. El contacto es ligero, casi imperceptible, pero suficiente para traerme de vuelta a la realidad.

—Estamos haciendo lo que hay que hacer —murmura, y en su voz hay un leve matiz de empatía.

Abro los ojos y la miro, viendo la determinación en su cara. Sé que tiene razón. Este matrimonio, esta alianza, todo es por el bien de la familia. Pero la rabia y la frustración dentro de mí no desaparecen. Solo se esconden, esperando el momento adecuado para explotar.

—Si sigues alejando a todo el mundo, Troy, vas a acabar solo, torturándote con lo que sea que te esté consumiendo por dentro —dice en voz baja.

Está claramente preocupada, aunque también hay una punta de frustración en su expresión.

Suspiro. Sé que tiene razón, pero reconocerlo es otra historia.

—Necesitas descansar —continúa, con la preocupación ya evidente.

—Podré descansar cuando me muera —respondo con desdén.

—Y, por cómo te has comportado desde la boda, puede que eso no tarde demasiado —replica sin titubeos.

La miro, sorprendido por su franqueza. Hay una verdad dolorosa en sus palabras y no duda en exponérmela.

—Al menos uno de los dos sería libre —sugiero, con las palabras cargadas de amargura.

Ella parpadea y una sombra de dolor le cruza la cara. Me arrepiento al instante.

—Perdón —digo, intentando suavizar el golpe—. No quería ser cruel. Has sido perfecta en el papel que te han dado. Yo debería esforzarme por hacer lo mismo.

América se acerca un poco más y vuelve a tocarme el hombro. Hay ternura en ese gesto, una ternura imposible de ignorar.

—No fuiste el único que perdió a sus padres, Troy —murmura, con los ojos fijos en los míos—. Tus hermanos también los perdieron, y ellos son tu primer mando. Pero incluso a ellos los mantienes a distancia, como si fueran desconocidos. Han estado contigo toda la vida.

No respondo. Dejo que el silencio se instale entre nosotros.

—Aún recuerdo cuando me ofreciste tu amistad sincera el día de nuestra boda —continúa—. Estoy dispuesta a cumplir mi parte del acuerdo, pero no puedo hacerlo sola. Y eso que te está robando el sueño por las noches, tampoco vas a poder cargarlo tú solo.

Me quedo mirándola, intrigado por sus palabras.

—Hablas por las noches, Troy —revela, muy seria—. Mencionas su nombre. Al principio pensé que estabas atormentado por el atentado, pero ahora que todos los implicados han muerto y han sido expuestos, creí que por fin descansarías. Y, sin embargo, pareces un hombre sin misión, perdido, persiguiendo la siguiente dosis de adrenalina sin encontrarla nunca.

Hay una verdad ahí que no puedo negar.

América me observa, esperando una respuesta, pero todo lo que soy capaz de ofrecerle es silencio.

PRIMER AÑO DESPUÉS...

CAPÍTULO 37

SOFÍA RUSSO

Estoy sentada en el salón de casa, rodeada de un mar de fotografías esparcidas por el suelo. Mis ojos recorren cada imagen con mirada crítica, evaluando la calidad, los ángulos, la composición. La luz suave del final de la tarde entra por la ventana y deja un brillo dorado sobre las fotos. Algunas destacan de inmediato y las voy colocando con cuidado en un montón sobre el sofá.

Me inclino para coger otra, examinando cada detalle con atención. Mis manos se mueven casi solas, escogiendo y descartando.

Hay una fotografía en particular que capta mi atención. Es la de una pareja riéndose, con los rostros iluminados por una felicidad auténtica. Me pierdo en la imagen, recordando mi propia risa compartida con alguien en un tiempo que ahora parece lejísimos.

De repente, un llanto agudo corta el aire y me arranca de golpe de vuelta a la realidad. Suelto la foto, que cae al suelo, y me giro hacia el sonido.

Enzo está tumbado en la cuna, con la carita arrugada en una expresión de incomodidad.

Lo cojo en brazos, sintiendo su cuerpecito caliente y tembloroso contra el mío.

—Ya está, mi amor. Mamá está aquí —le susurro, meciéndolo con suavidad para calmarlo.

Deja de llorar en cuanto empieza a mamar, con los ojitos cerrados, completamente concentrado. Mientras se alimenta, pienso

en lo rápido que ha pasado el tiempo. Parece que fue ayer cuando era un recién nacido frágil y ahora está creciendo fuerte y sano.

Intento volver a dejarlo en la cuna, pero no quiere dormir. Suspiro, resignada a otra noche sin descanso, aunque al mismo tiempo sonrío. Cuando no termina la siesta de la tarde, nunca duerme más de tres horas seguidas por la noche.

—Está bien, Enzo. Hoy vas a ayudar a mamá a trabajar —digo, llevándolo de vuelta al salón.

Lo siento en la hamaca y empiezo a enseñarle las fotos que he seleccionado. Sujetando cada una delante de él, le pregunto:

—¿Y esta, Enzo? ¿Te gusta?

Balbucea algo ininteligible y sonríe, agitando las manitas.

—Buena elección —respondo, colocándola en el montón de las seleccionadas—. ¿Y esta de aquí? ¿Qué te parece?

Hace una mueca y yo me río.

—Vale, vale. Esta va al montón del "no".

Le enseño otra, esta vez de un niño jugando en el parque. Enzo frunce el ceño y pone una carita adorable.

—¿No te gusta? —me río, dejándola en el montón de las descartadas—. Entendido. Vamos con la siguiente.

Cojo una foto de una pareja bailando bajo un arco de flores. Enzo la observa con atención, con los ojitos brillantes. Balbucea algo y yo finjo entender perfectamente lo que me ha dicho.

—Sí, tienes razón. La luz en esta foto es realmente preciosa —comento, dejándola en el montón de las aprobadas—. A ver esta otra.

Le enseño una imagen de una novia con sus damas de honor, todas riéndose juntas. Enzo suelta una risita, moviéndose en la hamaca.

—Esta sí te ha gustado, ¿eh? —digo, riéndome con él—. Estoy de acuerdo, parecen muy felices.

Él sonríe, hace muecas y balbucea, entregado al juego con entusiasmo.

—Tienes muy buen gusto, ¿lo sabías? —le digo, sosteniendo una foto en blanco y negro de una pareja riéndose—. Esta es especial. ¿Tú qué opinas?

Suelta un sonido emocionado, agitando las manitas.

—De acuerdo, esta va al montón del "sí" —respondo, sonriendo.

No tarda demasiado en quedarse dormido otra vez. Sé que no le va a durar mucho, así que aprovecho para ir al pequeño estudio de revelado que he montado en la despensa.

Recojo varias fotografías que estaban revelándose. Uno de los carretes se ha quemado y, suspirando, lo guardo. Nunca tiro ninguna foto, ni siquiera las incompletas. Al intentar sacar la caja de carretes velados de la estantería, se me cae un álbum.

Es el álbum de mi viaje a Italia.

Un álbum de recuerdos culpables, lleno de fotos de momentos que, por mucho que intente convencerme de lo contrario, no quiero olvidar y permito que sigan persiguiéndome. No me resisto a hojear algunas páginas, diciéndome a mí misma que fue precisamente ese álbum el que me hizo descubrir mi nueva profesión y que tengo derecho a sentir cariño por él, aunque las imágenes de Troy y yo juntos, riéndonos, recorriendo Italia, parezcan un montaje. Un gran

delirio de mi cabeza. Cada foto es una memoria vívida de un tiempo que, por más que lo viví, parece no haberme pertenecido nunca.

Recuerdo el día en que una amiga vio este álbum y se enamoró de las fotos. Me pidió que le hiciera las del matrimonio por un precio de amiga y, como no podía rechazar dinero extra y ella no podía pagar un fotógrafo profesional, acepté.

Las fotos de aquella boda se hicieron virales en redes porque yo tenía un estilo único, mezclando fotografía analógica con montajes cinematográficos y versiones digitales mejoradas con inteligencia artificial.

Ni siquiera sabía muy bien lo que estaba haciendo. Solo le enseñé todas las opciones posibles para que escogiéramos un estilo para el álbum y ella creyó que todo formaba parte de una misma propuesta. Le pareció distinto, arriesgado, innovador, y yo no tuve corazón para decirle la verdad. Y así nació mi "estilo único", del puro caos más absoluto.

Siempre me encantó fotografiar, pero jamás imaginé que podría ganarme la vida con ello, y mucho menos ganármela bien. Adoro este nuevo trabajo y doy gracias por cada oportunidad que me llega.

Todos los días hago fotos sin parar. En casa, en la calle, en el supermercado. Ahora que puedo llamar "estudio" a mi hobby favorito, soy imparable.

Ya tengo varios eventos agendados para el próximo año. Las bodas son trabajos de un solo día, pero pagan muy bien, lo que me permite cuidar de Enzo la mayor parte del tiempo y contratar a una niñera solo los días en que trabajo. Es en eso en lo que quiero enfocarme. Por ahora cualquier evento es trabajo, pero mi plan es convertirme en fotógrafa de bodas.

Es una bendición poder pasar tanto tiempo con mi hijo sin tener que dejarlo al cuidado de extraños todos los días y, aun así, ser

capaz de mantener a nuestra pequeña familia.

Nunca he usado la tarjeta de crédito sin límite que me llegó por correo. Sospecho que quizá ya ni funcione. Después de aquella llegó otra. Y luego una chequera prefirmada. Troy estaba dispuesto a pagar mucho dinero con tal de mantenerme lejos, y yo no entendía por qué tenía tanto empeño en insultarme de ese modo.

Oigo sonar el móvil colgante de Enzo y vuelvo al salón, donde lo encuentro distraído con los animalitos suspendidos, ajeno a mis preocupaciones. Su risa llena la habitación, una risa inocente que me regala un poco de paz. Me acerco a él, me siento en el suelo junto a su sillita y le acaricio el pelo suave.

—Te lo estás pasando bien, ¿verdad? —le digo, sonriéndole.

Enzo balbucea algo y levanta las manos para tocarme la cara. Su contacto es ligero, cariñoso, y durante un momento toda mi tensión desaparece.

Hay días en que siento que no voy a poder con todo, pero entonces miro a Enzo y sé que tengo que ser fuerte.

Por él.

Siempre.

CAPÍTULO 38

TROY MADDOX

La puerta del despacho se abre de golpe, chocando contra la pared. Vincent entra con los ojos encendidos de rabia.

—Tenemos que hablar —dice, con la voz cargada de frustración, casi temblando.

Su mirada se clava en la mía, intensa, acusadora, como si intentara atravesar la armadura de indiferencia que me esfuerzo por mantener.

Levanto la vista de los papeles, conservando una expresión fría y controlada, aunque siento un escalofrío recorriéndome la espalda al ver la feroz determinación en la cara de mi hermano.

—¿Sobre qué? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Sobre la operación del puerto de anoche. —Su tono sube de inmediato y se acerca a mí, con los puños cerrados—. Fue un desastre, Troy. Perdimos a tres hombres y la carga fue interceptada. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo después de una decisión tan irresponsable?

La sangre me hierve ante la acusación. Me pongo en pie despacio, sin apartar los ojos de los suyos.

—Estoy haciendo lo que hay que hacer, Vincent. ¿Te crees que es fácil? ¿Te crees que disfruto con esto? —mi voz sale baja, pero cargada de veneno.

Vincent da un paso al frente, con los músculos del cuello tensos.

—¿A eso lo llamas hacer lo que hay que hacer? ¿Mandar a nuestros hombres a la muerte? Eso no es liderazgo, es imprudencia.

—Tomé una decisión calculada —respondo con frialdad—. La información que teníamos indicaba que era seguro. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Quedarme sentado esperando a que todo se resolviera solo?

—¿Solo? ¡Yo estaba allí! Esperaba que usaras la cabeza, Troy. Ahora eres el Don. No puedes permitirte actuar como si siguieras siendo un soldado. Cada movimiento que hacemos tiene consecuencias. Y esta vez, tus actos casi nos lo han costado todo.

Golpeo la mesa con el puño, incapaz de contener más la frustración.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Te crees que no siento el peso de cada decisión que tomo? ¿De cada vida que está bajo mi responsabilidad?

—¡El mando de esa operación era mío! —grita Vincent.

—Hice lo que creí correcto y volvería a hacerlo.

Niega con la cabeza, con una sonrisa amarga curvándole la boca.

—Ese es el problema, Troy. Que crees que siempre tienes razón. Pero no estás solo en esto. Todos vamos en el mismo barco, y tus decisiones repercuten en todos. —Inspira hondo, intentando serenarse—. Necesitamos un líder fuerte, sí, pero también a alguien que sepa escuchar y tener en cuenta la opinión de los demás. Tienes que aprender a confiar en tu familia.

—Tú no lo entiendes, Vincent. —Mi voz sale como un gruñido—. Nunca lo has entendido.

Se ríe, pero es un sonido sin humor, lleno de amargura.

—¡Pues explícamelo!

Doy un paso adelante, hasta quedar cara a cara con él.

—Yo soy el Don de esta familia. Y vas a respetarme, te guste o no.

Me mira con los ojos llenos de odio y de dolor.

—¿Respetarte? ¿Cómo se supone que voy a respetar a alguien que se está destruyendo a sí mismo y nos está arrastrando con él?

—Yo confío en mi familia, Vincent. Pero también necesito que mi familia confíe en mí. —Mis palabras salen algo más suaves, aunque el golpe sigue ahí—. Necesito que estés a mi lado, no en mi contra.

—Y yo necesito que me escuches. No podemos seguir así. Si no empiezas a escucharnos, esta familia va a desmoronarse. Y no por culpa de los enemigos de fuera, sino por nuestras propias fracturas.

Hay un dolor innegable en sus palabras, y eso me golpea más hondo de lo que quiero admitir. Intento sostener la fachada de control, pero siento cómo empiezan a aparecer las grietas.

—Vincent, no voy a permitir que me desafíes. Tienes dos opciones: o te quedas a mi lado y demuestras tu lealtad, o desapareces de mi vida para siempre y te vas a un lugar donde nunca pueda encontrarte. La decisión es tuya, pero ten claro que no habrá una segunda oportunidad. No toleraré ni la traición ni la vacilación. Así que elige bien, porque la próxima vez que nos veamos, la decisión que tomes hoy lo definirá todo.

—¿Me estás amenazando? —Apenas puede creer lo que acabo de decir, y la verdad es que me arrepiento en el mismo instante, pero ya no puedo retirar las palabras.

—Puede que seas mi segundo al mando, Vincent, pero yo sigo siendo el primero.

Por un momento parece que va a abalanzarse sobre mí.

Tiene la mandíbula tan tensa que se le marcan los dientes entre los labios entreabiertos. Los ojos le brillan con una furia salvaje y la respiración se le vuelve pesada, irregular. Pero, en vez de eso, da un paso atrás, todavía con la rabia contenida clavada en la mirada, y luego se gira y sale del despacho sin decir una palabra más.

La sala queda en silencio, con las palabras todavía suspendidas en el aire, latiendo como algo vivo.

Me quedo allí, respirando con dificultad. Invadido por una sensación de pérdida y de aislamiento.

Miro los papeles desordenados sobre la mesa, pero mi mente está a kilómetros de distancia, peleándose con la posibilidad de que, tal vez, mi hermano tenga razón.

Y, por primera vez, me pregunto si de verdad controlo algo.

SEGUNDO AÑO DESPUÉS...

CAPÍTULO 39

SOFÍA RUSSO

Estoy agotada. Llevo a Enzo en brazos, sintiendo cómo el peso de la preocupación y de la desesperación que no me abandonan desde hace días me arrastra hacia abajo. Está enfermo y nada parece aliviar su sufrimiento.

Las idas y venidas al hospital se han convertido en rutina, pero cada vez que volvemos a casa me siento más frustrada, más impotente. Su llanto incesante corta el silencio de la noche, atravesando la casa y atravesándome a mí por dentro.

Tengo los ojos pesados, me arden de tanto llorar y del cansancio acumulado de todas estas noches sin dormir, mientras pruebo de todo para calmar a mi bebé.

Intento darle el pecho, pero lo rechaza, girando la cara y llorando todavía más fuerte. Siento un nudo doloroso en el pecho, una punzada aguda que me hace cuestionarme si de verdad soy capaz de ser madre.

Intento darle agua, pero la escupe y sigue llorando. Cada gota rechazada es como una puñalada en el corazón, haciendo crecer todavía más mi desesperación.

Pruebo otro medicamento, pero no le hace absolutamente nada. El llanto sigue, cortándome el alma.

Desesperada, le doy un baño, esperando que el agua tibia le baje la fiebre. Veo cómo sus lágrimas se mezclan con el agua y me invade una impotencia salvaje.

Nada funciona.

Estoy al borde del colapso, sintiéndome la peor madre del mundo por no conseguir aliviarle el dolor a mi hijo.

Lo miro, con la cara encendida, los ojos hinchados de tanto llorar, y me invade una sensación de fracaso insoportable. Intento mantenerme entera, pero por dentro me estoy derrumbando.

Decido volver al hospital. No puedo aceptar que "no sea nada" cuando algo tan pequeño le está provocando tanta agonía. Las palabras de los médicos se me repiten en la cabeza, vacías, absurdas, sin sentido. Cuando dijeron que Enzo no tenía nada grave, sentí un alivio momentáneo, una esperanza de que se pondría bien enseguida. Pero ahora, viéndolo retorcerse de dolor, siento que me mintieron. ¿Cómo puede "no ser nada" justificar tanto sufrimiento? ¿Cómo puede un bebé estar así sin que haya algo verdaderamente mal en él?

Enzo llora desconsolado en mis brazos y siento que el corazón se me rompe un poco más, retorciéndose, desgarrando cada fibra de mi cuerpo. El sonido de sus sollozos golpea lo más profundo de mí. Ver su cuerpecito doblarse de dolor es insoportable.

Empiezo a cuestionarme incluso mi propia cordura, preguntándome si soy yo la que está exagerando o si de verdad hay algo muy mal. Intento acordarme de cada palabra de los médicos, buscando consuelo en sus explicaciones, pero ya nada encaja. Ese "no es nada" suena cruel frente al sufrimiento evidente de mi hijo.

Estoy agotada, física y emocionalmente, pero la idea de no hacer nada me aterra todavía más. La incertidumbre me devora. ¿Y si se me escapó alguna señal? ¿Y si los médicos dejaron pasar algo importante? Cada pensamiento se convierte en una nueva fuente de angustia. Ese "no es nada" me parece una burla cruel delante de lo que tengo en brazos.

Cojo las llaves y, con dificultad, intento no perder la calma. Me tiemblan las manos mientras reúno las cosas a toda prisa. Estoy a

punto de salir cuando la puerta se abre y entra mi padre.

Está borracho. Apenas se tiene en pie. El olor a alcohol es fuerte y, cuando lo miro, me encuentro con sus ojos enrojecidos. Va desarreglado, con la camisa medio abierta y la mirada perdida.

—¿Está todo bien? —pregunta, arrastrando las palabras.

No tengo fuerzas para discutir. Lo miro y me invade una ola de tristeza y de pena. Veo la sombra del hombre que fue, del padre maravilloso que tuve y al que tanto necesito ahora. Cada línea de su rostro, cada movimiento torpe, me recuerda al padre amoroso y presente que era antes. Siento que perdí a mi padre y a mi madre al mismo tiempo, porque lo que queda de él no es más que una sombra.

—No, no está todo bien —digo, y mi voz sale más amarga de lo que quería—. Voy a llevar otra vez a Enzo al hospital.

Él asiente, confuso, y se apoya en la pared. Sus ojos intentan enfocarme, pero la niebla del alcohol es demasiado evidente. No hay nada que pueda hacer para ayudar y eso solo empeora mi sensación de desamparo. Paso junto a él, con Enzo llorando todavía en mis brazos, y salgo. El frío de la noche me golpea la cara, pero no es nada comparado con el hielo que llevo dentro.

Mientras camino hacia el coche, las lágrimas me corren por la cara. Mi vida ha cambiado tanto que ya no sé cómo sostenerla. A cada paso, siento el peso de la responsabilidad y del miedo aplastándome el pecho. Intento ser fuerte por Enzo, pero me siento tan pequeña, tan perdida.

Llego al hospital otra vez y lo único que puedo hacer es esperar y rezar para que alguien nos ayude de verdad. La sala de espera está llena y el ruido me resulta insoportable.

Miro las paredes blancas y siento una opresión terrible, como si se estuvieran cerrando sobre mí.

Porque, en el fondo, siento que estoy fallando.

Y el dolor de ver sufrir a mi hijo es más de lo que puedo soportar.

Una enfermera me llama y la sigo hasta el mostrador de admisión. Me mira de arriba abajo, con una expresión preocupada.

—Por favor, rellene esta ficha —dice, empujándome un formulario —. Necesitaré sus datos para la consulta.

—No es para mí —digo, con la voz temblorosa—. Es para mi hijo. Está muy mal.

Ella frunce el ceño y me mira a mí, luego a Enzo. Su expresión se suaviza, aunque no del todo.

—¿Está segura? Tiene muy mal aspecto, cariño. Quizá debería verla también un médico.

Miro mi reflejo en la ventana que hay al lado del mostrador y apenas me reconozco. Tengo la cara pálida, con manchas rojas alrededor de los ojos, y unas ojeras oscuras que contrastan con mi piel agotada. Llevo el pelo deshecho y la ropa arrugada termina de completar el cuadro del desastre. Tengo exactamente el aspecto que siento tener: hecho polvo.

Asiento en silencio, demasiado cansada para discutir. Relleno deprisa los datos de Enzo, con la letra temblorosa e irregular. Le devuelvo la ficha a la enfermera, que me mira con simpatía antes de salir a buscar al médico.

Mientras espero, abrazo a Enzo un poco más fuerte y le susurro palabras de consuelo. La sala parece cerrarse a mi alrededor y lo

único que puedo hacer es esperar y rogar que esta vez sí haya alguien capaz de ayudarnos.

CAPÍTULO 40

TROY MADDOX

El rugido ensordecedor de motores y maquinaria llena el almacén. El olor a aceite, metal y polvo satura el aire, casi asfixiante. Cajas de contrabando y armas apiladas en esquinas estratégicas forman un laberinto de sombras proyectadas por las luces fluorescentes, que parpadean de vez en cuando.

Estoy en el centro de esta operación.

En el corazón mismo de nuestras actividades.

La sala de control es un acuario de cristal blindado que ofrece una vista completa del caos organizado que hierve al otro lado. Los monitores de las paredes muestran imágenes de cámaras repartidas por todo el complejo. Técnicos y miembros del equipo de seguridad se mueven con eficacia, con los ojos clavados en las pantallas y los oídos atentos a los radios.

Mis ojos recorren cada monitor, analizando los rostros de los hombres ahí fuera, observando sus movimientos, sus reacciones. La tensión pesa en el aire, densa y sofocante, como si en cualquier momento fuera a estallar.

Un error.

Y todo podría venirse abajo.

A mi lado, Bela, con el auricular puesto, está igual de concentrada. Sus ojos se deslizan por los monitores con la intensidad de una depredadora lista para actuar ante el más mínimo indicio de problemas. El resplandor de las pantallas le ilumina el rostro y resalta la determinación de sus ojos.

Los hombres de fuera se mueven en un ballet coreografiado de tráfico y negociaciones. Se abren cajas, se revisan armas, se pesan drogas, se distribuye mercancía. Un solo movimiento equivocado puede desencadenar una reacción en cadena de violencia y caos.

Esta misión es crucial para consolidar nuestro control del territorio, una jugada estratégica para eliminar a la competencia y reforzar nuestras alianzas.

De pronto veo a Bela moverse. Se arranca el auricular con rapidez y se gira hacia mí, con los ojos abiertos por la urgencia.

—Troy, espera. —Su voz corta el aire como una cuchilla—. Esa chica... es Marta.

Mantengo la mirada fija en los monitores, sin perder la compostura.

—¿Qué quieres decir?

Se acerca más, procurando que su voz solo llegue a mis oídos.

—Tenemos que sacarla de ahí.

—Todos los implicados van a ser eliminados. Lo sabes. No podemos dejar cabos sueltos, Bela —respondo sin apartar los ojos de las pantallas.

Cruza los brazos y su voz se llena de sarcasmo, aunque la mantiene controlada.

—¿Y desde cuándo matar inocentes es la especialidad estrella de nuestra mafia?

—Tengo una operación que dirigir, Bela. No es momento para sentimentalismos.

Esboza una sonrisa amarga y se acerca todavía más.

—¿Sentimentalismos? —sisea, indignada—. Aunque fuera eso, serías el último con derecho a juzgarme por ello, Troy.

—¿Quieres que arriesgue una operación entera, que nos ha llevado meses montar, por una chica cualquiera?

—No es una chica cualquiera. Y aunque lo fuera, yo no soy una chica cualquiera, y soy yo quien te lo está pidiendo. Has eliminado a más gente de la que puedo contar por petición de personas que ni siquiera eran tus amigos. ¿Por qué no puedes perdonar una vida por mí?

—Esto no es un juego, Bela. No estoy aquí repartiendo favores como si fueran fichas. Hay reglas.

Se inclina sobre la mesa y baja tanto la voz que suena casi cavernosa.

—Reglas que tú creaste. Reglas que tú puedes cambiar. Marta no es una criminal. No pertenece a este mundo. No merece morir.

Vuelvo la mirada a los monitores, impasible.

—Si está ahí es porque hizo algo para acabar ahí, y las consecuencias de sus decisiones no pueden cargarse a mi cuenta personal contigo. Lo siento. No puedo sacrificar algo que va a llevar a la Granada a otro nivel por un asunto personal tuyo.

—¿Y de qué forma es esto mejor para la mafia, Troy? Porque lo único que te veo sacrificar últimamente es a nuestra familia. Pareces querer usarnos como...

—¿Como qué, Bela? —la interrumpo, exigiendo que lo diga, aunque al mismo tiempo deseando que no lo haga.

—Como moneda de cambio. Como carne barata. Como si fuéramos desechables. Como si mereciéramos ser castigados por

una ofensa que nunca cometimos.

—¿Te estás volviendo loca? ¿De qué demonios estás hablando?

—¡De lo que hiciste con Vincent! ¿Crees que alguna vez va a olvidar que lo obligaste a casarse con una mujer a la que odia solo para asegurarte la lealtad de su padre? ¡Todo por negocios! ¡Es tu hermano! ¡Tu segundo al mando!

Los demás en la sala se tensan. Algunos lanzan miradas furtivas. Intento mantener la compostura.

—Me ocupé de lo que había que hacer. Vincent entendió lo que había en juego.

Bela no retrocede. Su expresión es seria, despiadada.

—¿Entendió? No tuvo elección. Ni él ni nadie desde que tomaste el control. ¿Y ahora quieres sacrificar a Marta para demostrar tu fuerza? ¿Para dejar claro que no retrocedes bajo ningún pretexto? Te estás convirtiendo en un tirano, Troy.

Mi frustración crece, pero sigo controlándome.

—Siento mucho no poder permitirme parecer débil cediendo a tus caprichos. No voy a hacer excepciones, Bela.

Cruza los brazos, con una voz aún más aterradora, más personal.

—Si sigues así, vas a acabar solo. Siempre hablabas de papá, de que tomaba decisiones difíciles, pero su prioridad siempre fue la familia. ¿Y cuál es la tuya? Porque ni la familia logra entenderlo.

Miro los monitores, sintiendo cómo sus palabras se me infiltran dentro como una enfermedad.

—Si no puedes soportarlo, quizá deberías irte.

Bela me clava una mirada de acero.

—Si haces esto, nunca te perdonaré, Troy.

—Supongo que entonces tendremos que vivir con ello, Bela.

Se aparta manteniendo la espalda recta mientras sale de la sala de control. Los demás siguen trabajando, pero noto las miradas incómodas de técnicos y escoltas, la inquietud extendiéndose como una corriente eléctrica por toda la sala. Todos parecen vacilar en sus movimientos; los susurros ahogados y las miradas de reojo crean una atmósfera de alarma.

Ignoro la sensación de estar siendo observado y vuelvo a concentrarme en los monitores.

La operación continúa, pero los hombres de fuera se mueven ahora con una cautela exagerada, como si caminaran sobre un campo minado. La gravedad de la situación se refleja en sus caras concentradas, en las manos inseguras con que manipulan las armas, en los pasos cuidadosos con los que evitan cualquier ruido innecesario.

Las decisiones que he tomado empiezan a pasar factura. La atmósfera cargada de incertidumbre y miedo me persigue, se manifiesta en las miradas que esquivan la mía, en los músculos tensos, en las respiraciones contenidas.

Es como si todos estuvieran esperando una explosión inminente, un desastre a punto de ocurrir, como si yo fuera un monstruo a punto de ser liberado.

Y la sensación de ser temido en vez de respetado es un arma de doble filo que me corta hondo.

El almacén sigue hirviendo de actividad, pero ahora cada movimiento es más contenido, cada palabra más medida.

En ese momento, la puerta se abre y entra Marco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, tranquilo, aunque con una pizca de curiosidad—. Bela acaba de pasar por mi lado con cara de querer matar a alguien.

—No está contenta —respondo secamente.

Marco deja escapar una sonrisa irónica y niega con la cabeza.

—Bueno, bienvenido a un martes cualquiera en la familia Maddox.

Le lanzo una mirada de reojo, pero no digo nada, y él continúa:

—Si soy sincero, ni siquiera recuerdo la última vez que alguno de nosotros estuvo realmente feliz por algo. ¿Tú la recuerdas?

Mi mente responde que sí.

Mi boca sofoca el sí y lo convierte en un no.

La última vez que fui feliz de verdad estaba con Sofía, en la cama, intentando acompasar mi respiración con la suya por puro entretenimiento estúpido mientras esperaba a que despertara después de una noche de sexo.

Marco sigue hablando, pero su voz se convierte en un zumbido lejano mientras me pierdo en ese recuerdo.

La suavidad de su pelo derramado sobre la almohada. La satisfacción de su sonrisa cuando por fin abrió los ojos. La sensación de que, al menos en aquel instante, todo estaba bien.

No creo que quede en mí ni una sola molécula de aquel Troy que me permití ser con ella.

Esa versión de mí murió el día en que dije sí a otra persona y abracé una vida lejos de la única cosa que he deseado de verdad.

Ser feliz era tan fácil con ella.

¿Por qué ahora parece imposible?

TERCER AÑO DESPUÉS...

CAPÍTULO 41

SOFÍA RUSSO

El brillo suave de las luces de la galería se refleja en los marcos de mis fotografías, iluminando cada detalle con un toque casi mágico.

Las paredes, cubiertas de momentos congelados en imágenes, parecen cobrar vida bajo las miradas admiradas de los visitantes.

El murmullo de las conversaciones, el tintinear de las copas de champán y las risas discretas forman a mi alrededor una sinfonía de celebración. Tengo el corazón ligero, lleno de orgullo y de felicidad. Es una noche de éxito.

A mi lado, Alexandre, el dueño de la galería, sonríe mientras me presenta a otro grupo de admiradores. Su encanto es innegable; cada palabra suya suena como una melodía cuidadosamente ensayada.

—Sofía, tus fotos son sencillamente magníficas. —Alexandre se inclina apenas hacia mí, con la mirada intensa, interesada.

Es alto, con el pelo castaño, algo ondulado, cayéndole con descuido sobre la frente. Sus ojos, de un azul profundo, brillan con una mezcla de curiosidad y encanto. Va vestido con una elegancia relajada, con un traje perfectamente cortado que resalta su porte seguro y atractivo. Su presencia desprende un carisma natural difícil de ignorar.

—Gracias, Alexandre —respondo, intentando mantener el profesionalismo mientras él sigue hablando de la profundidad y la emoción presentes en mi trabajo.

Se acerca un poco más, reduciendo la distancia entre nosotros. El calor de su cuerpo parece irradiarse en una cercanía que no me pasa desapercibida. Alexandre gesticula con las manos mientras habla y no deja de sostenerme la mirada.

—Tienes un don rarísimo, Sofía. Capturas momentos de una forma que toca el alma. —Su voz es suave, casi hipnótica, y noto la intensidad de sus palabras. Está tan cerca ahora que puedo percibir el ligero aroma de su colonia, amaderada y sofisticada.

A medida que la conversación avanza, me doy cuenta de que sus palabras ya no hablan solo de arte. Hay un subtexto clarísimo de interés personal. Sus elogios se vuelven más íntimos, sus sonrisas más largas. Inclina un poco la cabeza y sus ojos se estrechan en una expresión de fascinación genuina.

—Diría que tus fotos no son solo bellas, sino profundamente emocionales —comenta, bajando la voz hasta convertirla en un susurro casi conspirativo, como si me estuviera confiando un secreto —. Es raro encontrar a alguien con tanto talento y tanta pasión.

Siento una tensión creciente, una mezcla de nerviosismo y anticipación. Sus palabras y su cercanía crean una atmósfera cargada, casi eléctrica. Intento seguir siendo profesional, pero al mismo tiempo me sorprende no sentirme arrastrada por ello. Alexandre tiene todo lo que una mujer podría desear: encanto, atractivo, inteligencia. Y, aun así, no siento esa chispa, esa conexión...

Finalmente, me propone, con una sonrisa tan encantadora como desarmante:

—Entonces, Sofía, ¿qué te parece una cena mañana?

Respiro hondo, buscando una forma cortés de salir del paso.

—Yo... vivo en otra ciudad, Alexandre. Y tengo un hijo pequeño.

No se desanima. Al contrario, su sonrisa se amplía.

—Eso no es un problema. Puedo organizar algo cerca de donde vives. Y en cuanto a tu hijo, podemos buscar un sitio cómodo para los dos.

Cada razón que ofrezco es desmontada enseguida con una réplica ingeniosa. Pienso en las verdaderas razones por las que no quiero salir con él: el miedo a volver a hacerme daño, la falta de interés real, la sensación de seguir atrapada en algo. Pero ninguna de esas razones parece lo bastante sólida como para rechazar una oportunidad de seguir adelante.

—Está bien, Alexandre. Cenaremos mañana. —Acepto, intentando convencerme de que es lo correcto, de que quizá fingir interés acabe provocando sentimientos reales.

Él sonríe, satisfecho, pero antes de que pueda añadir nada más alguien lo llama para dar el discurso de la noche.

Alexandre se dirige al escenario y yo lo observo mientras toma el micrófono, con esa postura confiada y esa sonrisa cautivadora.

—Señoras y señores, me gustaría agradecerles a todos que estén aquí esta noche. Esta exposición es un homenaje al talento y a la visión de nuestra increíble artista, Sofía Russo. —Hace una pausa y me señala, y siento cómo todas las miradas se vuelven hacia mí—. Sus fotografías no solo han sabido capturar la belleza del instante, sino también la esencia del amor en sus muchas formas. Ha sido la artista más rápida de los últimos diez años en agotar todas las obras expuestas y, francamente, quizá deberíamos haber hecho una subasta. Aunque no lo descarto en absoluto.

El público ríe y aplaude, levantando sus copas para brindar. Sonrío y saludo, aplaudida desde todas partes. Pero mientras las copas se alzan, una sensación de soledad empieza a infiltrarse.

La sala está llena.

Y, sin embargo, me siento como si estuviera dentro de una burbuja, aislada.

Miro a mi alrededor y, a pesar de los rostros sonrientes, siento una distancia inmensa entre ellos y yo. Como si estuviera celebrando dentro de un vacío, donde los sonidos llegan amortiguados y los colores son menos intensos.

¿Cómo puede ser que, rodeada de tanta gente, me sienta tan irremediablemente sola?

Una columnista se me acerca con una sonrisa profesional, sosteniendo una libreta.

—Sofía, ya tengo una pieza sobre tu trabajo, pero todavía me falta entender qué es lo que buscas. Tus fotos no parecen hablar de actos de amor aleatorios. Hay algo más. ¿Qué estás tratando de encontrar?

Le devuelvo la sonrisa. Una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Solo lo sabré cuando lo encuentre.

Ella se retira con elegancia y yo vuelvo la mirada hacia mi propio trabajo. Cada una de estas fotos representa mi búsqueda del tipo de amor que solo sentí una vez en la vida. A veces creo que esta obsesión es una forma de conservar la cordura y de demostrarme, todos los días, que mi historia de amor no fue un delirio. Cuanto más pasa el tiempo, más parece que aquello nunca existió fuera de mi cabeza.

Pero no puedo negar la identificación que siento cuando veo a alguien perdido de amor. Todo mi trabajo gira en torno a eso.

Intentar olvidar el sufrimiento que Troy me causó es una batalla diaria, pero no consigo apartarlo del todo de mi mente. Puede ser el dueño de mis peores recuerdos, pero también sigue siendo el protagonista de los mejores.

Al menos hasta que alguien consiga cambiar eso.

CAPÍTULO 42

TROY MADDOX

Las puertas de cristal se abren y enseguida me envuelve un ambiente de lujo y decadencia refinada. El mármol brilla bajo las luces estratégicamente colocadas, bañando el salón en una atmósfera de poder y riqueza.

Este no es un burdel cualquiera. Es uno de los negocios más rentables de nuestra familia y, probablemente, el favorito de Marco. Cortinas de terciopelo rojo, muebles de cuero italiano y esculturas de bronce crean una opulencia casi teatral.

Mientras atravieso el salón principal, donde hombres que representan los más diversos escalones del poder se mezclan con mujeres deslumbrantes, no puedo evitar admirar el trabajo que Marco ha hecho aquí.

La música ambiental es suave, casi imperceptible, mezclándose con las risas y los murmullos que llenan el aire. Este lugar es un refugio, un santuario para quienes buscan celebrar sus victorias o consolar sus derrotas.

Marco ha convertido este burdel en un templo del placer y nunca me había dado cuenta de lo bien que llevaba este negocio hasta ahora.

Subo la escalera de madera pulida, y con cada peldaño crece mi frustración. En lo alto, dos guardaespaldas se enderezan en cuanto me ven, la tensión visible en sus rostros. Saben que no pueden impedírmelo, pero la lealtad a Marco está clara en sus ojos.

—Don —me saluda uno de ellos, con voz incierta.

—Apartaos —respondo, sin paciencia.

Intercambian una mirada preocupada, pero obedecen, dejándome paso. Por fin llego a una de las suites privadas de la planta superior. Empujo la puerta con más fuerza de la necesaria y me encuentro con Marco, completamente desnudo, en mitad de una orgía con varias prostitutas.

Está tumbado en una cama king size, rodeado de mujeres que ríen y murmuran provocaciones. Mientras una le acaricia el pecho, él sujeta a otra por la cintura, atrayéndola más hacia sí. Una tercera está entre sus piernas, moviéndose de una forma que hace imposible ignorar la obscenidad de la escena.

Las luces suaves y la decoración elegante hacen que aquello parezca más un club exclusivo que un burdel, un contraste brutal con la rabia que me hierve dentro. Aun así, no puedo ignorar la eficiencia y la visión de Marco al convertir este lugar en una máquina de hacer dinero.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo, Marco? —Mi voz es controlada, pero la rabia se nota.

Marco levanta la vista, con una sonrisa burlona en la cara, mientras sigue acariciando a una de las mujeres y deja caer las manos hasta sus nalgas.

—Follando mientras puedo, hermanito.

—¡Deberías estar preparándote para una invasión de territorio! Una operación crucial que podría determinar el control de la mejor ruta de contrabando de la región, ¿y tú estás aquí follando mientras puedes? —repito, acercándome.

Marco se incorpora en la cama, todavía sonriendo, completamente inmune a mi tono amenazante. Tira de otra mujer hasta sentarla en

su regazo, le recorre el cuerpo con las manos, le aprieta el culo con fuerza antes de concederme atención de verdad.

—Verás, Troy. Primero, montas una carnicería generalizada para vengar a nuestros padres, matando tanto a inocentes como a culpables.

Se lleva uno de los pechos de la mujer a la boca, succionando con intensidad, arrancándole un gemido alto.

—No voy a juzgarte, la verdad. Fue tu mejor acto como Don. Pero después obligaste a Vincent a casarse.

Puntúa la frase riéndose, mientras una de las mujeres desciende hasta su entrepierna y se traga su polla con movimientos decididos y provocadores. Hace una pausa, me mira fijamente y sigue hablando:

—En este preciso momento, Luca está persiguiendo por las colinas a una novia fugitiva. —Se ríe otra vez, hundiendo los dedos entre las piernas de otra mujer, que se retuerce de placer.

Debería partirle la cara hasta borrarle esa sonrisa de hijo de puta, pero me quedo en silencio mientras termina su razonamiento absurdo.

—No hace falta ser un genio para imaginar que el siguiente premiado en esta subasta de carne voy a ser yo. —Le da una palmada fuerte al muslo de la mujer que tiene en el regazo, arrancándole un jadeo, y vuelve a mirarme sin interrumpir ni uno solo de sus movimientos, sin intimidarse lo más mínimo por mi presencia.

Doy un paso adelante, dispuesto a estrangularlo con las propias sábanas, pero él levanta un dedo con desidia antes de rematar:

—Así que, antes de que me obligues a convertirme en un hombre de familia, necesito quemar los últimos cartuchos de felicidad

absoluta.

—Si hay algo que nunca me atreví a soñar, Marco, es que algún día tuvieras capacidad para convertirte en un hombre de familia.

Se ríe, un sonido ligero e irónico, y besa el cuello de una de las mujeres mientras la masturba con la mano.

—Entonces, ¿no estás planeando entregarme en matrimonio al padre de alguna damisela descontrolada? —pregunta, desconfiado.

—No, Marco —respondo con firmeza.

—Bueno, en ese caso me voy a quedar sin una sola gota de semen durante un mes después de este exceso, pero no me arrepiento de nada —dice, levantándose y empezando a reunir la ropa con ayuda de las prostitutas.

Suspiro, sintiendo una mezcla de frustración y agotamiento.

—No sé por qué todavía no te he expulsado de la mafia. Solo das trabajo, Marco.

Me dedica esa sonrisa burlona.

—Porque soy el único que no te ha dado la espalda... todavía —añade después de una pausa dramática.

—Eres ridículo —respondo, negando con la cabeza.

—No hables así de tu hermano favorito. Te deja fatal.

—¿Hermano favorito desde cuándo?

—Desde que soy el único que te queda, excelentísimo, dignísimo Don de la Granada.

—Es impresionante la cantidad de absurdos que eres capaz de soltar comportándote como si tuvieras toda la razón.

—¿Toda la razón? No. Eso es cosa tuya, hermanito. Yo prefiero estar cubierto de zorras, pero ni siquiera en eso colaboras. ¿Te das cuenta de lo desequilibrada que está esta relación?

—Nos vamos. El helicóptero te está esperando.

—Sé que no tienes mucho tiempo libre para degustar mi mejor menú y elegir tus propias preferencias, así que considera esto un favor. Cuando quieras relajarte... —se vuelve hacia dos de las prostitutas— estas dos son lo mejor de la casa.

Mi hermano las atrae más hacia sí, besándolas de forma obscena y explícita mientras ellas lo ayudan a vestirse otra vez. Sus manos recorren sus cuerpos, apretando y explorando con una familiaridad descarada.

—Voy a echar esto de menos mientras esté fuera —dice Marco al fin, apartándose de las mujeres, todavía con esa sonrisa burlona.

—Me encantaría saber por qué hablas como si te estuvieran enviando a una guerra —comento, incrédulo ante su comportamiento.

—Contigo nunca se puede tener la certeza de cuándo será nuestro último día de libertad —responde, y me guiña un ojo descaradamente, como si yo fuera una de sus putas también.

Salimos de la habitación con rapidez y bajamos la escalera. Marco va delante, con pasos ligeros y despreocupados, mientras yo lo sigo, hundido en mis propios pensamientos.

La realidad es que Vincent, desde que se casó, apenas me dirige la mirada si puede evitarlo. Cada vez que lo veo, la frialdad de sus ojos es un golpe directo a mi orgullo.

Bela se acuesta y se levanta pensando en nuevas maneras de hacer mi vida miserable desde el incidente con su amiga. Su amargura es una presencia constante que no consigo ignorar.

Y Luca... bueno, lo de Luca es reciente, y como todo lo demás, completamente justificado, pero tampoco parecía muy satisfecho con el asunto de la novia. Y aunque no se negó a obedecer, me mira con una desconfianza que antes no existía.

Marco es, en efecto, el único que sigue manteniendo conmigo una relación más o menos amistosa. Aunque se comporte como si nada en el mundo importara más que follar como un animal, sé que, a su manera completamente absurda, intenta ser el vínculo que todavía nos mantiene mínimamente unidos.

En estos últimos tres años, la Granada ha crecido y se ha expandido de una forma sin precedentes bajo mi mando, pero por el camino he conseguido volver a mi propia familia contra mí.

No me parece que mis padres estuvieran orgullosos de lo que he hecho con su legado.

CUARTO AÑO DESPUÉS...

CAPÍTULO 43

SOFÍA RUSSO

—No, Jake, la luz tiene que venir un poco más desde la izquierda para resaltar el velo —digo, observando con atención cómo mi asistente ajusta el reflector.

El estudio está lleno de equipos fotográficos, telas vaporosas y atrezo de boda. Hoy estamos probando nuevas lentes y materiales para una sesión creativa.

Jake es un chico alto, con el pelo castaño revuelto y una sonrisa fácil. Empezó trabajando gratis, como un becario decidido a aprender, pero su dedicación hizo que mi negocio creciera deprisa. Ahora es una parte esencial del equipo y me siento profundamente agradecida de poder tenerlo contratado a tiempo completo.

—¿Qué tal así, Sofía? —pregunta, dando un paso atrás para que pueda evaluar la nueva configuración.

Miro a través del objetivo, ajustando el enfoque y observando cómo la luz proyecta sombras delicadas sobre el tejido del velo.

—Perfecto, Jake. Exactamente lo que quería. —Sonrío, satisfecha. La música suave de fondo ayuda a mantener el ambiente ligero y creativo—. ¿Está todo listo para la próxima boda? —pregunto, repasando mentalmente nuestra lista de equipo.

Jake asiente, comprobando su portapapeles.

—Sí. Lo he revisado tres veces. Tenemos lentes de repuesto, baterías cargadas, tarjetas de memoria suficientes y el dron funciona perfectamente.

—Bien, porque no podemos permitirnos olvidar nada. Esta boda es en otra ciudad y no tenemos margen para errores —digo, sintiendo el peso de la responsabilidad del próximo trabajo.

Jake se ríe y asiente.

—Lo sé, lo sé. Me lo has repetido por lo menos diez veces esta semana.

Yo también me río, relajándome un poco.

—Es que la semana pasada lo último que quería era perderme ni un detalle de la boda de Clara y João, y aun así pasó lo que pasó.

—Ah, hablando de eso, ¿viste la escena que montó el padrino al final? —pregunta Jake.

—¿Escena? No vi nada. ¿Qué pasó? —pregunto, curiosa.

Jake se acerca y baja la voz en un tono conspirador.

—El padrino bebió demasiado y acabó confesando por el micrófono que llevaba enamorado de la novia desde el colegio. La novia se puso roja como un tomate y el novio... bueno, digamos que no le hizo ninguna gracia.

Suelto una carcajada, imaginándome la escena.

—¿Cómo es posible que me perdiera eso? Estaba tan concentrada en las fotos que ni me enteré.

—Ya. Tú estabas allí, corriendo de un lado a otro, capturándolo todo —se ríe él, recordándolo.

El sonido del teléfono interrumpe la conversación. Miro la pantalla y veo el número de la guardería. Contesto de inmediato, sintiendo cómo una punzada de preocupación se instala dentro de mí.

—¿Sí?

—Sofía... soy Abby, de la guardería... —Su voz suena vacilante, casi temblorosa.

—Abby, ¿qué ha pasado? —pregunto, con la ansiedad creciendo de golpe.

—Bueno, ha habido un accidente... —empieza, claramente nerviosa.

—¿Qué clase de accidente? Abby, por favor, ¡dime qué ha pasado! —insisto, ya recogiendo mis cosas con una mano mientras sostengo el teléfono con la otra.

—Enzo estaba jugando en la zona del parque y... se cayó de una de las estructuras. Él... —Se detiene, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—¿Él qué? ¡Abby, necesito saberlo ahora! —Mi voz sale más alta de lo que pretendía.

—Se ha fracturado el brazo, Sofía. Ya hemos llamado a una ambulancia y vamos de camino al hospital. Todo está bajo control —dice Abby al fin, con la tensión evidente en la voz.

—Dios mío... —susurro, sintiendo el corazón acelerarse—. Voy para allá.

Jake me mira, viendo el cambio inmediato en mi cara.

—¿Qué pasa? Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Enzo se ha roto el brazo. Me voy al hospital —digo rápidamente, cogiendo el bolso.

—¿Quieres que conduzca yo? —ofrece, preocupado.

—No, Jake. Prefiero que te quedes aquí y adelantes trabajo. Voy a tardar, lo más probable es que hoy ya no pueda volver —respondo, yendo ya hacia la puerta.

Salgo del estudio a toda prisa, cruzando el pasillo hacia el ascensor. Aprieto el botón varias veces, como si eso pudiera hacer que llegara antes. Mientras espero, intento calmar mi mente, pero la preocupación por Enzo me oprime el pecho.

Cuando por fin entro en el ascensor, los segundos parecen eternos mientras baja. El corazón me late a toda velocidad y mis pensamientos son una maraña de miedo y culpa. Al llegar a la planta baja, las puertas de acero se abren y doy un paso hacia fuera, solo para que el teléfono vuelva a sonar con insistencia. Contesto de inmediato, todavía intentando conservar la compostura.

—¿Sí? —Corro hacia el coche, con la cabeza aún a mil por hora por la noticia.

Pulso el mando y las puertas se abren. Entro y arranco. Pongo el teléfono en manos libres mientras maniobro para salir del aparcamiento.

—¿Sí? —repito, intentando sonar tranquila.

—Sofía, soy Robert, tu vecino. —Su voz es grave y preocupada.

—Robert, ¿qué ha pasado? —pregunto, intentando mantener la voz firme y no sonar desesperada.

—Ha habido un incendio en la lavandería del edificio. Los bomberos ya están aquí, pero tu padre necesita que alguien lo acompañe. Nos hemos enterado de que llevaba varios días durmiendo allí. —Lo explica rápido.

—¿Durmiendo en la lavandería? —repito, sin querer creerlo, pero obligándome a mantener el control—. ¿Está bien?

—Ha inhalado mucho humo y está bastante desorientado. Los bomberos quieren llevarlo al hospital para hacerle una revisión —responde Robert, tenso.

—Voy al Hospital Central con Enzo. Se ha fracturado el brazo. ¿Van a llevar a mi padre allí? —pregunto, esperando con desesperación que la respuesta sea sí.

—Voy a comprobarlo. —Hace una pausa breve antes de volver a la línea—. Sí, van a llevarlo al Hospital Central.

—Bien. Avísales de que voy de camino. Voy a ver a Enzo y, en cuanto me asegure de que está bien, buscaré a mi padre allí.

—Entendido. Se lo diré a los bomberos —dice Robert, intentando tranquilizarme.

—Gracias, Robert.

Mientras conduzco, intento apartar la culpa que me aplasta. Mi padre está a salvo, por ahora, y la prioridad es Enzo. Cada segundo parece una eternidad mientras avanzo hacia el hospital.

Acelero y el pánico intenta apoderarse de mí. Entonces me doy cuenta de que voy demasiado deprisa.

De repente, un coche se cruza delante de mí y me obliga a frenar en seco, con el corazón subiéndoseme a la garganta. Me detengo en el arcén, respirando hondo para tranquilizarme.

Necesito calmarme, pienso, intentando controlar la respiración. **Si tengo un accidente, esto sí que será el caos.**

Cierro los ojos un momento, notando el pulso martilleándome en las sienes. Intento ordenar mis pensamientos, recordándome a mí misma que necesito estar entera por Enzo y por mi padre. Cada

respiración profunda me despeja un poco la mente. La urgencia sigue latiendo, pero ahora bajo un control más firme.

Después de unos minutos, vuelvo a la carretera, conduciendo con más cuidado, aunque con la misma necesidad feroz de llegar cuanto antes al hospital. La radio está apagada y el silencio del coche solo se llena con el sonido del motor y de mis pensamientos, una lista interminable de preocupaciones y responsabilidades.

Solo un poco más, pienso, obligándome a concentrarme en la carretera.

Solo un poco más.

Mañana será otro día y todo estará bien.

***

Llego al hospital y corro hacia urgencias. Enzo está allí, tumbado en una cama, con el brazo escayolado y una expresión curiosamente ilusionada en la cara. Cuando me ve, sonríe, y eso me alivia de inmediato.

—¡Mamá! ¡Mira mi escayola! —dice, levantando el brazo con orgullo.

—Oh, Enzo... —susurro, aliviada al verlo bien. Me acerco y le beso la frente—. ¿Cómo te encuentras, cariño?

—Bien. ¡Ahora mis amigos van a poder firmarme la escayola! Y voy a pedirle a Emily que me haga un dibujo. Dibuja súper bien y además es muy guapa —dice, con los ojos brillándole de entusiasmo.

—Estoy segura de que va a quedar precioso —respondo, acariciándole el pelo.

El médico entra en la sala sonriendo al vernos.

—Sofía, Enzo está bien. Va a necesitar ciertos cuidados con la escayola, pero por lo demás puede irse a casa.

—Gracias, doctor —digo, sintiendo cómo un peso enorme se me desprende de los hombros.

El médico nos explica cómo cuidar la escayola y qué señales de complicación debemos vigilar. Después de darle las gracias otra vez, cojo a Enzo en brazos y siento el calor reconfortante de su cuerpecito contra el mío.

—Mamá, cuando lleguemos a casa, ¿puedo comer helado? —pregunta tan contento, como si no hubiera pasado nada.

—Sí, mi amor, puedes —respondo sonriendo.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Quizá un poquito. Todavía tenemos que recoger al abuelo —digo, intentando mantener un tono ligero.

—¿Él también está malito, mamá? ¿Como yo? —Su inocencia me parte el corazón.

—Sí, pero de una manera distinta —respondo, procurando ser sincera sin asustarlo.

Mientras lo llevo hacia el coche, mi mente trabaja a toda velocidad. Ha pasado demasiado tiempo como para seguir esperando que mi padre se recomponga solo. Se está convirtiendo en un peligro para sí mismo y para los demás. Decido que ha llegado el momento de tomar una medida más drástica.

Necesita ayuda profesional.

Y no voy a seguir aceptando que las desgracias se impongan sin pelear.

Voy a ingresarlo en rehabilitación.

Ya fui la mujer que se resignaba a las miserias de la vida.

Ahora ya no.

Y él está a punto de descubrirlo por las malas.

CAPÍTULO 44

TROY MADDOX

El edificio que se alza ante Luca es una fortaleza moderna, con ventanales de cristal espejado y seguridad reforzada en cada planta. Se mueve con precisión, vestido con ropa de cuero negro ajustada que marca cada músculo, mientras desactiva una cámara de vigilancia con un comando rápido en el teclado de su dispositivo portátil.

—Estoy dentro —avisa, con esa voz serena y controlada que llega por el intercomunicador.

Desde el cuartel general, observo la escena a través de múltiples pantallas. La sala está sumergida en la luz tenue de los monitores y el sonido de los teclados llenando el aire. Intento mantener el foco en las imágenes que tengo delante, pero la ansiedad creciente es difícil de ignorar.

—Buen trabajo —respondo, procurando que la voz me salga firme —. Avanza hasta el siguiente punto de control. Tenemos que desactivar las alarmas de la planta superior.

Luca se mueve con la agilidad de un depredador, eliminando en silencio cualquier amenaza que se cruza en su camino. Avanza por el pasillo y aparece la primera: un guardia de seguridad. Luca se funde con las sombras y espera el instante exacto. Entonces ataca con un movimiento rápido y preciso, descargando un golpe seco en la base del cuello del guardia, que cae inconsciente.

Cuando se acerca a la siguiente puerta, se encuentra con dos guardias más. Se coloca estratégicamente y lanza un dispositivo de distracción. El pequeño aparato emite un sonido agudo que desvía la atención de los dos hombres.

Aprovechando ese segundo, Luca se mueve con una velocidad brutal. Con un golpe certero desarma al primero, retorciéndole el brazo hasta hacer sonar un chasquido. El segundo intenta reaccionar, pero Luca lo bloquea con una llave de brazo y lo deja inconsciente en cuestión de segundos.

—Zona limpia —informa, con una voz firme y carente de emoción.

Acepté esta misión porque confío en Luca, pero no sabía que iba a hacerla completamente solo. Está lejos de cualquier apoyo inmediato en caso de emergencia. Ese pensamiento no me deja en paz. Y solo por eso estoy siguiendo la operación en directo.

Mi hermano llega hasta una puerta cerrada y, con un golpe preciso, revienta la cerradura. Al otro lado hay una sala llena de guardias. Luca no vacila. Se mueve con la misma calma agresiva, eliminándolos uno a uno.

Luca es una fuerza de la naturaleza. Avanza como un huracán, cada movimiento fluido y letal. Uno de los guardias intenta sacar un arma, pero Luca es más rápido. Lo golpea en la garganta, incapacitándolo al instante. Otro trata de alertar a los demás, pero Luca lo alcanza antes de que pueda reaccionar y le retuerce el cuello con un chasquido seco.

Los guardias restantes atacan en grupo, pero Luca es implacable. Utiliza a uno de ellos como escudo humano mientras reparte golpes con una precisión mortal. Uno intenta sorprenderlo por detrás, pero Luca lo detecta por el reflejo del cristal y lo derriba con una patada giratoria. La sala queda en silencio, salvo por los gemidos apagados de los guardias inconscientes.

—Zona segura —declara, accediendo a un terminal informático mientras sus dedos vuelan sobre el teclado—. Desactivando las alarmas... ahora.

La voz de Luca es fría, profesional, sin una sola grieta emocional. La alarma silenciosa que podría haber alertado al resto de la seguridad del edificio queda desactivada con unos cuantos clics.

La misión continúa sin problemas, con Luca demostrando no solo su habilidad técnica, sino también su fuerza física. Avanza por los pasillos, hackeando sistemas de seguridad, anulando cámaras y neutralizando amenazas con una eficacia aterradora. Cada movimiento está calculado, cada acción ejecutada con precisión quirúrgica.

Cuando por fin alcanza el objetivo —un servidor central con información crítica— conecta su dispositivo y empieza la transferencia de datos.

—Transferencia iniciada —informa—. Cinco minutos para completarla.

—Mantén la posición hasta que termine el proceso —le digo, sin despegar la vista de las pantallas.

Cinco minutos después, Luca confirma que la transferencia ha terminado. Se prepara para salir, pero no antes de asegurarse de que no ha dejado ningún rastro. Tras una última mirada a los guardias inconscientes, abandona la sala moviéndose con la misma agilidad silenciosa de antes.

Sale del edificio usando un disfraz preparado previamente. Se cambia de ropa y se pone un uniforme de seguridad que había escondido en un compartimento.

Desde el cuartel general sigo su salida a través de las cámaras.

Al cruzar las puertas principales, se mezcla con la multitud de empleados y visitantes. El equipo de seguridad exterior lo espera en una furgoneta discreta, y él sube sin llamar la atención.

—Buen trabajo —comento, intentando ofrecerle algún tipo de reconocimiento.

Luca suelta el aire, con el cansancio claramente reflejado en la cara, pero también con algo más profundo.

—Siempre dices eso, pero nunca pareces satisfecho.

—No se trata de estar satisfecho, Luca. Se trata de hacer lo que hay que hacer. —Intento sonar firme, pero la tensión es evidente aunque estemos a cientos de kilómetros de distancia.

Luca niega despacio, con la frustración claramente visible.

—¿Hacer lo que hay que hacer? —repite, amargo—. ¿Y desde cuándo "lo que hay que hacer" incluye darle la espalda a la propia familia?

La rabia empieza a hervirme por dentro, pero intento que no se note.

—No le he dado la espalda a nadie. Cada decisión que he tomado ha sido para protegernos a todos.

Se ríe, un sonido seco y sin humor.

—¿Proteger? ¿A eso lo llamas protección? Obligar a Vincent a un matrimonio más absurdo todavía que el tuyo, conseguir que Bela odie cada segundo que pasa cerca de ti, poner a Marco en peligro de muerte solo para demostrar que tú decides quién vive y quién muere, aunque eso signifique ver correr nuestra sangre por las calles. Engañarme para cazar a mi propia novia sin saberlo, ¿y ahora esto? —Señala la misión que acaba de completar—. Eso no es protección, Troy. Eso es control. Poder por el poder.

—No te ordené aceptar esta misión, Luca. Te ofreciste tú. No entiendo por qué te quejas ahora. ¡Tú nunca te quejas de nada! —

respondo, intentando abarcar su frustración.

—No me quejo porque, a diferencia de nuestros hermanos, yo ya acepté que tú eres el Don —responde con una calma glacial—. Me ofrecí porque tardaste demasiado en formar un equipo de élite y no iba a permitir que murieran intentando completar una misión imposible para conseguir una información tan poco relevante.

Me quedo en silencio un instante, intentando asimilar sus palabras. La rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí.

—¿Tú crees que esto ha sido fácil para mí? —Mi voz sale más áspera de lo que quería—. ¿Crees que yo quería esto? Cada decisión que tomo es para protegeros a todos, para asegurar que la familia sobreviva y prospere.

Luca mueve la cabeza lentamente.

—Ese discurso ya me lo sé de memoria, Troy. Te lo has creído tú mismo. Pero ¿a qué precio? ¿A qué precio? —Respira hondo, como si estuviera intentando contener su propia frustración—. Ya no reconozco a la persona en la que te has convertido.

Mira directamente a la cámara, con los ojos cargados de pena y decepción.

—Del Troy que yo conocía me despedí antes del viaje a Italia. Ese Troy era mi hermano. El que tengo delante ahora es solo el Don. —Su voz es fría, pero no consigue ocultar el rastro de tristeza—. Cuanto antes lo aceptemos todos, antes volverán las cosas a su sitio.

Sus palabras caen como un golpe seco. Intento mantener la compostura, pero el dolor es evidente.

—Entendido —digo al final, seco.

Apaga las cámaras y corta también su propio intercomunicador, regalándome el desprecio del silencio.

Siento una presencia a mi lado. Me giro y encuentro a Antonio, mi consigliere, con una expresión grave.

—Don, tenemos que hablar —dice, con la voz baja y urgente.

Asiento y le indico que me siga. Caminamos hasta un despacho más privado. El sonido amortiguado de nuestros pasos es nuestra única compañía.

—¿Cómo ha ido la misión? —pregunta, intentando suavizar la tensión inicial.

—Ha sido un éxito. Luca ya ha sido recogido por el equipo —respondo, sin extenderme.

Antonio cierra la puerta detrás de nosotros. El clic despierta el silencio del despacho.

—Don, tenemos un problema... más personal. —Duda antes de seguir—. Hemos recibido información de que su esposa, América, mantiene una relación con el jefe de seguridad del equipo asignado a ella.

Mi mente empieza a correr, evaluando las implicaciones. El espacio a nuestro alrededor parece encogerse. Antonio me observa, esperando mis órdenes.

—¿Debo neutralizar al escolta, acabar con los dos, o quiere ocuparse usted personalmente? —pregunta después de varios segundos sin respuesta.

Durante un momento considero las consecuencias. Parecería debilidad si esto saliera a la luz, pero también pienso en el valor de América. Ha sido una esposa impecable todos estos años, pero

claramente no es feliz. Al menos ella ha tenido el valor de intentarlo, a diferencia de mí, que nunca tuve fuerza para hacer lo mismo. Quizá algún día...

—No. Considera parte de tus funciones garantizar que sean discretos y que América no se exponga por culpa de eso —respondo por fin.

Antonio se queda en shock. Los ojos se le abren y su expresión se llena de desconcierto. Abre la boca para hablar, pero la cierra enseguida, intentando procesar mis palabras.

—Don, eso... bueno, no es lo que esperaba. ¿Está seguro? —Su voz tiembla apenas, reflejo de su confusión y de su preocupación.

Respiro hondo, procurando mantenerme sereno.

—Antonio, tú más que nadie sabes que nuestro matrimonio no es más que una misión a largo plazo. América está siendo una auténtica amazona por soportar al marido en que me he convertido. Se ha ganado el derecho a tener una distracción. —No me pasa desapercibido el nervioso arqueo de su ceja al oírme llamar "distracción" a todo aquello con tanta ligereza—. No puedo encerrarla en casa y condenarla a la infelicidad permanente. No pienso convertir a mi esposa en un cadáver en vida.

Antonio es incapaz de decir una sola palabra.

Venía preparado para todo menos para mi reacción. Le concedo unos segundos para desmontar todos los escenarios sangrientos que había construido de camino hasta aquí antes de repetirlo con claridad.

—Vamos a considerar el asunto como un hobby al que se ha aficionado. Limítate a garantizar que siga a salvo, como siempre. Si el escolta le hace daño, entonces habrá que matarlo. De lo contrario... no quiero saber nada.

Antonio asiente despacio, todavía procesando mis palabras. Se pasa una mano por el pelo, un gesto nervioso que raramente le he visto.

—Entendido, Don —dice al fin, con la voz más suave, aunque todavía cargada de respeto y comprensión.

Mientras se aleja, siento que la soledad que normalmente me acompaña se vuelve todavía más grande.

El silencio del despacho me envuelve, un contraste brutal con la actividad frenética de hace apenas unos minutos. Las palabras de Luca siguen martilleándome la cabeza, una nube de dudas y arrepentimientos mezclándose con las consecuencias de mis decisiones. La transformación que abracé para convertirme en el Don ha salido muy cara, y cada día tengo la sensación de que el precio sigue subiendo.

QUINTO AÑO DESPUÉS...

CAPÍTULO 45

SOFÍA RUSSO

El salón de celebraciones está espléndido, decorado con flores blancas y doradas que adornan cada rincón. Luces suaves cuelgan del techo, bañando el ambiente con un resplandor cálido y acogedor. La música clásica llena el aire, creando una atmósfera de elegancia y celebración.

Ajusto el delicado velo, sintiendo la seda suave entre los dedos. Me tiemblan ligeramente las manos, con una mezcla de nervios y emoción recorriéndome el cuerpo. Respiro hondo, intentando apaciguar mis pensamientos. Hoy es un día importante.

—Mamá, ¿esto está bien? —pregunta Enzo, sujetando un pequeño cojín con las alianzas. Va vestido con un minúsculo traje negro y parece un príncipe.

—Está perfecto, mi amor. Vas a ser el paje más guapo de todos —respondo, ajustándole la pajarita y sonriendo. El corazón me late más rápido al ver lo mayor que está y la seguridad que transmite.

Las horas pasan deprisa con tantas cosas que hacer.

Hay un ajetreo constante a mi alrededor: el estilista retoca los últimos detalles del vestido, mientras la maquilladora repasa el maquillaje con manos hábiles y precisas. El perfume de las flores frescas se mezcla con el aroma dulce de la tarta de boda, creando una fragancia única y envolvente. Las damas de honor ríen y charlan con entusiasmo, y sus voces se mezclan con la música que suena de fondo.

—Sofía, ¿estás lista? —pregunta una de las damas de honor, radiante de emoción.

—Casi —respondo, ajustando el tirante recién cosido del vestido, que decidió romperse justo cuando me senté en la silla de maquillaje. La seda se desliza suavemente sobre mi piel, fría al tacto, pero reconfortante de una forma extraña.

—Sofía, estás deslumbrante —dice una voz suave a mi espalda.

Me giro y encuentro a mi amiga y novia del día, Sarah, sonriendo. Hemos pasado la jornada entera en la misma habitación, pero no he tenido ocasión de intercambiar ni una sola palabra con ella entre tanta gente exigiendo su atención constante.

—Gracias, Sarah —respondo, devolviéndole la sonrisa como puedo—. No me creo que este día por fin haya llegado.

Se ríe mientras vuelve a recolocarse ese maldito velo por enésima vez. Es tan ligero que no deja de resbalar, da igual cuántas horquillas le pongan. Todas las madrinas estamos ya en alerta máxima: en cuanto se acerca a nosotras, nos convertimos automáticamente en equipo de rescate del velo.

—Vas a ser la madrina más guapa que he tenido jamás. Y mira que ya he tenido muchas —bromea, guiñándome un ojo.

—Y esta va a ser tu boda más bonita —respondo con una sonrisa cálida—. Me alegro muchísimo por ti, Sarah. Y también por Jamie. Siempre ha sido un amigo muy importante para mí.

—Ay, Sofía, gracias. —Me coge las manos y me las aprieta suavemente, con los ojos brillantes de emoción—. Que estés aquí significa muchísimo para mí.

—Mamá, tengo miedo de tirar las alianzas —dice Enzo entrando en la habitación, sujetando el pequeño cojín con una seriedad excesiva.

Me arrodillo a su lado y lo miro a los ojos.

—Lo vas a hacer genial, Enzo. Solo tienes que caminar despacio y sujetar bien el cojín. Estoy muy orgullosa de ti.

Sonríe, y veo cómo le crece la confianza.

—Voy a hacerlo lo mejor que pueda, mamá.

Por fin llega el momento de entrar en la ceremonia. Los invitados se ponen en pie y se giran para mirar.

Sarah se agarra a mi brazo, con los ojos empañados de emoción.

—¿Lista para esto?

Asiento, sonriendo.

—Lista. Vamos.

Camino al lado de Sarah por el pasillo. Como esta es su quinta boda y su padre ya no vive, me pidió que entrara con ella. Como fotógrafa, he estado presente en todas sus bodas anteriores y, con los años, nos hicimos amigas. Cuando Sarah me invitó a ser su madrina me pareció raro; cuando descubrí con quién se casaba, lo entendí. A medida que avanzaron los preparativos, me fui metiendo cada vez más en el papel y nuestra amistad subió a otro nivel. Ahora me hace increíblemente feliz formar parte de este día de una forma tan especial.

Mi equipo de fotografía y vídeo está colocado estratégicamente por todo el salón, captando cada instante con precisión. Son increíblemente talentosos y entregados. Sé que puedo confiar plenamente en ellos, incluso cuando yo no estoy detrás de la cámara.

Al llegar al final del pasillo, veo a Jamie esperándonos con una sonrisa radiante. Sarah suelta mi brazo y se coloca junto a él.

Yo me sitúo un poco más abajo, a su lado, sosteniendo el ramo y mirando a Jamie con cariño. Es uno de mis mejores amigos de la infancia, y verlo con Sarah me llena de alegría. Intercambian miradas enamoradas mientras el oficiante empieza la ceremonia.

Enzo, a mi lado, cumple su papel a la perfección, llevando las alianzas con muchísimo cuidado y entregándolas en el momento justo. Me lanza una sonrisa luminosa y siento cómo se me hincha el pecho de orgullo.

La ceremonia es preciosa, llena de momentos emocionantes. Cuando llega la hora de que Sarah diga "sí", noto cómo se me escapa una lágrima.

Enzo se acerca a mí, con los ojos brillando de curiosidad, y pregunta en voz baja:

—Mamá, ¿por qué se casan las personas?

Sonrío y lo atraigo hacia mí en un abrazo apretado.

—Porque se quieren, mi amor.

Enzo frunce el ceño, pensativo.

—¿Tú quieres casarte conmigo?

Suelto una risita y le acaricio el pelo.

—Los niños no se casan, Enzo. Los adultos se conocen, se enamoran y se casan para formar una familia y ser muy felices.

Se queda pensando un momento y luego me mira con una seriedad extraña para su edad.

—Pero, mamá, nosotros somos una familia muy feliz. ¿Tú estabas casada con mi padre antes de que se fuera?

El corazón se me encoge al oír la pregunta. Intento conservar la calma, pero siento cómo vuelve a abrirse una herida antigua.

—Enzo, ¿te acuerdas de que mamá te dijo que esa era una historia complicada?

—¿Complicada cómo? —insiste, con los ojos llenos de curiosidad e inocencia.

—Mi amor —empiezo, buscando las palabras correctas—. Tu padre y yo... no estábamos casados. Pero eso no cambia que nosotros seamos una familia feliz. Y siempre lo seremos.

Sigue mirándome, esperando más respuestas. Siento un nudo en la garganta al darme cuenta de que sus preguntas sobre su padre no van a dejar de crecer y que, en algún momento, tendré que sentarme con él y contarle la verdad.

—Mamá, ¿por qué se fue mi padre? —pregunta, con la inocencia y el dolor mezclados en la voz.

Respiro hondo, intentando no romperme.

—Es complicado, mi amor. Pero lo importante es que yo estoy aquí contigo y siempre lo estaré.

Me abraza, su cuerpo pequeño pegado al mío. Noto las lágrimas amenazando con caer, pero me obligo a mantenerme fuerte por él. Lo último que quiero en el mundo es romperle el corazón a mi hijo con la verdad, igual que un día rompieron el mío.

Pero ese día parece estar acercándose cada vez más.

¿Cómo voy a reunir el valor para decirle a mi hijo que su padre nunca nos quiso?

CAPÍTULO 46

TROY MADDOX

La noche lo cubre todo de oscuridad, cortada solo por los faros de los coches que iluminan fugazmente las carreteras abruptas. Aprieto con fuerza el volante, con los nudillos blancos por la tensión, mientras siento cada vibración a través del cuero frío del asiento. El motor ruge, un sonido grave y constante que se mezcla con el viento cortante silbando fuera. El asfalto pasa veloz bajo las ruedas, una franja interminable de sombras y luces intermitentes.

El corazón me late acelerado en el pecho, un golpe sordo que me retumba dentro de la cabeza. El aire del interior del coche es denso, cargado con olor a aceite y adrenalina. Tengo cada músculo del cuerpo en máxima alerta, con los ojos fijos en la carretera, pero la mente no consigue dejar de preocuparse por América.

La ansiedad crece con cada segundo. El teléfono en mi bolsillo parece pesar una tonelada, cada llamada no contestada es una alarma más en medio de la situación en la que estamos. Intento conservar la calma, pero la rabia burbujea bajo la superficie, lista para estallar en cualquier momento.

Estoy metido en esta persecución demencial porque no puedo permitir que se vaya. Cada curva que tomo, cada acelerón, es un movimiento para traerla de vuelta a casa. Los faros danzan sobre las curvas de la carretera, creando un juego de sombras que parece burlarse de mi necesidad de control.

El peso de la responsabilidad es aplastante y la rabia mezclada con el miedo forman una combinación letal.

No puedo fallar.

No ahora.

No con su vida en juego.

—Están a unos quinientos metros por delante, Don —la voz de Marco chisporrotea por la radio, amortiguada por el bramido del motor—. Y acelerando cada vez más.

Alzo la vista y veo el helicóptero en el que va él, volando bajo y manteniéndose en posición de ventaja. El sonido de las hélices corta el aire, aumentando todavía más la adrenalina.

—No podemos perderlos. —Intento llamar otra vez a América, con los dedos apretando el teléfono con fuerza, pero solo da tono. La ansiedad crece con cada llamada no atendida.

Ella sabía que estaba arriesgando la vida intentando huir con su amante. ¿Qué demonios se le ha pasado por la cabeza? Durante el último año les he permitido tanta libertad como me ha sido posible, aunque ella no lo sepa, claro. ¿Qué ha podido pasar para que tomara una decisión tan suicida?

—¡Desvíate a la derecha! —La voz urgente de Antonio irrumpe en la radio.

Giro el volante de golpe y los neumáticos chillan en protesta en una curva cerrada.

De repente, el sonido de los disparos desgarra la noche. Miro por el retrovisor y veo chispas saltando cuando las balas impactan contra el coche de América. El blindaje resiste.

—¿Qué está pasando? —grito por la radio, con la voz casi ahogada por el caos—. ¡Están intentando matarla!

—No somos los únicos persiguiéndolos, Don —me informa Antonio, de forma tan inútil como amarga.

—Mierda —acelero todavía más, ya sin fingir que no voy a ir hasta el final.

Hasta ahora algo dentro de mí me decía que no me esforzara tanto, que le diera una oportunidad real de conseguir huir. La Granada sufriría el impacto de su desaparición, pero yo le debía eso. América era dueña de un valor descomunal y estaba dispuesta a jugarse la vida por lo que consideraba amor. Yo entendía eso. Si hubiera tenido la mitad de su coraje, hoy no estaríamos aquí.

Desde el helicóptero, Marco abre fuego contra los vehículos enemigos, intentando desviar su atención. Los disparos iluminan brevemente la oscuridad, creando una escena de caos absoluto.

—Hay más, Don —grita Marco por la radio—. ¡Y están cada vez más cerca!

Intento llamar otra vez a América, con la garganta seca de preocupación.

—¡América, coge de una puta vez el teléfono!

Los disparos no cesan, ensordecedores. Veo el coche de América hacer una maniobra evasiva, casi saliéndose de la carretera, pero consigue recuperar el control.

—Antonio, ¿cómo está la carretera más adelante? —pregunto por la radio, intentando que no se note el pánico.

—Despejada, Don. Pero tenemos que acabar con estos mercenarios antes de que la cosa vaya a peor.

—¿Cómo demonios supieron que iban a huir? —pregunto, con la frustración a flor de piel.

—No lo supieron, Don. Creen que usted está en el coche con ella. Esta emboscada era para usted y para América. —La voz de Antonio

se carga de una gravedad sombría—. Todos nuestros registros internos siempre lo sitúan con ella cuando ella sale.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mis padres —digo en voz alta, hablándome más a mí mismo que a ellos.

Los hijos de puta querían crear un patrón reconocible, desacreditar a la Granada y construir un mito asesinando al Don y a su esposa de dos generaciones seguidas en la misma fecha.

Veo uno de los coches de los mercenarios acercarse por el lado derecho, intentando sacar el coche de América de la carretera. Marco responde con disparos precisos desde el helicóptero, alcanzando el radiador del vehículo enemigo, que pierde el control y sale despedido fuera de la carretera.

—Uno menos —comenta Marco, con la voz fría y resuelta.

Los demás no se rinden. Siguen disparando, intentando de todas las maneras posibles detener el coche de América. En una maniobra audaz, uno de los vehículos intenta adelantar por la izquierda, pero Antonio lo intercepta, embistiéndolo con su coche y obligándolo a estrellarse contra la barrera de protección.

—¡Cuidado, Antonio! —grito al ver el choque por el retrovisor.

Aprieto más fuerte el volante y lanzo mi coche contra otro de los vehículos que intenta adelantarme, golpeándolo lateralmente. La colisión es brutal, pero calculada. El impacto me arranca un grito de dolor, aunque la adrenalina mantiene mi cabeza enfocada.

—¡Antonio, mantén la formación! —grito por la radio, con la voz ronca de tensión—. De estos cabrones me encargo yo.

Cojo el arma del compartimento lateral y bajo la ventanilla, sintiendo el aire helado de la noche golpearme la cara. Con el arma en la mano, apunto al coche enemigo más cercano. Disparo varias

veces, iluminando brevemente la oscuridad mientras saltan trozos de cristal. El coche pierde el control, sale de la carretera y vuelca entre una explosión de metal retorcido.

—¡Don, cuidado! —la voz de Marco chisporrotea por la radio, pero no puedo permitirme dudar. Apunto al siguiente vehículo y disparo de nuevo, reventándole la rueda trasera. El coche derrapa violentamente y desaparece de mi vista.

Vuelvo a concentrarme en la carretera y veo que el coche de América sigue intentando escapar. Aprieto con más fuerza el volante, sintiendo el sudor correrme por la frente.

Por el retrovisor veo a Antonio y a los demás hombres lidiando con los mercenarios que quedan. Están peleando con todo lo que tienen, cada disparo y cada maniobra formando una danza mortal. Mi cabeza está completamente dividida entre la preocupación por América y la necesidad de eliminar todas las amenazas.

De repente, uno de los mercenarios consigue acercarse demasiado a su coche. Abre fuego y el corazón se me detiene por un instante. Son los disparos del helicóptero los que por fin lo tumban, después de que yo haya vaciado mi cargador en su dirección sin éxito.

Al final, los disparos cesan cuando eliminamos la última amenaza, pero en la siguiente curva veo el coche de América perder el control. Derrapa con violencia, los neumáticos ya sin agarre. Sale de la carretera y vuelca varias veces, y con cada vuelta siento que se me arranca un poco más de oxígeno de los pulmones.

—No...

El grito mudo se me escapa mientras acelero, con el corazón latiéndome sin control.

Clavo el coche y salto fuera incluso antes de que termine de detenerse. Corro hacia el vehículo volcado con el olor a combustible y humo inundándome las fosas nasales. La adrenalina me empuja hacia delante, cada paso es una tortura.

Marco aterriza el helicóptero a una distancia prudente, con las hélices todavía girando mientras salta y corre hacia nosotros. El viento que generan azota el polvo y los restos del suelo.

Mis hombres se reúnen conmigo, iluminados por los faros de los coches y las luces del helicóptero, todos concentrados en un único objetivo:

Salvar a América.

Nos peleamos con las puertas deformadas del coche, con el metal retorcido oponiendo una resistencia casi imposible. Cada segundo parece eterno mientras tiramos y empujamos con todas nuestras fuerzas.

—¡Más fuerza aquí! —grito, con la voz rota por la desesperación —. ¡Tenemos que abrir esto ya!

Con un esfuerzo brutal, por fin consigo abrir una de las puertas. El chirrido del metal es ensordecedor y la puerta cede con un golpe seco. Lo que veo dentro es devastador.

América está inmóvil, con los ojos cerrados y la piel pálida.

Siento el corazón encogérseme mientras extiendo la mano para buscarle el pulso. No hay respuesta.

Un vacío aplastante me invade.

A su lado, el amante yace igual de inmóvil, con el rostro congelado en el pánico final. El interior del coche está cubierto de

cristales rotos y trozos de metal, y el olor a combustible derramado y sangre fresca lo llena todo.

—América... —murmuro, con la voz temblándome.

La rabia y el dolor se me anudan en la garganta y cada palabra me cuesta una barbaridad.

—Lo siento mucho —digo, acariciándole el rostro, sintiendo no solo la pérdida de su vida, sino también de todo aquello que soñó que podría alcanzar huyendo.

Marco se arrodilla a mi lado, con los ojos llenos de una tristeza que raramente le he visto.

Mis manos vacilan mientras intento inútilmente comprobar sus signos vitales una vez más. Mis hombres nos miran con expresiones de impotencia, con las manos manchadas de sangre y los ojos oscuros reflejando el fracaso compartido.

Me levanto despacio y, con cuidado, alzo el cuerpo frágil de América en brazos. Está sorprendentemente ligera, como si la vida que antes la llenaba hubiera sido ya apenas un recuerdo lejano.

Mis hombres guardan silencio, abriéndome paso con respeto mientras avanzo entre ellos.

Llevar a América en brazos es un acto de desesperación y de impotencia. Pienso en mis padres, en sus muertes trágicas y en cómo fui incapaz de salvarlos. Y ahora aquí estoy otra vez, con otro miembro de mi familia perdido. Una vez más he sido débil. Una vez más, los enemigos de la Granada han conseguido vencernos y reducir nuestra familia.

Miro el rostro sin vida de América, el pelo desordenado cayendo sobre mi brazo, y siento un vacío enorme. Aunque nuestro matrimonio fuera una farsa, la pérdida es real. Era una parte

importante de mi vida, un símbolo de todo lo que sacrifiqué para mantener el poder y el orden en la Granada.

Mientras camino, el dolor físico de cargar con ella queda completamente eclipsado por el dolor emocional. Las luces de los coches de mis hombres iluminan el camino. Cada respiración me cuesta, cada latido es un recordatorio de esta pérdida insoportable en un día infernal que quedará marcado para siempre en la historia de todos nosotros.

Me siento aplastado por la responsabilidad.

Por el fracaso.

Al llegar al helicóptero, deposito a América con cuidado en el suelo, con la ropa manchada de sangre y polvo, en un contraste cruel con la pureza que una vez conocí en ella. Me arrodillo a su lado, agachando la cabeza en señal de respeto y tristeza.

—Perdóname, América —murmuro, con la voz rota—. Te fallé. Os fallé a todos.

Las miradas de mis hombres siguen clavadas en mí, compartiendo el dolor y la culpa. Siento el peso de sus expectativas, la necesidad de mantenerme fuerte, pero por dentro estoy completamente destrozado.

CAPÍTULO 47

TROY MADDOX

Una neblina suave envuelve la capilla, creando una atmósfera de luto y reverencia. Flores blancas y lirios, esparcidos alrededor del ataúd, desprenden una fragancia dulce que contrasta con la amargura del dolor en el aire. Sollozos apagados y murmullos quiebran el silencio pesado que llena el espacio.

A un lado, la familia de América permanece con los rostros marcados por la pérdida. Al otro, mis hermanos. Vincent está junto a su esposa, con el pelo más rubio que la última vez que lo vi. Ha pasado bastante tiempo desde que nos cruzamos, pero su apariencia feroz y protectora no ha cambiado ni un poco, tampoco esos ojos siempre en alerta. Luca mantiene una postura vigilante al lado de Zoe, dueña de una mirada calmada y firme que transmite una fuerza silenciosa. Marco sostiene la mano de Lauren, una mujer de aspecto delicado, pero con ojos de acero, y Bela está junto a Hunter, la viva imagen de la fuerza y la determinación implacable.

La familia ha crecido mucho desde el último velatorio.

Permanezco de pie junto al ataúd de América, intentando mantener una expresión imperturbable. Cada palabra del celebrante se me vuelve un ruido borroso bajo la confusión mental que toma al asalto cada una de mis células. Los recuerdos de ella me atraviesan la mente: momentos compartidos, promesas incumplidas, la culpa que me carcome el corazón. Mi única función era mantenerla a salvo.

El ataúd empieza a descender. Intento apartar los pensamientos sombríos, pero se quedan conmigo.

Miro a mis hermanos y a las parejas que han formado. Cada una de esas uniones, por caóticas que parecieran al principio, acabó convirtiéndose en una familia, en una forma de felicidad. En mi matrimonio con América, todo lo que conseguí fue acabar con su vida. Tal vez el defecto esté en mí, en mi incapacidad para amar y proteger.

Antonio se acerca. Su rostro está marcado por el cansancio.

—Don, tenemos que hablar —murmura, con un tono grave y urgente.

No es hombre de interrumpir sin motivo. Asiento apenas, sin apartar la vista del ataúd bajando lentamente a la tierra.

—Voy a necesitaros a todos, señor —insiste, apartándose un poco de forma respetuosa, pero su postura tensa deja claro que quiere que la ceremonia termine cuanto antes.

Vuelvo mi atención a la despedida final de América y me permito rezar por ella.

***

Antonio abre un expediente y extiende varias fotos sobre la mesa. Las imágenes muestran a Sofía y a un niño. El impacto se expande por toda la sala y las miradas se clavan en las fotografías, intentando procesar la información. Siento que el corazón quiere salírseme del pecho al verlas. Es como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Mi mente intenta desesperadamente entender qué estoy viendo.

Pierdo el control de las manos al coger una de las fotos. La cara del niño, tan parecida a la mía cuando era pequeño, me golpea como una paliza. Un torbellino de emociones me toma entero: shock, incredulidad, una chispa de esperanza.

Miro a Antonio, sintiendo crecer una expresión de pura confusión y rabia. Intento encontrar palabras, pero la boca se me seca y no consigo formular una sola pregunta coherente. ¿Cómo pudo ocultarme esto? ¿Cómo pudo Sofía pasar por todo aquello sola?

Mis hermanos murmuran entre sí, intentando entender qué está ocurriendo, pero para mí todo es un borrón. Solo veo las fotos. La verdad que contienen. El niño de las imágenes no es una coincidencia.

Es mi hijo.

—¿Antonio? ¿Qué pretendes con esto? —pregunta Luca, negándose a creer lo evidente.

Bela, examinando las fotos con más atención, percibe lo que a los demás se les escapa. Sus ojos se estrechan mientras estudia cada detalle, buscando la confirmación. De pronto se levanta, silenciosamente decidida, y empieza a registrar los cajones del despacho, ignorando las miradas curiosas de los demás.

Encuentra una caja de fotos antiguas, amarilleadas por el tiempo, y saca una de cada uno de nosotros cuando éramos niños. Coloca la foto del niño junto a una mía, alineándolas con exactitud.

El parecido es brutal.

Innegable.

Todo mi cuerpo se tensa al ver confirmado lo que supe desde el primer segundo. Quiero decir algo, pero las palabras me traicionan. Siento un nudo en la garganta, con los ojos clavados en aquella prueba delante de mí. No puedo negar lo que estoy viendo.

Es como mirar un reflejo del pasado.

Bela me mira, con los ojos brillando por el descubrimiento. Y declara, con una voz que suena a la vez triunfante y triste:

—Es tu hijo, Troy.

La realidad de todos estos años perdidos me golpea con toda su fuerza.

Antonio respira hondo, con la mirada fija en mí.

—El día de tu boda con América me pediste que fuera al muelle a encontrarme con Sofía. Fui, y ella estaba embarazada, pero tú no lo sabías. Decidí mantenerlo en secreto porque pensé que sería mejor para todos, pero nunca dejé de mantenerme informado. Le envié dinero a Sofía, aunque nunca lo aceptó. Lo envié durante todos estos años.

La información me retuerce algo por dentro de una forma dolorosa. Sofía nunca gastó ni un céntimo del dinero que le envié. Debe de pensar que soy la peor clase de hombre, uno que intenta comprar el silencio de una mujer e ignora a su propio hijo. La culpa y el dolor se mezclan dentro de mí de una forma nueva, una tormenta emocional que casi me deja sin pie.

—¿Tú... dejaste que pensara que la abandoné embarazada? —Mi voz sube, rota entre furia y dolor—. ¿Cómo pudiste hacer eso, Antonio?

—Pensé que estaba protegiéndonos a todos. —Antonio intenta justificarse, pero sus palabras suenan vacías.

—¿Protegiéndonos? ¡Me arrebataste cualquier posibilidad de estar con ella, de conocer a mi hijo! —grito, con odio.

—Don, yo... —empieza Antonio, pero lo corto en seco.

—No me llames Don ahora. Me ocultaste la verdad y dejaste que Sofía creyera que la abandoné. —La rabia me bulle dentro. La decepción es torturadora, asfixiante.

Siento una punzada brutal en el pecho al imaginar a Sofía sola, criando a nuestro hijo, convencida de que la rechacé. Cómo debe de odiarme ahora.

Joder.

Hasta yo me odio.

El peso de lo que perdí, de todo lo que perdí con mi hijo, es casi insoportable.

—Tenemos que pensar qué hacer ahora —intenta intervenir Luca.

Vincent, con una sonrisa triste, dice:

—Debes ir a buscar al resto de tu familia, Troy. Y recuerda quién solías ser. Sofía no va a aceptar al hombre en que te has convertido.

Marco y Bela siguen desconfiando.

—¿Por qué has decidido revelar esto ahora, sabiendo que Troy podría matarte por haberle robado la posibilidad de elegir una familia de verdad? —pregunta Bela, plantándose casi cara a cara con él, con los brazos cruzados, como si no estuviera encarando a un hombre casi del doble de su tamaño. Un hombre que la vio crecer y que nos llevó a todos en brazos.

Antonio me mira, con la culpa claramente visible en los ojos.

—Las mismas personas que mataron a tus padres y provocaron la muerte de América pueden haber reunido esta información, porque tuvieron acceso a mis cosas para tenderle la emboscada. Existe la posibilidad de que ahora vayan detrás del niño.

La revelación cae como golpe tras golpe. Siento que la rabia crece hasta hacerse más grande que mi cuerpo y desbordarse.

Antonio hace una pausa antes de continuar, mirándome directamente.

—El niño se llama Enzo.

Al oír el nombre, siento una lágrima resbalarme por la cara. El recuerdo de aquel viaje juntos, de cuando bromeábamos sobre el nombre de nuestros futuros hijos, vuelve de golpe. Una sonrisa triste me toca la boca mientras prometo en silencio:

Ah, Sofía, te amo tanto. Si todavía queda una sola posibilidad de que… vuelvas a ser mía. Vais a ser míos, como nunca debisteis dejar de serlo. Nunca volveréis a estar solos. Nunca más.

La determinación se solidifica dentro de mí.

No importa lo que ocurra.

Voy a encontrar a Sofía y a Enzo.

Y voy a traer a mi familia de vuelta conmigo.

Salgo de la sala como un búfalo fuera de sí, decidido a proteger a mi hijo y a recuperar a Sofía. Cada paso que doy es una promesa silenciosa de corregir los errores del pasado.

CAPÍTULO 48

SOFÍA RUSSO

El sonido de risas infantiles y música alegre llena el aire mientras observo a Enzo actuar en el escenario. El colegio ha organizado una fiesta especial para niños y padres, y Enzo está radiante, vestido como un pequeño héroe con su disfraz. Siempre me siento orgullosa de todo lo que hace, pero verlo bailar y cantar con sus compañeros tan feliz, tan suelto, es una emoción distinta.

—¡Vamos, Enzo! —grito, aplaudiendo con entusiasmo mientras él ejecuta sus movimientos con seguridad y me lanza una sonrisa desde el escenario, con los ojos brillándole de felicidad.

Después de la actuación, los niños corren hacia sus padres y Enzo viene directo a mí, con los brazos abiertos para abrazarme. Lo aprieto fuerte contra mí, sintiendo cómo su energía y su alegría se me contagian.

—¡Has estado increíble, mi amor! —lo felicito, besándole la parte alta de la cabeza. Él se ríe, todavía jadeando por la danza.

—Gracias, mamá. ¿Ahora puedo ir a jugar con mis amigos? —pregunta, ya ansioso por volver con sus compañeros, que corretean por el patio decorado con globos de colores y serpentinas.

—Claro, vete a divertirte. Pero acuérdate de no alejarte demasiado, ¿vale? —respondo, sonriendo mientras sale corriendo.

Mientras él juega, aprovecho para hablar con algunos de los otros padres y sacar unas cuantas fotos del evento. El ambiente es alegre y relajado por todas partes, y es imposible no contagiarse de la felicidad de los niños. Mi mirada vuelve a Enzo cada pocos segundos, solo para asegurarme de que sigue bien.

Las horas pasan deprisa y, al cabo de un rato, noto que Enzo empieza a cansarse. Todavía intenta seguir el ritmo de sus amigos, pero veo que jadea y que la respiración se le vuelve pesada. Mi instinto de madre se pone inmediatamente en alerta.

—Enzo, ven un momento —lo llamo, intentando que no se note el miedo en mi voz.

Se acerca todavía sonriendo, pero claramente le falta el aire.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Estás bien? —pregunto, sacando ya el inhalador del bolso.

—Estoy un poco cansado, pero estoy bien —responde, intentando controlar la respiración.

Le doy el inhalador y espero a que la medicación haga efecto. Pero veo enseguida que no mejora. La preocupación empieza a crecer dentro de mí sin freno.

—Vamos a sentarnos un poco, ¿vale? —le digo, intentando no transmitirle mi miedo para que no se ponga más nervioso—. Siéntate aquí conmigo un momento.

Enzo se sienta a mi lado, intentando tranquilizarse, pero sigue respirando con dificultad. Uno de los padres se acerca, al darse cuenta de la situación.

—¿Necesitas ayuda? Puedo llevaros al hospital —ofrece, preocupado.

—No hace falta, gracias. Estamos acostumbrados a esto —respondo con educación, y me vuelvo hacia Enzo—. Todo va a ir bien, cariño.

Él asiente, apretándome la mano con fuerza.

—Lo sé. Me voy a poner bien, mamá.

Aun así, veo que está cada vez más pálido y el miedo me invade por completo. Decido que no voy a esperar ni un segundo más. Prefiero parecer una loca alarmista a enfrentarme a las consecuencias de haber llegado demasiado tarde al hospital.

—Vamos, Enzo. Vamos al hospital para que te pongas mejor —digo, levantándolo en brazos y caminando deprisa hacia el coche.

Mientras avanzo, intento calmarlo, susurrándole palabras suaves.

—Está bien, mi amor. Mamá está aquí. Vamos a llegar enseguida.

Lo veo en sus ojos asustados. Tiene miedo. Apuro todavía más el paso y por fin llegamos al coche. Lo coloco en la sillita de atrás y le abrocho el cinturón con cuidado.

—Todo va a salir bien, Enzo —repito, más para mí misma que para él, mientras arranco y conduzco hacia el hospital.

La carretera parece más larga que nunca. Cada minuto se vuelve eterno mientras escucho su respiración difícil detrás de mí.

Cuando llego al hospital, aparco de cualquier manera y corro hacia la entrada con él en brazos. Los empleados de recepción nos ven y enseguida nos hacen pasar, preparados para ayudarnos.

—Todo va a ir bien, Enzo. Ya estamos aquí —le digo, sintiendo una mezcla de alivio y angustia mientras dejo a mi hijo en manos de los médicos.

Da igual cuántas veces pase ni que forme ya parte de nuestra rutina: cada vez es un susto distinto, y el miedo a que un día yo no esté cerca cuando me necesite y ocurra una desgracia solo crece, nunca disminuye.

Mi corazón pequeño asiste otra vez a esa memoria cruel que se despliega dentro de mi cabeza.

«¿Qué va a ser de mí cuando tú estés enferma, mamá?»

Tenía solo dos años. Yo cogí una gripe horrible y no quería que se quedara en el apartamento. Siempre supe que estaba sola en esto, pero aquel día fue el momento en que esa certeza se me clavó a fuego en el fondo del pecho, porque ese día mi hijo se sintió exactamente igual que yo.

Solo.

Los minutos parecen horas mientras espero, con el corazón en un puño y la cabeza llena de preocupaciones. La sala de espera del hospital es fría e impersonal, pero la presencia de otros padres angustiados ofrece un consuelo extraño. Por fin, un médico se acerca con una sonrisa tranquilizadora.

—Su hijo ya está estable. Vamos a dejarlo en observación por precaución, pero está fuera de peligro. Solo ha sido un susto.

—Gracias, doctor. —Podría abrazarlo si me mirara más de dos segundos seguidos antes de indicarme que lo siga hasta la sala de observación.

Cuando veo a Enzo descansando, le tomo la manita y le susurro:

—Eres mi pequeño héroe, mi niño. Hoy y siempre. Mamá siempre va a estar aquí contigo.

CAPÍTULO 49

TROY MADDOX

La puerta del apartamento de Sofía está delante de mí. Cada imperfección de la madera, cada desconchón de pintura, es un recordatorio doloroso del tiempo que ha pasado. El sonido del ascensor al fondo me recuerda que no estoy solo, pero todo mi foco está puesto en ella y en nuestro hijo. El aire nocturno es frío, pero no es el viento lo que me hace temblar.

He pasado las últimas horas en las sombras, y cada segundo ha sido una tortura mientras la observaba cuidar de Enzo.

Frente al colegio, el corazón me latía desbocado, casi incapaz de soportar la visión de Sofía sola en una situación así. Mis dedos se habían clavado con tanta fuerza en el volante que dejaron marcas en el cuero. Cada sonrisa de Enzo durante la fiesta, cada paso vacilante cuando empezó a encontrarse mal, todo se me quedó grabado en la mente. Las ganas de correr hasta ellos, de tomar el control... Pero cuando vi a Sofía sostener una calma frágil solo para tranquilizar a Enzo, supe que mi aparición podía desestabilizarla. Y eso no podía permitírmelo.

Ahora la paciencia se ha terminado. Cada segundo es una agonía. Levanto la mano y llamo a la puerta, seco, decidido.

Al otro lado se oyen unos pasos ligeros. El picaporte gira. Sofía aparece, con los ojos cargados de cansancio y de sorpresa.

—Sofía... tenemos que hablar.

Parpadea, como si estuviera viendo un fantasma, y me cierra la puerta en la cara con un golpe sordo.

Decidido, rodeo el pasillo estrecho y encuentro la ventana de la cocina entreabierta. Subo por la escalera de incendios, con cada peldaño de metal crujiendo apenas bajo el peso de mis botas. El aire frío de la noche me corta la cara, pero no siento nada aparte de la ansiedad latiéndome en las venas. Llego a la ventana y, con un impulso ágil, me deslizo dentro de la cocina. El espacio es pequeño y acogedor, decorado con detalles que me cuentan el tipo de vida que Sofía ha construido. Botes y sartenes cuelgan ordenadamente de las estanterías. Un frutero descansa sobre la encimera.

Antes de que pueda dar un paso más, algo pesado me golpea la cabeza con fuerza. El dolor es inmediato, una oleada que me hace ver estrellas. Me tambaleo hacia atrás y la vista se me nubla. Cuando consigo enfocar, la veo de pie, con una sartén agarrada con las dos manos y el rostro convertido en una máscara de furia y dolor.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí? —susurra, furiosa, levantando la sartén en una amenaza clarísima.

Cada una de sus facciones, cada rasgo familiar, despierta en mí una oleada de emociones que casi me derriba. El dolor físico no es nada comparado con lo que llevo dentro. Durante un segundo parece que voy a tener que enseñarle a mi corazón a latir otra vez.

Sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Sofía, por favor, tenemos que hablar —le pido, frotándome la cabeza donde me ha golpeado.

—¡No tenemos nada que hablar! —vuelve a levantar la sartén, pero esta vez esquivo el golpe y alzo las manos en señal de rendición; ella solo golpea el aire.

—Antes de que me crucifiques, hay algo que necesitas saber.

—Como se te ocurra decir que te has divorciado y que ahora ya estás libre, te arranco los ojos con las uñas —me amenaza,

avanzando hacia mí.

Sofía me cruza la cara de una bofetada. El impacto me hace girar la cabeza, pero no me muevo. La rabia en sus ojos me hiere más que cualquier otra cosa.

—No, Sofía. No es eso. Yo soy... soy el Don de la mafia Granada.

Retrocede un paso, buscando otra vez la sartén con la mirada.

—¿Qué?

—La mafia Granada. Estoy seguro de que has oído hablar de ella. Si me dejas, te lo puedo explicar todo.

Me mira con una mezcla de shock y rabia.

—Tienes cinco minutos —dice al fin, con la voz temblorosa—. Habla.

Tomo aire profundamente, sabiendo que las próximas palabras pueden cambiarlo todo.

—Cuando mandé a Antonio al muelle, quería estar allí, pero... acababan de atentar contra mis padres. Tenía que casarme por la mafia, por el poder, por la seguridad de la familia. No podía ponerte en peligro y no podía meterte en mi vida de mierda en ese momento, así que te dejé marchar. Creí de verdad que estaba haciendo lo mejor para ti. Nunca imaginé que pudiera causarte daño.

Ella me mira con la incredulidad escrita en cada rasgo. Aprieta el mango de la sartén sobre la encimera como si estuviera comprobando si podría partirme el cráneo de un golpe bien dado.

—¿Familia? —repite con la voz aguda, ofendida—. ¿Y tu hijo no forma parte de ella?

No tengo excusa, pero necesito defenderme.

—No sabía que existía hasta hace muy poco, Sofía. Ni siquiera sabía que habías ido al muelle. Antonio me informó de que no habías aparecido.

Se queda callada, pero la confusión y el dolor en sus ojos son evidentes. Su expresión pasa de la rabia a la incredulidad.

—Me mintió. Hizo que creyera que me habías abandonado. Que nos habías cambiado por tu nueva familia. Que me habías engañado durante todo el tiempo que estuvimos juntos en Italia.

—Lo siento. —La voz me falla—. Antonio tomó una decisión en mi nombre, una decisión que no le correspondía, por mucho que creyera que así era más seguro para todos. Si yo hubiera sabido... —trago con dificultad, como si me hubiera puesto a correr una maratón en pocos segundos y cada zancada pudiera llevarme al cielo o al infierno sin garantías—. Si hubiera sabido que estabas allí, que estabas embarazada...

Ella retrocede, con el dolor al descubierto en la cara. Las lágrimas por fin caen.

—No sé si puedo volver a creerte, Troy. ¿Por qué estás aquí ahora? —pregunta, con la rabia todavía presente, aunque mezclada con algo más.

—Porque ya no puedo seguir lejos de ti. No puedo continuar así, no soy capaz. —Doy un paso hacia ella—. Sé que me equivoqué, Sofía. Y nada puede borrar cinco años de abandono. Pero ahora estoy aquí y haré todo lo que haga falta para arreglarlo. Tienes que darme una oportunidad de teneros cerca.

Me mira, con las lágrimas a punto de desbordarse.

—¿Tienes idea de cómo me sentí? ¿De lo que fue creer que me habías abandonado? —Su voz es apenas un susurro lleno de dolor.

—Habría hecho cualquier cosa por estar contigo, por estar con nuestro hijo. —Mi voz sale desesperada—. Sigues mirándome esperando más respuestas. Me siento como una auténtica basura viendo cuánto te hice daño. —Tomo aire—. Te amo. Si todavía queda una sola posibilidad de... —la voz me falla, pero sigo—. Vosotros sois míos, sois todo lo que tengo y todo lo que importa. No volveré a alejarme de vosotros dos jamás. —Lo prometo, lo amenazo, ya ni lo sé.

Niega con la cabeza, incrédula.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —El dolor en su voz me parte por la mitad.

—Por desgracia, no tenemos tiempo para que puedas entenderlo y procesarlo todo ahora. Necesito que vengáis conmigo. Los dos. Necesito que hagas una maleta con lo básico y te vengas conmigo.

—Estás completamente loco.

—A mi esposa le tendieron una emboscada y acabó muerta. Existe una posibilidad muy real de que vosotros también estéis en peligro. Mataron a mis padres, mataron a América, mi mujer, y han intentado matarme varias veces. No puedo permitir que...

—¿Y tú crees que presentarte aquí exigiendo que te siga como un perro callejero agradecido a su dueño es la solución?

—Son peligrosos, Sofía. Por favor, no quiero discutir contigo. Necesito...

—¿Tú necesitas, Troy? ¿Tú necesitas? ¡Me importa una mierda lo que tú quieras o necesites!

—No tengo la certeza de poder garantizar vuestra seguridad aquí. En Nueva York tengo todos los recursos para asegurarme de que no puedan llegar hasta nosotros.

—¿Ellos quiénes? ¿De qué estás hablando? Dios mío, Troy. Qué conveniente te sale todo esto. Sal de mi casa antes de que llame a la policía.

—No puedes hacer eso, Sofía.

—¿Y por qué no?

—Tus comunicaciones están siendo monitorizadas y manipuladas por mi equipo de seguridad. Siento tener que tirarte todo esto encima así, pero no voy a mentirte, ni siquiera para protegerte de la realidad.

—Fuera.

—No.

—¡He dicho fuera de aquí, Troy! ¡Puede que seas el Don de la mafia, pero en mi casa mando yo!

—¿Mamá?

La voz de Enzo nos alcanza antes que su pequeño cuerpo aparezca en la puerta del pasillo, arrastrando una manta con una mano y frotándose los ojos llenos de sueño.

Verlo tan cerca, compartir esta escena doméstica absolutamente inofensiva y tener la certeza de que no voy a irme de aquí sin ellos es una experiencia que me hace sentir fuera de mi propio cuerpo.

Ver a mi hijo y a mi mujer, juntos, a mi alcance, es como aprender a respirar otra vez. Como volver a nacer. Con cada segundo que pasa siento que recupero una pequeña parte de la

persona que recordaba que podía ser, pero que nunca conseguí ser lejos de ella. Ella es la llave de todo lo que soy, de todo aquello de lo que alguna vez pude sentirme orgulloso. Estar lejos de Sofía ha sido la tortura más larga a la que me he sometido.

Eso no va a volver a ocurrir jamás.

CAPÍTULO 50

SOFÍA RUSSO

Tumbada en la cama, intento calmar los pensamientos que no dejan de girar en mi cabeza. La revelación de que Troy es el Don de la mafia Granada me ha dejado atrapada entre el miedo, la pena y la duda. Las noticias sobre la familia Maddox llenan la pantalla del portátil a mi lado; cada artículo es una puñalada en el pecho, detallando una vida de violencia y poder. Todavía recuerdo una época en la que busqué su nombre y no encontré nada. Hoy sería muy distinto.

Tumbada en la cama, intento calmar los pensamientos que no dejan de girar en mi cabeza. La revelación de que Troy es el Don de la mafia Granada me ha dejado atrapada entre el miedo, la pena y la duda. Las noticias sobre la familia Maddox llenan la pantalla del portátil a mi lado; cada artículo es una puñalada en el pecho, detallando una vida de violencia y poder. Todavía recuerdo una época en la que busqué su nombre y no encontré nada. Hoy sería muy distinto.

Me incorporo en la cama, con las sábanas frías rozándome la piel, y miro a mi alrededor en la habitación a oscuras. El silencio de la noche solo se ve interrumpido por el sonido lejano de los coches que pasan por la calle. Siento un peso incómodo en el pecho, como si la propia oscuridad quisiera tragarme. La imagen de Troy, con esa expresión de arrepentimiento y dolor absolutos, no se me borra de la cabeza. No hay forma de fingir algo así. Eso creo.

Cierro el portátil con un suspiro pesado y apoyo la cabeza en el cabecero de la cama. Intento encontrar algún consuelo en el lujo de esta habitación, pero lo único que siento es una mezcla de

desesperación y confusión. Sigo dividida entre el hombre que conocí en Italia y la realidad brutal del Don de la mafia.

El sonido suave de unos pies descalzos sobre el suelo me hace mirar hacia la puerta. Enzo aparece, frotándose los ojos soñolientos, arrastrando la manta por el suelo.

—Mamá, ¿por qué sigues despierta? —pregunta, con esa preocupación infantil que me rompe un poco por dentro.

Me obligo a sonreír y le tiendo la mano.

—No puedo dormir, cariño. Ven aquí.

Se acerca y se acurruca a mi lado en la cama.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —ofrece, con una sonrisa llena de esperanza.

Niego con la cabeza, intentando mantener la calma.

—No, mi amor. Estoy bien. ¿Tienes hambre?

—Un poquito.

Me levanto y le tomo la mano, guiándolo hasta la cocina.

—Ven. Tenemos que hablar de algo importante.

***

En la cocina, me siento con Enzo a la mesa, con un plato de galletas entre los dos. El corazón me late desacompasado mientras pienso en cómo abordar esto.

—Enzo, necesito contarte algo sobre tu padre —empiezo, intentando que la voz me salga firme.

Él me mira con curiosidad.

—¿Qué pasa, mamá?

Tomo aire, reuniendo valor.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por papá? Bueno... lo he encontrado. Y quiero que sepas que ahora quiere estar en tu vida.

Los ojos de Enzo se abren muchísimo.

—¿Papá quiere verme? ¿Es el papá que estaba en el helicóptero?

Asiento y siento cómo se me seca la garganta con solo ver el entusiasmo en su cara.

—Sí. Es él, Enzo.

Sonríe, claramente aliviado.

—Los padres de mi amigo Sam también están separados. Él dijo que es normal. Que se queda con su papá y con su mamá en momentos diferentes.

Intento sonreír sin entender del todo a dónde quiere llegar.

—Sí, cariño. Ahora tú también vas a poder pasar tiempo con tu papá.

Enzo se queda pensando un momento.

—¿Eso quiere decir que me voy a quedar con él hasta que yo cumpla diez años?

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Por qué crees eso, mi amor?

—Porque yo ya casi voy a cumplir cinco y he estado contigo hasta ahora. No quiero estar lejos de ti, mamá. Pero papá parece simpático. Conduce los coches muy bien. Y el helicóptero también.

Respiro hondo, recordando el viaje hasta Nueva York. Troy prácticamente nos secuestró y todavía no he conseguido decidir si venir fue una buena idea. Avise en el colegio y en el trabajo de que me tomaría unas semanas de vacaciones, pero sigo sin saber si he hecho lo correcto.

Enzo coge una galleta y le da un mordisco, y su inocencia me hace entender el verdadero alcance de todo esto.

—Mamá, ¿tú crees que papá va a quedarse con nosotros para siempre ahora?

Siento que el aire a mi alrededor no basta antes de responder.

—No lo sé, mi amor. Pero papá quiere estar contigo ahora. Y quiero que sepas que estamos todos juntos en esto. Vamos a ir descubriendo las cosas poco a poco, ¿vale?

Él asiente, aparentemente satisfecho con la respuesta.

—Vale, mamá. Me gusta papá. Parece majo.

Sonrío, intentando apartar la ansiedad que sigo sintiendo. Está hablando de Troy como si fuera un compañerito del colegio invitándolo a su cumpleaños.

—Me alegra que pienses eso, cariño.

Mientras termina de comer, no puedo evitar sentirme dividida. He deseado esto durante tanto tiempo... ¿por qué ahora parece tan equivocado?

Me levanto y le tiendo la mano.

—Vamos a volver al cuarto, cariño. Tenemos que descansar.

Enzo me coge la mano y empezamos a caminar por el pasillo de vuelta a la habitación. La casa es enorme, llena de corredores y puertas que parecen todas iguales. Y, sin embargo, Enzo parece saber exactamente por dónde ir.

—Mamá, ¡mira esto! —señala una pequeña marca en la pared, un dibujo hecho con cera—. Lo hice ayer. Es una pista para saber dónde estamos.

Sonrío, admirada por el ingenio de mi hijo.

—Qué listo eres, cariño. Eso nos va a ayudar a no perdernos.

—¿Tú crees que papá se va a enfadar porque he dibujado en su pared? —pregunta, con una preocupación muy visible en la voz.

—No, mi amor. Estoy segura de que lo va a entender. —Le aprieto la mano, intentando tranquilizarlo—. Y, si pregunta, yo le explicaré que era necesario para ayudarnos a encontrar el camino de vuelta.

Enzo sonríe, más tranquilo, y seguimos avanzando por el pasillo, guiados por las pequeñas marcas que ha ido dejando. Finalmente llegamos a mi habitación y él salta a la cama, acurrucándose entre las almohadas. No soy capaz de mandarlo a su cuarto, aunque esté en la puerta de al lado.

Me tumbo junto a él, y el cansancio me golpea como una ola. La presencia reconfortante de mi hijo es lo único familiar en medio de toda esta confusión. Mi único consuelo. Lo abrazo con fuerza y cierro los ojos, intentando apaciguar mi mente.

El sueño por fin empieza a arrastrarme, y lo último que noto es su manita jugando con mi pelo.

Después, nada.

***

Me despierto con la luz suave del sol dándome en la cara. El espacio a mi lado está vacío y, durante un instante, el pánico me atraviesa. Me levanto enseguida y salgo de la habitación, siguiendo las pequeñas marcas de cera que Enzo dejó por el pasillo, sin encontrar a nadie por el camino.

Llego a la cocina y me quedo quieta en la puerta, mirando la escena que tengo delante.

Troy está sentado a la mesa, con Enzo en el regazo. Los dos hablan con total naturalidad y yo no sé ni cómo llamar a esto que siento al ver la conexión que hay entre ellos. Es como si siempre hubieran estado juntos.

Fácil.

Natural.

—Entonces, ¿te gustan los helicópteros? —pregunta Troy, genuinamente interesado.

—¡Sí! —responde Enzo, entusiasmado—. Y también me gustan los coches. Tú conduces rapidísimo, papá.

La risa de Troy es un sonido que hacía muchísimo que no oía.

—Intento ser lo más rápido y seguro posible, campeón.

Enzo sonríe, con los ojos abiertos de emoción. Comparten una broma y es imposible no fijarse en cómo Enzo imita algunos de sus gestos, la forma de sujetar el tenedor, la inclinación de la cabeza al reírse. Están tan sincronizados que parece una escena cuidadosamente ensayada. Nadie diría que acaban de conocerse.

Troy coge un trozo de fruta y se lo ofrece a Enzo, que lo acepta con una sonrisa enorme. La escena es simple, pero está cargada de una intimidad que me hace sentir una espectadora en mi propia vida. El amor y la adoración en los ojos de Enzo son inconfundibles y me cuesta muchísimo no sentir una punzada de celos al ver lo fácil que le resulta conectar con el padre al que acaba de conocer.

Mientras hablan, me doy cuenta de pequeños detalles que antes se me escapaban. La forma en que Troy escucha cada palabra de Enzo con atención absoluta, la paciencia en su voz, la ternura en cada uno de sus gestos. No es el Troy que conocí en Italia ni el hombre que imaginé después de todas las revelaciones. Es un padre. Entregado y amoroso. Uno que nunca tuve la oportunidad de conocer antes.

Enzo se ríe de algo que Troy le susurra al oído, y ese sonido puro e inocente llena la cocina.

Todo lo que no me atreví a soñar durante tanto tiempo está ahí, delante de mis ojos, encapsulado en esta escena, y no sé qué hacer con esta realidad nueva que ha tardado tanto en llegar y, aun así, parece querer instalarse demasiado deprisa.

CAPÍTULO 51

TROY MADDOX

Enzo corre por el jardín, seguido por las hijas gemelas de Vincent, que tropiezan con sus pasos cortos intentando seguirle el ritmo. Las risas altas, abiertas, de los niños juntos suenan como una música extraña. Bela y Vincent los observan atentos, listos para intervenir si hace falta.

Sofía juega con ellos, y su risa se mezcla con la de Enzo mientras lo coge de la mano para ayudarlo a saltar los pequeños charcos que dejó la lluvia. La luz del sol se refleja en su pelo, aclarando las mechas oscuras. Vincent también sonríe, con Bela a su lado, feliz. Hacía años que no veía una expresión así en la cara de ninguno de los dos.

Yo me quedo a cierta distancia, observando.

Mis hermanos están ahí por Enzo, no por mí. He perdido muchísimo tiempo, me he distanciado por completo de ellos, y aun así ahí están, haciendo que mi hijo se sienta acogido por la familia a la que pertenece por derecho. Intento pasar desapercibido, absorbiendo cada detalle del momento. Cada risa, cada sonrisa, como si también fueran mías para guardarlas.

—Parece que por fin has encontrado algo por lo que merece la pena luchar.

La voz de Luca me saca de mis pensamientos. Aparece desde las sombras, con una sonrisa en la cara.

Me giro hacia él, sorprendido, pero feliz.

—Te he visto más veces en estas dos últimas semanas que en los dos últimos años.

Me atrae hacia un abrazo.

—Yo, en cambio, no veía a este Troy desde hace cinco años. Lo he echado de menos. —Lo que dice me clava una aguja en el fondo del pecho, pero no respondo. Solo asiento mientras le devuelvo el abrazo, con la nostalgia envolviéndome.

Mantiene una mano sobre mi hombro.

—Te mereces la familia que elegiste, Troy. Ninguno de nosotros sacrificó más que tú por la familia. No desaproveches otra oportunidad. Me jodería verte infeliz para siempre. No sabes sufrir ni en silencio ni solo. Te vuelves insoportable.

Sonrío, aunque no me hace gracia.

—Lo estoy intentando, Luca.

Niega con la cabeza.

—Ya lo sé. Pero necesitas hacer más. Intentarlo mejor. Por Enzo, por Sofía... y por ti.

Vuelvo a mirar al jardín, donde siguen divirtiéndose sin darse cuenta de que los observo. Sigo a Luca hasta el césped y entonces recibo el abrazo de oso de mi hijo, seguido inmediatamente por las gemelas, que se me pegan una a cada pierna.

Tengo que conseguir que esto funcione, me digo, con una claridad brutal al comprender que todavía tengo mucho que perder si dejo que se me escape. Cinco años es muchísimo tiempo, pero una vida entera es muchísimo más. Tal vez haya llegado el momento de intentar un acercamiento más directo con Sofía. Si dejo que siga alimentando los muros a su alrededor, otros cinco años pasarán

antes de que estemos en igualdad de condiciones. Lo cual no sería más que justo, si no fuera porque no quiero esperar ni un segundo más para ser feliz con ella a mi lado.

***

Al caer la tarde, cuando el sol empieza a esconderse, encuentro a Sofía en la terraza, mirando el horizonte. Parece perdida en sus pensamientos, con los brazos cruzados sobre el pecho como una barrera protectora.

—Sofía —la llamo con suavidad, acercándome.

Se gira, sorprendida, y durante un segundo veo un destello de algo en sus ojos. Quizá nostalgia. Quizá dolor.

—¿Qué quieres, Troy? —La pregunta le sale con cansancio, aunque también con curiosidad.

—Quería saber si podemos hablar —digo, acercándome un poco más—. Siento que lo necesitamos.

Suspira y vuelve a cruzarse de brazos.

—¿Hablar de qué, exactamente?

—De todo. De nada. De nosotros. Del futuro, del pasado. De todo lo que ha ocurrido. —Intento mantener la voz firme, aunque no consigo ocultar la vulnerabilidad que siento.

Me mira durante un largo instante, hasta que por fin asiente apenas.

—Vale. Habla.

Veo con claridad cómo se endurece esa armadura invisible que se pone siempre que está conmigo. Pero esta vez no.

—Sofía, yo... —Las palabras me fallan y, antes de que pueda pensarlo mejor, me inclino y la beso.

Es un beso lleno de sentimientos reprimidos, un intento desesperado de recuperar lo que perdimos. Para mi sorpresa, no me aparta inmediatamente. Durante un instante, noto que me corresponde, el calor de sus labios sobre los míos. Pero enseguida me empuja, con una expresión entre escandalizada y ofendida.

—Troy, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

—Intentando comprobar si todavía funciona —respondo, intentando sonreír.

Me da una bofetada.

—Eres imposible.

Sonrío, pese al escozor en la mejilla.

—¿Todavía me amas, Sofía?

Vacila. Sus defensas tiemblan un segundo. Abre la boca para decir que no, pero se queda a mitad de camino.

—Yo... no lo sé.

Antes de que pueda corregirse, vuelvo a atraerla y la beso otra vez. Esta vez hay menos resistencia. Siento su rabia, sí, pero también algo más. Un fuego antiguo que nunca llegó a apagarse. Sus manos se alzan y durante un instante creo que va a empujarme otra vez, pero en lugar de eso me agarra la camisa y tira de mí para acercarme más.

—Eres idiota, Troy —murmura contra mi boca.

—Lo sé —respondo sonriendo—. Pero soy tu idiota.

Nuestro beso se intensifica. Mis manos resbalan por su espalda, reencontrando cada curva conocida. La aprieto contra la puerta de la terraza y siento el calor de su cuerpo. Se le escapa un gemido bajo y eso me enloquece. Mis manos bajan hasta su cadera y la acerco todavía más, hasta que nuestros cuerpos encajan a la perfección.

Ella me tira del cuello de la camisa y nos movemos hacia el interior, tropezando por el pasillo, mientras mis labios exploran su cuello, saboreando cada segundo como si fuera el último.

El beso se vuelve más urgente. Más desesperado.

Me aprieto contra ella, deslizando las manos hasta su cintura, levantándola un poco para que nuestros cuerpos se alineen. Me rodea con las piernas y, por un segundo, todo vuelve a parecer perfecto.

Entonces se detiene.

Sus labios quedan entreabiertos, con la respiración rápida y superficial. Nuestras miradas se encuentran y veo la vulnerabilidad en ella. Aunque su cuerpo habla de deseo, sus ojos siguen llenos de duda.

—Troy, yo... —empieza, con la voz vacilante.

Pongo mis labios sobre los suyos, callándola con suavidad.

—Está bien, Sofía —susurro, intentando transmitirle toda la calma y la paciencia de las que soy capaz—. No tenemos que ir más lejos de donde tú quieras llegar.

Respira hondo y cierra los ojos un instante. Cuando los vuelve a abrir, hay una resolución nueva en su mirada.

Yo me aparto, aunque cada fibra de mi cuerpo quiera seguir.

Ella se recoloca la ropa, intentando recomponerse.

—Esto no cambia nada, Troy.

No respondo, intentando calmarme.

Sí lo cambia.

Lo cambia todo.

Absolutamente todo.

Pero no se lo digo. Solo me quedo mirando el balanceo nada discreto de su culo mientras pone una distancia prudente entre nosotros.

Como si existiera algo así.

Es demasiado tarde para huir de mí, Sofía.

Con su sabor todavía en la boca, bajo al despacho. La mansión está silenciosa en exceso. El corazón aún me late demasiado deprisa y mi mente ya está trabajando en el siguiente paso.

Encuentro a mi nuevo secretario interno, Michael, esperándome. Levanta la cabeza en cuanto entro. Michael ha asumido temporalmente las funciones de Antonio, hasta que elija un nuevo consigliere, y está haciendo un buen trabajo.

—Don, sobre el asunto del que hablamos antes...

Asiento. Sé perfectamente a qué se refiere.

—El padre de Sofía.

Michael confirma con un gesto.

—Realmente necesita ayuda especializada, Don. Voy a tramitar el ingreso inmediatamente.

—Hazlo con discreción, Michael. No quiero que Sofía lo sepa ahora mismo. Tiene demasiadas cosas de las que ocuparse. Por lo que he podido averiguar, lleva años entrando y saliendo de rehabilitación. Asegúrate de que vaya a un sitio donde reciba un tratamiento especial.

—¿Especial en qué sentido?

—En el sentido de que ese hijo de puta recuerde que tiene una hija que lo quiere y un nieto que aún lo recuerda con cariño, aunque solo lo vea de forma estacional una vez al año y siempre en condiciones miserables.

Michael vacila un instante antes de responder.

—Entendido, Don. Haré todo lo posible para que se gestione sin problemas.

Se retira para encargarse de los preparativos. Yo me hundo en un sillón de cuero, dejando que los acontecimientos del día se desplieguen dentro de mi cabeza. Cierro los ojos por un momento, intentando encontrar algo parecido a la paz.

Pero la imagen de Sofía y Enzo, sus vidas entrelazadas con la mía, es lo único que veo.

Cojo el teléfono y llamo a un contacto de confianza, que contesta al primer tono.

—Necesito comprar una casa. Dos, en realidad. Una en Nueva York y otra en San Francisco.

CAPÍTULO 52

SOFÍA RUSSO

Sentada en las escaleras de la entrada principal de la mansión Maddox, observo a Enzo jugar en el jardín con Bela y Vincent como si ellos también fueran niños. La escena debería transmitirme paz, pero la realidad está muy lejos de eso.

Desde que llegamos aquí, la presión no ha hecho más que crecer y cada día descubro un peligro nuevo solo por estar cerca de Troy. Las cosas en casa necesitan mi atención y el apoyo digital ya no es suficiente para seguir sosteniendo mi empresa indefinidamente.

Al mismo tiempo que siento que necesito volver allí y retomar las riendas de todo lo que tanto me costó construir sola, me descubro muerta de miedo ante la idea de dejar atrás lo que he encontrado aquí y tirar mi segunda oportunidad a la basura.

Ya no tengo dudas de que Troy decía la verdad y de que él ha sido tan víctima de las circunstancias como yo, pero aun así el pasado no desaparece solo porque hayamos tenido unos cuantos días buenos y las mejores intenciones del mundo.

Los consejeros de la mafia le están exigiendo que vuelva a casarse para proyectar estabilidad tras la muerte de América, y nunca me había sentido tan presionada para tomar una decisión, sobre todo porque cada día alguien deja caer que solo existe una opción para él: yo.

Esta mañana llegó una de las posibles novias de la mafia para ser recibida. La dejé entrar sin saber cómo reaccionar y ahora me siento idiota. La idea de verlo con otra mujer me atormenta. Sé que se está resistiendo; apenas se digna a recibir a las candidatas que le

mandan con sus séquitos de acompañantes y guardaespaldas, pero eso no alivia nada de lo que siento, al contrario.

¿Y si me marcho y él ya las ha rechazado a todas? ¿De verdad podría irme en paz sabiendo que está dispuesto a recuperar conmigo todo lo que perdimos? ¿Soy realmente capaz de perdonarlo por completo, incluso sabiendo que no tuvo la culpa de lo que pasó? ¿Voy a ser capaz algún día de olvidar de verdad y no dejar que el pasado siga siendo una presencia constante en nuestra vida? Solo merecería la pena quedarme si pudiera hacerlo así y, sinceramente, no sé si tengo dentro la fuerza ni la determinación necesarias.

Bela sube las escaleras para recuperar la pelota y me mira con una expresión de preocupación.

—Sofía, ¿estás bien?

La miro y fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo... estoy pensando.

—Parece que la cabeza te va a explotar en cualquier momento. —Lanza la pelota hacia los chicos y se sienta a mi lado—. ¿Pensando en qué?

Suelto el aire, sintiendo cómo la incomodidad me gotea por las palabras que necesito decir en voz alta, aunque solo sea para asegurarme de que no me pertenecen del todo.

—En Troy... y en toda esta historia de que tiene que casarse otra vez. No puedo evitar sentirme... confundida. —Hago una pausa, aprovechando el momento de honestidad brutal, y añado—: Desesperada, incluso.

Bela frunce el ceño, pero antes de que pueda responder, aparece Vincent, como siempre, con esa sonrisa insolente en la cara.

—Sofía, eso de que los consejeros crean que pueden presionar a nuestro hermano para hacer cualquier cosa no deja de ser un chiste mal contado. No pierdas el tiempo pensando en ello. —Lanza la pelota de nuevo a Enzo y baja las escaleras, aunque no se aleja.

—¡Tiene un oído impresionante! —comento.

—El mayor cotilla de la familia, te presento a Vincent. Es capaz de oler un cotilleo, meterse en la conversación de cualquiera en un radio de un kilómetro y no derramar ni una sola gota de vergüenza en el proceso.

No puedo evitar reírme, a pesar de la inquietud que todavía siento.

—Pero tiene razón. Ese desfile de novias es una pérdida de tiempo absoluta. Troy no va a dejar que lo obliguen a casarse otra vez. No esta vez —asegura Bela.

—Ojalá tuviera yo esa confianza. La verdad es que no sé si puedo con esto. Siento que estoy a punto de volverme loca.

—¿El infierno en la tierra? Sí, lo sé. —Bela se encoge de hombros —. Quizá deberías preguntarte si eres capaz de vivir en el infierno si Troy está a tu lado. Si no lo eres, quizá de verdad sea mejor que te vayas, por mucho que a mí me encantaría que te quedaras. Y aunque yo sola haya sido responsable de la mitad de los atentados emocionales contra Troy el último año, veo que ya no aguanta más sufrir y que está cambiando un poquito cada día para convertirse en la persona que cree que vosotros merecéis. El hermano que pensé que había perdido para siempre. Así que, si no eres capaz de perdonarlo y quedarte, vete. No nos dejes tener esperanzas para luego destrozarlas. Nosotros somos una familia, Sofía, te guste o no. Pero podemos vivir esa realidad de otras maneras si tú no estás dispuesta a aceptarnos por completo.

Vincent me mira con una simpatía inesperada y vuelve a meterse en la conversación.

—Sofía, si hay algo que debes saber es que Troy hace lo que le da la gana. Y si no quiere casarse con otra, no lo hará.

Bela asiente con una sonrisa y añade:

—Yo solía esforzarme mucho en hacerle la vida imposible, por venganza, pero creo que ya ha sido suficiente. Se pasó años enterrado en su propia frustración, volviéndonos locos a todos y haciendo de la vida de todos un infierno igual al suyo. Así que, si puedes no devolverlo a ese lugar, la humanidad entera te lo agradecerá.

Vincent rodea a Bela con el brazo y toda la seriedad de la conversación salta por los aires.

—Solo no le digas a Troy que Bela acaba de defenderlo, no vaya a pensar que el Apocalipsis está a la vuelta de la esquina —bromea, guiñándome un ojo.

—Exacto. —Bela se ríe también—. Que siga creyendo que sigo vigilándolo.

Yo sonrío, sintiéndome un poco más ligera mientras ellos vuelven a centrarse en el juego. Observo a los hermanos jugando y me pregunto si Enzo llegará algún día a tener ese nivel de intimidad con alguien.

Ver esa interacción entre ellos, la cercanía que comparten, me hace desear lo mismo para mí y para Enzo. Pero no consigo ignorar el miedo a confiar completamente en Troy. Ahora tengo muchísimo más que perder. ¿Y si todo vuelve a salir mal?

La posibilidad de una vida juntos es tentadora.

Pero también lo es el miedo a que todo se derrumbe otra vez porque sí, a que me vuelvan a romper el corazón.

La visión de Enzo riéndose y corriendo por el jardín me da algo de consuelo. Él merece tener una familia completa. Un padre presente. Pero ¿estoy preparada para arriesgarlo todo otra vez? ¿Para abrir el corazón y dejar entrar de nuevo a Troy?

¿Puedo confiar en él?

¿Puedo confiar en mí misma para tomar la decisión correcta?

No lo sé.

Pero sí sé que no puedo seguir posponiéndolo para siempre.

Y quizá, solo quizá, el amor y la felicidad merezcan el riesgo.

CAPÍTULO 53

TROY MADDOX

Cada palabra que se cruza entre Sofía y yo es como un disparo. Nuestras voces estallan en el aire, azotando las paredes del despacho mientras discutimos con una ferocidad casi animal.

—¡No puedes aparecer de repente y cambiarme la vida de este modo, Troy! —grita Sofía, con los puños cerrados y los ojos ardiendo de rabia.

—¿Cambiarte la vida? —le replico, intentando contener mi propia indignación—. ¡Estoy intentando darte una vida mejor a ti y a nuestro hijo!

—¿Tú crees que sabes lo que es mejor para nosotros? —Se ríe, pero no hay el menor rastro de humor en ese sonido seco—. ¿Crees que puedes volver después de cinco años y empezar a mandar en todo? —escupe cada palabra como si quisiera cortarme con ellas.

Doy un paso hacia ella, sin apartar la vista de sus ojos.

—Quizá solo estés perdiendo los nervios porque, en el fondo, sabes que quieres dejar que yo tome el control, pero eres demasiado orgullosa para admitirlo.

Me mira como si no pudiera creer lo que acaba de oír, y la rabia se le transforma en algo más oscuro.

—Estás completamente equivocado, Troy. No te necesito para nada. He conseguido todo sola hasta ahora.

—¿De verdad lo has conseguido? —Mi voz sale como un susurro afilado y no sé qué demonio se ha apoderado de mí y de mi boca,

pero claramente ha decidido arruinarme la vida y lleva el mando.

—No tengo por qué soportar esto, Troy. Voy a coger a mi hijo y voy a volver a mi casa, de donde nunca debería haber salido —amenaza, con la cara encendida de furia.

Doy otro paso, y la cercanía entre los dos hace que el aire chisporrotee.

—No, no lo harás. No vas a volver a salir de mi vida.

Ella retrocede, sorprendida por la dureza de mi determinación.

—¡Mírame! —casi me escupe, pasándome por el lado con pisadas furiosas.

La sujeto del brazo, reuniendo toda la calma que me queda en el cuerpo después de esta discusión completamente estúpida. La miro con frialdad, con una firmeza implacable.

—Esto podría ser distinto en otro tiempo, en otra mafia, con otra pareja, bajo otras circunstancias. Ahora mismo solo tienes dos opciones, Sofía: o te conviertes en mi mujer o en mi prisionera.

Se me queda mirando, recibiendo cada palabra como un golpe. El silencio entre nosotros pesa como una losa y, en el fondo de sus ojos, veo el conflicto, la lucha interna, el orgullo, la vulnerabilidad. Pero no veo miedo.

Sofía respira hondo, intentando controlar la furia que le vibra en cada músculo.

—No puedes hacer esto... yo no formo parte de esta locura, de este caos. No formo parte de tu mafia. No soy uno de tus soldados. Tengo una vida, un trabajo, amigos...

—Yo formo parte de esa vida ahora. —Doy un paso más, cerrando por completo la distancia—. ¿O de verdad crees que puedes borrarme, como si nunca hubiera existido? Soy el padre de tu hijo. ¿Piensas arrancarme de él?

—¡No estoy intentando borrarte! —grita, con la voz quebrándose —. ¡No fui yo quien te dejó atrás! ¡Nunca fui yo quien se alejó de ti! —me acusa al fin, y aquí estamos otra vez.

—¿Y cuánto tiempo más piensas castigarme por eso?

—No puedes retenerme aquí contra mi voluntad, Troy.

—Pruébame.

Da un paso atrás, claramente en shock.

—Estás loco. Eso es secuestro.

—Llámalo como quieras —respondo con una sonrisa amarga—. Pero no voy a dejar que vuelvas a salir de mi vida. No después de todo lo que hemos perdido. Tú y Enzo sois mi familia y haré lo que sea necesario para protegeros.

Se me queda mirando, respirando con dificultad, dolida.

—No tienes ese derecho. ¡No voy a ser tu prisionera!

—Entonces sé mi mujer —le pido, desesperado—. Déjame cuidar de ti. De Enzo. Déjame ser el hombre que necesitas que sea.

Niega con la cabeza, incrédula.

—¿Tú crees que es tan fácil? ¿Que podemos borrar todo lo que pasó y seguir adelante como si nada?

Le pongo las manos en los hombros, sintiendo la tensión de su cuerpo, la dureza de sus músculos.

—No te estoy pidiendo que lo olvides. Te estoy pidiendo que lo intentes. Que nos des una oportunidad. Que nos demos una oportunidad real de ser una familia de una vez por todas.

Cierra los ojos y las lágrimas empiezan a caerle sin freno. Es como si algo dentro de ella se hubiera quebrado, y al instante me arrepiento de todo lo que he dicho, de todo lo que le he pedido, de todo lo que quiero y de todo lo que soñé.

—No lo sé... no sé si puedo, no sé si soy capaz... no sé si me da para tanto... —Cada palabra suena más a una súplica que a una negativa.

—Entonces dame la oportunidad de demostrártelo —susurro, acercando mi rostro al suyo.

Y es entonces cuando lo entiendo por fin.

Ella no está luchando contra mí.

Solo desearía que fuera fácil.

Sofía se aparta un poco, con las manos temblándole levemente, intentando recomponerse.

—Yo... necesito quedarme sola un momento.

—Está bien. —Asiento, respetando el espacio que me pide—. Pero que te quede claro que no voy a renunciar a ti. Ni a nosotros.

Salgo del despacho dejándola a solas con sus pensamientos, sabiendo que esta batalla está muy lejos de haber terminado, pero decidido a pelear hasta el final.

Una cosa está clara: no puedo perder a Sofía otra vez.

Y haré lo que sea necesario para recuperar a mi familia.

Mis pasos me llevan hasta la terraza sin que haya tenido que ordenárselo a mi cuerpo.

Los pasos de Luca no tardan en alcanzarme. Se detiene a mi lado sin decir una palabra, ofreciéndome solo su presencia silenciosa, y poco después aparece Bela, exasperada.

—¿Qué demonios le has hecho a Sofía para ponerla así?

—Lo estábamos escuchando todo —explica Marco, entrando detrás de ella y dejándose caer en una de las sillas.

—No he hecho nada. —Me defiendo por puro instinto—. Solo he comprado una casa. Pensé que sería un buen regalo de bienvenida y boom, se puso en modo misil balístico.

—¿Me habéis echado de menos? —pregunta Vincent desde la puerta, dedicándonos un guiño insolente.

—¿Tú qué crees? —respondo, sintiendo que la tensión afloja un poco con su presencia.

Luca me da una palmada en el hombro, con la mirada seria.

—Quizá esté con la regla y mañana ni se acuerde de esta pelea.

—Sois una panda de idiotas —escupe Bela en nuestra dirección, mientras Marco nos sirve whisky como en los viejos tiempos.

No digo nada más, permitiéndome simplemente disfrutar en silencio del placer de tener a mis hermanos otra vez a mi lado. Esta es mi familia. Y voy a demostrarle a Sofía que su vida solo puede ir a mejor si nos deja entrar del todo.

—Quizá lo de "prisionera" no haya sido el argumento más brillante —se burla Vincent—. ¿En qué coño estabas pensando?

—Yo qué sé. ¡Me desesperé! Además, las puertas de esta casa ni siquiera tienen cerradura.

La carcajada general me hace pensar en ir ahora mismo a ver a Sofía y pedirle perdón por ser idiota, por lo que hice y por lo que no hice, por el pasado y por el presente. Si sirviera de algo, aunque fuera un poco, sería capaz de arrodillarme en mitad de una plaza y suplicar hasta dejarla sorda de tanto oírme pedir perdón.

Pero, por desgracia, hay cosas que solo el maldito tiempo puede arreglar.

Y voy a tener que esperar.

CAPÍTULO 54

SOFÍA RUSSO

La brisa suave de la noche me acaricia el rostro mientras Bela y yo ultimamos los preparativos del almuerzo familiar de mañana. La fiesta de cumpleaños de Enzo fue un éxito, y ahora, mientras los hombres juegan en el jardín con los niños, aprovechamos para revisar los últimos detalles.

—Por obra y gracia del Espíritu Santo, porque ese juego no tiene ningún sentido, Bela.

—Hay que jugar para entenderlo —dice Bela, recolocando unos adornos y sonriéndome—. Enzo estaba emocionadísimo con sus primos. Verlos así me recuerda a nosotros cuando éramos pequeños. Ojalá mi madre y mi padre pudieran verlos. Pudieran ver cómo sigue creciendo la familia.

—¡Sofía! —un grito desesperado rompe el momento—. ¡Sofía, por favor!

Mis pies ya se están moviendo hacia Troy antes incluso de que yo sea consciente de ello.

Aparece corriendo hacia nosotras con Enzo en brazos. El pánico está grabado en su cara.

—¡Le está dando otra crisis! —me avisa Troy, asustado, con nuestro pequeño completamente angustiado entre sus brazos—. ¿Qué hago?

Mi corazón se dispara. Corro hasta él, saco el inhalador de Enzo e intento calmarlo. Pero Troy esperó demasiado y, por supuesto, ya no está haciendo efecto.

—Tenemos que llevarlo al hospital.

Sin perder un segundo, Troy corre hacia el coche con Enzo en brazos, y Bela y yo lo seguimos de inmediato. En cuanto llegamos al hospital, se llevan a Enzo corriendo a urgencias.

Mientras esperamos, siento la presencia nerviosa de Troy a mi lado. Se mueve a mi alrededor como un animal acorralado. Su inquietud es como una tormenta silenciosa. Va de un lado a otro, con la mirada fija en la puerta del box, las manos en movimiento constante, a veces pasándoselas por el pelo, a veces apretando los puños. Cada vez que pasa un médico o una enfermera, levanta la cabeza con expectativa, solo para fruncir el ceño al comprobar que no es la persona que esperamos. Tiene los hombros rígidos, como si cargara un peso invisible, y la respiración corta e irregular.

El silencio del pasillo solo lo interrumpen sus pasos inquietos y los suspiros pesados que intenta contener.

De repente me coge la mano y me la aprieta con fuerza.

—Sofía, perdóname por todas las veces que tuviste que pasar por esto sola. —Su voz está llena de arrepentimiento. Se detiene frente a mí y sus ojos encuentran los míos con una intensidad que me desarma—. Perdóname por no haber estado allí cuando más me necesitabas. Por no haber descubierto antes a nuestro hijo. Por cada noche en la que te quedaste despierta, preocupada y sola.

Se arrodilla, sosteniéndome las manos entre las suyas, con el calor de su piel contrastando con el frío que siento dentro.

—Troy... —empiezo, pero él me interrumpe, apretándome los dedos con más fuerza.

—Déjame terminar. —Traga saliva, y la voz le falla apenas—. Sé que me equivoqué. Sé que te fallé de todas las maneras posibles. Y, si me dejas, quiero intentarlo otra vez. Como tú me aceptes. Da

igual que no quieras estar a mi lado como mujer. Puedo ser solo un amigo, si eso es lo que decides. No voy a forzar nada más. No tengo ese derecho. Tú tenías razón. Siempre la tuviste. Yo estaba equivocado. Y vuelvo a pedirte perdón. Perdóname.

Se lleva mis manos a los labios y cierra los ojos un instante, como si buscara fuerzas en nuestro contacto.

Lo miro, sorprendida por la vulnerabilidad que tiñe su voz.

—Yo pensaba que era una prisionera aquí.

—Lo sabrías si hubieras intentado irte de verdad —responde, con los ojos clavados en los míos, llenos de una honestidad desnuda.

Una lágrima me resbala por la cara mientras él sigue sujetándome las manos. Se pone en pie despacio, pero no me suelta, como si temiera que fuera a desaparecer si lo hace.

Me inclino hacia él, nuestros rostros a centímetros, sintiendo la intensidad del momento. Antes de que pueda responder, un estruendo ensordecedor recorre el pasillo.

Disparos.

En un instante, la expresión de Troy cambia. El mafioso toma el control. Sus ojos se enfrían. Me agarra del brazo y tira de mí para que lo siga.

—¡Ven conmigo! —ordena, con la voz baja y firme, sin dejarme margen para elegir.

Corremos por el pasillo mientras los disparos se acercan cada vez más. Llegamos a la habitación donde Enzo está sentado en la cama, asustado, acompañado por un enfermero.

—¿Papá? —La voz de Enzo es un susurro tembloroso.

Troy lo toma en brazos y lo aprieta contra el pecho.

—Todo va bien, campeón. —Su voz mezcla firmeza y ternura—. Vamos a salir de aquí.

Vuelve corriendo conmigo, con Enzo seguro entre sus brazos. El sonido de los disparos y de los gritos llena el aire, y cada paso es una carrera desesperada por seguir vivos.

—¡Vamos, Sofía! —grita, tirando de mí.

Seguimos avanzando por los pasillos, intentando encontrar una salida, pero estamos rodeados.

—¡Mierda! —ruge Troy, escaneando el entorno en busca de una solución.

Sin vacilar, nos empuja detrás de una mesa y nos cubre con su propio cuerpo.

—¡Agachaos! —ordena.

Pongo a Enzo detrás de mí y él me rodea la cintura por la espalda, temblando.

Mi corazón late de forma salvaje, el miedo mezclado con la adrenalina.

—No va a pasaros nada. —Troy se gira hacia mí. Sus palabras son una promesa firme, una determinación inquebrantable.

Pero al segundo siguiente, una explosión de dolor atraviesa su cuerpo. Troy suelta un gemido ahogado y veo la sangre correrle por el costado. Mi corazón se congela al darme cuenta de que le han disparado.

—¡Troy! —grito, intentando presionar la herida.

Aprieta los dientes, saca un arma del interior del abrigo y consigue girarse con rapidez, disparando hacia el atacante que nos ha localizado y viene hacia nosotros. Cada bala encuentra su objetivo con una eficiencia letal. Sus movimientos son rápidos y precisos, pero veo el esfuerzo que le cuesta luchar con el dolor.

Enzo me agarra la camiseta con fuerza, con la cara pegada a mí, los ojos apretados sin querer ver nada. Intento mantener la calma por él, pero el sonido de los disparos tan cerca y la visión de Troy peleando por nosotros hacen que el corazón me golpee las costillas sin piedad.

Troy tensa la mandíbula, intentando contener el dolor, intentando mantenerse en pie, pero la mirada empieza a nublársele.

—No salgas de ahí —murmura, me avisa sin mirarme, con la voz fallándole.

Dos hombres aparecen por el pasillo. Ya lo han visto. Troy camina hacia ellos con calma, apartando la atención de mí y de Enzo, que seguimos escondidos detrás de la mesa.

De pronto, una nueva ráfaga de disparos resuena por el corredor. Pero esta vez no viene hacia nosotros. Los hermanos de Troy aparecen, abriendo fuego contra los atacantes con expresiones feroces y decididas.

Luca, Marco, Vincent y Bela irrumpen en la sala, neutralizando a los agresores con rapidez. Ver a los hermanos luchando juntos es, al mismo tiempo, aterrador y reconfortante. Forman un círculo a nuestro alrededor, protegiéndonos mientras los disparos cesan poco a poco.

—¡Troy! —grita Luca, deteniéndose a su lado. Se le queda la cara lívida al verlo en el suelo—. ¡Traed un equipo de emergencia! —grita a los demás.

Marco se arrodilla junto a su hermano e intenta contener la hemorragia.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dice Vincent, con urgencia en la voz.

Troy, ya pálido y empapado en sudor, me aprieta la mano cuando me acerco.

—Sofía... Enzo... —susurra, antes de desplomarse en mis brazos.

Me lanzo sobre él, las lágrimas cayéndome libremente.

—Troy, por favor, quédate conmigo.

Sonríe débilmente, con los ojos cerrados, y usa las últimas fuerzas que le quedan para levantar la mano y tocarme la cara.

—Estoy aquí, Sofía. Siempre voy a estar.

Los médicos y enfermeros llegan más centrados de lo que cabría esperar después de sufrir un atentado en su propio hospital, y se lo llevan corriendo a urgencias. Tengo a Enzo agarrado contra mí, intentando calmarlo mientras veo cómo se lo llevan. El corazón se me está rompiendo.

Los hermanos toman el control en segundos, gritando órdenes y asegurándose de que la zona está limpia.

La última imagen que veo antes de salir es la de Luca mirándonos con una dureza casi de acero, y después Bela intentando limpiarme la sangre de la cara mientras yo aprieto tanto a Enzo contra mí que casi le hago daño.

—Mamá, me duele —se queja, pobrecito.

Aflojo el abrazo y mantengo la mirada fija en la dirección en la que se llevaron a Troy.

—¿Mamá? —Enzo me pregunta algo que no llego a oír, completamente ajena a todo lo demás.

—Ya está bien, cariño —respondo, apática, sin saber ni lo que estoy diciendo—. Vamos a cuidar de papá —decido—. Todo va a salir bien.

Lo prometo sin tener la menor certeza.

CAPÍTULO 55

SOFÍA RUSSO

Con cada día que pasa, ir al hospital se ha convertido en parte de mi vida. Las calles que llevan hasta allí están grabadas en mi memoria, cada semáforo, cada curva, un recordatorio de lo frágil que es todo. Hoy el ambiente se siente todavía más pesado, como si hasta el tiempo estuviera en sintonía con mi ansiedad.

Vincent ha asumido el control de la mafia mientras Troy sigue ingresado. La confianza y el respeto que sus hermanos depositan en él me impresiona. Son una unidad. Incluso sin Troy, la máquina sigue funcionando. Pero hay un hueco. Una ausencia que todos sienten.

Enzo está llevando todo esto lo mejor que puede para ser un niño. Su optimismo infantil es un punto de luz en medio de tanta locura. Pregunta por su padre todos los días y, cada vez que le respondo, siento que soy una actriz de mierda. Hoy, más que nunca, espero poder llevarle buenas noticias. Hoy es el día en que van a retirarle el coma inducido.

Entro en el hospital y me recibe el olor característico de desinfectante y medicamentos. Cada paso que doy hacia la habitación de Troy va cargado de expectativa. Las enfermeras me saludan con sonrisas alentadoras, pero sé que comparten el mismo nerviosismo que siento yo.

Cuando entro en la habitación, ver su cuerpo inmóvil me golpea como siempre. Está rodeado de máquinas que vigilan cada aspecto de su vida. La sala está en silencio, salvo por el sonido rítmico de los monitores. Me acerco a la cama y tomo el paño húmedo que uso todos los días para limpiarle la cara.

—Buenos días, Troy —digo en voz baja, empezando mi rutina—. Espero que hoy te despiertes. Tenemos muchísimo de qué hablar.

Mientras le limpio el rostro, los dedos me tiemblan apenas. Le toco las manos, recordando el calor y la fuerza que siempre sentí en ellas. Intento transmitirle algo a través del contacto, esperando que note mi presencia.

—Enzo está bien. Te echa de menos —continúo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Todos lo hacemos. Pero está siendo fuerte, igual que tú.

Sigo hablando, y una lágrima solitaria se me escapa. Me inclino para besarle la frente, permitiéndome un instante de vulnerabilidad, y entonces siento un leve movimiento.

Mis ojos se abren de golpe y me aparto.

Los dedos de Troy.

Se han movido.

El corazón se me dispara y me enderezo, apretándole la mano con fuerza.

—¿Troy? —Mi voz está llena de esperanza.

Sus ojos se abren poco a poco, parpadeando contra la luz. Me mira. Una sonrisa débil se le dibuja en los labios.

—¿Voy a tener que morirme otra vez para que aceptes casarte conmigo? —Su voz es ronca, baja y quebrada, pero lleva el humor que siempre adoré.

Se me escapa una risa nerviosa y las lágrimas vuelven a caerme libremente.

—¡Sí! No, sí al pedido, ¡no a morirte otra vez! Por favor, no te mueras nunca más.

Intenta reírse, pero termina tosiendo y atragantándose. Le aprieto la mano con más fuerza, me inclino y vuelvo a besarle la frente, abrazándolo.

Las enfermeras y el equipo médico entran enseguida, alarmados por el cambio en los monitores. Intentan apartarme, diciéndome que tienen que comprobar que el despertar ha ido bien, pero Troy, todavía débil, los amenaza:

—Si la apartáis de mí, yo...

—Podemos volver a dormirlo, señor Maddox.

Uno de los médicos bromea, intentando aliviar la tensión.

Troy responde con toda la seriedad del mundo.

—Podéis. Pero en algún momento voy a volver a despertarme y os arrepentiréis.

—Troy, deja de amenazar a los médicos —lo reprendo, intentando esconder la sonrisa.

Él se deja atender, de mal humor, mientras respira con ayuda de un balón. Las enfermeras le indican que inspire hondo, pero incluso con la mascarilla puesta, gira la cabeza hacia mí y pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Ya te he dicho que sí, Troy.

Pero él insiste, con los ojos clavados en los míos.

—Dilo otra vez. Ahora hay testigos.

Sonrío y noto cómo vuelven a llenárseme los ojos de lágrimas.

—Sí, Troy Maddox. Quiero casarme contigo.

Los médicos y las enfermeras intercambian miradas. Algunos sonríen, otros niegan con la cabeza, incrédulos. Pero para mí solo existe él y la promesa del futuro que se abre delante de nosotros.

CAPÍTULO 56

ENZO RUSSO MADDOX

Mi traje nuevo me aprieta un poco en los hombros, pero mamá dice que estoy guapísimo. Le sonrío a mi reflejo y me recoloco la pajarita, que parece que nunca quiere quedarse recta.

—Estás hecho un encanto, Enzo. —La voz de mamá me llega desde detrás, cariñosa.

Va guapísima con su vestido, pero aun así consigue arrodillarse a mi lado y arreglarme la pajarita bien colocada.

—Mamá, ¿por qué estás llorando? —pregunto, intentando entenderlo.

—Porque estoy muy feliz, mi amor. Hoy es un día muy especial para todos nosotros. —Sonríe y me besa en la frente.

Las gemelas, las hijas del tío Vincent, están a mi lado con sus cestitas de flores. Parecen angelitos con sus vestidos blancos y las cintas de colores en el pelo. Doy un paso hacia delante y siento un cosquilleo raro en la barriga. Creo que tengo hambre.

—Enzo, ¿estás listo para ser el paje más importante del mundo? —pregunta papá, entrando en la habitación con una sonrisa enorme.

—Sí, papá.

—Entonces vamos. Nosotros iremos delante. Mamá bajará después.

Les doy la mano a las gemelas, como me enseñó mi tío, para bajar las escaleras.

Cuando llegamos al último escalón, mi tío nos levanta a los tres a la vez y nos lleva hasta la entrada. Es muy fuerte, pero no más fuerte que papá. Eso lo dijo mamá. Aunque mirándolos así no lo parezca. El tío Marco es grandísimo, como un superhéroe.

—¿Preparados? —pregunta la tía Bela, colocándonos el pelo, y los tres gritamos que sí.

—¡Pues alineaos, soldados!

Hacemos lo que dice rapidísimo porque da un poco de miedo.

—Tía Bela, ¿tu boda también fue así? —pregunto mirándola, y el tío Vincent escupe un poco de su zumo al aire y pone perdido todo el suelo. A la tía Bela no le gusta nada.

—No, Enzo. Mi boda fue diferente.

—Yo no me acuerdo, tía Bela.

—No, Enzo, tú no estabas.

—¿No? —respondo, dolido—. ¿Y por qué no me llamaste, tía? Yo podía haber sido tu paje.

—Quiero ver cómo sales de esta —dice mi tío a mi tía, y se va riéndose aunque yo estoy bastante triste y ofendido.

La tía Bela se arrodilla a mi lado y me pone las manos en los hombros.

—Enzo, mi boda fue diferente, no tuvimos invitados, cariño. Pero, ¿sabes una cosa? Cuando me case la próxima vez, tú vas a ser mi paje.

—¿Lo prometes, tía?

—Lo prometo.

—Entonces vale. Quiero fotos así de bonitas en la boda de todo el mundo.

CAPÍTULO 57

SOFÍA RUSSO

De pie en la entrada, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, respiro hondo, intentando calmar los nervios.

Enzo y las gemelas ya están delante, preparados para entrar. El salón está decorado con flores de colores, formando un mar de tonos vivos. Arcos florales enmarcan el camino hasta el altar, mientras velas blancas en candelabros dorados derraman una luz suave que crea una atmósfera casi mágica.

Antes de dar el primer paso sola, siento una mano firme sobre mi hombro. Me giro y veo a mi padre, con el rostro marcado por el tiempo, pero con los ojos brillándole de una forma que hacía mucho que no veía.

—¿Papá? —Mi voz sale débil, sorprendida por la emoción.

—Estoy aquí, hija mía. —Sonríe—. Tu futuro marido pensó que mi presencia sería un buen regalo de boda.

Las lágrimas me brotan enseguida, pero esta vez son lágrimas de pura felicidad. Lo abrazo con fuerza, sintiendo la solidez de su presencia.

—Estoy tan feliz de que estés aquí... —murmuro contra su hombro, con la voz quebrada.

—Yo también. Y estoy limpio, Sofía. Troy me ayudó a encontrar el camino de vuelta a nuestra familia, lejos de la adicción. Perdóname,

hija, por todo el tiempo que te he faltado. —La emoción en su voz es palpable.

—Siempre, papá. Te quiero.

Él me aparta con suavidad y me sostiene las manos.

—Yo también te quiero. Estás deslumbrante. Tu madre estaría orgullosa.

Su cara refleja la alegría y la determinación de un hombre que ha ganado una gran batalla. No soy capaz de decir nada más porque el nudo me cierra la garganta y hasta se me tapa la nariz.

—Vamos, cariño. Hoy es tu gran día. —Me ofrece el brazo.

Caminamos juntos por el pasillo y cada paso se siente más ligero con él a mi lado.

Enzo mira hacia atrás y sonríe, y las gemelas lanzan pétalos por el camino con entusiasmo.

Troy lleva un traje impecable, pero lo que más llama la atención es la expresión de su rostro: amor, respeto y una promesa silenciosa de estar siempre a mi lado.

—Bienvenida de vuelta, al comienzo del resto de nuestras vidas, mi desastre favorito —murmura Troy, con la emoción temblándole en la voz.

Trago el nudo que ya vive instalado en mi garganta y le respondo con una sonrisa:

—Gracias por devolverme la familia con la que siempre soñé, Barbie.

—Solo te estoy devolviendo lo que era tuyo por derecho desde nuestro primer beso.

No espera ni un segundo más y me atrae hacia un beso fervoroso, desesperado.

Oigo aplausos y risas, pero lo único que importa es la sensación de sus labios sobre los míos, la certeza de que estamos juntos.

El celebrante se aclara la garganta, intentando contenernos, aunque sonríe:

—Con permiso, ¿puedo empezar la ceremonia?

Todos se ríen y aplauden, y nosotros nos separamos solo lo justo para darle espacio.

La ceremonia es preciosa y sencilla, llena de amor y de promesas. Cuando intercambiamos los votos, siento que cada palabra resuena dentro de mi corazón.

—Sofía, prometo ser tu compañero en todas las aventuras que la vida nos traiga, apoyar tus sueños y protegerte con mi vida. Hoy y siempre.

—Troy, prometo ser tu compañera en todos los momentos, compartir alegrías y desafíos contigo y amarte con todo mi ser. Te amo, Troy, ahora y siempre.

Cuando desliza la alianza en mi dedo, siento como si todo nuestro pasado, con sus dolores y sus alegrías, nos hubiera conducido exactamente hasta este instante. Es como si el tiempo se detuviera, permitiéndonos vivir plenamente cada segundo de esta unión.

Por fin, el celebrante anuncia:

—Os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

CAPÍTULO 58

TROY MADDOX

La puerta de nuestra habitación de luna de miel se cierra con un suave clic, aislándonos del resto del mundo. La suite es un refugio de lujo e intimidad, pero es Sofía, en el centro de todo, quien atrapa toda mi atención. Está de pie junto a la cama, con el vestido de novia cayendo en cascada a sus pies, en contraste con la luz tenue de las velas que iluminan la estancia.

Me acerco a ella, cargando cada paso de anticipación. Mis ojos recorren su cuerpo, absorbiendo cada detalle. Cuando llego a su espalda, mis dedos encuentran la cremallera del vestido y la deslizan lentamente hacia abajo, revelando la suavidad de su piel. Sofía suspira, y ese sonido me golpea directamente en el pecho.

—Eres tan preciosa —murmuro, con la voz ronca de deseo.

Se gira hacia mí y sus ojos se clavan en los míos, mezclando amor y lujuria. Sin decir una palabra, nuestros labios se encuentran en un beso ardiente. Mis manos exploran su cuerpo, tocando cada centímetro de piel expuesta, mientras el vestido cae al suelo y la deja solo con la delicada lencería blanca de encaje.

La visión de su cuerpo casi desnudo, con el encaje enmarcando sus curvas, es suficiente para volverme loco. La alzo en brazos y la deposito con suavidad sobre la cama, tumbándome junto a ella. Nuestros besos son urgentes, y nuestros cuerpos se mueven juntos como si hubieran sido creados para encajar.

—Troy... —Su voz sale en un susurro cargado de necesidad, y yo respondo hundiendo la boca en su cuello, bajando despacio hasta encontrar el cierre del sujetador. Mis manos trabajan rápidas, liberándole los pechos, que son una tentación irresistible.

Atrapo uno de sus pezones con la boca y noto cómo se endurece bajo mi lengua, mientras mi mano libre recorre la curva de su cadera. Sofía arquea el cuerpo contra mí, apretándose más, y sus gemidos suaves no hacen más que alimentar mi deseo.

Deslizo la mano por su vientre, bajando hasta la cintura de la braga. Con un movimiento rápido arranco el encaje, dejándola completamente desnuda ante mí. Mis manos encuentran su coño caliente y húmedo, y la provoco hasta que sus gemidos se convierten en ruegos desesperados.

—Por favor, Troy... —suplica, con los ojos cerrados en una entrega absoluta.

Me coloco entre sus piernas, besándole y mordisqueándole el vientre antes de hundir la lengua en su coño.

Su sabor es una locura. Mi lengua se desliza entre sus pliegues, saboreando cada gota de su excitación. Los gemidos de Sofía llenan la habitación y cada sonido es una orden para no detenerme.

Le sujeto los muslos con firmeza, manteniéndola abierta para mí. Exploro cada centímetro con la lengua, alternando entre caricias lentas y suaves. Le chupo el clítoris, sintiéndolo latir contra mi boca, y la respuesta de Sofía es instantánea. Arquea la espalda, se le clavan los dedos en las sábanas y mueve las caderas siguiendo el ritmo de mi boca.

La intensidad entre nosotros crece. Mis dedos se unen a mis labios y se deslizan dentro de ella mientras mi lengua sigue su danza provocadora. Siento cómo su cuerpo se aprieta a mi alrededor.

—Troy, yo... —su voz sale en un jadeo entrecortado, ahogado enseguida por un gemido más alto.

Aumento el ritmo, chupándole el clítoris con más fuerza mientras mis dedos se mueven más deprisa. Siento su cuerpo temblar, todos

sus músculos contrayéndose. Estalla en un orgasmo, y sus gemidos se convierten en gritos de puro placer.

Me incorporo y me quito la ropa con rapidez, observándola recuperar el aliento, con una sonrisa satisfecha formándose en mis labios. Verla así, completamente entregada, es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Eres una delicia —murmuro, subiéndome a la cama y montándola.

Alineo nuestras caderas y entro en ella con un gemido de pura satisfacción. Cierra las piernas a mi alrededor y se frota contra mí con fuerza, moviendo las caderas despacio en cada impulso delicioso contra mi polla.

Le sujeto la cintura con firmeza, ayudándola a moverse más deprisa, a encontrar un ritmo más rápido, tragándose mi polla sin una pizca de pudor, completamente entregada, gimiendo grave, cada vez más intenso, más fuerte, encontrándome en un ritmo de embestidas feroces y apasionadas.

Le muerdo la boca y le chupo la lengua al sentir cómo me recibe más hondo, empujando más fuerte, más salvaje, perdiéndome dentro de ella en un ritmo brutal y completamente delirante. Un ritmo capaz de borrar toda la añoranza mientras nuestros cuerpos se reencuentran por completo una vez más. Reconociéndose. Amándose como si no hubiera pasado ni un solo segundo desde la última vez que me perdí dentro de ella y la marqué como mía para siempre.

Sigo embistiéndola como un maníaco, queriendo borrar con la polla todo el tiempo transcurrido, todo lo que vivimos separados, toda la vida que llevamos el uno sin el otro. Y en una última embestida devastadora me deshago en un orgasmo feroz que me deja aturdido, mientras sigo dentro de ella hasta que también se

pierde, haciéndome estremecer de placer y caer sobre su cuerpo sin cuidar siquiera el peso con el que me desplomo.

Pego mi boca a la suya, respirando deprisa, sin conseguir calmarme dentro de ese beso torpe y desesperado. Le beso la cara, la nariz, la mejilla y vuelvo a tomarle la boca, chupándole la lengua, besándola hasta borrar de nuestros cuerpos el sabor de la añoranza.

—Eres mía, Sofía —le susurro al oído, incapaz de resistirme a volver a penetrarla, encontrándola totalmente preparada, totalmente abierta para mí.

—Siempre lo fui, Troy. Siempre lo seré.

Me aprieta otra vez entre las piernas, recibiendo con amor y con dulzura cada una de mis embestidas lentas, casi perezosas, mientras empezamos todo de nuevo, meciéndonos juntos, sintiendo el latido de su coño acompasado con los latidos de su corazón.

—Te amo, Sofía.

—Yo también te amo.

EPÍLOGO

TROY MADDOX

El sonido de las risas infantiles resuena por toda la mansión, una melodía que llena cada rincón de una alegría contagiosa. Las voces de los pequeños, tan puras y llenas de vida, parecen bailar en el aire, colándose incluso en los rincones más sombríos de la casa. Estoy en mi despacho, enterrado bajo una pila de documentos, cuando un grito agudo capta mi atención, seguido de unas risas nerviosas que me aceleran el corazón. Y antes de que pueda pensarlo, ya estoy de pie y corriendo hacia el sonido.

Llego al jardín y encuentro a Enzo colgado del borde del tejado, mientras las gemelas lo miran desde abajo con los ojos abiertos de par en par, gritando pidiendo ayuda.

—¡Papá! —grita Enzo al verme, con los bracitos temblando mientras intenta sujetarse. Mis piernas se mueven solas y, en cuestión de segundos, ya estoy debajo de él, preparado para cogerlo si se cae.

—¡Enzo, tranquilo! —Mi voz sale más firme de lo que me siento—. Agárrate fuerte, voy a subir.

Escalo con rapidez, usando la tubería vista sobre la piedra para llegar hasta él, con los músculos tensándose por el esfuerzo, pero consigo alcanzarlo y ponerlo a salvo antes de bajar otra vez. Las gemelas siguen chillando, ahora dando saltitos de alegría porque lo hemos conseguido.

—¿En qué estabais pensando? —Mi voz sale grave, cargada de preocupación y con un punto de enfado—. ¡Podríais haberos hecho muchísimo daño! ¿Y si vuestra madre hubiera visto esto? ¡Se habría puesto histérica!

Sofía aparece entonces, serena y tranquila como siempre, con una leve sonrisa en los labios. Su barriga de embarazada ya es evidente, cargando a nuestras niñas.

—¿Qué está pasando? —pregunta, mirando a todos como si aquí no hubiera sucedido nada.

Suelto el aire, intentando serenarme.

—¡Que estos tres pequeños demonios estaban jugando en el tejado! ¡Podrían haberse matado!

Sofía se ríe con suavidad, acercándose a Enzo para acariciarle la cara.

—Solo se están divirtiendo, Troy. No hace falta que te pongas así.

—Voy a sufrir un infarto antes de que nazcan Camilla y Frederica —murmuro, frotándome la frente con la mano libre.

—Pensé que odiabas ese nombre. —Sofía sonríe y me besa en la mejilla—. Vas a sobrevivir, Don. Te necesitamos fuerte y sano.

—Te amo a ti y a la familia que me has dado. Si decides llamar a las niñas Capitolina y Andrioleta, también me parecerá maravilloso.

La abrazo, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

—Entonces, ¿eso significa que el poder es mío? —me provoca, besándome la barbilla.

—¿Todavía lo dudas? —respondo con total honestidad, viendo a los niños desaparecer corriendo en otra dirección.

Sofía me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Puedo tener una plaquita de jefa de la mafia?

Me río y le beso la frente.

—Puedes.

—¿Y un despacho súper imponente?

—También puedes —respondo, riéndome con ella.

—¿Puedo tener todo lo que quiera?

—Sí —respondo, sujetándole la cara entre las manos.

—Ah, pero así qué gracia tiene.

—Te aseguro que es una sensación imposible de explicar.

Ella sonríe, con los ojos llenos de amor y ternura.

—¿Tú tienes todo lo que quieres, Troy?

La respuesta me sale con una facilidad aplastante mientras la aprieto contra mí.

—Sí. Mi mundo entero está justo aquí, al alcance de mis manos.

FIN



NO TE PIERDAS LAS PRIMERAS ESCENAS DEL LIBRO DE VINCENT.

Vamos a ver un poquito de lo que ocurrió durante el primer año de Troy como Don.

ESCENA EXTRA

VINCENT MADDOX

Golpe tras golpe, siento el sudor resbalándome por la cara, los músculos ardiendo por el esfuerzo repetido. Cada puñetazo contra el saco es una explosión controlada de rabia, un intento desesperado de mantener a raya el caos que llevo dentro. El dolor que irradia desde mis nudillos no es solo físico; es una necesidad visceral de sentir algo, cualquier cosa, que no sea esta furia latente y constante.

El saco de boxeo se balancea delante de mí, un adversario impotente, sometido por completo a mi voluntad. Pero no hay satisfacción real en derrotarlo. No es más que un sustituto ridículo de lo que de verdad quiero destruir.

—¡Vincent! —La voz de Troy corta el aire, afilada como una cuchilla, arrancándome de mi concentración furiosa.

Detengo el entrenamiento, todavía con los pulmones trabajando a toda velocidad y el sudor cayendo al suelo en pequeñas gotas. Me giro despacio y mis ojos se encuentran con los de Troy. Está serio, más de lo habitual, y eso solo puede significar una cosa: problemas.

—¿Qué pasa, Troy? —pregunto, con la respiración aún acelerada y el cuerpo entero vibrando por una adrenalina que se niega a desaparecer.

—Necesito hablar contigo un momento.

Hay algo en su voz que me hace fruncir el ceño. Troy no es de los que desperdician palabras, y hoy lleva en el tono una gravedad que me incomoda.

—Parece serio. —Cojo una toalla y me seco la cara, intentando calmar el torbellino interno. La tensión en el aire es palpable, y no hace más que aumentar a medida que Troy se acerca, con los ojos clavados en mí, casi desafiantes.

—He decidido que vas a casarte con una mujer.

Lo dice con la misma naturalidad con la que alguien comentaría el tiempo, pero el impacto es brutal. Mi cerebro tarda un segundo en procesarlo y, cuando lo hace, se me endurece todo el cuerpo.

¿Casarme?

—Bueno, que no sea un hombre ya es una ventaja —respondo automáticamente, con el sarcasmo escapándoseme antes de poder frenarlo.

Pero la expresión de Troy no cambia. No está bromeando. No hay ni el más mínimo rastro de humor en sus ojos. Los matrimonios concertados dentro de la mafia no son ninguna novedad, pero la idea de comprometerme de esa manera... no me la esperaba.

No ahora.

No así.

—¿Con quién? —La pregunta me sale más áspera de lo que pretendía, un intento de ocultar el creciente malestar. Algo dentro de mí ya conoce la respuesta, y esa intuición me pone en guardia.

—Con Angelina Moretti —dice su nombre con una precisión cortante, sin dudar ni un instante.

Es como si me hubiera estampado una maza en mitad del cráneo. Todo a mi alrededor parece detenerse durante un segundo mientras los recuerdos de hace años invaden mi mente, vivos como si hubieran ocurrido ayer.

Angelina Moretti.

—Tienes que estar de coña, Troy. Esa psicópata estuvo a punto de matarme. —La voz me sale cargada de veneno, con una rabia antigua subiendo a la superficie.

Me quito la camiseta de un tirón, dejando al descubierto las cicatrices que me dejó.

Cicatrices profundas. En la piel y en el orgullo.

—¡Esa hija de puta me pegó dos tiros!

Las marcas siguen ahí, atravesando mi cuerpo como un recordatorio permanente de hasta qué punto se salió todo de control en aquel maldito campamento. Son la prueba de que Angelina Moretti no es solo un problema.

Es una amenaza.

Pero Troy, como siempre, no se deja intimidar. Me sostiene la mirada con esa calma implacable que tanto me revienta.

—Qué bien que ya tengáis confianza. Hará que al matrimonio le resulte más fácil congeniar. Estoy seguro de que no le tienes miedo a una mujer y de que sabrás manejar perfectamente a la tuya.

La provocación es clarísima, pero no hace más que alimentar mi rabia.

—¡Esa psicópata no es mi mujer! —El grito se me escapa antes de que pueda contenerlo, con la furia desbordándose de un control que ya me cuesta mantener. El eco rebota por toda la sala, pero Troy ni se inmuta.

Se acerca, cada paso calculado, y se planta justo delante de mí, implacable.

—Pues será mejor que vayas preparándote espiritualmente, porque dentro de dos semanas ya no podrás decir lo mismo.

Dos semanas.

El corazón me martillea en el pecho y la idea de quedar atrapado en un matrimonio con Angelina me hace sentir como si el suelo se estuviera abriendo bajo mis pies.

—Esto es una locura, Troy. Ella me odia. Y yo la odio. —Intento discutirlo, pero ya sé que no servirá de nada. La decisión está tomada. Troy no ha venido a negociar. Ha venido a informarme de mi condena.

—Este matrimonio no tiene nada que ver con el amor, Vincent. Va de poder, de estrategia y de supervivencia. Necesito que entiendas eso. —Su voz es baja, pero va cargada de una autoridad imposible de ignorar. Troy nunca tuvo problemas para obedecer a nuestro padre y ahora, como Don, espera lo mismo de nosotros.

Pero esta vez está exigiendo demasiado.

Respiro hondo, peleándome con la rabia que amenaza con salirse de madre. Intento encontrar una grieta, una salida.

—¿Y si me niego?

Troy me pone una mano en el hombro, un gesto que lleva dentro tanto solidaridad como una firmeza inquebrantable. Sin palabras me está recordando quiénes somos, lo que hemos atravesado y lo que juramos hacer para proteger a nuestra familia.

—No te vas a negar. Porque sabes que esto es lo mejor para todos nosotros y porque todos dijimos que estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa por la familia. Ha llegado la hora de demostrarlo. Y en tu caso eso significa casarte con Angelina Moretti.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire, y cada sílaba se me clava en la cabeza como una sentencia inevitable. La muerte de nuestros padres dejó a la Granada en una posición vulnerable, y todos sabíamos que momentos como este acabarían llegando. Que harían falta sacrificios.

Y tiene razón.

Haría cualquier cosa por mi familia.

Hasta esto.

—Está bien —digo al fin, con un tono afilado, dejando claro el odio en cada palabra—. Me casaré con ella. Pero si intenta mirarme de una sola manera que no me guste, Troy, te juro que la estrangulo sin quitarle siquiera el vestido de novia.

Troy sonríe.

Una sonrisa sombría, calculadora, con un brillo helado en los ojos que nunca llega a convertirse en humanidad.

—Mientras sea después del "sí". Un Moretti viudo sigue siendo, al fin y al cabo, un heredero de los Moretti.

AGRADECIMIENTOS

Al primer libro que leí, el que me abrió las puertas de un mundo donde los finales felices siempre son posibles.

Al último libro que leí y a todos los que leeré después, que sigan inspirándome y mostrándome lo lejos que puedo llegar si continúo nadando...

A todas las historias que me acompañaron mientras descubría si era capaz de escribir la mía propia.

A las amigas que, con generosidad y paciencia, asumieron el papel de lectoras beta y maquetadoras en la fase final de esta publicación, siempre dispuestas a ayudar sin una sola queja.

A mi social media, que encontró los avatares perfectos para dar vida a estos personajes y convirtió cada publicación en algo especial.

Y a ti, querida lectora, que te embarcaste en este viaje conmigo, reíste, lloraste, soñaste y me permitiste añadir la palabra «autora» al lado de mi nombre por primera vez.

Muchas gracias.

Isabella Innamorato

SOBRE LA AUTORA

Hola, soy **Isabella Innamorato**, una enamorada de las historias de amor intensas y de los finales felices.

Mi misión es hacer que te enamores de cada página y te pierdas en romances que aceleran el corazón.

Escribo para esas almas que creen en el poder del amor, en los giros emocionantes y en los encuentros destinados.

¿Qué vas a encontrar en mis libros?

♥ **Contratos ardientes:** ese acuerdo que empieza con desconfianza y termina en una pasión arrolladora.

♥ **Rechazos apasionantes:** porque, a veces, el «no» solo hace que el «sí» sea más dulce y deseado.

♥ **Hombres rendidos:** caballeros que caen de rodillas ante el amor verdadero.

♥ **Finales felices:** ¡siempre! Porque todo gran amor merece un final de cuento de hadas. ♥

Vamos a soñar, reír, llorar y, sobre todo, a creer que el amor siempre vence al final.